

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIOLOGIA

Departamento de Sociología I (Cambio Social)



**ACCIÓN COLECTIVA, VIOLENCIA POLÍTICA Y
GÉNERO : EL ANÁLISIS DE LAS ORGANIZACIONES
INSURGENTES POLÍTICO-MILITARES EN COLOMBIA :
EL EJÉRCITO DE LIBERACIÓN NACIONAL
(ELN) ACTOR DE REFERENCIA**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Alba Nubia Rodríguez Pizarro

Bajo la dirección de la doctora

María Luisa Revilla Blanco

Madrid 2009

ISBN: 978-84-692-6028-9

Acción colectiva, violencia política y género. El análisis de las organizaciones insurgentes político-militares en Colombia. El Ejército de Liberación Nacional (ELN) actor de referencia



Premio Pulitzer 2007. *A lone Jewish settler challenges Israeli security officers.* Oded Balilty (Febrero 1, 2006)

**Universidad Complutense
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Departamento de Sociología I (Cambio social)
Doctorado en Dinámicas de la Sociedad Contemporánea
Madrid, 2007**

**Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Departamento de Sociología I (Cambio social)**



**Acción colectiva, violencia política y género. El análisis de las organizaciones
insurgentes político-militares en Colombia. El Ejército de Liberación Nacional
(ELN) Actor de Referencia**

Tesis doctoral

Alba Nubia Rodríguez Pizarro

Directora: Profesora Dra. María Luisa Revilla Blanco

A Rosalba y Carlos, mis padres

...mas si usted se comporta bien, nadie lo molestará.

—Es absurdo pedirme que sea bueno —contestó, mirando con asombro la bella muchachita que se había aventurado a dirigirse a él. Completamente absurdo. Debo arrastrar mis cadenas, gemir por las cerraduras y andar toda la noche, si es a eso a lo que te refieres. Es mi razón de existir.

Ésa no es ninguna razón de existir y usted ha sido muy malo... Mistress Umney nos dijo, el día que llegamos aquí, que usted había matado a su esposa.

—Bueno, lo admito —dijo el fantasma con petulancia—, pero fue un asunto puramente familiar y que no interesa a nadie.

—Es malo matar —dijo Virginia...

—¡Oh, cómo odio la severidad barata de la ética abstracta! Mi esposa era una mujer fea, nunca almidonó bien mis puños y cuellos y no sabía nada de cocina...

Oscar Wilde

El fantasma de Canterville

CONTENIDO

Agradecimientos	10
Introducción	12
 Capítulo 1. Historia de una pregunta. Entre la participación de las mujeres en los grupos insurgentes y la perspectiva de género	 19
1.1 Actor de referencia.....	30
1.2 Estrategia metodológica.....	35
1.3 Diagrama metodológico.....	41
 Capítulo 2. Claves teóricas. Violencia, insurgencia y género en el análisis de los actores	 42
2.1 Sobre la violencia	46
2.2 Especificidad de los actores colectivos insurgentes.....	48
2.3 Los análisis sociológicos de las organizaciones insurgentes político-militares.....	52
2.4 Hacia una propuesta de marco de estudio de los actores político-militares en un contexto de conflicto socio-político	57
2.5 Actor, Acción y género	74
 Capítulo 3. Entre la violencia política y la violencia revolucionaria: sus actores. El contexto de la investigación.	 80
3.1 Las guerras civiles y la Violencia	85
3.2 La Violencia y la Violencia revolucionaria	90
3.3 Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP) Organización guerrillera de primera generación.....	99
 Capítulo 4. El Ejército de Liberación Nacional (ELN), actor de referencia	 103
4.1 Surgimiento del ELN	103
4.2 Etapa de crisis	115
4.3 Etapa de re-configuración	120
4.4 La Historia reciente del ELN	125

Capítulo 5. La construcción de sentido de hombres y mujeres en el ELN..... 133

5.1 Sobre la construcción de sentido.....	139
5.2 Sobre lo económico, lo político y lo social.....	141
5.3 La dimensión económica	144
5.4 La dimensión política	146
5.5 La dimensión sociocultural	151

Capítulo 6. Hombres y mujeres entre el compromiso y la huída 160

6.1 Motivaciones de hombres y mujeres para hacer parte de un actor colectivo insurgente	161
6.1.1 Acerca de las características familiares y psicológicas de los militantes	163
6.1.2 El origen social de los activistas	167
6.1.3 Redes sociales, organizaciones formales e informales	169
6.1.4 Represión, violencia institucional y no institucional	173
6.2 Permanencia y compromiso de hombres y mujeres.....	178
6.2.1 Compromiso	178
6.2.2 Entre el afecto y solidaridad.....	179
6.2.3 El mantenimiento de la utopía: “las revoluciones en pequeño”	181
6.2.4 El movimiento insurgente como proyecto de vida	184
6.2.5 Los incentivos	186
6.3 Las razones de hombres y mujeres para “la salida” de la organización	190
6.4 Construcción de sentido sobre la acción violenta	192

Capítulo 7. Relaciones de género en la estructura y en las dinámicas organizativas 197

7.1 Estructura organizativa	200
7.1.1 Primer período: Etapa de inicio y surgimiento	202
7.1.2 Segundo periodo: etapa de crisis	208
7.1.3 Tercer periodo: recomposición y afianzamiento	210
7.1.4 Cuarto periodo: expansión y mantenimiento.....	219
7.2 Entre la búsqueda del objetivo y el mantenimiento de la organización.....	222
7.3 Dinámicas organizativas	228
7.3.1 Vivencias de hombres y mujeres en la organización insurgente ELN	228
7.3.2 Entre la norma, la mistad y la solidaridad.....	234

Capítulo 8. Más allá de la organización y las armas. Las construcciones sociales y culturales de hombres y mujeres en un actor colectivo político-militar 238

8.1 Marcos de injusticia	244
8.1.1 Una gran masa de desposeídos y oprimidos	245
8.1.2 La injusticia no solo como carencia sino como explotación y opresión.....	249
8.1.3 Los responsables de las condiciones de injusticia y opresión.....	251
8.2 Identidad colectiva	255
8.2.1 Un nosotros que lo abarca todo	257
8.2.2 Sistema de valores.....	259
8.2.3 La inversión emocional	263
8.3 La agencia: entre la revolución y una democracia real	265
8.4 Género y construcción de marcos	273
8.5 Diagrama de los procesos de enmarcamiento	275

Capítulo 9. Los movimientos insurgentes más allá de un todo unificado 276

9.1 Sobre la perspectiva teórica	279
9.2 Hallazgos generales.....	283
9.3 Nivel individual: entre las motivaciones y las construcciones colectivas	286
9.4 Nivel colectivo: organización identidad y acción violenta	294

Consideraciones finales 303

Bibliografía 309

Anexos..... 324

Anexo N° 1: Datos descriptivos de las personas entrevistadas.....	324
Anexo N° 2: Mensaje a las mujeres del Sacerdote Camilo Torres.	328
Anexo N° 3: Documentos utilizados para el análisis documental.	331
Anexo N° 4: Datos procesados en ethnograph de las entrevistas realizadas.	CD

Índice de tablas

Tabla N° 1 Subsistemas de la sociedad colombiana y los principales problemas	83
Tabla N° 2 Actores colectivos político-insurgentes del conflicto colombiano	97
Tabla N° 3 Síntesis de los lineamientos políticos y estratégicos de los congresos del ELN.....	119
Tabla N° 4 Motivaciones de hombres y mujeres para ingresar al ELN	177
Tabla N° 5 Razones de permanencia de hombres y mujeres	189
Tabla N° 6 Áreas temáticas para el análisis de marcos	274

Índice de diagramas

Diagrama N° 1 Estrategia metodológica	41
Diagrama N° 2 Estructura organizativa del ELN	217-218
Diagrama N° 3 Procesos de enmarcamiento	275

Agradecimientos

Esta costumbre “literaria” de expresar agradecimientos al terminar un trabajo escrito no se entiende bien hasta que se ha atravesado el trance. Es en ese momento cuando hacemos conciencia de que la escritura es una obra colectiva. Ésta se ha logrado gracias a la participación, ayuda y presencia de personas que de una u otra forma la han hecho posible, así su consolidación haya sido un acto profundamente solitario.

La realización tanto del doctorado como de este trabajo contó con la financiación de la Universidad del Valle, institución de la que hago parte desde hace algunos años. Gracias a sus directivas, a la Escuela de Trabajo Social y a la Facultad de Humanidades por los recursos y el tiempo que me proporcionaron.

Mi gratitud hacia María Luisa Revilla Blanco, directora de mi tesis, sólo alcanza a expresarse con pobreza en unas líneas de texto. A ella le debo, ciertamente, un gran reconocimiento porque como directora siempre hizo más de lo que corresponde usualmente al desempeño de tal cometido académico, y ello por múltiples motivos: su confianza, su paciencia, sus enseñanzas, su acogida, pero sobre todo su amistad. De igual manera, mi agradecimiento especial a María Luz Morán, Maestra de Maestros, gracias a ella por sus enseñanzas, afecto y ayuda en momentos muy difíciles, no sólo académicos, sino también personales. Gracias por su erudición y por revelarme con su ejemplo y vivencia que las mujeres podemos soñar con el mundo académico y que los mundos de la familia, los hijos y el conocimiento pueden tener puntos de encuentro.

Gracias a todos y todas quienes confiaron en mí para contarme sus experiencias, su vida, sus sueños, por abrirme la puerta de lugares recónditos de la geografía colombiana, por mostrarme su mundo clandestino, quisiera nombrarlos a todos y todas pero sé que no es posible, aunque les reitero mi más profundo reconocimiento por permitirme comprender de qué hablan ellos y ellas y por qué.

A Darío, Daniel y Alejandro, coautores de mi vida emocional, y por tanto de este trabajo, y quienes día a día me motivan para continuar.

A Roberto, Carlos y Carlos Andrés, gracias por su presencia y afecto.

Especiales agradecimientos a Luís Jorge Garay, sus conversaciones y valiosos aportes para este trabajo.

Gracias a mis amigas del grupo “trans-nacional de investigación”: María Claudia Medina, Adriana González Gil, Marcela Tapia, Cristina Gómez y Herminia González, por sus aportes, su compañía, solidaridad y optimismo, por compartir sus saberes, nuestras risas, y por escuchar mis historias sobre el conflicto colombiano. A Ana María, por su apoyo, afecto y continua solidaridad. A Antonio, por su incondicional apoyo y amistad.

No quiero terminar de expresar mis agradecimientos sin nombrar a Álex, David, Claudia, Andrés, Mateo, Laura, Amanda, Sebastián, Cecilia, Francy, Juan Carlos, Manolo, Sheila, Luisa, Nelsy y decirles que contribuyeron de manera muy importante en la realización de esta investigación, sin su ayuda, no hubiese sido posible.

Gracias a todos porque siempre se aprende apoyado en otros.

El trabajo que aquí presentamos como tesis doctoral se ubica en la amplia y prolífera perspectiva sociológica del análisis de los acontecimientos y procesos conflictivos, en un caso específico: el conflicto socio-político colombiano. El estudio sobre este conflicto puede ser abordado a partir de distintos aspectos: sus tipologías y características, sus causas, los procesos de desarrollo y transformación, los procesos y las políticas dirigidas a su resolución, y los actores que hacen parte del conflicto. Estos últimos pueden ser diversos, cambiantes, duraderos o efímeros.

El estudio de los actores se constituye en uno de los aspectos fundamentales en el análisis de los acontecimientos y los procesos conflictivos. Coincidimos con otros analistas (Moran, 2008; Rojas, 2006; Vargas, 2006) en que los actores tienen un lugar preponderante en el análisis del conflicto, no solamente como parte del mismo, sino porque ocupan un lugar fundamental en los demás aspectos que se constituyen en ejes substanciales del análisis: en las tipologías de los conflictos, en sus características, en sus causas, en los procesos de desarrollo y transformación y por su puesto en las políticas dirigidas a su resolución. Es por eso que esta investigación se ubica en esa parcela del estudio sociológico de los conflictos: **los actores**. El conocimiento amplio y profundo sobre éstos puede contribuir a evitar errores en las estrategias y procesos fallidos de negociación.

De este modo, nuestro objetivo general es contribuir al conocimiento de los actores del conflicto armado (organizaciones político-militares) y a la discusión sobre la confrontación armada en Colombia, a partir del análisis de la construcción social y cultural de un actor colectivo insurgente que emplea la violencia como medio de acción y que ha estado inmerso en el conflicto armado de larga duración que se vive en el país desde hace aproximadamente cinco décadas.

En el conflicto colombiano convergen distintos actores: el gobierno, las Fuerzas Armadas, miembros del sistema político, actores políticos externos (entre los que se encuentran otros gobiernos de América Latina y Estados Unidos), grupos insurgentes político-militares, grupos paramilitares, entre otros. Nuestro interés analítico está en los grupos insurgentes inmersos en el conflicto armado de larga duración. Estos actores han sido diversos y múltiples, y actualmente permanecen las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Para el análisis que aquí nos concierne escogimos como actor de referencia al Ejército de Liberación Nacional. Si bien este actor comparte algunas similitudes con las FARC, también presenta aspectos de significativa diferencia, que se describen en esta investigación y que están influidos por la construcción social y cultural de dichos actores.

El análisis del Ejército de Liberación Nacional se realizó en el periodo comprendido entre 2002 y 2007, y el estudio incluyó desde el surgimiento de dicha organización hasta su historia reciente, lo cual permitió comprender los procesos, las relaciones y las transformaciones que subyacen a este actor. Dada la permanencia de dicha organización en el tiempo (44 años) no es posible hacer un análisis que se circunscriba a un periodo específico, y es necesario aludir a los distintos momentos y procesos históricos.

La construcción social y cultural de los actores y sus acciones implica individuos en relación (hombres y mujeres), y por tanto la perspectiva de género se convirtió en un enfoque transversal a la indagación y al análisis. No es posible abordar de manera completa la construcción social y cultural de un actor sin la perspectiva de género, porque ésta permite comprender formas de participación diferenciadas en los diversos escenarios de interacción o de acción. Asimismo, el género como categoría estructurante de las relaciones sociales opera en la base de acuerdos, en la jerarquía, membrecía y dinámica de la organización; se expresa también y se sostiene en la

ideología y en las prácticas culturales, y contribuye a hacer visible el impacto diferencial de determinada acción sobre las mujeres y los hombres implicados.

La centralidad en el análisis de los actores en un conflicto armado de larga duración como el colombiano, y específicamente el interés en la construcción social y cultural de dichos actores, ponen en primer plano la agencia humana, lo cual implica devolver a la acción social su papel en la configuración de los fenómenos sociales, trascendiendo las determinaciones que imponen los factores estructurales.

De este modo, asumimos las organizaciones político-militares como *fenómenos colectivos* que deben ser analizados más allá de considerarlos como un agregado de voluntades individuales o de “individuos desviados”; y más que el resultado de estructuras políticas y económicas. Detrás de su acción violenta existen relaciones, construcciones de sentido, identidades colectivas, intereses compartidos, formas de organización y de vida, hombres y mujeres con historias y opciones políticas, que deben ser desveladas con el fin de contribuir a la interpretación no sólo del actor y su acción, sino también del conflicto, y a la búsqueda de una salida para el mismo.

Así, en esta investigación nos ocupamos de desvelar los procesos y las relaciones que subyacen a la conformación del actor de referencia e identificar cómo intervienen las relaciones y prácticas de género en dichos procesos. En estrecha relación con esta intención, trazamos los siguientes objetivos específicos:

- Comprender las construcciones de sentido de hombres y mujeres que hacen parte del ELN sobre las dimensiones económica, política, social y cultural de la sociedad colombiana.
- Indagar las motivaciones de hombres y mujeres para ingresar y permanecer en la organización insurgente Ejército de Liberación Nacional (ELN).
- Analizar la conformación, la dinámica y la transformación de las estructuras organizativas del ELN, y la forma en que las relaciones y prácticas de género intervienen en esas dinámicas y estructuras organizativas.

- Comprender las construcciones culturales mediante las cuales los actores confieren significado a su propia racionalidad y a su acción, y a su vez interactúan con otros actores y con el medio en el cual se encuentran; asimismo, entender la manera como las relaciones y las prácticas de género intervienen en dichas construcciones.

Estos objetivos los desarrollamos con base en dos niveles de análisis: en el primero, nos ocupamos del paso de lo individual a lo colectivo, y de esta manera se desarrollaron los dos primeros objetivos. En el segundo nivel estudiamos los procesos colectivos a través de los cuales las construcciones de sentido y las voluntades individuales se conjugan para dar paso a un movimiento insurgente. En este nivel desarrollamos los otros dos objetivos específicos, centrándonos en las relaciones, los procesos y las construcciones colectivas que permiten la conformación de este actor: la organización y las construcciones de marcos culturales con las que atribuyen significados a sus acciones y a los distintos componentes del conflicto.

Tanto los objetivos trazados como los dos niveles de análisis no suponen relaciones lineales ni causales entre uno y otro; por el contrario, se definen en una relación circular y mutuamente influyente. El énfasis en estos dos niveles no representó desconocer los factores contextuales, tanto nacionales como internacionales, que han influido en el surgimiento y mantenimiento del actor que nos ocupa; simplemente no les concedemos un carácter determinante, sino influyente. En otras palabras, lo que investigamos es el paso de lo individual a lo colectivo, el papel de los procesos culturales y sociales en la formación de identidades colectivas, y la relación dinámica y de doble sentido entre la organización y los individuos; así, asumimos el paso de lo individual a lo colectivo como un proceso dinámico y constructivo, desvelando los procesos culturales que subyacen a la violencia: la identidad, la narrativa, el sentido dado a la pertenencia y a la acción que define a este actor, desde racionalidades diversas y desde la perspectiva de género.

Las claves teóricas que se constituyen en el marco de referencia de esta investigación no son un marco teórico que permita ser comprobado o refutado; tiene un lugar de referencia y de guía analítica. El enfoque constructivista, si bien ha sido definido para el análisis de fenómenos colectivos como los movimientos sociales, aportó elementos importantes en la comprensión de fenómenos colectivos específicos como son los actores y las acciones insurgentes, especialmente en los aspectos que nos conciernen.

La metodología se definió en estrecha relación con el objeto planteado, y por tanto se realizó una investigación cualitativa a partir de dos técnicas específicas: las entrevistas en profundidad y el análisis documental. La metodología cualitativa adquirió relevancia porque permite abordar procesos, construcciones, simbologías, permite comprender el significado y naturaleza de la experiencia de las personas.

La primera técnica se desarrolló con hombres y mujeres en contextos urbanos y rurales, es decir, accedimos a los campamentos en los que se encuentran quienes hacen parte de la organización, lo cual, además de la realización de las entrevistas, permitió observar las relaciones que se establecen en dichos lugares y la forma como se vive en un campamento guerrillero. Las entrevistas se hicieron de forma directa con los sujetos, y otras veces a través de Internet. Las realizadas directamente fueron grabadas en audio, transcritas y procesadas en *ethnograph*.

El análisis documental permitió captar los discursos del actor colectivo. Para ello se trabajó con diversos documentos, tanto de la organización como documentos de circulación pública, que también fueron procesados a través del mismo programa informático para datos cualitativos.

Acorde con el objeto de conocimiento y el abordaje del mismo, una buena parte de esta memoria de investigación la constituyen los datos empíricos, “las voces” de hombres y mujeres reales que son militantes activos de la organización. En este sentido, este trabajo, a diferencia de otros que han abordado este tipo de actores, no se fundamenta en informes policiales o archivos de prensa. Con esta forma de

acercamiento no pretendemos darle protagonismo ni a los actores ni a sus acciones, simplemente consideramos que es importante conocer sus expresiones, mundos simbólicos y organizativos, para el entendimiento del conflicto y la búsqueda de solución. Este tipo de acercamiento permite la comprensión de la naturaleza del conflicto colombiano, en alguna parte de su complejidad y sus contradicciones, lo cual es un imperativo para el país.

La estructura de este trabajo consta de tres partes: en una primera se da cuenta de la construcción del objeto de investigación y la metodología con la que se desarrolló; posteriormente presentamos las claves teóricas que guiaron la gestión y el análisis, para luego ocuparnos de presentar el contexto geográfico e histórico en el que se realizó este trabajo; finalmente, en esta primera parte presentamos de manera histórica al actor de referencia. Esto se desarrolló en los primeros cuatro capítulos.

La segunda parte está compuesta por dos capítulos en los que desarrollamos el primer nivel de análisis, el cual concierne a los motivos que hombres y mujeres aducen para ingresar y permanecer en la organización, asuntos desarrollados en el capítulo cinco; en el capítulo seis, que concierne a este mismo nivel, analizamos los espacios de intermediación entre los aspectos estructurales y los sujetos (hombres y mujeres) que conforman el actor colectivo insurgente Ejército de Liberación Nacional. Así, exploramos la construcción de sentido, de hombres y mujeres pertenecientes al movimiento insurgente de referencia, sobre las dimensiones económica, política, social y cultural de la sociedad colombiana, y explicamos la manera como dicha construcción contribuye a dar sentido a la acción de la organización subversiva de referencia.

La tercera parte está conformada por los capítulos siete y ocho. En el capítulo siete se analizan, desde la perspectiva de género, los procesos organizativos del actor colectivo insurgente Ejército de Liberación Nacional, a partir de dos ejes: las estructuras organizativas y las dinámicas organizativas. Con el primer eje atendimos “al orden, a los aspectos objetivos”, y a través del segundo eje analizamos, a partir del

enfoque de género, los aspectos relacionales que activan dicha organización. El capítulo ocho constituye otro nivel de estudio en el análisis de los actores colectivos, que busca comprender y explicar los “puentes” que median entre los aspectos del contexto, tales como oportunidades o constreñimiento político, y la capacidad de los actores colectivos para producir sus propios significados y conceptos compartidos. Es a través de dichos “puentes” que los actores interpretan la realidad y valoran sus situaciones problemáticas de manera crítica, y además se relacionan con el contexto e impactan a eventuales participantes en el movimiento.

En la última parte, capítulo nueve, se recogen los principales hallazgos del proceso de investigación, a la luz de los enfoques teóricos y la metodología utilizada; se intenta con ello realizar, a modo de cierre, un balance analítico del proceso de investigación en el que se reconozcan sus avances, las construcciones a que haya dado lugar, las limitaciones con las que se enfrentó el proceso y las líneas de trabajo que podrían continuarse en una agenda de investigación por desarrollar.

Historia de una pregunta. Entre la participación de las mujeres en los grupos insurgentes y la perspectiva de género

El conflicto político y la paz o, en palabras de otros analistas, la guerra y la paz, son temas sobre los que se ha investigado y escrito ampliamente en Colombia. Académicos nacionales e internacionales han tratado de interpretar, comprender y explicar las causas, las transformaciones y las implicaciones sociales, económicas y políticas del conflicto armado que padecemos; han propuesto salidas negociadas, o en casos extremos militares. Así, se han producido muchos escritos y libros, a tal punto que hoy éste parece un tema “completamente diagnosticado”. En términos del sacerdote jesuita Javier Giraldo (2003), citando las palabras de un alto funcionario internacional al terminar su servicio en Colombia en el año 2002: “el material impreso más abundante del planeta para elaborar tesis sobre conflictos armados y sobre negociaciones de paz se encuentra en Colombia”¹.

La realidad ha cambiado al mismo ritmo que los escritos, entre el conflicto permanente y los procesos de negociación, “entre la guerra y la búsqueda de la paz”. En ocasiones, el conflicto parece estar a punto de desaparecer, ya sea por procesos de negociación o por acciones militares, y los actores parecen borrarse, pero nuevamente

¹ Específicamente sobre el conflicto diversas investigaciones y autores han explicado su génesis socioeconómica y política, situando como causa primordial la exclusión política, social y económica en la que se encuentra más del 50% de la población colombiana (Kunterbach, 2005; Fernán E. González, Ingrid J. Bolívar y Teófilo Vásquez 2003); también se han efectuado análisis sobre la historia y formación (Pizarro, 1991 y 1994; Medina 2001); los estudios sobre áreas específicas con presencia guerrillera (Peña 1972; González y Marulanda 1990; Jaramillo, Mora y Cubides, 1989); las etnografías realizadas con entrevistas y relatos de sus protagonistas (Alape 1994; Molano 1994; Medina 2001); los análisis que abordan el comportamiento de los actores del conflicto desde campos novedosos como la teoría de juegos (Salazar y Castillo 1998); los trabajos con una perspectiva económica, analizan la expansión territorial de la guerrilla, teniendo en cuenta las estructuras de desarrollo de los municipios donde hacen presencia Echandia (1998); análisis sobre los discursos emocionales de los grupos armados FARC y AUC (Bolívar, 2006); estudios sobre la evolución y transformaciones del conflicto (Gutiérrez y Sánchez, 2006; Pizarro, 2004); estudios con perspectiva analíticas que han demostrado que las organizaciones insurgentes pueden ser comprendidas como formas de acción colectiva violenta, de movimiento social, de red de poder o como organizaciones (González, Bolívar y Vasquez, 2003; Romero, 2003; Cubides, 2005; Ferro y Uribe, 2002)

los actores colectivos (político-militares) resurgen como el ave fénix, y el conflicto se agudiza. En este devenir, la sociedad colombiana lleva cinco décadas aproximadamente. Esta situación contrasta significativamente con otros países del mundo que, aunque han vivido procesos similares, no han tenido conflictos ni actores por periodos de tiempo tan significativos.

La investigación sobre el conflicto colombiano puede parecer una tarea fácil, si se consideran los múltiples escritos que lo explican y que hacen recomendaciones para su superación; sin embargo, se trata de una labor muy difícil y que presenta serios desafíos, por ejemplo, aportar algo nuevo para su comprensión y su solución. De cada nueva investigación, de cada nuevo escrito, se espera un aporte que permita por fin concluir la interminable danza entre conflicto y búsqueda de su resolución. Este trabajo se enmarca en ese difícil desafío, y es en esa encrucijada de conflicto y búsqueda de una salida política donde emerge el interés investigativo y su objeto. Esto no nos permite desconocer que, si bien este trabajo podrá aportar algunos elementos para comprender la lógica de constitución/transformación de un actor importante del conflicto, lamentablemente no va a contribuir a resolver el conflicto armado de larga duración. Simplemente aportará un conocimiento modesto sobre algunas de las lógicas de uno de sus actores.

Inicialmente comenzamos preguntándonos por las causas para que cada vez entraran más mujeres a hacer parte de los actores insurgentes y de hecho del persistente conflicto armado. Pregunta apropiada, si tenemos en cuenta que, culturalmente, la participación en guerras, conflictos y acciones violentas ha sido un quehacer asignado a los hombres, y en su defecto las acciones por la paz tienden a tener una mayor participación de mujeres, y por su puesto una total aceptación social. Así, nuestra primera tarea consistió en indagar sobre la participación de las mujeres en el conflicto político colombiano.

Para ello se hicieron diversas búsquedas y lecturas, entre ellas la de Joan W. Scott (1990: 23-56): “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en el que la

autora señala los límites de los enfoques descriptivos utilizados por los historiadores para probar que las mujeres tienen una historia o que han participado en las conmociones políticas más importantes de la civilización occidental, ejemplificando dicha limitación en la expresión: “mi comprensión de la Revolución Francesa no cambia porque sepa que las mujeres participaron de ella” (Scott, 1990: 35). Para esta misma autora, es necesario trascender los análisis de diferenciación entre experiencia femenina y experiencia masculina en el pasado, y establecer la conexión entre la historia pasada y la práctica actual. De esta manera, propone que las preguntas por responder son: “¿Cómo actúa el género en las relaciones sociales humanas? ¿Cómo da significado el género a la organización y percepción del conocimiento histórico?”.

Comenzamos a discernir de manera más fina sobre el primer interés: ¿en qué contribuiría a la comprensión del conflicto armado colombiano y a la búsqueda de su solución saber que las mujeres han participado y participan de él? Cada vez las respuestas eran más insulsas. Continuamos entonces con el camino que hay que recorrer para formular un objeto de investigación: una pregunta de investigación. Así, después de muchas lecturas y de cursar el primer año de doctorado, consideramos que las organizaciones subversivas *son actores colectivos que realizan acciones colectivas*². Con base en esta “simplificación teórica inicial”, y continuando con las preguntas que rondaban, realizamos la investigación de segundo año de doctorado sobre *la utilidad de la categoría género en el análisis de las acciones colectivas*, y tratamos de construir una base teórica que permitiera, en una investigación futura, ir más allá de ese primer escollo que nos aparecía al realizar un trabajo netamente descriptivo y que aportaría poco a los procesos de comprensión del conflicto y los actores que intervienen en el mismo.

El trabajo mencionado dejó aprendizajes significativos, entre ellos:

- a) En la investigación sobre conflicto, acción colectiva y movimientos sociales, el género no ha sido una categoría relevante para la explicación de estos

² Afirmación que sustentaremos en el capítulo sobre aspectos teóricos.

fenómenos. En épocas muy recientes, teóricas feministas han empezado a llamar la atención sobre la importancia de esta categoría analítica en la explicación de los movimientos y las acciones colectivas. Sin embargo, no podemos decir que se haya fundado una perspectiva teórica que vincule conflicto, acción colectiva y género, de tal manera que pueda dar cuenta sobre cómo influye el género en la protesta social y, a su vez, sobre cómo la protesta social contribuye a la resignificación de las relaciones sociales de género.

- b) Se hace evidente que la importancia del género en el análisis de las acciones colectivas ha sido opacada por enfoques neutrales, que no han tenido en cuenta las implicaciones de las diferencias en aspectos fundamentales para la explicación de las acciones colectivas, tales como: motivaciones para unirse a una acción colectiva; construcción de intereses comunes, identidades colectivas o creencias; construcción de solidaridad, o aspectos culturales que inciden en la construcción de significado para cimentar la acción colectiva, entre otros. En cuanto al análisis de los conflictos, no podemos olvidar que éstos se basan en necesidades e intereses y en las diferentes percepciones de esas necesidades y esos intereses, entonces la identidad de género se vuelve un determinante importante en la creación, mantenimiento y finalización de los conflictos sociales, políticos y violentos.
- c) Las teorías de género han tendido a hacer énfasis en el mantenimiento y la reproducción de las inequidades y las jerarquías de género, y han abandonado las investigaciones y el análisis sobre los procesos de resistencia, desafío, conflicto y cambio que se dan en diversas acciones colectivas, así su meta no sea la transformación de las inequidades y jerarquías de género. Un caso específico serían las organizaciones político-militares en Colombia. Las mujeres que participan en ellas se auto-reconocen como sujetos políticos que desafían y resisten lo culturalmente establecido. Los actores de estas organizaciones, tanto en procesos de guerra total como de negociación, desvinculación y re-inserción, han sido tratados de manera neutral, sin atender a las significativas diferencias que hay tanto para la participación en el conflicto como en la construcción de una estrategia que busque una salida negociada.

El primero, se refiere a la tendencia de los protagonistas políticos (guerrillas pero también militares o paramilitares), a organizar prácticas como el cobro sistemático de rescates después de los secuestros o la fijación de impuestos a la población, que terminan convirtiéndose en fines en sí mismos, y aproximándose a prácticas de bandidaje. El segundo remite a las interferencias entre protagonistas políticos y protagonistas económicos (los narcotraficantes) (Idem: 23).

Para este autor, hay un proceso de despolitización, puesto que los actores organizados que en principio reconoce con proyecto político dejan de privilegiar la lucha por esos proyectos, para convertir los medios (ejercicio de la violencia) en un fin en sí mismo. De igual manera, dichos actores entran en “interacciones estratégicas” con otros actores del conflicto que, de acuerdo con Pecaute, no son políticos, sino económicos, y que pueden ser colectivos o no, y en ese proceso domina la lucha por el control de los recursos existentes en las zonas de actuación, lo cual genera que su acción se reduzca a “simples redes de poder que disponen medios de coerción” (Idem: 24). Su expansión a partir de la década de los ochenta, por tanto, no se debe a un fortalecimiento de su proyecto político en interacción con otros sectores de la sociedad, sino al control sobre las riquezas del país (esmeraldas, oro, petróleo, productos agrícolas, etc.).

Esta perspectiva de análisis obtuvo significativo auge entre académicos y analistas del conflicto colombiano en la década del noventa, cuando se sostenía que “la suma de los objetivos económicos y políticos era una constante” (Gutiérrez, 2006: 16). Este marco de interpretación llevó a sustentar que las organizaciones subversivas (guerrillas) se habían despolitizado. “A más economía menos política. Y a menos política más espacio para la solución puramente militar, era la cadena del razonamiento dominante” (Idem: 17). Por lo tanto, su actuación obedecía exclusivamente a formas de crimen organizado y no a un proyecto organizativo y político; entonces la salida debía ser eminentemente militar, y el gobierno no debía instaurar ningún proceso de negociación con los actores.

En contraste, en un reciente libro, producto de una investigación realizada por el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional

(IEPRI), se afirma que si bien es cierto que el narcotráfico y otras economías ilegales han desempeñado un papel importante en los procesos de conflicto armado en Colombia, también lo es que hoy “el conflicto colombiano es más económico, más criminal y más político” (Idem: 17)³. Por lo tanto, en la actualidad es insostenible argumentar que las organizaciones guerrilleras no son organizaciones, que no son políticas, que no son actores colectivos o que su expansión corresponde exclusivamente a los intereses económicos. Nuevamente se propone una salida política al conflicto y se plantea al gobierno colombiano que inicie procesos de acercamiento y negociación con los actores del conflicto armado.

En esa relación fluctuante entre conflicto y negociación, entre guerra y paz, los actores insurgentes se mantienen a través del tiempo y del territorio, unas veces calificados como vándalos sin ningún proyecto distinto al del crimen organizado, y otras veces reconocidos como “[...] rebeldes con ideología, recursos y objetivos específicos contra el orden existente, es decir, que al menos teóricamente y a diferencia de las mafias, acumulan recursos y poder con una pretensión colectiva” (Sánchez, 2004: 64 citado en Sanín y Sánchez, 2006: 16)⁴.

En ese devenir de interpretaciones sobre el conflicto político, sus procesos, sus actores y las recomendaciones para la superación del mismo, los estudios actuales reconocen las limitaciones de análisis anteriores y proponen *nuevas vertientes*, tales como la de Ingrid Bolívar (2006) sobre “Los discursos emocionales y experiencias de la política”. Es una investigación sobre los discursos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC)⁵ en los procesos de

³ Se trata del libro de Gutiérrez, Francisco; Sánchez, Gonzalo, et al (2006). *Nuestra Guerra Sin Nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*. Bogotá. Norma.

⁴ Otros análisis presentan a los actores como delincuentes con convicción: “para señalar una diferenciación entre el delincuente por convicción (guerrillero) y delincuente tramposo (narcotraficante)”. El actuar delictivo del primero se regula básicamente por consideraciones morales, y el del segundo por “códigos culturales compartidos”. Las consideraciones morales del guerrillero pueden volverlo poco permeable, pero en la medida en que junto a la “ética de la convicción” (según es planteada por Weber) el guerrillero puede hacer un cálculo de consecuencias y costos (“ética de responsabilidad”) se abre la posibilidad de que tome en cuenta y respete criterios de acción y de interpretación culturalmente ajenos.

⁵ Estos actores se presentarán en el capítulo 3.

negociación entre 1998 y 2005⁶; en este mismo sentido, encontramos el análisis que hace Aguilera Peña (2006: 209-266) sobre las representaciones de los actores, destacando los mitos, héroes, discursos y programas del Ejército de Liberación Nacional (ELN). Al lado de la eficacia de los recursos, la organización y las armas, el autor rescata la centralidad de las tradiciones, los valores y el capital simbólico que tiene esta organización⁷.

Ni en los estudios tradicionales, ni en lo que llamamos *nuevas vertientes*, encontramos análisis sobre los actores colectivos del conflicto (grupos insurgentes)⁸, en los que se hayan analizado los factores estructurales (es decir, el sistema), el grupo y el individuo, para así comprender su conformación, sus procesos y su mantenimiento. No desconocemos que en la gran mayoría de investigaciones se ha hecho énfasis en uno u otro aspecto, de modo que se han presentado importantes aportes para el entendimiento del fenómeno. Sin embargo, consideramos necesario intentar una explicación que permita desvelar la construcción social de este tipo de actores, y que además se “transversalice” con la categoría estructurante de género. Esto sustentado en que los macro-análisis (las estructuras) fallan en considerar los procesos intermedios entre estructuras generales y comportamientos individuales. En este orden de ideas cobran sentido los grupos, las organizaciones, la comunidad, quienes también, por sí mismos, fallan porque se presenta el riesgo de llegar a una interpretación voluntarista en la que la acción insurgente aparece como una estrategia preferida por un grupo u organización. Un análisis de los individuos tendrá el riesgo de dejarnos en un estudio de factores netamente psicológicos y subjetivistas, que desconocería los otros aspectos (contexto o grupo, por ejemplo).

⁶ En otro apartado de este mismo trabajo describimos otros actores del conflicto armado colombiano.

⁷ Para mayor profundidad ver: Bolívar, Ingrid Johanna (2006). *Discursos emocionales y experiencias de la política. Las FARC y las AUC en los procesos de negociación del conflicto (1998-2005)*. Bogotá. Uniandes-Ceso. Aguilera Peña, Mario (2006). “ELN: entre las armas y la política”, en: Gutiérrez Sanín, Francisco; Sánchez Gonzalo, et al (2006). *Nuestra Guerra Sin Nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*. Bogotá. Norma, pp. 209-266.

⁸ Si bien es cierto que hay muchos escritos sobre la historia de los grupos insurgentes, sobre hitos significativos de inicio, aspectos ideológicos o aspectos contextuales que influyeron en su surgimiento, también lo es que aún son escasos los estudios que den cuenta de qué es lo que subyace a esos factores que podríamos llamar estructurales.

En este orden de ideas, y teniendo en cuenta las vertientes de análisis “abiertas”, relacionadas con la acción colectiva, y la importancia de la perspectiva de género, así como las opacidades que deja la revisión de las investigaciones recientes, especialmente cuando asumen a los grupos subversivos como “actores empíricos unificados”, sin tener en cuenta su naturaleza diversa, cambiante y compleja, privilegiando para su análisis los aspectos visibles (como la acción violenta), y sin dar la suficiente importancia a los procesos que subyacen a lo visible (percepciones de los militantes de la realidad externa, las dinámicas organizativas, construcción de identidades, etc), consideramos necesario profundizar sobre el conocimiento que se tiene de los grupos insurgentes, y estudiar especialmente aspectos individuales de quienes hacen parte del actor colectivo (tales como motivaciones, permanencia y desertión), así como procesos colectivos, como organización, construcción de identidad colectiva, etc. Estos aspectos cobran significativa relevancia si tenemos en cuenta que los individuos son parte protagónica del conflicto, y que es con ellos con los que se construye una salida negociada y sobre ellos se estructuran programas de desmovilización, re-inserción y prevención de ingreso de niños, niñas y jóvenes a los grupos armados.

De esta manera, consideramos que el objeto inicial de la investigación, sobre la participación de las mujeres en el conflicto armado, debía modificarse, de tal modo que diera cuenta de esos aspectos “no visibles” que subyacen a los actores colectivos. Es necesario conocer las motivaciones, las lógicas relacionales, las interacciones de los protagonistas del conflicto armado. Compartimos la tesis según la cual “la violencia no es sólo producto de estructuras, sino también el resultado de acciones y voluntades humanas” (Pizarro, 1996). Creemos que este tipo de actores son mucho más que un agregado de voluntades individuales o de “individuos desviados” y el resultado automático de estructuras políticas y económicas. Detrás de su accionar violento hay relaciones, construcciones de sentido, intereses compartidos, organización, hombres y mujeres con ideas políticas que se deben conocer, para la búsqueda de una resolución del conflicto.

Llegados a este punto, la propuesta inicial de un enfoque eminentemente descriptivo sobre la participación de las mujeres en el conflicto armado se había transformado en una investigación sobre los procesos⁹ y las relaciones que establecen quienes conforman las organizaciones subversivas, para que se produzca unidad entre las distintas partes, niveles y orientaciones de las organizaciones político-militares.

Consideramos que este análisis no puede hacerse desde enfoques que desconozcan las múltiples diferencias (de género, generación, etnia o clase), sino desde un enfoque que permita comprender cómo operan las diferencias en las relaciones sociales que se establecen para la conformación, puesta en marcha y mantenimiento de este tipo de actores y sus acciones. Por tanto, un enfoque de género¹⁰ permitirá descubrir los procesos mediante los cuales estos actores colectivos, a pesar de la diversidad existente entre quienes los conforman, se constituyen como tales, construyen organización y logran mantenerse a través del tiempo como actores colectivos actuantes en un contexto histórico y social específico.

Así, el objeto de la investigación derivó en comprender los procesos y las relaciones que subyacen a la conformación de un actor colectivo insurgente, y la manera como intervienen las relaciones y prácticas de género en dichos procesos. Para el logro de este propósito trazamos dos niveles de análisis: el primero está relacionado con los individuos que participan y permanecen en el movimiento. En este orden analizamos las construcciones de sentido de hombres y mujeres sobre el contexto, de igual manera indagamos los motivos para ingresar y permanecer, como también las construcciones de sentido sobre la acción violenta.

⁹ El concepto de procesos alude a un conjunto de acciones visibles e invisibles que mantienen unidos a un conjunto de individuos o actores a lo largo del tiempo.

¹⁰ La perspectiva de género permite enfocar, analizar y comprender las características que definen a mujeres y hombres de manera específica, así como sus semejanzas y sus diferencias. Desde esa perspectiva se analizan las posibilidades vitales de unas y otros, el sentido de sus vidas, sus expectativas y oportunidades, las complejas y diversas relaciones sociales que se dan entre ambos géneros; también los conflictos institucionales y cotidianos que deben encarar, y las múltiples maneras en que lo hacen. Contabilizar los recursos y la capacidad de acción de mujeres y hombres para enfrentar las dificultades de la vida y realizar sus propósitos, es uno de los objetivos de ubicarse en la perspectiva de género, y uno de sus resultados más prometedores.

En un segundo nivel, estudiamos los procesos colectivos que permiten integrar las construcciones de sentido y las voluntades de los sujetos que hacen parte del movimiento insurgente, de esta manera nos centramos en las relaciones, procesos y construcciones colectivas que permiten la conformación del actor colectivo: la organización y la construcción de marcos culturales que se constituyen en marcos de acción. Atendemos a las construcciones colectivas para conformar unidad entre las distintas partes y niveles del actor colectivo insurgente. De esta forma estamos afrontando la construcción colectiva del actor y de la acción, es decir, nos ocupamos de desvelar la construcción de un nosotros común.

A partir de estos dos niveles de análisis trazados, que se relacionan de manera circular y no lineal, buscamos dar respuesta a interrogantes como: ¿Cuáles son las motivaciones, los procesos y las relaciones a través de los cuales hombres y mujeres deciden hacer parte de un actor colectivo insurgente? ¿Cuál es la construcción de sentido individual y colectiva para los hombres y las mujeres implicados en una acción colectiva insurgente sobre las dimensiones económica, política, social y cultural de la sociedad colombiana, y cómo esa construcción de sentido ha influido en el desarrollo y el mantenimiento de la organización subversiva de referencia? ¿Por qué las personas entran en conflicto de diferentes maneras, con diferentes intensidades? ¿Cómo se produce la unidad entre los distintos actores, partes, niveles y orientaciones presentes en el tipo de actor y acción que nos ocupa? ¿Qué permite la cohesión y el mantenimiento de las organizaciones subversivas? ¿Hay construcción de identidades colectivas? ¿Influyen las relaciones y los roles de género en la construcción de identidad?

En relación con el objeto y el enfoque que asumimos, es evidente que el interés no está en la explicación causal del fenómeno, sino en el análisis relacional de los actores y de éstos con las instancias sociales para conocer la formación social del fenómeno que nos ocupa. En palabras más simples, son los *aspectos no visibles* de las organizaciones político-clandestinas los que nos conciernen. Plantear que son dichos

aspectos los que nos atañen no quiere decir que no queramos ver, sino que, en palabras de Borges, “para ver una cosa hay que comprenderla” (1976: 44).

La comprensión implica la reconstrucción del mundo de significados, sentimientos, motivos, valores y pensamientos del actor en conflicto. Siguiendo los planteamientos de la sociología de Weber, diríamos que nuestra búsqueda se ubica en el reto planteado por este autor en las primeras páginas de *Economía y sociedad* (1984: 4), cuando sitúa a las ciencias sociales en el desafío de tomar en consideración la subjetividad del actor sin por ello renunciar a las exigencias de objetividad de toda práctica científica.

Pretendemos, en términos de Beltrán, desempeñar el propósito de la sociología, que no es inventar el mundo social, sino descubrirlo: conseguir que las realidades sociales sean también categorías sociológicas, ya que descubrir algo es sobre todo conceptualizarlo. Descubrimiento que no es especular, pues de serlo sólo reflejaría lo dado, lo que es inmediatamente inescrutable, lo que la realidad ofrece como realidad y como apariencia engañosa:

Descubrir es pues, construir conceptualmente la realidad, pero no de manera arbitraria y caprichosa, sino de manera racional y de acuerdo con la cultura del discurso crítico, y construirla conforme con la propia realidad, explicando y destruyendo las apariencias engañosas. Construir conceptualmente la realidad es tanto como elaborar un mapa de la misma, mapa que no es la realidad ni su reflejo, pero que la representa, interpreta y hace inteligible. Y tal construcción existe siempre: o la hace la ciencia o la hace la ignorancia (Beltrán citado por Alonso, 1998: 21).

En concordancia, intentamos descubrir y hacer inteligible una realidad que aún no lo es: el mundo interno, relacional, simbólico y en ocasiones clandestino de las organizaciones subversivas, no desde una perspectiva neutral —insistimos—, sino desde la perspectiva de género¹¹.

¹¹ Un análisis con perspectiva de género no puede estar limitado a los roles, las necesidades básicas y los intereses estratégicos, sino que implica trabajar con las identidades de género. En el caso que nos ocupa, nos interesa revisar cómo estas identidades se afectan y/o modifican en las organizaciones insurgentes, en el ejercicio violento, y de qué manera influyen en la construcción del sistema de acción de acuerdo con los interrogantes planteados anteriormente. Cuando proponemos un análisis desde la perspectiva de género, no pretendemos dejar reducidos a hombres y mujeres a su condición de género; reconocemos que las subjetividades y el orden social no solamente están perfilados por la subordinación de género. Todos los seres humanos

Con esta perspectiva investigativa no pretendemos dar protagonismo a estos actores, simplemente hacer un aporte, desde el análisis y la academia, al conocimiento de quienes protagonizan y mantienen el conflicto, pero que a su vez pueden propiciar la resolución del mismo.

Una vez definido el objeto de investigación, los pasos siguientes implican señalar un grupo de referencia y la metodología que permita dar respuesta al objeto planteado.

1.1 Actor de referencia

Teniendo en cuenta que en el conflicto colombiano han confluído y confluyen diversos actores político-militares que presentan características diferentes en su surgimiento, conformación y actuación, era necesario resolver cuál sería el grupo de referencia. Fue una decisión difícil, por el riesgo de parecer que se está tomando partido por uno de los actores inmersos en el conflicto armado. No podemos olvidar que la confrontación en Colombia presenta niveles significativos y que la polarización emocional que nos envuelve implica incertidumbre frente a la decisión de hacer este tipo de investigaciones con uno u otro grupo. Este riesgo estará vigente no sólo en la delimitación del objeto y la metodología, sino en el desarrollo de la misma investigación; sin embargo, esto no debe sustraernos a la realización de investigaciones que consideramos necesarias, no sólo para hacer aportes a una salida negociada, sino para contribuir a pensar en una sociedad posconflicto a partir de los actores protagónicos.

estamos inscritos en una multiplicidad de relaciones de raza, clase, cultura, generación, etc., y ninguna tiene sentido por sí sola. En términos de Martha Colorado, “cada una de estas realidades define posiciones, subjetividades, representaciones del mundo o discursos que, incluso pueden entrar en contradicción con la situación de género” (2000: 19). En nuestras palabras, todas son categorías estructurantes tanto de la realidad como de las subjetividades, y por tanto un análisis desde la perspectiva de género no las niega, sino que las vincula e incluye. De ahí que trabajar con un enfoque de género no niega otras diferencias ni invisibiliza otras identidades, por el contrario puede visibilizarlas, por tanto es importante tener en cuenta que: a) el género no es un objeto o una herramienta estática en las acciones colectivas; b) sus significados dependen de manera muy estrecha de los contextos sociales y políticos; c) el género es construido y representado por actores culturales y por lo tanto es dinámico y flexible. La esencia del género puede variar de una cultura a otra, en la misma cultura en diferentes puntos y tiempos, y en diferentes grupos de una misma cultura. No es una categoría que pueda ser añadida como una pieza suelta o “como perlas de collar” (Marx, 1998). Más que una propiedad individual, concebimos al género como un aspecto emergente en situaciones sociales.

Es evidente que hacer este tipo de estudio en todas las organizaciones que convergen en el conflicto implicaba un programa de investigación más que un solo proyecto, y ni el tiempo, ni los desafíos metodológicos y analíticos lo permitían. Por lo tanto era fundamental tomar una decisión, basada inicialmente en la posibilidad de realizar la investigación con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) o con el Ejército de Liberación Nacional (ELN)¹². Los primeros contactos con los grupos se hicieron a través de internet. Las dos organizaciones estuvieron interesadas en participar; sin embargo, las condiciones que éstas presentaban eran diferentes. El ELN fue el que presentó mayor facilidad de acercamiento, así como mayor interés y apertura; a esto se sumó el acercamiento con algunas de sus militantes, y la revisión de trabajos previos que permitieron establecer diferencias y semejanzas entre un grupo y otro. Las características del ELN y el interés de sus hombres y mujeres para participar en el estudio fueron circunstancias que condujeron a que este grupo fuera escogido como el actor armado para realizar esta investigación.

El ELN es una organización insurgente que nace en 1964 en el Magdalena Medio santandereano. Ésta es una región ubicada en el centro-norte del país, que fue escenario, a mediados de los años sesenta, de las actividades de la guerrilla liberal, y hacia los setenta, del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y de importantes luchas obreras, debido a que en ella se encuentra el mayor centro petrolero de Colombia (Barrancabermeja). También se caracteriza por la irrupción de un fuerte movimiento estudiantil “liderado por la Asociación de Estudiantes Universitarios de Santander” (Audes) (Aguilera, 2006: 214)¹³.

La sustentación de esta elección nos lleva a transitar por algunos aspectos en los que convergen estos actores, pero también a detenernos en sus diferencias en cuanto a

¹² No desconocemos que las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) también son actores del conflicto, pero nuestro interés está centrado en organizaciones insurgentes, por tanto el actor de referencia debía escogerse entre las FARC o el ELN.

¹³ Todos estos aspectos se desarrollan en el capítulo sobre el actor de referencia. Por ahora es importante señalar que las FARC surgen en el sur de Colombia, región de luchas agrarias, y el ELN en el norte, región de luchas obreras y estudiantiles, lo cual no significa que en el norte del país no se dieron luchas agrarias.

surgimiento, conformación, militancia, entre otros. Esta lectura no la hacemos desde un examen exhaustivo de las FARC, pero tampoco pretende ser valorativo, simplemente procuramos destacar algunos aspectos que contribuyeron a asumir al ELN como actor de referencia.

En cuanto a las convergencias entre los dos actores, destacamos las siguientes:

- a) Su surgimiento está vinculado con el enfrentamiento de los partidos políticos tradicionales colombianos.
- b) En sus inicios adoptaron una opción eminentemente militar.
- c) Están ideológicamente inspirados en el marxismo-leninismo.
- d) Para distintos analistas (Aguilera, 2006; Pizarro, 2004; Medina, 2000; Hernández, 1998), un aspecto en el que coinciden ambas organizaciones es que tanto las FARC como el ELN han atravesado por varios periodos, que podrían sintetizarse en surgimiento, crisis y recomposición. Si bien algunos plantean fases intermedias, consideramos que lo más relevante de esta periodización es constatar que no se trata de entidades estáticas, sino cambiantes en el tiempo. En cada uno de los periodos señalados, estas organizaciones han tenido variaciones en sus distintos aspectos organizativos, ideológicos, políticos y estratégicos¹⁴. Estas transformaciones se han generado bajo la influencia de procesos externos (del contexto) e internos (de la organización). De dichos procesos, interesa destacar que, además de ser entidades cambiantes, los procesos han sido diferentes, y las organizaciones insurgentes han venido privilegiando bien sea la vía política o la vía militar. En el caso del ELN se destaca la vía política.

¹⁴ En la *Revista Simacota*, del 20 de septiembre de 2006, en el documento titulado “Los cinco momentos del ELN”, se plantea que su organización ha pasado por cinco etapas: la fundación (1964-1965), la primera crisis (1968-1974), el auge (1982-1989), la segunda crisis (1990) y la reafirmación actual. Las fechas que hemos colocado son aproximadas.

Las diferencias entre estos dos actores también son significativas:

- a) Con relación a su surgimiento, para Pizarro (2006), las FARC explican su origen como una resistencia armada de organizaciones campesinas ante las agresiones del Estado (mito fundacional de este grupo insurgente que continúa siendo tema de debate para historiadores y analistas):

[...] Las FARC no surgieron por iniciativa propia, sino como resultado de una agresión externa. El movimiento guerrillero incipiente no habría sido el que declaró la guerra al Estado; por el contrario, fue el Estado el que declaró la guerra a las organizaciones agrarias comunistas, las cuales se vieron obligadas a defender su vida mediante las armas. El discurso de Manuel Marulanda en San Vicente del Caguán se inscribe en la lógica propia de esta lectura de la historia” (Pizarro, 2006: 181).

Por el contrario, el surgimiento del ELN se plantea a partir de la necesidad de luchar contra un “sistema opresor”. En la voz de uno de sus fundadores:

“El ejército de Liberación Nacional es una organización político militar. Nace de la necesidad del campesinado de resolver sus problemas. La situación de miseria, de hambre, de enfermedades, de analfabetismo y de represión sufridas principalmente por nuestro campesinado, lo obliga a lanzarse contra el sistema opresor” (Entrevista a Fabio Vásquez Castaño por el periodista mexicano Mario Renato Menéndez, citada por Vargas, 2006: 136).

En los inicios del ELN se hace evidente el entrecruzamiento de luchas sociales (estudiantes, sindicatos, paros cívicos) que ha llevado a los analistas a plantear que en su origen subyacen connotaciones políticas más que militares; son dinámicas sociales y regionales las que aportan el tejido social sobre el cual esta organización se implanta y desarrolla; “es la violencia política intentando transformarse en acción revolucionaria” (Idem: 143)¹⁵.

- b) Otro aspecto de significativa diferencia entre estas dos organizaciones es la relación que han establecido con las comunidades y personas en sus zonas de influencia. En palabras de Aguilera:

¹⁵ Para Alfredo Rangel (1998), las FARC fueron un movimiento campesino en busca de ideología, y el ELN una ideología en búsqueda de movimiento campesino. Ver: *Colombia, guerra en el fin de siglo*. Bogotá, Tercer Mundo Editores.

Mientras las FARC han privilegiado el copamiento y control territorial sin que exista en muchas regiones una relación con los campesinos distinta a la fuerza o al ofrecimiento de seguridad, en el ELN su menor y pausado crecimiento es atribuible en buena medida a la pretensión de expandirse sobre la base de apoyos fundados en procesos de organización social. La diferencia es notoria, no obstante que las FARC fueron los primeros operadores de la idea de ganar masas a través de generar formas de organización campesina o de penetrar en las lideradas o articuladas al Estado como las juntas de acción comunal (2006: 212).

- c) La cohesión interna del ELN, explicada por Aguilera (2006), se da a partir de las nociones marxistas-cristianas y del capital político que pudo acumular esta organización con la estrategia de poder popular. Aspecto que nosotros reconocemos y que a su vez abordamos en esta investigación a partir de la construcción de identidad colectiva. Coincidimos con los analistas en afirmar que ésta es una característica que marca importantes diferencias con el resto de grupos insurgentes en Colombia.
- d) El contexto en el cual surge el ELN influye para que su composición sea significativamente diversa (campesinos, obreros, estudiantes, hombres, mujeres). Su ideario político se ha venido fundamentando a partir de convocar a distintos sectores de la sociedad para construir el proyecto de búsqueda de solución a los múltiples problemas estructurales que vive el país. Es una organización que presenta diversos niveles en la conformación de la acción colectiva (militantes, milicianos, combatientes, trabajo de masas), factores que posibilitan el desarrollo del objeto de este trabajo. De igual manera, en su proceso de transformación ha venido privilegiando la acción política frente a la acción militar, lo cual los ha llevado a un mayor acercamiento con la población civil en la búsqueda de lo que denominan “construcción de poder popular”, argumentando que su interés hoy está en construir con otros una sociedad diferente, y reconociendo incluso que el privilegio a la acción militar que dieron en sus inicios fue un error.
- e) En relación con el programa político, ambas organizaciones coinciden en algunos aspectos, en particular en lo que concierne a la necesidad de avanzar en una reforma agraria. Sin embargo, algo que es importante destacar es que en “el programa de lucha” propuesto por el ELN aparecen dos consideraciones que

reivindican la equidad de género: el primero, conceder a las mujeres sus legítimos derechos, y el segundo, evitar cualquier forma de discriminación asociada a la condición de género. Ambos aspectos resultan coherentes con los procesos que convergen en el surgimiento de dicha organización, en los que las mujeres ocuparon un lugar destacado, pero en los que luego pierden protagonismo.

Después de identificar algunas semejanzas y diferencias entre estos dos actores del conflicto armado, se eligió al ELN como grupo de referencia debido a diferentes factores, entre ellos, sus características organizativas: a) su génesis, en la que encontramos la confluencia de diversos sectores sociales, b) su cohesión interna (que inicialmente reconocimos mediante la lectura de otras investigaciones), c) sus procesos de transformación con relación a la acción que llevan a cabo, y d) la disposición tanto de la organización como de sus militantes para participar en la realización de este trabajo, en el que se pudo incluir tanto a líderes de la organización, como a hombres y mujeres que se ubican en cualquiera de sus niveles organizativos (militantes, combatientes y milicianos).

Consideramos de vital importancia hacer un análisis sociológico de los actores del conflicto político colombiano, por el lugar preponderante que dichos actores tienen dentro del conflicto armado, por las continuas negociaciones y por la imperiosa necesidad de una búsqueda de solución a un conflicto de larga duración.

1.2 Estrategia metodológica

Metodológicamente, destacamos que los trazos fundamentales se definieron paralelamente y en correspondencia con el objeto planteado. Recordemos que no construimos objetos de conocimiento, ni nos aproximamos a ellos, por fuera de referentes epistemológicos y perspectivas teóricas; por tanto, cuando el interés está en intentar comprender y descubrir una realidad como la que hemos referido, y en la formulación expresa de pretender conocer sujetos en relación y procesos, hay una

determinación para la realización de una investigación cualitativa, cuyo requisito fundamental es que los sujetos, además de tener una serie de particularidades, accedan al proceso y se impliquen en él.

Una de las características principales de la investigación cualitativa es su planteamiento de “ver” acontecimientos, acciones, normas, valores, etc. desde la perspectiva de las personas sujeto de investigación, y penetrar los contextos de significado con los cuales ellos actúan. En palabras de Alonso, “la tarea de este tipo de investigación es, por tanto, descubrir la naturaleza del mundo social a través de la comprensión de cómo la gente actúa y da sentido a sus propias realizaciones vitales” (1998: 25).

Para acceder a ese mundo social, a esas experiencias inter-subjetivas, se requieren técnicas y prácticas que permitan la reconstrucción comunicativa e interactiva de esos mundos y conocimientos internos, a través del diálogo, de la observación directa, de la participación activa. Sin embargo, en concordancia con la condición de los sujetos con los que se trabaja, no es posible la observación directa, ni la participación activa, pero sí la relación dialógica, que nos permite desvelar aquello que no es perceptible de otra manera. Cuando ubicamos el lenguaje como una forma prioritaria para acceder al conocimiento, no recurrimos a él con la pretensión de explicaciones lingüísticas de lo social, sino, en términos de Luis Enrique Alonso, reconociendo las imprescindibles y complejas funciones que cumple el lenguaje en la constitución de lo social.

Teniendo en cuenta que esta investigación intenta abordar dos planos de análisis en los procesos de los actores colectivos insurgentes: el individual y el colectivo, las técnicas a través de las cuales se desarrolló esta investigación fueron las entrevistas en profundidad (o entrevistas no estructuradas) y el análisis documental:

a) **La entrevista cualitativa en profundidad** se constituye en una técnica flexible y dinámica que se logra mediante una narración conversacional creada conjuntamente por el entrevistador y el entrevistado. Su propósito no es encontrar “algo” que está en la mente de una persona, tampoco es “poner cosas en la mente de esa persona” (como

las categorías preconcebidas del investigador)¹⁶; el propósito es conocer motivaciones¹⁷, sentimientos, pensamientos, intenciones, conductas, hechos y acontecimientos pasados. Estas entrevistas permiten indagar y conocer la manera como la gente ha organizado el mundo, y acceder a los significados que los entrevistados le atribuyen a lo que está ocurriendo en el acontecer cotidiano. Recurrir a la entrevista como técnica tiene como propósito situarnos en la *perspectiva del otro*. La entrevista cualitativa supone que la perspectiva de los otros es significativa, conocible y capaz de hacerse explícita. “La tarea del entrevistador es, desde el punto de vista weberiano, hacer posible que la persona siendo entrevistada, lo lleve a su mundo, posibilitando así su interpretación correcta” (Mella, 1998: 45).

Las entrevistas fueron realizadas, en algunas ocasiones, cara a cara, tanto en el contexto urbano como en el rural, y en otras, dadas las características y condiciones de los sujetos investigados, a través de internet. Estas entrevistas fueron grabadas en audio, posteriormente transcritas y procesadas a través del software para datos cualitativos ethnograph. Con esta técnica accedimos a las voces individuales; sin embargo, sabemos que en el análisis de actores colectivos las entrevistas son necesarias pero no suficientes, nos permiten indagar el nivel individual, pero dejan sin abordar el nivel colectivo, lo cual hace fundamental recurrir al análisis documental, el cual nos permitió indagar el segundo nivel de análisis: los aspectos colectivos que subyacen al actor colectivo insurgente.

b) El análisis documental fue desarrollado con base en tres tipos de documentos: documentos de la organización (escritos internos sobre las conclusiones de los cuatro

¹⁶ Como lo plantean Glaseer y Strauss (1967), el investigador no se aproxima a la realidad en “blanco” como “tabla rasa”, sino que debe tener una perspectiva que lo ayude a ver datos relevantes y abstraer categorías significativas para su análisis de los datos.

¹⁷ El concepto de motivación lo utilizamos en el sentido que le otorga Schütz, esto es, que busca las razones que explican la acción de los actores, referido a la historia de los sujetos como elementos de un colectivo: “la investigación es, pues, un estudio sobre los procesos concretos de socialización que no da por supuesta ninguna super-socialización o sobre-socialización automática, ya sea ésta positiva o negativa, ni tampoco, por otro lado, esa explicación motivacional en sociología debe suponer ninguna deriva psicologista o mentalista, sino aceptación del carácter reflexivo de la actividad humana, realizado a partir de su lenguaje” (citado por Alonso, 1998: 53).

congresos realizados¹⁸); documentos de circulación en internet (que hacen referencia a la historia, las directrices y los contenidos ideológicos y políticos de la organización), y prensa y revistas de circulación nacional e internacional, que permitieron contrastar la información obtenida en las entrevistas en profundidad. El procesamiento de la información obtenida a través de documentos se procesó en el mismo programa informático.

Los informantes fueron hombres, mujeres y niños de diferentes condiciones de género, procedencia, edad y nivel que ocupan en la organización. Debían cumplir con los siguientes criterios:

- Tres años de permanencia en la organización
- Pertenecer a cualquier nivel organizativo
- Querer participar en la investigación

Se hicieron entrevistas a hombres, mujeres, niños y niñas con rango dentro de la organización, y a otros sin ningún liderazgo, que estuvieran tanto en el área rural como en el urbano (hasta alcanzar el punto de saturación en los dos escenarios). En total se realizaron 35 entrevistas en profundidad. Se trabajó con personas que han estado en la cárcel, con discapacitados por el ejercicio de la confrontación armada, con personas que han estado en procesos de negociación en la búsqueda de una salida negociada, y con personas que consideran que no es posible en Colombia una salida negociada al conflicto. En fin, se trató de cubrir el mayor corpus posible en cuanto a tipologías de personas que hacen parte del grupo de referencia. Como técnica de contraste se realizó un grupo focal con hombres y mujeres de la organización. Los resultados permitieron profundizar algunos aspectos que aún no se lograban cubrir con las entrevistas debido a la complejidad del actor que nos ocupa.

La muestra cualitativa fue homogénea y se obtuvo mediante el procedimiento de “bola de nieve”. Los primeros contactos fueron posibles porque previo a esta investigación

¹⁸ El congreso es la máxima instancia de toma de decisiones en la organización. En los 44 años de existencia se han realizado cuatro congresos.

realizamos un estudio sobre la participación de las mujeres en organizaciones sociales, en sectores marginales de la ciudad de Cali. Durante dicho proceso tuvimos contacto con mujeres que hacían parte tanto de esas organizaciones como de grupos insurgentes. De manera informal en las reuniones que se realizaban con motivo del estudio que adelantamos entre 1998 a 2001 fue surgiendo la inquietud de analizar la participación de las mujeres en diferentes tipos de organizaciones, no solo sociales, sino políticas, incluyendo los grupos insurgentes. De esta manera se manifestó la importancia de conocer la participación de las mujeres en organizaciones político-militares, interés que fue bien recibido por un grupo de participantes quienes posteriormente y de manera privada manifestaron su militancia en grupos insurgentes. Con ellas se iniciaron los primeros contactos y fue a través de su interés que se fue estableciendo el proceso de acercamiento que se prolongó durante un periodo de un año para consolidar el proceso de bola de nieve.

De acuerdo con el objeto de investigación y el camino escogido para desarrollarla, el grueso de este trabajo lo constituirá la descripción, interpretación y análisis de los datos obtenidos, de tal manera que nos permita desempeñar el propósito de la sociología, que no es inventar el mundo social, sino descubrirlo: conseguir que las realidades sociales sean también categorías sociológicas, ya que descubrir algo es sobre todo conceptualizarlo.

En síntesis, la investigación se desarrolló con base en dos niveles de indagación, que atendieron de manera satisfactoria las técnicas escogidas (entrevistas y análisis documental), las cuales permitieron la lectura del fenómeno colectivo que nos ocupa en un nivel individual en el que se indagaron construcciones de sentido, motivaciones, permanencia, entre otros, y un nivel colectivo en el que se indagó por la organización y sus marcos de acción: construcción de injusticia, identidad y agencia.

La información fue organizada en categorías analíticas previas y emergentes:

- Actividades y experiencias previas al ingreso en la organización
- Motivaciones para el ingreso

- Condiciones para el ingreso
- Rutas y procesos para llegar a la organización
- Aspectos y factores que hacen que se permanezca en la organización
- Aspectos y factores que llevarían a dejar la organización
- Definición de sí mismos y del tipo de acción
- Construcción de sentido sobre la participación
- Construcción de sentido sobre el ejercicio violento
- Visión y construcción de sentido sobre la realidad colombiana: ¿qué considera justo y qué injusto?
- Aportes de este tipo de acción colectiva a la sociedad colombiana
- Posibilidades y obstáculos para la acción
- Logros e impedimentos de la acción: procesos de cambio social en cinco décadas
- Experiencias negativas y positivas en la organización
- Vivencias individuales y colectivas positivas y negativas
- Vida cotidiana y acción colectiva insurgente

Como lo enunciamos en un principio, el interés en este tipo de estudio, que abarca a los actores y los procesos, no tiene otro fundamento que la contribución para una salida política, o en otros términos, para una salida negociada. En este sentido, Alejo Vargas, en la introducción de su libro *Las Fuerzas Armadas en el conflicto colombiano* (2002), señalaba como prioritario para la salida negociada el “conocimiento de los actores de la confrontación armada, su historia, sus estrategias, su transformación”, y nosotros agregaríamos sus procesos. Reconocer los actores del conflicto armado y sus procesos en su dimensión y desde sus voces no equivale a una opción por el conflicto y/o la guerra, sino a comprender sus lógicas, sus relaciones y sus raíces, para así lograr un camino hacia la superación no ficticia, ni momentánea, ni superficial, sino definitiva.

Una vez delimitado el objeto y el método, en el siguiente capítulo nos ocuparemos de establecer los aspectos teóricos iniciales, que nos permiten consolidar el objeto y analizar los datos obtenidos.

1.3 Diagrama metodológico

NIVELES DE ANÁLISIS



Claves teóricas. Violencia, insurgencia y género en el análisis de los actores

Pronto descubriremos que movimientos, identidades, gobiernos, revoluciones, clases y otros nombres igualmente colectivos no representan objetos fijos, impenetrables, claramente delimitables, sino abstracciones de los observadores a partir de unas interacciones continuamente negociadas entre personas y conjuntos de personas, McAdam (Tilly y Tarrow 2005: 13)

En el capítulo anterior delimitamos el interés de esta investigación, el cual se fundamenta en comprender los procesos y las relaciones que subyacen a la conformación de un actor colectivo insurgente, y la manera como intervienen las relaciones y prácticas de género en dichos procesos. Este propósito nos lleva a centrarnos en uno de los principales elementos de análisis de los acontecimientos conflictivos: los actores.

De acuerdo con los planteamientos de María Luz Morán (2008), los actores son uno de los elementos a tener en cuenta para el análisis de los acontecimientos y procesos conflictivos¹⁹. Desde nuestro punto de vista, los actores tienen un lugar preponderante en el análisis del conflicto, no solamente como parte del mismo, sino porque también desempeñan un papel importante en los demás aspectos de análisis, sean éstos los

¹⁹ De acuerdo con Moran (2008), los principales elementos de análisis de los procesos conflictivos son: a) los distintos actores que se encuentran vinculados de forma directa o indirecta. Pueden ser instituciones, organizaciones, movimientos y grupos de distinta naturaleza que juegan algún papel en el origen y la evolución del conflicto. b) Los procesos de desarrollo del conflicto, que deben dar cuenta de las distintas fases que atraviesa el conflicto y, dentro de cada una de ellas, de los cambios en las estrategias de los actores y sus consiguientes pautas de movilización, así como de las posibles transformaciones en el modo en que se plantean las demandas. c) Con base en el concepto de *repertorio*, planteado y definido por Tilly (1978) “como los medios alternativos de actuar conjuntamente en base a intereses compartidos”, considera que este concepto es muy útil para analizar el modo en que los conflictos son moldeados por las demandas específicas de los actores. De este modo, sustenta con base en los planteamientos de Tilly que, si bien “los repertorios están determinados por factores de tipo racional y estratégico, es inevitable admitir que la elección y los cambios en los repertorios dependen también de las identidades de los contendientes, así como de la historia acumulativa de las luchas colectivas. En definitiva, el concepto de repertorio introduce componentes estructurales, culturales e históricos en el análisis del modo en que los actores se expresan en el contexto de los conflictos sociales. En este sentido, su análisis permite ir más allá de una dimensión puramente instrumental del conflicto —las formas en que se expresa, en que se hace visible— en cuanto se afirma la influencia de estos mismos medios en el propio desarrollo del conflicto. d) Las políticas dirigidas a la resolución de los conflictos. Desde el punto de vista de la autora, éste ha sido un tema poco asociado a las investigaciones sobre conflictos sociales que trabajan desde la perspectiva de la sociología de la movilización, y pertenece más bien al campo politológico, más concretamente a los estudios sobre pacificación.

procesos de desarrollo del conflicto o el modo en que éste es moldeado por las demandas específicas de los actores y en las políticas dirigidas a la resolución de los conflictos. De ahí que se conviertan en un interés primordial para el análisis.

El hecho de privilegiar a los actores en nuestro “objeto de estudio” influye para que, en el logro del propósito trazado, la mayor parte de este trabajo esté basado en datos empíricos que nos llevan a hablar de hombres y mujeres reales, lo cual no excluye la importancia de un prisma conceptual que permita la lectura, descripción y análisis que presentaremos en otros apartados. Como bien lo sabemos, la investigación requiere tanto de teoría como de búsqueda empírica: sin preguntas teóricas el investigador da “palos de ciego”; sin contrastación empírica puede que sólo nos quedemos en elucubraciones más o menos acertadas.

En este orden de ideas, el objetivo de este capítulo es presentar los principales referentes teóricos y algunas reflexiones que permitan construir un marco de análisis para el estudio y la interpretación de los procesos y relaciones que establecen hombres y mujeres para conformar un actor colectivo político militar, como un actor específico de los procesos y acontecimientos conflictivos que ocurren en Colombia. En otras palabras, lo que nos interesa es desvelar lo que “yace detrás” del movimiento insurgente, y comprender la construcción social del mismo.

El análisis del tipo de actores que nos ocupa nos remite inicialmente a algunas dificultades: a) en su análisis, se ha privilegiado a las formas de acción violenta. De esta manera, se ha “estudiado un medio de acción” sin comprender al actor, b) existen múltiples denominaciones y valoraciones (a las que no somos ajenos), tanto en el contexto en el que se desarrolla esta investigación, como en otros contextos en los que han emergido dichos actores, sin que hasta ahora se logre consenso al respecto. Por ello, en ocasiones pareciera que se alude a diversos fenómenos colectivos (grupos insurgentes, movimientos subversivos, guerrillas, movimientos de liberación nacional, grupos armados, organizaciones político-militares, grupos terroristas —en un lenguaje

global—)²⁰. En nuestro caso, asumimos que son actores insurgentes político-militares. Tomamos esta denominación para diferenciarlos de otros actores político-militares que también están en el contexto de conflicto, cuya característica no es el levantamiento frente al Estado y que por supuesto no son objeto de nuestro análisis. En estrecha relación con estas limitaciones, consideramos que un punto de partida importante para el análisis de los procesos a través de los cuales se consolidan estos actores es delimitar sus especificidades²¹. Para delimitar dichas especificidades consideramos necesario plantear tres argumentos como puntos de partida:

- a) Las organizaciones político-militares o de guerrilla representan un fenómeno colectivo particular y una modalidad específica de *acción colectiva contenciosa* (Tarrow, 1997: 19) que se desarrolla en un contexto social, histórico y político determinado. La acción colectiva se convierte en contenciosa cuando es utilizada por actores colectivos que no tienen acceso regular a las instituciones, que actúan en nombre de reivindicaciones nuevas o no aceptadas y que se conducen de un modo que constituye una amenaza fundamental para otros o para las autoridades (Tarrow, 2004: 24).

De acuerdo con el mismo autor, este tipo de acción es el factor común que subyace a los movimientos sociales y a las revoluciones; nosotros agregaríamos que subyace además a las organizaciones insurgentes, que en cuanto tales, han sido insuficientemente analizadas por la literatura de referencia, en su conformación y mantenimiento.

²⁰ La denominación para estos grupos sigue siendo confusa; al parecer, se utilizan distintos términos para referirse a un mismo fenómeno: guerrillas (Wickham-Crowley, 1992), grupos insurgentes (Desai y Eckstein, 1990), organizaciones político-clandestinas (Della Porta, 1995), guerrilla o movimiento de liberación nacional (Gandolfi, 1989), grupos terroristas (en un lenguaje global), insurgentes y no revolucionarios (Pizarro, 1994). Por el momento, no existe un consenso (nacional o internacional) en cuanto a la delimitación en el uso de las mencionadas expresiones.

²¹ Para el caso colombiano, el actor que nos ocupa tanto en el ámbito internacional como en el nacional es un grupo terrorista. Sin embargo, compartimos con Munkler que al denominar *terrorista* a determinados actos de violencia, lo que se quiere por regla general es negar toda legitimidad política. Así pues, en la política internacional, tiene la función de un concepto excluyente. A los actores a los que se apostrofa de ese modo se les da a entender que sus peticiones no son negociables, o que no lo son en todo caso mientras se sigan sirviendo de determinadas formas de violencia (2005: 131).

- b) Las organizaciones insurgentes político-militares son fenómenos colectivos en los que, para su formación y mantenimiento, los actores producen significados, comunican, negocian, crean identidades y toman decisiones. Los actores son capaces de ir más allá de un esquema de estímulo-respuesta. En estrecha relación con esto, específicamente las organizaciones político-militares no pueden ser consideradas exclusivamente como el efecto de precondiciones estructurales, sino como producto de procesos sociales diferenciados, de orientaciones de acción, de elementos de estructura y motivación que pueden ser combinados de maneras distintas. El problema del análisis se centra, de esta forma, en la explicación de cómo esos elementos se combinan y unen, de cómo se forma y se mantiene este tipo de actor colectivo.
- c) De igual manera, sostenemos que, aunque son actores políticos que privilegian un tipo de acción y cuya meta —por su puesto— no son las transformaciones de género, están “generizados”²² en diferentes aspectos (en su composición, en las construcciones de sentido individual, en las construcciones culturales, o en las estructuras y dinámicas organizativas). Por tanto, la perspectiva de género nos permite desvelar textos relacionales y aspectos de congruencia entre sujetos culturalmente diversos, y además contribuirá a que tengamos una mirada más compleja de los actores político colectivos, que generalmente han sido analizados como entidades unitarias y neutrales en las que pareciera que prevalece una sola racionalidad.

Teniendo como telón de fondo los anteriores argumentos, intentaremos construir un marco de análisis que nos permita dar cuenta de los procesos que subyacen a los aspectos más visibles de la acción (actos de violencia, acontecimientos o movilizaciones). Estos aspectos visibles son las manifestaciones de un proceso que actúa a nivel analítico, normalmente ignorado, y más aún para los fenómenos

²² Cuando Acker afirma que “una organización, o alguna otra unidad analítica, es generizada” quiere decir que ventajas y desventajas, explotación y control, acción y emoción, significado e identidad están moldeados en términos de distinción entre hombres y mujeres, masculino y femenino, y mediante esos mismos términos. El género no es una adición fuera del proceso, concebida como género neutral. Es una parte integral de los procesos, que, si no se conserva, no permite la propiedad de entendimiento en análisis de género (1990: 146).

colectivos que nos ocupan, en los que el eje de análisis ha sido la violencia. Aunque nuestro objeto no se define en las acciones violentas de estos actores, consideramos importante delimitar de qué manera entendemos la violencia que desarrollan como medio de acción, más aún si ésta se constituye en un factor fundamental de estos actores.

2.1 Sobre la violencia

Concretar el concepto de violencia como acción, no solamente implica elaborar una definición de carácter científico y operativo que permita comprenderla y explicarla, sino que también conlleva problemas de carácter moral y ético, y por tanto filosófico, e implica visiones objetivas y subjetivas, lo cual hace que, en términos de Sorel, “los problemas de la violencia sigan siendo muy oscuros”²³ (Sorel, citado por Arendt, 1969: 49) afirmación que es tan cierta ahora como lo era entonces. El punto de partida para analizar el fenómeno de la violencia en general y de la violencia política en particular debe situarse en el reconocimiento de su complejidad; como lo plantea Ignacio Martín Baró (2003), “no sólo hay múltiples formas de violencia, cualitativamente diferentes, sino que los mismos hechos tienen diversos niveles de significación y diversos efectos históricos” (2003: 74).

De acuerdo con Wieviorka, los análisis sobre violencia política han estado dominados por dos grandes paradigmas: el primero es el neofuncionalista, que explica la violencia política en función del sistema político o del Estado. Por tanto, ésta es el resultado de la crisis, de fallas a ese nivel. Esta perspectiva fue desarrollada especialmente durante los años sesenta y setenta y su principal planteamiento es que “la violencia política es una conducta desarrollada como reacción a los cambios de posición relativa de los individuos o de los grupos afectados” (1992: 1).

El segundo paradigma surge a partir de las fuertes críticas que suscita el primero, en los años setenta, especialmente en los teóricos de la movilización de recursos

²³ Georges Sorel (1961) *Reflections on Violence, Introduction to the first publication* (1906), Nueva York.

(Oberschall, 1973) y que conciben la violencia como un medio al servicio de la obtención de fines políticos que pueden ser muy diversos: crear un proceso revolucionario, tomar el poder del Estado, convertirse en un protagonista político y entonces institucionalizarse, revelar la verdadera naturaleza de un Estado, activar el despertar de una clase o una nación. En esta perspectiva, la violencia tiene un carácter instrumental, es un recurso entre otros, y el actor ya no se define por sus frustraciones y reacciones, sino por sus intenciones, cálculos y estrategias (Tilly, 1998).

Desde nuestro punto de vista, y a partir del fenómeno que nos ocupa, la segunda vertiente nos aportaría elementos de entendimiento para las acciones violentas que desarrolla el actor de referencia; sin embargo consideramos que, debido al escalamiento del conflicto y al carácter e intensidad de las acciones violentas que se llevan a cabo en el contexto colombiano, es necesario establecer diferencias entre acciones violentas y acciones terroristas. En este sentido, consideramos que una clave de análisis importante a la hora de establecer esta distinción es la diferenciación entre el proyecto ético-político (fin) y el proyecto militar armado (medios). En este sentido, es importante recordar que para las organizaciones insurgentes su proyecto es político, la razón de ser de estos actores no es la acción violenta, ni tampoco es el único tipo de acción que llevan a cabo. Sin embargo, “cuando para conseguir un fin no importan los medios utilizados: no hay selección de objetivos, no se analizan las consecuencias sobre sectores ajenos al conflicto, creemos que podemos hablar de medios terroristas y de organizaciones terroristas” (Sancho, 2003: 38).

No es nuestro propósito agotar el debate entre acción violenta y acción terrorista o entre organizaciones terroristas y no terroristas, con lo anterior pretendemos puntualizar que, de acuerdo a la intensificación del conflicto, los actores insurgentes político-militares pueden llegar a desarrollar no sólo acciones violentas, sino en algunos casos terroristas, sin embargo no son organizaciones terroristas en la medida en que su razón de ser no es la acción violenta indiscriminada, ésta sigue siendo un medio para la consecución de un fin. En las organizaciones insurgentes la violencia no es una lógica de acción, es decir no define al actor, ni sus móviles de lucha, cuando

esto sucede la violencia es extrema, sin límites, y el orden de los fines y de los medios se invierte. Lo importante es el terror, que se convierte en el objetivo de los terroristas (Wieviorka, 1992: 2-3).

En toda definición no existen absolutos, por tanto creemos que este debate no puede entorpecer la búsqueda de explicación y comprensión del fenómeno colectivo que nos ocupa.

2.2. Especificidad de los actores colectivos insurgentes

No conviene avanzar con demasiada premura en la exposición de las principales ideas que guían nuestra argumentación, sin antes definir las especificidades de este tipo de organizaciones. Para ello recurriremos, en primer lugar, a la comparación con otros actores políticos colectivos mejor definidos desde el punto de vista teórico, para resaltar finalmente las particularidades distintivas de las organizaciones insurgentes político-militares y argumentar por qué planteamos que son actores político colectivos que desarrollan un tipo específico de acción.

Según McAdam et al (2005), en un “modelo simple de sistema político” pueden confluir diversos actores políticos colectivos o individuales. De acuerdo con los mismos autores, los actores políticos colectivos se constituyen por conjuntos de personas —y relaciones entre personas— cuya organización interna y cuyas conexiones con otros actores políticos mantienen una sustancial continuidad en el tiempo y en el espacio. “Se distinguirán porque tienen un nombre, una organización interna e interacciones repetidas entre ellos en el dominio de la política pública” (2005: 12-13).

De acuerdo con Tilly, los actores en un modelo simple de sistema político son diversos, y distingue a *agentes del gobierno*; *miembros del sistema político* (actores políticos constituidos y que gozan de acceso rutinario a los organismos y recursos gubernamentales); *desafiadores* (actores políticos constituidos que carecen de acceso

rutinario a dichos organismos y recursos); *sujetos* (personas y grupos no organizados, en el momento, como actores políticos constituidos), y *actores políticos externos*, que incluyen a otros gobiernos. Desde nuestro punto de vista, las organizaciones político-militares serían desafiantes; sin embargo, ubicarlos en este lugar nos lleva necesariamente a señalar sus especificidades, porque en contextos de conflicto pueden confluir con otros actores colectivos que, aunque ubicándose también como desafiantes, pueden coincidir en algunos aspectos y a su vez distinguirse de forma significativa. Por tanto, inicialmente nos detendremos en señalar las características de los actores político-militares que nos ocupan²⁴.

Según el tipo ideal de movimientos sociales, éstos comparten su ámbito de intervención no convencional. Es decir, su actuación se define al margen de la política institucional, y de igual manera comparten estrategias conflictivas de movilización social y acción colectiva²⁵. Otro factor de encuentro entre estos dos actores políticos colectivos es la militancia comprometida, que se constituye en el recurso más importante con el que cuentan, la cual es recompensada mediante incentivos colectivos.

Así como hay puntos de encuentro entre estos dos tipos de actores políticos colectivos, también hay significativas diferencias. Mientras las organizaciones insurgentes se estructuran de forma vertical y jerárquica, los movimientos sociales generalmente lo hacen de forma horizontal e informal. Paralelamente, las organizaciones insurgentes —al menos en sus inicios— pretendían apoderarse del poder político para transformarlo, mientras que los movimientos sociales pretenden influir en el ámbito político. Los discursos de las primeras (organizaciones

²⁴ Este apartado sobre actores políticos lo desarrollamos con base en los planteamientos y distinciones que realiza Martí (2004: 1-2) en el documento "Cómo analizar los movimientos sociales en América Latina. Los movimientos transgresores", *América Latina Hoy*, 36 (en prensa).

²⁵ Analistas colombianos, como Mauricio Archila, plantean que movimientos sociales, huelgas y protestas sociales son actores sociales, y en consecuencia participan de conflictos sociales. Define los movimientos sociales "como una forma de acción social colectiva que enfrenta injusticias, desigualdades o exclusiones, es decir que está inmersa en conflictos que abarcan todas las dimensiones de la sociedad y no solo la económica" (2005: 74). En concordancia, los movimientos sociales se inscriben en la dinámica de construcción de consenso y no de imposición por la fuerza, como es el caso de las organizaciones político-militares. A partir de estos planteamientos, no hay puntos de encuentro en las acciones conflictivas entre estos dos actores.

subversivas) son globales, aluden a todas las dimensiones de la estructura social, mientras que los movimientos sociales pueden centrarse en una sola temática, o en una gran variedad pero poniendo énfasis en una única dimensión (Martí, 2004). Finalmente, una de las diferencias que consideramos de mayor relevancia es que las organizaciones político-militares se definen por el recurso a la “lucha armada”²⁶.

Con relación a los actores políticos convencionales, como los partidos políticos, los puntos de encuentro son poco probables, por dos factores fundamentales: el primero, porque las organizaciones subversivas no comparten con los partidos políticos aquello que los define: la participación en elecciones. En términos de Sartori, un partido político es “cualquier grupo identificado por una etiqueta oficial que se presenta a las elecciones y puede sacar en elecciones (libres o no) candidatos a cargos públicos” (1994: 89). En este mismo sentido, Panebianco distingue a los partidos políticos de cualquier otro actor político porque éste sólo opera en el escenario electoral y compite por votos (1995: 34).

Las organizaciones político-militares (al menos como principio) rechazan de manera radical la participación electoral porque consideran que éste no es un recurso válido para realizar las transformaciones sociales y políticas que pretenden. Su objetivo no es la incorporación al sistema, sino desactivar, destruir o entablar el modelo de sociedad vigente, porque lo consideran inaceptable. Así, en primer lugar, son organizaciones que definen su acción en relación con el Estado y a través de la vía violenta, “la lucha armada”, lo cual influye de manera decidida en su estructura organizativa a manera de ejército. En segundo lugar, su ámbito de actuación es opuesto: mientras los partidos políticos actúan en el ámbito institucional, este tipo de actores lo hacen en el ámbito no institucional.

En el caso colombiano, las organizaciones insurgentes político-militares no surgen de procesos de radicalización de movimientos sociales, sino que nacen y se constituyen

²⁶ Las organizaciones insurgentes han considerado que la inviabilidad de una solución pacífica a la paupérrima situación social y a la creciente militarización con que el poder se manifestaba llevan a un sector de la sociedad a tomar las armas como vía de actuación política.

como actores colectivos a manera de ejércitos clandestinos, y posteriormente, en su proceso de expansión y en la búsqueda de consolidarse no sólo como ejércitos, sino como actores políticos colectivos, es posible que hayan sido nutridos por algunos sectores radicales de otros actores políticos colectivos. En este sentido, hay una significativa diferencia con las organizaciones político-clandestinas analizadas en el contexto europeo y norteamericano. Los actores político-clandestinos analizados por Della Porta en Italia y Alemania (1995) surgieron generalmente de sectores radicales de movimientos sociales, para posteriormente constituirse en guerrillas. De igual manera ocurrió con el movimiento Weather Underground de Estados Unidos, analizado por Gentry (2004). Si bien es cierto que son fenómenos colectivos diversos, desde nuestro punto de vista comparten algunas características, tales como: a) involucrar la esfera pública y privada de los militantes, pues son fenómenos que envuelven todos los aspectos de la vida de los individuos que los conforman, b) debido a la oposición con las normas sociales, son marginales y c) por supuesto, comparten el privilegio por los medios de acción violenta. Las *Underground organizations* han sido analizadas especialmente desde dos vías tradicionales, que muy raramente interactúan la una con la otra: estudios sobre terrorismo y estudios de movimientos sociales. Los análisis de las organizaciones radicales en Alemania e Italia, así como del Weather Underground, privilegiaron los estudios de movimientos sociales.

En relación con lo expuesto, podemos concluir que las organizaciones político-militares son actores colectivos en cuanto definen su ámbito de actuación frente al Estado y buscan influir o cambiar las decisiones que afectan o benefician a la totalidad social. Sus acciones están precedidas de un análisis de la realidad sociopolítica y de una construcción cultural (ideología) sobre esa realidad, que les orienta sus modos de ser y quehacer. Siguen una ideología, unos símbolos y un conjunto de valores que le dan sentido a su acción. Son entidades grupales que surgen con la intención de lograr un fin a través del desempeño colectivo.

2.3 Los análisis sociológicos de las organizaciones insurgentes político-militares

Los análisis de las organizaciones político-militares, y especialmente de sus procesos de conformación como actores colectivos, no han sido objeto de atención específica desde el punto de vista teórico por parte de la sociología ni de la ciencia política. Los estudios sobre estas organizaciones, en el ámbito internacional, han estado vinculados principalmente al análisis de las revoluciones, especialmente a la teoría de las revoluciones²⁷. Sobre guerrillas y revolución, durante la década de los noventa hubo significativa producción²⁸. Otros estudios se han ocupado del análisis de la violencia en la política, sea desde la perspectiva de las teorías de la Revolución²⁹ o desde los estudios generales sobre la violencia política³⁰; de manera paralela, están los estudios sobre el terrorismo³¹.

Con relación a género y organizaciones político-militares, un buen número de estudios se han desarrollado en América Latina y Estados Unidos, privilegiando como casos de estudio los procesos de El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Cuba, México, entre otros. Especialmente, estos estudios han tratado de explicar la importante participación de mujeres en el Frente Sandinista de Liberación Nacional³², la significativa participación de mujeres en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional³³, y la escasa participación de mujeres combatientes en la Revolución Cubana. De acuerdo con las investigaciones de Wickham-Crowley, 1992 (citado por Campwirth, 2007: 17), el número de mujeres combatientes en la Revolución Cubana fue especialmente bajo: se calcula que sólo el 5% eran mujeres. De esta manera, la perspectiva de género se ha vinculado para explicar la composición “generizada” de este tipo de actores colectivos. En relación con esto, Campwirth plantea que emplear

²⁷Goldstone, et al, eds. (1991); Scott, (1976); Tilly (1978); Skocpol (1984), entre otros.

²⁸Byrne (1996); Castro (1999b); Horton (1998); sólo para referenciar algunos.

²⁹Scott (1976); Tilly (1978); Skocpol (1984); Goldstone (1986).

³⁰Rule (1988); González Calleja (2002); Wieviorka (1992).

³¹Rapoport (2001); Laqueur (2003); entre muchos otros.

³²De acuerdo con estudios como los de Collinson, 1990; Flynn, 1983; Reif, 1986, en el Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua, un 30% de los combatientes eran mujeres, así como gran parte los altos mandos guerrilleros; sin embargo, los registros del Instituto Sandinista de Seguridad Social indican que de todos los muertos en la guerra contra Somoza, sólo el 6.6% eran mujeres (Vilas, 1986 en Campwirth, 2007: 16).

³³En el caso del EZLN, se ha planteado que la tercera parte de los combatientes son mujeres (Marcos, 1995; Olivera, 1996 en Campwirth, 2007: 16-17).

“una óptica feminista puede ayudar a los teóricos de la revolución a llegar más fácil a la explicación de las causas e implicaciones de la lucha de guerrillas” (2007: 18).

Se puede apreciar que los análisis de las organizaciones político-militares han estado en mayor medida vinculados a los estudios sobre revoluciones. En el ámbito colombiano, esta asociación se vuelve problemática por la permanencia de los grupos insurgentes. Mientras en países como Cuba y Nicaragua (para mencionar sólo un par de ejemplos), los grupos insurgentes lograron consolidar un proceso revolucionario, y en otros países del continente americano éstos desaparecieron por procesos de negociación (Guatemala) o por acción militar (Perú), en Colombia han permanecido hasta establecerse como los actores en conflicto más antiguos del mundo. Diversos analistas han tratado de explicar la persistencia de los actores y del conflicto colombiano, planteando diversas líneas de análisis: la pérdida de proyecto político y el predominio de una práctica delincuencia y por lo tanto de intereses económicos en los actores inmersos. Paralelamente, otros analistas plantean la existencia de un conflicto social prolongado, como es el caso de Azar (1990) ³⁴. Asociado con esas diversas interpretaciones, encontramos un primer eje de análisis para el caso colombiano.

Como bien lo plantea Pizarro (1991) en Colombia hay una “insurgencia crónica”: los grupos armados (FARC, ELN, EPL, M-19, etc.) consiguieron consolidarse pero no lograron transformarse en un poder alternativo. Así, éste ha sido un primer elemento de análisis: explicar por qué en Colombia estos actores no lograron consolidarse como poderes alternativos³⁵.

³⁴ De acuerdo con Edgard Azar, los conflictos sociales prolongados se caracterizan por “las luchas prolongadas y a menudo violentas de grupos comunales por necesidades básicas como seguridad, reconocimiento y aceptación, acceso limpio a las instituciones políticas y a la participación económica”.

³⁵ Para explicar por qué en Colombia las organizaciones político-militares no lograron ni han logrado transformarse en un poder alternativo, se toma como referente a los procesos de Nicaragua y Cuba, en los que esto sí fue posible. Se argumenta que fueron tres las condiciones que permitieron el triunfo de la revolución en estos dos países: fuerte y sostenido apoyo campesino, mantenimiento de un fuerte poder militar para soportar los ataques de las fuerzas armadas, y capacidad para socavarle al Estado toda legitimidad. En contraste, en Colombia hay una fuerte dispersión y división de las organizaciones político-militares (sólo hubo un intento de unificación en 1986, a través de la Coordinadora Simón Bolívar). No ha existido un enemigo común que posibilite apoyos internos e internacionales unificados, por diversos factores: prolongación del conflicto interno, criminalización de toda forma de organización y protesta social, poca organización popular, que ha tenido uno de los niveles más bajos del continente (menos del 8% de los asalariados urbanos y menos del 1% de los

Un segundo elemento de análisis lo constituye el recorrido histórico y la diversidad de los grupos político-militares que han surgido en Colombia. De acuerdo con Pizarro, un tipo ideal de guerrilla debe abarcar tres rasgos: la legitimidad social (societal), un aparato militar bien consolidado, pero subordinado a lo político, y finalmente un aparato político reconocido. Para el caso colombiano, ninguno de los grupos político-militares ha alcanzado a dominar estos tres espacios. En los diferentes grupos ha predominado uno u otro, sin lograrse ese tipo ideal que construye el autor:

Guerrilla societal	Guerrilla militar	Guerrilla de partido
Busca expresar a un sector social determinado, es decir, es una suerte de movimiento social armado que busca constituirse en un actor social organizado.	Máquina de guerra que no tiene articulación con movimientos sociales; es un grupo que se agota en el aparato militar. Es próxima a un grupo terrorista.	Es un actor subordinado a un proyecto político partidista que condiciona su actividad. Este tipo de organización es bisagra entre lo militar y lo social.

Fuente: Pizarro, 1991

Un tercer factor de análisis en las organizaciones político-militares lo ha constituido la relación y coherencia entre la dimensión relativa al proyecto político de las insurgencias y la dimensión de lo militar, para explicar si lo militar tiende a subordinar el conjunto de una estrategia de acción o si, por el contrario, son los requerimientos de la acción política los que subordinan las acciones violentas. En este orden de ideas, la propuesta analítica es diferenciar el proyecto ético-político (el fin) del proyecto militar (los medios). Con base en dicha propuesta, se ha sustentado que el desarrollo y la transformación de las organizaciones subversivas están significativamente influenciados por su proyecto fundacional, que tanto para el caso de las FARC como del ELN han tenido importante influencia en la consolidación de estas organizaciones. Los proyectos fundacionales son significativamente diferentes en las dos organizaciones (como ya lo vimos).

Dada la persistencia del conflicto, ha surgido un cuarto elemento para el análisis sociológico de “las insurgencias” en Colombia: los factores que han favorecido el

sectores rurales están organizados), la conjugación de múltiples violencias y el ejercicio delincriminal de los grupos armados (secuestro, extorsión, etc.) (Pizarro, 1991).

crecimiento de las mismas, elemento que ha adquirido un lugar destacado para la explicación de los vínculos entre estas organizaciones y las actividades del narcotráfico³⁶. Sin embargo, otros estudios, como el de Ferro y Uribe (2002), han demostrado que, si bien los ingresos provenientes del narcotráfico han influido en el crecimiento de las FARC, no son la única razón para explicar la expansión de esta organización. De acuerdo con la misma investigación, un gran volumen de capital manejado por una organización débil y con objetivos poco definidos podría contribuir más a la disolución que al crecimiento. Como se puede apreciar, en los análisis hay divergencias. De igual forma ocurre en lo que concierne al ELN. De acuerdo con los planteamientos de sus militantes y de algunos analistas, esta organización se aparta totalmente de las actividades del narcotráfico, por tanto sus recursos no los obtiene de esta actividad delictiva. Para obtener recursos realizan actividades delincuenciales como el secuestro y la extorsión. De esta manera, se ha asociado la expansión de estos grupos con actos delincuenciales.

En este amplio abanico de elementos de estudio son infaltables los análisis sobre las acciones violentas y sobre los cambios en la estrategia y en los tipos de acción, entre otros aspectos. Hay amplias discusiones sobre la condición de grupos terroristas de estos actores y su expansión e impacto a nivel internacional³⁷.

Sobre el tema de género, conflicto y actores político-militares, los estudios en el espacio nacional son pocos, y concuerdan con los estudios internacionales en el privilegio otorgado a los análisis sobre la participación, las experiencias y el impacto de la participación de las mujeres en los grupos insurgentes. Estos estudios (realizados

³⁶ En este sentido, Tilly, en su clásico libro sobre violencia colectiva, a partir del informe sobre desarrollo humano del Programa de Desarrollo de Naciones Unidas (UNDP) y el *Informe sobre desarrollo mundial* del Banco Mundial, plantea que, si se examina a las violencias colectivas detenidamente, ofrecen medios de verificación para sustentar que “algunas guerras y otras violencias colectivas de gran escala se concentran desproporcionadamente en países en los que la mayoría de las personas carecen de recursos para la vida y además hay la presencia de recursos móviles de valor como los diamantes de Sierra Leona o la cocaína de Colombia” (2007: 226).

³⁷ Camilo Echandía Castilla y Eduardo Bechara Gómez (2006) analizan las acciones de los grupos insurgentes durante el gobierno de Álvaro Uribe, constatando cómo dichas acciones se van transformando de acuerdo con la estrategia militar que adopta el gobierno para debilitar o acabar estas organizaciones. Para una amplia información ver: “Conducta de la guerrilla durante el gobierno Uribe Vélez: de las lógicas de control territorial a las lógicas de control estratégico”, *Revista Análisis Político* N.º 57, may.-ago., 2006.

especialmente con mujeres desmovilizadas) han indagado sobre sus experiencias y roles de género al interior de estas organizaciones, así como sobre el efecto que esta participación ha tenido en sus propias identidades. Pese a la existencia de un buen número de estudios, la perspectiva de género aún no se constituye en una categoría de análisis en los estudios sobre conflicto y los actores político-militares.

Análisis recientes sobre las organizaciones político-militares han demostrado que éstas pueden ser comprendidas como formas de acción colectiva violenta, de movimiento social de ejército, de institución burocrática, de red de poder, de empresariado ilegal, o sencillamente como organizaciones. De esta manera se ha contribuido a la construcción de una imagen más polifacética de los actores armados y de la acción política³⁸ (González, Bolívar y Vásquez, 2003; Romero, 2003; Cubides, 2005; Ferro y Uribe 2002; Bolívar, 2006). De igual manera se han analizado los discursos emocionales de los actores político-militares (FARC y AUC) estableciendo un vínculo estrecho entre emoción y forma de hacer política (Bolívar, 2006). El interés en los procesos y relaciones que establecen quienes conforman las organizaciones subversivas para que se produzca unidad entre las distintas partes, niveles y orientaciones, y en la manera como interviene el género en dichos procesos y relaciones, podrá enriquecer estas perspectivas. Como señaló Heisenberg: “la ciencia no nos habla de la naturaleza: nos ofrece respuestas a nuestras preguntas sobre la naturaleza. Lo que observamos no es la naturaleza misma, sino la naturaleza a través de nuestros métodos de preguntar (citado en Gómez, 2005: 17).

El recorrido realizado por los diferentes estudios no pretende ser exhaustivo, sólo queremos señalar los aspectos analizados en el ámbito nacional y que actualmente se constituyen en los elementos de un análisis sociológico de los grupos insurgentes. Si bien es cierto que estos estudios han hecho significativos aportes para la comprensión del fenómeno, consideramos que un análisis de los procesos de conformación de los actores político-militares desde una perspectiva de género aportará mayor complejidad a la visión predominante de la acción armada y de la vida política, porque permitirá

³⁸ Un buen número de estos estudios se han hecho con las FARC.

comprender que la violencia no es sólo producto de estructuras, sino también el resultado de construcciones, de acciones y de voluntades humanas en las que confluyen hombres y mujeres. De igual manera, permite visualizar los procesos de transformación de estos actores, las construcciones de sentido individuales y colectivas, y las construcciones culturales que convergen para que estas organizaciones surjan y se mantengan.

2.4 Hacia una propuesta de marco de estudio de los actores político-militares en un contexto de conflicto socio-político

En concordancia con los argumentos iniciales (a y b)³⁹, los actores armados (léase organizaciones político-militares insurgentes), a pesar de muchas de sus prácticas condenables, son actores colectivos que comparten intereses, tienen ideología, recursos organizativos y económicos y “objetivos específicos contra el orden existente” (Sánchez, 2004, en Gutiérrez Sanín, Gonzalo Sánchez, et al 2006). No es posible asumirlos como una sumatoria de individuos desviados, sino como actores organizados que hacen reivindicaciones públicas y llevan a cabo diversos tipos de acciones colectivas. En términos de Wieviorka (1992), utilizan la violencia como un medio de acción⁴⁰. En este sentido, nos acogemos a los planteamientos de y McAdam, Tarrow y

³⁹ a) las organizaciones político-militares o de guerrilla representan un fenómeno colectivo particular y una modalidad específica de *acción colectiva contenciosa* (Tarrow, 1997: 19) que se desarrolla en un contexto social, histórico y político determinado. La acción colectiva se convierte en contenciosa cuando es utilizada por actores colectivos que no tienen acceso regular a las instituciones, que actúan en nombre de reivindicaciones nuevas o no aceptadas y que se conducen de un modo que constituye una amenaza fundamental para otros o para las autoridades (Tarrow, 2004: 24). b) Las organizaciones insurgentes político-militares son fenómenos colectivos en los que, para su formación y mantenimiento, los actores producen significados, comunican, negocian, crean identidades y toman decisiones. Los actores son capaces de ir más allá de un esquema de estímulo-respuesta. En estrecha relación con esto, específicamente las organizaciones político-militares no pueden ser consideradas exclusivamente como el efecto de precondiciones estructurales, sino como producto de procesos sociales diferenciados, de orientaciones de acción, de elementos de estructura y motivación que pueden ser combinados de maneras distintas. El problema del análisis se centra, de esta forma, en la explicación de cómo esos elementos se combinan y unen, de cómo se forma y se mantiene este tipo de actor colectivo.

⁴⁰ Este autor establece diferencias entre medios de acción violenta (terrorista) y la violencia como lógica de acción (terrorismo). El método de acción es violenta cuando es utilizado por un actor político que, por debilidad o por cálculo, se mantiene dentro de un espacio político determinado, o busca penetrar en él, a través del terror. Aquí, el actor puede valerse de cierta legitimidad, la de una base social, una nación, o una comunidad en cuyo nombre usa las armas. Hay una lógica de acción violenta (terrorista) cuando ésta define al actor, fundamentalmente, y le da los móviles de la lucha. Por lo tanto, la violencia es extrema, sin límites, y el orden de los fines y de los medios se invierte. Lo importante es el terror, que se convierte en el objetivo de los terroristas, desarrollándose un engranaje cuya salida conduce inevitablemente a un enfrentamiento mortal contra el Estado, a la detención, la muerte o el exilio. El actor parece prisionero de un delirio sin fin. Ya no tiene un

Tilly (2005) cuando ofrecen una interpretación del conflicto que parte de una teoría de la acción colectiva intencional, con carácter político y deliberado de la acción, impulsada por actores concretos, no movidos exclusivamente por vagos estados psicosociales de rebeldía.

Consideramos —como ya lo sustentamos— que las organizaciones insurgentes son actores políticos que no surgen como resultado automático de estructuras sociales, económicas o políticas⁴¹, sino que construyen idearios políticos que buscan ser reconocidos, de ahí la importancia de descubrir las dinámicas internas, las características de los sujetos que las componen (hombres y mujeres) y la manera como se constituyen en actores colectivos. En este sentido, no podemos confundir política y democracia, pues los medios no niegan la política sino los procesos democráticos.

La búsqueda de marcos de análisis, de conceptos y herramientas de estudio que nos permitan dar cuenta de los procesos sociales que subyacen a un actor colectivo y a un tipo de acción como la que nos ocupa, nos sitúa ciertamente en un contexto plagado de ambigüedades e incertidumbres. Éstas están representadas por el medio de acción violenta, así como por los contextos históricos, políticos y sociales en que ocurre el fenómeno colectivo (guerrilla), que son totalmente diferentes a los contextos en que se han desarrollado las teorías que explican los fenómenos colectivos en los que, insistimos, se ha privilegiado el análisis de los movimientos sociales —el cual se ha hecho extensivo a otras formas de acción colectiva—.

De igual manera, dicha búsqueda nos impone nuevos retos de análisis; no es gratuito que, en los últimos años, los estudios sobre la guerrilla en Colombia hayan intentado otras vertientes de las ya tradicionales. Sin embargo, no contamos con una teoría que haya incluido este tipo de fenómeno colectivo como referente empírico, y menos aún

adversario, sino un enemigo. Más exactamente, una especie de separación se produce en él: el enemigo se convierte en objeto y por tanto en obstáculo que debe ser eliminado, mientras que el propio terrorista se autodefine, de manera muy subjetiva, como la más alta expresión de la Historia, del Proletariado, de la Nación o de la Comunidad (Wieviorka, 1992: 4-5).

⁴¹ La agencia no está determinada por condiciones estructurales; es propia y se construye en contextos históricos específicos. Éste es un principio central en los planteamientos sobre acción colectiva propuestos por Charles Tilly (1978).

la perspectiva de género para su análisis. Como lo hemos planteado, el género no ha sido una categoría relevante para el análisis del conflicto, los actores y las acciones colectivas de cualquier tipo, de ahí que debamos buscar alternativas que, aunque no se hayan ocupado de este tipo de actores, acciones y perspectivas de análisis, nos brinden herramientas analíticas para dar cuenta de los procesos que nos interesa comprender.

En este orden de ideas, la prolífera vertiente de las teorías de la acción colectiva o, en términos de Moran (2008), de la “sociología de la movilización”, puede constituirse en un camino adecuado para tejer el urdimbre analítico para este estudio. Un punto de partida es que las teorías de la acción colectiva y los movimientos sociales se han ocupado de explicar, por diversos caminos, la actuación conjunta de personas que comparten intereses comunes o defienden una causa común. Sin embargo, en su campo de análisis han privilegiado fenómenos colectivos, como los movimientos sociales, para después asimilar otras formas de contienda a las explicaciones en las que los movimientos sociales predominaban (Tilly et al, 2005: 16). Desde nuestro punto de vista, ésta es una considerable limitación de estas vertientes de análisis, debido a que, como lo hemos planteado, incluyen fenómenos diferentes al privilegiar el análisis de un solo fenómeno colectivo. De igual manera, presentan como fortaleza, pero también como limitación (desde nuestro punto de vista), el hecho de que son análisis históricos y no en proceso. A nosotros nos interesa el análisis en proceso, con actores actuantes. Pese a las limitaciones señaladas, no podemos desconocer que se constituyen en un referente teórico que nos puede brindar elementos importantes para explicar los procesos de las organizaciones que nos ocupan.

Para la construcción del marco teórico, es para nosotros muy útil la clasificación de las diferentes perspectivas de análisis de los fenómenos colectivos planteada por Melucci (1994). Para este autor, las corrientes teóricas tradicionales que han explicado los fenómenos colectivos se mueven alrededor de dos grandes vertientes, según se explica a continuación.

En una primera vertiente se encuentran las teorías que hacen hincapié en la acción colectiva; “de esta manera, aparece una acción sin actor” (Melucci, 1994: 153). La base de este grupo de teorías es la psicología de masas, que pone el énfasis en los factores de imitación, irracionalidad, contagio o sugestión. La acción colectiva se ve representada como la respuesta reactiva a las crisis o al desorden del sistema social (Idem: 153).

En este primer grupo se ubican teorías como la psicología de masas de Gustave Le Bon y Gabriel Tarde (en Pérez Ledesma, 1994), que consideraban la protesta colectiva como un fenómeno irracional propio de sujetos desviados. De igual manera, a esta vertiente pertenecen las teorías funcionalistas, las teorías del comportamiento colectivo (*collective behaviour*) y la teoría de la elección racional⁴², aunque es necesario destacar que esta última marca una ruptura significativa con las otras vertientes que aquí se acopian.

⁴² Las teorías funcionalistas explican la acción colectiva desde distintas vertientes: como resultado de situaciones de injusticia, indignación o maltrato; a partir de consideraciones claramente psicologistas —confiriendo carácter irracional a las protestas—, hasta explicaciones racionales de clara tendencia economicista —reduciendo la decisión de los actores de participar en distintas formas de contestación a un asunto de preferencias y en el marco de la relación coste/beneficios.

Para las teorías del comportamiento colectivo, la existencia de *agravios* explica la reacción de los individuos mediante la protesta; es el sentimiento de insatisfacción de la gente por expectativas frustradas lo que subyace a la disposición individual para implicarse en la acción, llegando incluso a acciones de tipo violento, lo cual confiere un poder detonador al sentimiento que genera en los individuos la no satisfacción de sus aspiraciones. En una estrecha síntesis, diríamos que Gurr (1970) y Smelser (1995) son los pensadores de mayores desarrollos en esta perspectiva. El primero parte del concepto de *frustración relativa*, entendida como “un estado de tensión, una satisfacción esperada y denegada, generadora de un potencial de insatisfacción y violencia” (Neveu, 2000: 74). Es dicha frustración la que genera procesos de acción que pueden llegar hasta la acción violenta. Smelser le concede importancia a las representaciones, ideologías y creencias, como factores generadores de la movilización y no sólo por la existencia de un sentimiento de agravio, descontento o frustración.

En esta perspectiva también encontramos los análisis de Kornhauser (*Politics of mass society*, 1959): “...interpretaban la protesta y la violencia colectiva como una conducta irracional fruto de estados mentales desviados, excitados o frustrados, en el contexto de un análisis social global que privilegiaba el consenso frente al conflicto” (González Calleja, 2002: 141).

En cuanto a la elección racional, el trabajo de Mancur Olson (1965), *The Logic of Collective Action*, constituye un hito importante en la explicación de la acción colectiva. Olson introduce una interpretación del comportamiento colectivo basada en teorías económicas, que supone la existencia de intereses personales, “mezquinos”, que niegan la posibilidad de una acción colectiva en función del bien común. La pregunta es, precisamente, cómo implicar a los individuos en actividades colectivas si éstos sólo se mueven por intereses y beneficios personales. En este sentido, Olson considera dos factores importantes para el análisis: el primero, lo colectivo no es más que la agregación de individuos o de intereses; el segundo, las motivaciones para la movilización son de diversa naturaleza. Si bien, aunque Olson reconocía la importancia de los incentivos no materiales, su teoría empezaba y terminaba en el individuo, por lo cual su modelo no logra desarrollar una explicación de la acción colectiva más allá del nivel individual de la motivación, y por tanto difícilmente da cuenta de la constitución del actor colectivo.

Los planteamientos de Mancur Olson (1965) en *The Logic of Collective Action*, a partir de los años setenta, introducen el carácter racional a la acción, lo cual tuvo un fuerte impacto entre los analistas norteamericanos y europeos. Si bien es cierto que estas teorías desempeñaron un papel importante en el contexto histórico en el que surgieron, también lo es que difícilmente iluminarán nuestro propósito, por dos razones: por un lado, como bien lo plantea Melucci, en esas teorías no hay un reconocimiento de los actores, y por otro, el planteamiento principal de la teoría de la elección racional es que el individuo calcula la relación entre los costos y los beneficios de la participación. Cuando una persona entra a pertenecer a una organización obtiene los mismos beneficios de quienes hayan participado, individualmente o no, en la consecución de dichos beneficios. A las personas que, sin haber participado individualmente en la consecución de bienes, disfrutan de ellos, Olson las denominó “*free-riders*”. Este concepto ha sido traducido como *gorrón*. “En cualquier caso, lo que se expresa es la actitud de esperar que los demás actúen y apuntarse a recoger los beneficios que correspondan” (Revilla, 1994: 6). Para resolver este problema, Olson introdujo el concepto de *incentivo selectivo*, el cual significa que, para estimular la participación de los individuos, se aplican medidas individuales que pueden ser positivas (recompensas a los individuos que participen) o negativas (castigos y sanciones a quienes no participen). Los incentivos selectivos se constituyeron en la base racional de la acción colectiva.

El fundamento de su argumentación es que el individuo racional no participará en la acción colectiva sin que los incentivos selectivos (individuales) lo alienten a hacerlo. Así, Mancur Olson pudo explicar por qué los individuos no participan en la acción, pero no pudo explicar por qué participan⁴³. De acuerdo con nuestro objeto de

⁴³ Los planteamientos de Olson han recibido fuertes críticas, entre ellas la que hace Marx (1994): “según la teoría de la elección racional, las formas humanas se mantienen, pero ha desaparecido todo lo que valoramos en el comportamiento humano (espontaneidad, impredecibilidad, altruismo, pluralidad de valores, influencia recíproca, resentimiento y dominación). Mientras que la teoría de la elección racional conduce a una explicación sociológica empobrecida del comportamiento en general, sus supuestos deshumanizantes son especialmente problemáticos para los estudios de los movimientos sociales. En particular, el enfoque de la elección racional ha conducido al abandono de las diferencias y los conflictos de valores, a un énfasis exagerado en el problema del

investigación, éste es un asunto que adquiere significativa importancia: explicar por qué hombres y mujeres participan en el tipo de actor y acción que nos ocupa y que tiene como característica su opción por la acción violenta. Los referentes de análisis agrupados en esta primera vertiente no presentan ninguna posibilidad de análisis para el objeto que nos ocupa.

La segunda vertiente de perspectivas teóricas agrupada por Melucci busca los fundamentos de los fenómenos colectivos en la estructura social. Para ello, el autor dedujo la acción a partir del análisis de las condiciones sociales que los actores parecen tener en común. “Aquí nos encontramos con un actor sin acción” (1994: 154).

En esta segunda vertiente, el autor ubica los enfoques teóricos que han explicado la acción colectiva con énfasis en *el carácter estructural y político* de la acción. Los primeros planteamientos en este sentido se encuentran en los trabajos de Marx y Engels, que pusieron el acento en las contradicciones estructurales del capitalismo, las cuales se afirman especialmente en la división de clases sociales que se conforman a partir del sistema de producción existente y que entran en conflicto entre sí. Estos planteamientos evidencian la articulación de los individuos en un grupo —la clase—, a partir de la existencia de condiciones materiales que así lo determinan y, desde esa pertenencia, explican la movilización y la protesta, que, como la concibe el marxismo, supone un primer momento hacia la construcción de sentido de la organización, del movimiento, y no el resultado de una decisión o elección individual⁴⁴. Así, la

gorrón y a dar por supuesta la existencia de un actor humano pseudouniversal carente de historia personal, género, raza o posición de clase en la historia de la sociedad” (1994: 153).

⁴⁴ Tarrow critica a Marx porque no consideró un análisis sobre los recursos necesarios para llevar a cabo la movilización, ni las dimensiones culturales de la misma. En relación con la herencia de la tradición marxista, respecto a la acción colectiva, Tarrow afirma que en los diferentes enfoques se descubre la influencia de Marx, Lenin y Gramsci. Cada uno de estos tres teóricos hacía hincapié en un elemento diferente del fundamento estructural de la acción colectiva:

Marx escribió sobre las contradicciones o divisiones fundamentales de la sociedad capitalista, que generaban capacidad de movilización (lo que los estudiosos de los movimientos sociales llamarían posteriormente “teoría de los agravios”); Lenin sobre la organización necesaria para estructurar el movimiento e impedir su dispersión en pequeñas demandas corporativas (lo que sería denominado después “movilización de recursos” por algunos académicos norteamericanos); y Gramsci sobre la necesidad de construir un consenso en torno a los objetivos del partido (algo que se ha dado en llamar “creación de marcos” y de “identidad colectiva”). Pero ninguno de ellos especificó las condiciones políticas bajo las cuales se podía esperar que unos trabajadores explotados y con escasos recursos fueran a movilizarse en beneficio de sus intereses, lo que nosotros llamamos la cuestión de las oportunidades y las restricciones políticas (2004: 37).

constitución del actor colectivo está automáticamente determinada por la pertenencia a una clase o sector de clase social; al menos de manera explícita, no se considera que sea producto de una construcción social.

Otro enfoque teórico ubicado en este segundo grupo es la estructura de oportunidades políticas⁴⁵. En esta perspectiva, las dimensiones estructurales no se asumen como determinantes de la acción, sino como situaciones favorables para que ocurra la misma. La *estructura de oportunidades políticas* se refiere preferiblemente a la apertura o cierre del sistema político (dependiendo, en particular, de alianzas viables y potenciales de los oponentes) (McAdam, 1982; Tarrow, 1983, 1994)⁴⁶.

De acuerdo con los planteamientos de Tarrow, *la oportunidad política* no debería considerar sólo las estructuras formales (instituciones), sino también “las estructuras de alianzas generadas por los conflictos, que contribuyen a la obtención de recursos y crean una red de oposición frente a constricciones o limitaciones externas al grupo” (González, 2002: 177). Al igual que Tarrow, Tilly (1978) también consideró las redes informales y los marcos culturales como elementos básicos en la formación de los movimientos; es decir, la oportunidad política por sí misma no genera acción colectiva, tampoco es algo dado o estático, sino que varía en el proceso histórico de determinada sociedad, y por tanto cambia a lo largo del tiempo.

En términos de McAdam, las oportunidades políticas “son los cambios estructurales e ideológicos del poder, que no deben confundirse con los procesos colectivos por medio de los cuales se encuadran e interpretan estos cambios” (McAdam, 1999a: 52).

⁴⁵Tarrow define las oportunidades políticas como “dimensiones coherentes (aunque no necesariamente formales o permanentes) del contexto político que, al influir en las expectativas de éxito o fracaso de los ciudadanos sirven de incentivo para comprender la acción colectiva” (1994: 8).

⁴⁶Meter Eisenger, quien en 1973 utilizó por primera vez el término *estructura de oportunidades políticas*, afirmó que la incidencia de la protesta está relacionada con la naturaleza de la estructura de oportunidades políticas que ofrece una ciudad. La definió como “el grado de probabilidades que los grupos tienen de acceder al poder e influir sobre el sistema político” (citado por McAdam, 1994: 50). En 1983, el concepto clave para los análisis de Eisenger se convirtió en la idea principal de un modelo explicativo de los movimientos sociales: *el modelo del proceso político*. Esta propuesta de estudio fue compartida por Jenkins y Perrow, 1977; McAdam, 1982; Tarrow, 1983 y Tilly 1978, “quienes entendían que el surgimiento y éxito de la acción colectiva dependía de las oportunidades al alcance de los contestatarios, generadas por cambios en la estructura institucional y de la disposición ideológica de los grupos en el poder” (McAdam, 1999: 4-50).

Para este autor, la oportunidad política por sí misma no es suficiente para la emergencia de un movimiento; para ello es fundamental tanto la capacidad organizativa como lo que él denomina “liberación cognitiva”, que implica “la percepción y la definición de la situación actual como injusta y que se acompaña de la convicción que la acción colectiva puede ser emprendida con perspectivas de éxito” (McAdam, citado por González, 2003: 178). El problema de la percepción colectiva de las oportunidades es uno de los aspectos más debatidos por estos analistas. Así, proponen que, si bien la oportunidad política es un factor importante, no es suficiente, pues deben confluír otros aspectos, entre los que destacan la subjetividad del actor para que dichas oportunidades sean percibidas como tal y así afecten su comportamiento y lo lleven a movilizarse.

En síntesis, con relación a la perspectiva teórica de las oportunidades políticas, diremos que, aunque éstas apuntan a “aspectos objetivos”, implican en el mismo nivel de importancia la percepción individual y la colectiva de los actores de dichos “aspectos objetivos”, como también los procesos organizativos para el desarrollo de la acción.

La importancia otorgada a los procesos organizativos proporciona la entrada al enfoque de *las estructuras de movilización de recursos*, definidas como aquellos vehículos colectivos formales e informales, a través de los cuales la gente se moviliza y emprende su acción colectiva (McAdam, McCarthy y Zald, 1999: 3). Este enfoque, como otros, no es homogéneo, presenta diferentes vertientes⁴⁷, que tienen en común los siguientes aspectos: a) las personas participantes en los movimientos son actores racionales, sean individuos o grupos; b) lo fundamental en el surgimiento de los movimientos sociales no son los agravios y el descontento; c) otorgan un lugar significativo a la organización en el proceso de surgimiento de la acción; d) rechazan las

⁴⁷ La primera de estas variantes está representada por las obras de Oberschall (1973) y Gamson (1975), para quienes lo más importante para el surgimiento de los movimientos sociales eran los recursos externos, sin los cuales no podían movilizarse los grupos menos privilegiados. La otra variante corresponde a McCarthy y Zald (1973), quienes consideraban fundamentales los recursos organizativos y la capacidad de iniciativa de los líderes y activistas (Pérez Ledesma, 1994). El tercer sector está representado por Doug McAdam, quien ubica el acento en recursos y oportunidades políticas, como base para el surgimiento de los movimientos.

explicaciones de orden estructural y hacen hincapié en las capacidades internas de los movimientos; e) frente a las propuestas europeas sobre los nuevos movimientos sociales, que postulan la construcción de identidad común para otorgar apoyo activo a una acción y a los líderes que la impulsan, este enfoque propone que cualquier movimiento, más allá de los agravios, hace frente a los problemas de adquisición de recursos, y genera soluciones organizativas más o menos similares. Para la acción colectiva son fundamentales los recursos y la orientación racional de la acción.

La teoría de la movilización de recursos aporta, para el análisis del actor que nos ocupa, la importancia que le otorga a la organización, la cual es considerada un recurso fundamental para que emerja y se mantenga un actor colectivo y una acción colectiva, pero, como bien lo sabemos, esto no es suficiente⁴⁸.

Las dos vertientes de análisis señaladas por Melucci (1994) marcan hitos importantes para la explicación de los fenómenos colectivos. La primera incluye perspectivas teóricas desarrolladas desde el siglo XIX hasta avanzado el siglo XX, que en su época y contexto fueron importantes, pero también fueron fuertemente cuestionadas frente a los procesos de movilización y protesta que emergieron a finales de los sesenta e inicios de los setenta. Estos fenómenos colectivos estimularon el desarrollo de nuevos enfoques, especialmente en Europa (la teoría de los nuevos movimientos sociales) y en Estados Unidos (la teoría de la movilización de recursos). Estas “nuevas” vertientes señalan las limitaciones de las primeras en el análisis de los fenómenos colectivos. De hecho, en la actualidad difícilmente serían utilizadas para un estudio serio de la acción

⁴⁸ La teoría de la movilización de recursos fue la perspectiva que Donatella Della Porta (1995) consideró más adecuada para explicar el surgimiento y mantenimiento de la violencia en organizaciones político-clandestinas en Italia y Alemania. De esta manera, planteó que la teoría de la movilización de recursos era apropiada para el análisis de la violencia política utilizada como medio de acción en estas organizaciones. Sustentó su argumento en que la organización de los movimientos sociales radicales, *underground organizations*, es una empresa de actos violentos, que consume y produce recursos para la violencia en su entorno. Con base en estos planteamientos, analizó lo que consideró las tres principales fuerzas del grupo: la movilización de recursos, la integración de recursos y la asignación de recursos para propósitos externos. Con base en estos tres elementos asumió que las organizaciones de los movimientos sociales radicales son empresas de actos de violencia; es decir, la violencia supone traspasar un umbral que afecta a todo el universo de la organización. Pese al lugar significativo que Della Porta le otorgó a la organización en el análisis del surgimiento de la violencia en organizaciones radicales, también consideró que ese nivel macro no era suficiente y que había que incluir el nivel micro de análisis, de tal manera que se pudiera explicar el compromiso de los “militantes radicales” y las características peculiares de su participación individual en las formas de militancia de la acción colectiva radical.

colectiva, aunque no podemos desconocer que pueden ser perspectivas subyacentes a los procesos de criminalización de las protestas y las movilizaciones.

Las nuevas vertientes teóricas, representadas especialmente en la teoría de la movilización de recursos y en las teorías de los nuevos movimientos sociales, aportan dos premisas fundamentales para el análisis de los fenómenos colectivos: a) las actividades de los movimientos sociales no son espontáneas ni desorganizadas y b) los participantes de las movilizaciones no son irracionales. Los “nuevos” estudiosos descubrieron que los participantes en las protestas eran individuos racionales, bien integrados en la sociedad, con objetivos concretos y estrategias racionales. De hecho, esto representó un avance significativo en las explicaciones de los fenómenos colectivos.

Como lo han planteado diversos analistas, las teorías desarrolladas en Estados Unidos y en Europa no son opuestas sino complementarias. Polleta y Jasper (2001) sustentan esta afirmación planteando que las teorías de los nuevos movimientos sociales intentaron dar respuesta a aspectos que las vertientes norteamericanas no consideraron, entre ellos:

- a) La respuesta a la pregunta ¿por qué los actores colectivos se constituyen como tal? Centrarse en la identidad era una manera de explicar el modo como emergen los intereses, en lugar de tomarlos como algo dado. La teoría de la identidad colectiva pretendió dar respuesta a la pregunta por el modo como se construyen intereses comunes.
- b) Las motivaciones que las personas tienen para llegar a la acción colectiva. Según esto, los intereses comunes no son suficientes, pues hay quienes participan sin tener incentivos individuales (selectivos). Por lo tanto, los intereses no pueden asumirse como dados: es necesario saber cómo se trazan.

- c) El enfoque de la identidad colectiva propone responder a la siguiente pregunta: ¿Cuál es la relación entre la identidad colectiva y las elecciones estratégicas de los movimientos? Este interrogante hace alusión a si las identidades colectivas tienen influencia en las formas de protesta, en los modelos de elección estratégica de los líderes de los movimientos, y en las tácticas y formas organizacionales, mediante la valoración instrumental de oportunidades y restricciones del contexto.
- d) Referencias a los resultados de los movimientos sociales. Los enfoques dominantes de la acción colectiva han medido los resultados de los movimientos en términos de reformas políticas. Lo que se intenta desde el enfoque de la identidad colectiva es poder dar cuenta del impacto de los movimientos por fuera de la esfera política y la reforma institucional (Jasper y Polleta, 2001).

Esta síntesis, que no pretende ser exhaustiva, sobre las corrientes teóricas que han explicado la acción colectiva en general y los movimientos sociales en particular, permite señalar el punto de inflexión en que se inscribe nuestro sustento teórico. Frente a las distintas vertientes, Melucci (1990, 1994) cuestiona el supuesto según el cual la acción colectiva es un dato y una unidad. Plantea que los fenómenos colectivos han sido considerados como

[...]actores empíricos unificados, dando por sentado sus valores, sus intenciones y fines; así la ideología de los líderes o los atributos que les pone el observador se convierten en la verdadera realidad del movimiento. La tarea del análisis sociológico debería ser la de poner en cuestión este dato, de manera de indagar la unidad empírica para descubrir la pluralidad de elementos analíticos —orientaciones, significados y relaciones— que convergen en el mismo fenómeno. Cualquier investigación sobre la formación del actor colectivo debería tener en cuenta su naturaleza diversa y compleja como criterio fundamental. Lo que es empíricamente referido como fenómeno colectivo y tratado por conveniencia de observación y descripción como una unidad, en realidad contiene una amplia gama de procesos sociales, actores y formas de acción (1990: 357).

Los planteamientos de Melucci (1990) nos permiten estructurar una propuesta de análisis para el fenómeno colectivo que nos ocupa. En estrecha relación, consideramos que las organizaciones insurgentes no pueden ser analizadas como fenómenos empíricos unificados. En el surgimiento y mantenimiento de las organizaciones

político-militares confluyen una serie de factores de carácter contextual, ideológico, motivacional, organizativo y cultural que se combinan para conformar estos actores y acciones.

Los fenómenos colectivos en general, y las organizaciones insurgentes en particular, están compuestos por sujetos diversos; por tanto, una primera categoría estructurante de dicha diversidad es el género, sin negar con ello que la clase económica y la diferenciación étnica y generacional también pueden ser categorías importantes en la estructuración de la diversidad y de las jerarquías relacionales. Pero estas otras diferenciaciones siempre estarán “generizadas”, y a su vez ellas ayudan a construir lo que es un hombre y una mujer en cualquier circunstancia dada. Así, mientras el género es binario, las partes que lo componen tienen variadas expresiones. Nosotros podríamos comparar la feminidad de una mujer guerrillera con la de una mujer joven negra desempleada.

El enfoque constructivista que propone Melucci (1990) supone superar los enfoques deterministas que han explicado el origen de los actores y las acciones colectivas a partir de factores estructurales o de creencias y valores; al contrario, Melucci propone concebirlas como un proceso en construcción y no como un punto de partida ya determinado. En esta perspectiva, la acción colectiva es esencialmente un proceso por descifrar más que un dato concebido a priori: “La acción colectiva no es un fenómeno empírico unitario, y la unidad, si existe, debería ser abordada como un resultado, no como punto de partida, no una evidencia sino un hecho que debe ser explicado” (Melucci, 1991: 358). Resulta relevante identificar el proceso de interacción, intercambios, negociaciones y toma de decisiones, que conduce a los actores individualmente concebidos a adoptar mecanismos que los vincula y compromete como colectivo.

Los fenómenos colectivos, así entendidos, emergen de las relaciones sociales dentro de un campo de límites y posibilidades que los actores (individuos y grupos) perciben y evalúan; ello supone abordar los procesos a través de los cuales los actores sociales

llegan a una definición interactiva y compartida del significado y los objetivos de su acción, en el camino de construir un nosotros, dentro de procesos de negociación de intereses opuestos, lo que confiere identidad a la acción (Melucci, 1996: 384; 1991: 358). En este sentido, los actores colectivos y la acción colectiva son más que la agregación de intereses y expectativas individuales, suponen un proceso dinámico de articulación e interacción que hace posible la identificación de los actores alrededor de preferencias y móviles de interés colectivo.

Bajo esta perspectiva analítica, el tránsito de lo individual a lo colectivo, el asunto de cómo se implican los actores alrededor de intereses comunes, o en otros términos, de cómo se configura un actor colectivo, constituye un desafío de primer orden en el campo de investigación sobre los fenómenos colectivos, por cuanto su existencia no es un hecho en sí mismo, sino un proceso que debe ser explorado en todas y cada una de sus dimensiones. El proceso de construcción social de la acción colectiva es, al tiempo, un proceso de construcción de los actores (Melucci, 1991, 2001).

Si bien las investigaciones realizadas por Melucci no se hicieron con base en organizaciones insurgentes como las que nos ocupan, su perspectiva constructivista brinda elementos de análisis importantes para nuestro “objeto de investigación”: en primer lugar, como se ha planteado en otros acápites de este trabajo, las organizaciones insurgentes han sido analizadas generalmente como unidades empíricas, en las que es necesario conocer cómo se da el tránsito de lo individual a lo colectivo, e indagar por espacios de intermediación entre las dimensiones estructurales, lo individual y lo colectivo. En nuestro caso, esto se hace posible si conocemos cuáles son las construcciones de sentido⁴⁹ de hombres y mujeres —pertenecientes al ELN— sobre las distintas dimensiones que conforman la estructura de la sociedad colombiana, y si dicha interpretación de la realidad influye o no en la conformación de intereses comunes y, por supuesto, del actor colectivo

⁴⁹ Para Thomas Luckman, “el sentido de una experiencia no se forma simplemente en su proceso, sino sólo cuando el yo se dirige posteriormente a la consciencia y cuando la pone en una relación externa por encima de su simple actualidad. [En sí], el sentido no es nada. El sentido de una experiencia se constituye mediante la conexión consciente y reflexivamente captada entre la experiencia originaria y algo distinto. El sentido, por lo tanto, es una relación” (1996: 35).

insurgente. En segundo lugar, la perspectiva de Melucci también nos permite indagar sobre la construcción de sentido⁵⁰ que hacen hombres y mujeres sobre la acción misma y sobre el ejercicio violento, a la vez que posibilita constatar si éstas influyen en la conformación y mantenimiento de esta particular acción y de este particular actor colectivo.

El enfoque constructivista también presenta vías de análisis para las formas de interacción que se dan entre quienes conforman tanto el actor como el desarrollo de la acción colectiva. Atiende, de esta manera, el nivel intermedio, el cual hace referencia a las interacciones de los actores cara a cara, interacciones mediante las que se establecen las conexiones entre la “sensación de desgracia personal” que los individuos sienten en la vida cotidiana y la construcción de una interpretación colectiva de esas condiciones como injusticias y demandas que justifican una acción conjunta.

La propuesta teórica de Melucci pretende identificar los procesos grupales “por los que los individuos evalúan y reconocen lo que tienen en común y deciden actuar juntos” (citado por Mueller, 1994: 290). De esta manera, busca crear un modelo que permita vincular las prácticas estructuradas de la vida social con la acción de un movimiento, a través de niveles intermedios, en los que se lleva a cabo la interacción de los actores, interacción que les permite a éstos construir significados. Es en los procesos de construcción de sentido e interacción de los sujetos que se construye identidad colectiva, la cual es fundamental en los procesos de mantenimiento de los actores y de

⁵⁰ “El sentido tiene que ver con una forma de racionalidad o parámetro de interpretación de la realidad, que es base del comportamiento o forma de actuar, desarrollado en las personas y en los grupos sociales y que algunos llaman lógica de significación, otros hábitos y otros forma cultural.

Sobre la racionalidad, Habermas ha realizado aportes que permiten comprenderla en las dimensiones que tiene. La define como la estructura preposicional del saber, que se traduce en opciones y en los enunciados que las explicitan. Esto es, la racionalidad es la disposición del saber dentro de una lógica expresiva, que da lugar a determinados enunciados, conductas o comportamientos, que implican: elección, decisión o acción, además de las declaraciones discursivas que las describen. Según esto, la racionalidad es la aplicación de una lógica, desarrollada de manera correspondiente a un estado de toma de conciencia, en la interpretación de la realidad que nos impregna y circunda para asumir una postura ante ella, normar y dirigir nuestro pensamiento, comportamiento y acción.

En torno al proceso de producción de sentido, queda claro que éste se construye a partir de una dialéctica entre la dimensión subjetiva de la experiencia o realidad que se percibe y la dimensión inter-subjetiva resultante de la percepción social de la misma”. Corrales Díaz, Carlos (1997), “La constitución o construcción del sentido” Documento en línea. Acceso: <http://iteso.mx/~carlosc/pagina/documentos/sentido3.htm>.

los procesos de acción colectiva. Este aspecto es de gran relevancia para esta investigación.

En este orden de ideas, uno de los ejes fundamentales de la propuesta teórica de Melucci es la construcción de identidad colectiva, aspecto que no ha sido considerado explícitamente por otros enfoques y que contribuye a explicar la permanencia de las acciones (movimientos sociales). La identidad colectiva es concebida como una categoría de análisis que alude a un proceso constructivo de relaciones y representaciones, que implica: a) definiciones cognitivas relacionadas con los fines, medios y campos de acción, b) una red de relaciones entre actores que interactúan, se comunican, se influyen, negocian y toman decisiones, c) una inversión emocional que impulse a los individuos a sentirse parte de una comunidad. Según esto, la permanencia de las organizaciones insurgentes durante cinco décadas lleva a pensar de manera hipotética en la construcción de identidades colectivas que pueden estar influyendo en dicha permanencia; por tanto, una indagación en este sentido se convierte en una necesidad de primer orden. Así, la pregunta ¿cómo se forma un actor colectivo insurgente? adquiere gran importancia teórica, más aún cuando, hasta ahora, este tipo de actores, con sus “particulares modos de acción”, han sido consideradas un “datum”.

Después de este recorrido por los enfoques más representativos que explican la acción colectiva y el lugar que se le otorga a la conformación del actor colectivo, podemos extraer las siguientes lecciones a favor de nuestro propósito: a pesar de los planteamientos del epígrafe con el que iniciamos este capítulo, aún los análisis sobre acción colectiva o fenómenos colectivos siguen estando muy circunscritos al ámbito de los movimientos sociales, lo cual presenta dificultades a la hora de construir un urdimbre teórico; sin embargo, también encontramos que es posible, a partir de estos análisis, intentar hacer un estudio de otro tipo de fenómenos colectivos y de actores colectivos desde los lineamientos teóricos trazados y el punto de inflexión construido a partir de la propuesta de un análisis constructivista, opción analítica que optamos para el desarrollo y análisis en esta investigación.

Después de una primera etapa de trabajo de campo, podemos constatar que el fenómeno colectivo de los movimientos o grupos insurgentes requiere ser analizado a partir de perspectivas teóricas más amplias, de tal manera —como lo hemos expresado en otros apartes— que se tenga mayor comprensión de los mismos, especialmente en sus procesos, en aquellos aspectos que no se hacen visibles. Nos proponemos conocer qué “yace detrás” de las organizaciones insurgentes político-militares, lo cual implica identificar en su interior toda una gama de componentes y de construcciones que le otorgan sentido a su acción.

En este sentido, consideramos necesario desarrollar dos niveles de análisis: un primer nivel que nos permita analizar los sujetos individuales, y un segundo nivel que comprenda los procesos colectivos para conformar el actor y la acción insurgente. De esta manera, daremos cuenta, en el primer nivel, de la construcción de sentido de hombres y mujeres sobre las dimensiones económicas, políticas, sociales y culturales de la estructura social. Para ello, inicialmente haremos una descripción del contexto que comprenda estas mismas dimensiones. De igual manera, analizaremos las motivaciones de hombres y mujeres para ingresar a las organizaciones político-militares, los asuntos que los sujetos consideran importantes para permanecer o dejar la organización, y finalmente analizaremos las construcciones de sentido que hacen los actores de su acción y del ejercicio violento para descubrir si éstas influyen, y de qué manera, en la constitución del actor colectivo y su mantenimiento, lo cual nos permite ubicar al sujeto una vez inmerso en el grupo y en la acción.

En el segundo nivel, con relación a los procesos colectivos, analizaremos la estructura organizativa y las dinámicas organizativas, y la manera como hombres y mujeres participan de la estructura y dinamizan la organización. Para desarrollar el análisis de la organización retomamos los planteamientos de Panebianco(1995). Si bien, el énfasis de su propuesta analítica es sobre organizaciones, especialmente de partidos políticos, sus desarrollos generales aportan elementos importantes para el análisis de cualquier tipo de organización política.

El análisis de la organización no es suficiente para comprender cómo se construye un actor colectivo, en este sentido, adquiere un lugar fundamental las construcciones colectivas que estos actores realizan para actuar colectivamente. Es así como el análisis de marcos se convierte en una necesidad fundamental.

Los marcos de acción son las formas de entendimiento negociadas para actuar (Rivas, 1998: 190), funcionan como organizadores de la experiencia y guías de acción (Snow, Rochford, Worden y Benford, 1986: 464 en Rivas, 1998).

El análisis de marcos en el estudio de los actores insurgentes, cobra significativa importancia, porque permite el estudio y análisis de las construcciones culturales que estos actores realizan. De esta manera aportamos sobre la literatura especializada que tiende a considerar la participación (o voluntad de participar) en los fenómenos colectivos que nos ocupan como una variable independiente y estática, basada en gran medida en una decisión racional singular y no en la posibilidad de construcciones colectivas que les permitan fundamentar su acción. Construcciones que están sujetas a reevaluaciones y renegociaciones colectivas de los participantes (Chihu Amparan, 2006).

A partir del análisis de marcos, sostenemos que quienes participan de la acción colectiva insurgente construyen esquemas de interpretación que les permite a hombres y mujeres ubicar, percibir, identificar y clasificar los acontecimientos ocurridos dentro de su espacio de vida y en el mundo en general. Por tanto, son dichas construcciones las que organizan la experiencia y guían la acción individual y colectiva. Los marcos se distinguen de acuerdo a las funciones que cumplen: definen un problema, un oponente (o enemigo común) atribuyen identidades y ofrecen soluciones a los problemas que son percibidos y contruidos colectivamente.

Acorde con esta propuesta de análisis, abordaremos las construcciones que hacen los actores colectivos con relación a la injusticia, la identidad y la agencia. En cada uno

de los capítulos ampliaremos de manera sistemática todos los aspectos trazados y definiremos teóricamente sus contenidos.

De esta manera, con base en el recorrido hecho, este trabajo se mueve en un terreno amplio del conflicto político y social, y gira en torno al concepto de actores y “acciones colectivas particulares” que confluyen en un conflicto como el colombiano y que deben ser analizados desde la perspectiva de género. La dimensión transversal de un análisis desde la perspectiva de género merece también un apartado que nos permita desarrollar su contenido y la manera como la incluimos para el fin que nos compete.

2.5 Actor, acción y género

La construcción de un marco de análisis que vincule género, actores y las principales vertientes de análisis sobre acciones colectivas y conflicto hace evidente que la literatura sobre los tres aspectos es muy amplia, si se asumen de manera independiente, pero a su vez restringida, si se tratan de manera conjunta. La perspectiva de género no es todavía un eje de análisis relevante en las teorías que permiten explicar los actores, las acciones colectivas y el conflicto, por tanto, es necesario expandir su comprobación empírica con distintos actores y acciones⁵¹.

⁵¹ En los años setenta, la categoría *género* se consideró básica en los diversos estudios sociológicos, antropológicos, históricos y políticos. Sin embargo, en los análisis sobre acción colectiva, movimientos sociales y conflicto no emergió de igual forma. Fue sólo hasta avanzada la década de los ochenta cuando comenzaron a emerger estudios en los que aparecía dicha categoría. Las investigaciones realizadas sobre género, acción colectiva y movimientos sociales las podemos agrupar en diversas perspectivas:

a) las que tienden a analizar las acciones cuya meta es el género; de esta manera se han relacionado con movimientos de mujeres y movimientos gay. Hay una extensa literatura sobre este tipo de enfoque: Buecheler (2000); Ray (1998); Taylor (1996); Whisttier (1995); Marx and Martin (1995); Rupp and Tylor (1987); Freeman (1975); Hole and Levine (1971). En estos análisis el género aparece relativamente claro.

b) Otros estudios han explorado las diferencias de género en varios aspectos de la experiencia activista; entre éstos se encuentran los estudios de McAdam (1992); Fonow (1998); Robbnet (1997); Rochford (1985); Marullo (1991), etc. En estos estudios, el concepto de género se ha utilizado como una categoría que ha permitido hacer referencias descriptivas a las relaciones entre los sexos. Uno de los primeros trabajos en esta perspectiva fue el de McAdam, que incorporó a su análisis el género como una categoría descriptiva. Usando datos de 330 solicitantes para el proyecto de verano de Freedom Mississippi, el autor buscó valorar el efecto del género en todas las fases de los procesos activistas. El resultado indicó que el género influyó poderosamente las dinámicas de reclutamiento para el proyecto durante el verano, como también los efectos políticos de la participación en el campamento y las tendencias sobre el impacto del proyecto en la vida de los participantes, diferenciado por género (McAdam, 1992: 1.211).

c) Una tercera línea de análisis se ha ocupado de los roles y las imágenes culturales de género en las dinámicas de los movimientos sociales: Einwohner, Hollander y Olson (2000); Taylor y Whittier (1999); Marx (1998); Fisher (1989), y para el contexto de América Latina, Icken, (1990), han realizado importantes aportes.

Tanto los actores colectivos como las acciones insurgentes surgen, se desarrollan, generan y mantienen procesos en sociedades constituidas desde estructuras generizadas, que los actores colectivos reproducen, mantienen o negocian en sus lógicas relacionales, sus estructuras organizativas y su conformación (cohesión, construcción de identidad y actuación). En este sentido, argumentamos que la intersección entre los principales ejes interpretativos sobre los procesos para la construcción de actores y acciones colectivas, con perspectiva de género⁵², permitirá un análisis de mayor profundidad para la comprensión del proceso mediante el cual se conforman actores colectivos. Como se ha demostrado en la revisión realizada en este texto sobre los diferentes enfoques interpretativos, éstos no contemplan las diferencias, por el contrario, son análisis neutrales⁵³.

Para desarrollar nuestro argumento es importante delimitar de qué manera ha sido utilizado el concepto *género* en múltiples análisis y desde distintas perspectivas: como

d) En el contexto de América Latina, una buena parte de los estudios han utilizado dicho concepto para hacer referencia a estudios sobre la participación de las mujeres en diversos movimientos sociales; al respecto se pueden consultar los trabajos de Lynn (1997), quien presenta estudios con relación a movimientos de mujeres en el Salvador, México, Brasil y Chile. Escobar, Álvarez y Dagnino (2001) también hacen referencia a movimientos de mujeres.

e) En Colombia, en relación a movimientos sociales en el área metropolitana del Valle de Aburrá, se introduce como variable la composición de género en los movimientos que se analizan. Así, por ejemplo, se plantea que el movimiento feminista está compuesto por el género femenino, el movimiento gay por el género masculino, el movimiento ambientalista se compone de manera equitativa de mujeres y hombres, y se resalta la tendencia eco-feminista. Urán, Omar (2000), *La ciudad en movimiento*, Medellín, EIPC.

f) Con relación a movimientos insurgentes, actualmente es frecuente que se discrimine el número de hombres y mujeres que los conforman. También se han realizado estudios sobre la participación de las mujeres en el conflicto, ver Blear, Elsa y Londoño, Luz María (2003), “Experiencias de guerra desde la voz de las mujeres”, *Revista Nómadas* N.º 19, Bogotá, Departamento de Investigaciones Universidad Central.

⁵² En la academia, en los movimientos y organizaciones feministas, en las organizaciones ciudadanas y también en los organismos públicos e internacionales, se desarrolla una visión explicativa y alternativa de lo que acontece en el orden de géneros. A esta visión analítica encauzada hacia la acción institucional y civil se le conoce, precisamente, como perspectiva o enfoque de género. Ya se acepta que quien se ubica en esa perspectiva hace referencia a la concepción que sintetiza las teorías y las filosofías liberadoras desarrolladas a partir de las contribuciones feministas a la cultura y a la política. La perspectiva de género permite enfocar, analizar y comprender las características que definen a mujeres y hombres de manera específica, así como sus semejanzas y sus diferencias. Desde esa perspectiva se analizan las posibilidades vitales de unas y otros, el sentido de sus vidas, sus expectativas y oportunidades, y las complejas y diversas relaciones sociales que se dan entre ambos géneros; también los conflictos institucionales y cotidianos que deben encarar, y las múltiples maneras como lo hacen.

⁵³ Para Myra Marx Ferre serían análisis en los que se ha impuesto la racionalidad del hombre blanco de clase media. Ésta es una de las críticas que hace esta autora a la teoría de la elección racional. Crítica que ha sido debatida porque se argumenta que la teoría de la elección racional no pierde significado si se le adicionan otras racionalidades.

categoría taxonómica que implica la inclusión de hombres y mujeres en los análisis de diversos aspectos de la realidad, como sinónimo de estudios sobre mujeres y como una categoría neutral y despolitizada que permite afrontar aspectos relacionales entre hombres y mujeres, sólo para nombrar algunas. En las diversas utilizaciones de esta perspectiva encontramos constantemente la diferenciación y el posicionamiento relativo de las mujeres y los hombres, visto como un principio de ordenamiento importante que penetra el sistema de poder y a veces constituye su misma encarnación. A pesar de esta persistencia, es significativo reconocer que no solamente el género tiene esa primacía. La clase y la etnia también pueden ser jerarquías relacionales importantes al estructurar regímenes o sistemas de poder. Pero estas otras diferenciaciones siempre están generizadas, y a su vez ayudan a construir lo que es un hombre y una mujer en cualquier circunstancia dada (Cockburn, 1999).

En este orden de ideas, no concebimos el género como algo dado ni otorgado desde una condición considerada natural —el sexo—, sino construido social y culturalmente. El género estructura toda forma de relación e interacción social; comprende tanto factores racionales objetivos, como construcciones subjetivas, simbólicas y de construcción de sentido; tiene un nivel individual y uno colectivo, y además establece relaciones de poder de distinta manera de acuerdo a los diversos contextos sociales y culturales⁵⁴. Así, el género incide en tres niveles: primero, como base de la organización e interacción social; segundo, en las estructuras sociales, opera y es base de las instituciones sociales, políticas y económicas (jerarquiza la división del trabajo, la expresión de las emociones), y tercero, está expresado y sustentado en la ideología y en las prácticas culturales como también las relaciones de poder. De esta forma, el género se incluye dentro de una perspectiva que ha contribuido y contribuye al conocimiento, a la política y a la sociedad. Ha afectado y

⁵⁴ Estrechamente vinculado a la cultura se trazan los estereotipos de género. En Occidente, por ejemplo, las mujeres han estado asociadas a la ternura, la sensibilidad, la emoción, la pasividad, la sumisión, la intuición y con lo irracional, lo subjetivo y lo misterioso (no explicable racionalmente). Correlativamente, ser hombre se vincula con valor, fuerza, poder y con lo racional, con la capacidad de actuar fría y decididamente. Se pueden seguir adicionando adjetivos que corresponderían a diversos contextos culturales. Esos adjetivos definen identidades y capacidades para hombres y mujeres y expresan la base socio-cultural de las asimetrías en las relaciones entre los sexos sobre las que se asienta la subordinación jerárquica de la mujer al hombre.

afecta las decisiones políticas y el discurso social en mayor o menor grado y con mayor o menor acierto, pero siempre es influyente.

El género constituirá un elemento de análisis primario, en muchas ocasiones, para entender relaciones de poder que se generan con base en el mismo. Incluye símbolos, conceptos normativos, sistemas de organización social e identidades cuya condición no neutral sólo es posible de desvelar cuando son leídas a partir de la perspectiva de género.

En esta investigación, el género es ante todo una cuestión de visión, que permite dejar al descubierto la diferenciación y asimetría de lo femenino y lo masculino como principios gobernantes, como cualidades idealizadas, como prácticas, como símbolos, que operan de manera fundamental en procesos de interacción humana, y por supuesto en la conformación de actores y acciones colectivos (Peterson y Runyan, 1993 en Cockburn, 1999). El análisis desde esta perspectiva no se agota en establecer diferencias entre hombres y mujeres, también intentamos analizar la construcción y modificación de las identidades en el proceso de construcción del actor, como también explicar por qué hombres y mujeres logran coincidir para conformar el tipo de actor que nos concierne y llevar a cabo la acción violenta.

De esta manera, asumimos un análisis de género en estrecha relación con la perspectiva constructivista, la cual cuestiona las dicotomías esencialistas del género y desestima las nociones que sostienen que la distinción de género tiene raíces primordiales. Conceptualiza el género como una realización interaccional, una identidad continuamente renegociada por la vía del intercambio lingüístico y el desempeño social. Explora las definiciones subjetivas de la feminidad y la masculinidad, atendiendo a los símbolos y las normas utilizados para dar sustancia a las clasificaciones dicotómicas (Chiu y López, 2007:1)

En concordancia con la visión que adoptamos, y teniendo en cuenta que el género opera en niveles estructurales, así como en la base de acuerdos socioeconómicos, en la

jerarquía de la organización política estatal, en la división del trabajo familiar, en la política pública, en el acceso a recursos y bienestar, en la organización de las expresiones sexuales y en las emociones, las distinciones de género también son expresadas y sostenidas en la ideología y en las prácticas culturales (Taylor et al, 1999). Por tanto, un análisis de los actores políticos clandestinos (organizaciones subversivas), desde esta perspectiva, posibilitará leer de manera discriminada la construcción de sentido que hacen hombres y mujeres sobre las dimensiones económica, política, social y cultural de la sociedad colombiana, y cómo esa construcción de sentido influye en la conformación del actor colectivo. Además permitirá responder si esas dimensiones estructurales son percibidas como generizadas por los actores individuales y si esto incide en la decisión de hombres y mujeres de hacer parte de este tipo de actores colectivos. También se busca atender al interrogante: ¿hombres y mujeres interpretan el contexto de igual manera para decidir hacer parte de este tipo de actor y de esta acción colectiva?

En el plano de lo organizativo, posibilitará conocer cómo operan las relaciones de género en los procesos de interacción de los sujetos que conforman estas organizaciones (subtextos relacionales de la organización) y otras organizaciones formales e informales (redes sumergidas) que preceden y conforman este tipo de actor y de acción colectiva. Nos permitirá leer las vivencias de hombres y mujeres en una organización insurgente, y analizar cómo construyen cohesión, identidad colectiva y de género, así como las formas de socialización política desde un lente no neutral, sino diferenciado. Atenderemos así a aspectos de la vida cotidiana y de la vida política que se entrecruzan de manera distinta entre hombres y mujeres que confluyen en la acción y el actor insurgente.

Con relación a las motivaciones, éstas cobran gran importancia en el análisis individual de los actores colectivos. De acuerdo con Klandermans (1997), el análisis de las motivaciones permite explicar: a) por qué algunas personas hacen parte de determinado actor y acción mientras que otros, en igual situación, no lo hacen; b) por qué un individuo toma posición por una causa y no por otra; c) por qué algunos

participantes se van de los movimientos, mientras otros permanecen. A pesar de la significativa relevancia que tiene el nivel individual en el análisis de los actores y las acciones colectivas, si éste no se aborda desde la perspectiva de género, no se constituye en una perspectiva realmente relevante debido a que, así como el género opera en las estructuras sociales, también lo hace en los individuos, influyendo en sus percepciones, creencias e intereses de manera diferente y cambiante. En este sentido, y desde este nivel, responderemos a preguntas tales como: ¿hombres y mujeres comparten las mismas motivaciones para comprometerse y mantenerse en este tipo de acciones colectivas?, ¿qué factores hacen que unos y otras decidan abandonarlas?, ¿cuál es la construcción de sentido que hacen sobre su participación y sobre la acción violenta?, ¿qué papel desempeñan las relaciones y los roles de género en la conformación de un actor colectivo insurgente?, ¿la acción insurgente contribuye a modificar los roles y las relaciones de género en su búsqueda de la transformación de una sociedad?

La intersección entre las teorías de la acción colectiva y la perspectiva de género permite un análisis de lo cotidiano y lo político de estas organizaciones, de la interacción entre quienes la conforman y la relación entre género y conflicto político. De esta manera, se han trazado los lineamientos para el análisis del Ejército de Liberación Nacional en su proceso de constitución como actor colectivo y político, en la medida en que entra en interacción con un Estado.

Entre la Violencia política y la Violencia revolucionaria: sus actores. El contexto de la investigación

El objetivo de este capítulo es “poner en situación” el tema del conflicto social y político armado, su historia y sus actores, por ello un punto de partida que parece pertinente es la caracterización de los problemas estructurales que afronta actualmente la sociedad colombiana. Iniciamos con esta delimitación por dos razones: primero porque en los diferentes estudios disponibles sobre el conflicto colombiano se alude a que dichas condiciones y problemas se han convertido en importantes factores explicativos del surgimiento y mantenimiento tanto del conflicto como de sus actores. En segundo lugar, porque los actores involucrados también se refieren a esos problemas con el fin de legitimar su acción.

A continuación nos permitimos introducir una mínima información que permita al lector no familiarizado con Colombia comprender mejor las propuestas y análisis que aquí realizamos.

Colombia es un país de singular belleza natural y se beneficia de una posición geográfica estratégica en el hemisferio americano. Es un punto de enlace entre los países de norte y sur América, y está rodeado al norte por el Océano Atlántico y al sur occidente por el Océano Pacífico. Estas condiciones hacen que sea la puerta de entrada a América del sur y que disponga de puertos hacia el resto de América, Europa y los países de la Cuenca del Pacífico. Además, se encuentra en la zona ecuatorial, lo cual determina la existencia de gran variedad de climas y ecosistemas.

Comparte fronteras con Venezuela, Brasil, Perú, Ecuador y Panamá; es el cuarto país en extensión de América del Sur, después de Brasil, Argentina y Perú. Su territorio está conformado por una amplia región montañosa, que cobija más de la mitad de la región occidental, y por una región plana que comprende la zona oriental, constituida

por la Orinoquía y, en el sur-oriente, la Amazonía. El país se divide administrativamente en treinta y dos departamentos distribuidos en cinco regiones: Atlántica, Pacífica, Andina, Orinoquía y Amazonía, que se diferencian por su ubicación geográfica, sus costumbres y su actividad económica.

Colombia es el país más poblado de la Comunidad Andina y el tercero en América Latina, después de Brasil y México. Tiene aproximadamente 44 millones de habitantes (49.5% hombres y 50.5% mujeres), de los cuales, alrededor de un 70% reside en zonas urbanas y el 30% restante en sectores rurales. El área más densamente poblada es la región Andina, que concentra el 75% de la población nacional, seguida por la región Atlántica o Caribe, con 21%, mientras que en la región Pacífica, las vastas llanuras de la Orinoquía y en la Amazonía tan sólo habita el 4% de los colombianos. Su población es mayoritariamente mestiza, mezcla de españoles y sus descendientes con indígenas y afro-descendientes⁵⁵.

Es un país rico en recursos naturales (agua, petróleo, minerales) y dispone de un alto potencial de suelos agrícolas, lo cual explica la importancia que la agricultura tiene y ha tenido en la economía nacional. Este potencial no sólo depende del relieve y la geología, sino también del clima, disponibilidad de agua y, especialmente, de la demanda de alimentos y tecnología disponible. Estos factores han influido para que la economía colombiana históricamente haya girado en torno a la agricultura y a la ganadería. El principal cultivo es el café, del cual es el segundo productor a nivel mundial. Además del café, también tiene un lugar destacado como productor de petróleo, carbón, esmeraldas (primero en el mundo), caña de azúcar, textiles, flores y banano. Los principales socios comerciales los representan Estados Unidos, países de la Unión Europea y Venezuela⁵⁶.

Los sectores manufactureros más importantes son los de alimentos y bebidas, maquinaria y equipo en general, químicos, textiles, cueros y tejidos, y petroquímicos.

⁵⁵ Datos obtenidos en línea: www.etniasdecolombia.org/colombia.

⁵⁶ Datos obtenidos en línea: <http://www.univalle.edu.co/colombia.html>

A partir de los años setenta, la industria manufacturera ha experimentado un desarrollo creciente y sostenido. La distribución espacial de la industria presenta un marcado desequilibrio, debido a que la mayor parte de la misma se localiza en las principales ciudades: Bogotá, Medellín y Cali. Aun cuando se observa un desarrollo industrial dinámico, la concentración territorial influye en cierta tendencia a profundizar en las desigualdades regionales, lo que se refleja en que haya sectores poblacionales de amplio desarrollo económico, mientras otros permanecen totalmente excluidos⁵⁷.

La distribución del territorio marca significativas diferencias y presenta serios desafíos en términos de preservación del medio ambiente. Libardo Sarmiento, citando a Carlos Costa Posada, director del IDEAM, presenta el siguiente panorama:

Si bien la coca y la amapola han menguado las reservas boscosas, sobre todo en los parques naturales (las áreas con cultivos ilícitos ocupan 102.071 hectáreas, esto es, 0,09% del territorio nacional, distribuidas en 21 de los 32 departamentos de Colombia), la deforestación obedece a un problema integral de desarrollo en el país, en términos de distribución de la propiedad de la tierra. Las zonas vírgenes se convierten en áreas de colonización, demandadas por las poblaciones campesinas pobres, desplazadas por la ampliación de los latifundios. En los últimos 20 años, en el país han sufrido desplazamiento forzoso cerca de 3,5 millones de personas. Los latifundistas, que representan sólo 1% de la población (incluye a empresarios del agro, políticos y paramilitares) son propietarios de 55% de la tierra cultivable en Colombia. En contraste, 85% de la población rural vive bajo condiciones de extrema pobreza (Sarmiento, 2004: 2).⁵⁸

De esta manera, encontramos un país con una serie de contrastes; por un lado, significativas potencialidades en cuanto a ubicación, clima, recursos y población, y por el otro, múltiples y complejos problemas, como la tenencia de la tierra, la organización de la sociedad colombiana y el conflicto de larga duración.

Para clasificar los problemas de la sociedad colombiana existen diferentes vías y propuestas; nosotros elegimos la caracterización realizada por la Universidad Nacional en el proyecto “Colombia, un país por construir. Problemas y retos presentes

⁵⁷ Datos obtenidos en línea: <http://www.univalle.edu.co/colombia.html>

⁵⁸ Sarmiento, Libardo (2004) “Colombia: desarrollo excluyente sin sostenibilidad”. Publicaciones desde abajo. Artículo en línea, disponible en [http://www. redvoltaire.net/ar cle2212. html](http://www.redvoltaire.net/ar cle2212. html).

y futuros”⁵⁹. Este trabajo ofrece una amplia caracterización de los problemas estructurales de la sociedad colombiana, clasificados por los investigadores del proyecto según un sistema compuesto por cinco subsistemas (cognitivo, natural, económico, social y político). A partir de ellos, los autores identifican los problemas más representativos que la sociedad colombiana tendría que resolver para alcanzar un proyecto de sociedad incluyente. En el siguiente cuadro presentamos los subsistemas y los problemas presentes:

Tabla N° 1. Subsistemas de la sociedad colombiana y los principales problemas

Subsistemas de la sociedad colombiana	Principales problemas
Subsistema del conocimiento	Descomposición social Baja calidad y cobertura de la educación Atraso científico y tecnológico Débil identidad nacional
Subsistema natural	Desconocimiento, pérdida y desaprovechamiento de los recursos naturales Pérdida de la calidad ambiental
Subsistema económico	Concentración de la riqueza y el ingreso Baja capacidad de ahorro Baja competitividad Débil infraestructura física Desequilibrios regionales Desempleo, informalidad Economía subterránea Ineficiencia del sistema financiero Déficit fiscal
Subsistema social	Bajo capital social Pobreza Inseguridad de la seguridad social No futuro para la juventud Desinformación Corrupción Violencia
Subsistema político	Concentración del poder Ausencia de una verdadera democracia Falta de visión de largo plazo Debilidad del Estado Situación crítica de la política exterior Impunidad

Fuente: Amaya, Pedro José et al (2001). *Colombia, un país por construir*. Universidad Nacional.

⁵⁹ Este trabajo es una propuesta conceptual y metodológica de los autores del proyecto denominado *Colombia, un país por construir* sobre los problemas y retos presentes y futuros de la sociedad colombiana. Busca ser uno de los referentes para la estructuración colectiva de un proyecto de nación a corto, mediano y largo plazo. Fue publicado en junio de 2001.

Los problemas de la sociedad colombiana se ubican en todos los subsistemas sociales que la conforman. Esto da como resultado una sociedad con profundas exclusiones económicas, políticas y sociales, que se remontan a los inicios de la conformación de la nación y que se han mantenido y agudizado a lo largo del tiempo⁶⁰.

Los analistas consideran que el conflicto social y político que vive actualmente el país tiene como una de sus principales causas los múltiples problemas que ha padecido y padece Colombia, y que han sido paliados en algunas ocasiones, mas no resueltos de manera estructural⁶¹.

El conflicto social y político que se vive actualmente es uno más de los múltiples que ha padecido Colombia a lo largo de su historia. La mayoría de investigadores y analistas consideran que ha existido una larga tradición de conflicto y violencia.

⁶⁰ De acuerdo con los planteamientos de Libardo Sarmiento en las entrevistas realizadas a líderes de organizaciones y movimientos sociales de América Latina sobre los principales problemas que les aquejan, de manera contundente se identifica en todos los países la pobreza y la desigualdad socioeconómica. El modelo económico excluyente, en especial su manifestación en términos de desempleo, aparece como el segundo problema. Gobiernos ineficientes, sin mayor credibilidad y con altos índices de corrupción, como componentes significativos de la debilidad de nuestras democracias, aparecen como el tercer problema.

De acuerdo con el mismo autor, para el caso colombiano, “durante el último siglo, el crecimiento económico ha sido superior al incremento de la población: en el año 1900, el número de colombianos no alcanzaba la cifra de los cuatro millones, y el ingreso anual por persona se estimaba en US\$118; para el año 2004, la población supera los 44 millones y el ingreso anual por persona alcanza a US\$2.213. En contraste, históricamente la pobreza por ingresos es de carácter ‘consustancial’ a la sociedad y al estilo de desarrollo nacional: durante el último siglo, la población que vive bajo condiciones de pobreza nunca ha sido inferior, en términos relativos, al 50 por ciento. Al principio del siglo XX, los índices de pobreza afectaban al 90 por ciento de la población, durante las décadas de los años 1970 y 1980 rondaron el 50 por ciento (disminución explicada por la creación de una capa de clase media, producto de la modernización económica, la urbanización y el crecimiento del Estado); con el ajuste estructural y la implantación de la fase neoliberal del capitalismo, la pobreza por ingresos ha vuelto a crecer hasta afectar a tres de cada cuatro colombianos en el año 2004. La insuficiencia del ingreso de los pobres respecto al valor de la canasta de consumo básico creció de 59,8 por ciento a 61,1 por ciento, entre 2001 y 2004. La insuficiencia del ingreso de los indigentes con relación al valor de la canasta alimentaria igualmente creció, pasando del 43,4 al 44,1 por ciento en igual período. Los datos son contundentes: el problema de la pobreza en Colombia se explica más por la exclusión, la concentración de la riqueza, el desempleo, los bajos salarios y la violencia que ejercen las élites sobre la comunidad” (Sarmiento, 2004).

⁶¹ Kimberly Stanton, de la Oficina de Washington en América Latina (WOLA), el 30 de agosto del 2005 expresa:

“El conflicto armado interno de Colombia es de casi cincuenta años. Ha persistido a pesar de tentativas repetidas de negociar la paz, algo de lo cual tuvo éxito en el desarme de grupos insurgentes. El conflicto ha coexistido con las instituciones formalmente democráticas, pero la exclusión política ha sido una causa importante de la violencia. Colombia es un país con abundancia de recursos naturales, sin embargo, el 60% de la población vive en total pobreza. El país tiene una de las constituciones más progresistas y una de las cortes constitucionales más innovadoras en América Latina, y tiene ratificado virtualmente cada tratado internacional y regional de los derechos humanos. Con todo, el tráfico de droga y la corrupción son penetrantes, y el expediente de los derechos humanos del gobierno colombiano está entre los peores del hemisferio occidental. En “El conflicto colombiano: Respuestas regionales del impacto y de la política”.

Arturo Alape (1985) afirma que la violencia se incrusta desde el origen mismo de la República: “Seguramente la circunstancia histórica de haber tenido que romper el coloniaje español en una guerra de más de 10 años predeterminó esa facilidad hacia la lucha”. En palabras de Sánchez, Díaz y Formisano (2003), “La historia colombiana es vista como una sucesión constante de guerras civiles nacionales y de conflictos regionales y locales. De esta manera, el conflicto actual no sería más que la continuación de esa larga cadena histórica de violencia, que se inició en 1839, pocos años después de la definitiva liberación de España en 1819”⁶².

No nos detendremos en un análisis profundo y detallado de los problemas que conciernen a cada uno de los subsistemas, como tampoco en una historiografía de esos distintos e interconectados procesos, sino que nos centraremos en el conflicto que se desarrolla en la actualidad y cuyos inicios se remontan a la etapa denominada *La Violencia*, que comprende desde mediados de la década de los cuarenta hasta la década de los sesenta. Las particularidades de este periodo y los acontecimientos ocurridos durante el mismo cobran especial importancia para comprender mejor las características del conflicto actual y su condición de conflicto sociopolítico.

3.1 Las guerras civiles y La Violencia

En el siglo XIX, se presentó un número significativo de guerras civiles, tras finalizar la mayor confrontación de dicho siglo: la Guerra de los Mil Días, ocurrida de 1899 a 1903 —que enfrentó a liberales contra el gobierno conservador de la época y que ha sido descrita como la más desastrosa de las guerras civiles en Colombia, en términos de pérdida de vidas humanas y daño a la economía—. Este enfrentamiento se mantuvo durante tres años por toda la geografía nacional y contó con un amplio apoyo social brindado a los contendientes. De acuerdo con los cálculos, hubo cerca de 80.000 muertos entre 1899 y 1902, aproximadamente el 2% de la población de la época. El alzamiento de los liberales se generalizó por todo el país y tuvo respaldo internacional

⁶² Para mayor profundidad sobre los procesos de conflicto y violencia en Colombia, ver Sánchez, Fabio; Díaz, Ana María, y Formisano Michel (2003). *Conflicto, crimen violento y actividad criminal en Colombia, un análisis espacial*. Bogotá. Documentos CEDE, Universidad de los Andes.

de gobiernos liberales de países vecinos como Ecuador, Venezuela, Nicaragua y México.

Entre 1902 y 1948 la vida transcurrió en relativa calma. Colombia empezó un lento proceso de modernización industrial y financiero, acompañado de los movimientos agrarios en los años veinte y treinta (Sánchez et al, 2003). Esta calma fue interrumpida por el asesinato del líder popular y candidato a la presidencia, Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, que se reconoce como el suceso desencadenante de *La Violencia*. Este crimen agravó las particulares condiciones políticas, sociales y económicas de un país que intentaba asomarse a la modernidad.

De este modo, civiles que pertenecían principalmente a los partidos políticos tradicionales, liberal y conservador, protagonizaron acciones de especial violencia en su búsqueda por la eliminación física de los partidarios del liberalismo y de cualquier forma de oposición al conservadurismo más tradicional. Estas acciones se sustentaban en inculpar al gobierno conservador del asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán.

En esta época, los liberales son separados de los cargos públicos y los conservadores se hacen al poder mediante fraude electoral. Es entonces cuando aparecen las primeras guerrillas reconocidas oficialmente y nombradas como “guerrillas liberales”. Dichos grupos surgieron como respuesta a la exclusión política de la época y para la defensa de las tierras que eran expropiadas a los campesinos. Esta condición influyó para que tales agrupaciones fueran concebidas con carácter defensivo. La más conocida y que se mantuvo a lo largo de varios años fue la del ex alcalde de Barrancabermeja, Rafael Rangel⁶³. De acuerdo con los planteamientos de Alejo Vargas, ésta fue una guerrilla de clara ascendencia liberal: “un liberalismo libertario, si se quiere, exento de influencias comunistas” (2006: 67).

⁶³ Sobre este tema, para mayor profundidad ver: Umaña Luna, Eduardo; Guzmán Campos, Germán y Fals Borda, Orlando (1988) *La violencia en Colombia*. Tomos I, II y III. Bogotá. Círculo de Lectores. Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (1991): *Pasado y Presente de la Violencia en Colombia*. Bogotá. CEREC.

Paralelamente al surgimiento de las guerrillas liberales, aparecen movimientos de contraguerrilla (en términos actuales, grupos paramilitares), que apoyaban las acciones represivas de la policía de la época, llamada “chulavita”. Siguiendo los planteamientos de Vargas, los grupos de contraguerrilla no sólo combatían a los “grupos insurgentes” de este periodo, sino que también se formaron para apropiarse de las tierras de muchos campesinos apelando al boleteo⁶⁴, a la intimidación de la población y al asesinato.

[...] De la venta de fincas a precios irrisorios no sólo se beneficiaron los miembros de la contraguerrilla conservadora; igualmente, ciertos liberales, con capacidad económica o situados en puestos claves de instituciones bancarias, compraron fincas a sus amenazados copartidarios a precios mínimos, como una forma de ayudarlos a dejar la región. Allí encontramos el origen de los procesos de concentración de la tierra: en el violento marco bipartidista (Vargas, 2006: 75).

Quienes participan y se enfrentan en la guerra civil que vive el país en este periodo son los sectores populares, especialmente campesinos; por su parte, las élites de los partidos permanecían al margen de los procesos de violencia. “Este desfase entre dirección ideológica y conducción militar explica en buena medida, por una parte, sus expresiones anárquicas; por otra su poder desestabilizador y sus efectos sobre el conjunto de la sociedad”⁶⁵.

El régimen político instaurado en la época de *La Violencia* no logró alcanzar legitimidad, sustentado como estaba en el fraude electoral, la supresión violenta de los opositores y una marcada generalización de la práctica de la homogenización política en regiones enteras. La situación registró un receso, mas no llegó a superarse. Para finalizar *La Violencia*, las élites promovieron el golpe militar del general Gustavo Rojas Pinilla en 1953⁶⁶.

⁶⁴ El término *boleteo* se utiliza en el contexto para denominar la extorsión que se realiza a través de cartas.

⁶⁵ Comisión de estudios sobre la violencia. *Colombia, violencia y democracia*, informe presentado al Ministerio de Gobierno, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

⁶⁶ El golpe de Estado del general Rojas Pinilla se dio con la colaboración del ex presidente Mariano Ospina y del jefe conservador Gilberto Alzate. El Rojas Pinillismo trató de emular aspectos populistas del peronismo argentino, vigentes en la época, y buscó crearse una fuerte corriente de apoyo entre la población. Tras el Gaitanismo (nombre que recibió el movimiento liderado por Jorge Eliécer Gaitán) el Rojas Pinillismo fue el movimiento histórico político en Colombia que más apoyos suscitó.

El “nuevo” régimen militar, que se constituía supuestamente “al margen” de las ideologías liberales y conservadoras, logró una tregua con los “movimientos insurgentes” de la época, llegando incluso a la desmovilización sin condiciones de buena parte de quienes conformaban dichos grupos. Éste fue uno de los procesos de pacificación sin precedentes en el país, fundamentalmente porque, en el proceso, los “insurgentes” desmovilizados entregaron las armas y abandonaron su lucha, sin pedir nada a cambio. Pese a ello, no fue un proceso total, pues hubo remanentes de los grupos que permanecieron alzados en armas. Los logros de este periodo se vieron entorpecidos por el incumplimiento de acuerdos con los grupos alzados en armas que habían decidido entregarlas, el asesinato de varios líderes campesinos y guerrilleros desmovilizados y la persecución y ejecución de personas que optaron por permanecer al margen de los pactos.

De acuerdo con los planteamientos de Amaya, (2001), algo que quedó claro de esta experiencia de *Violencia* fue que las élites tanto liberales como conservadoras continuaban compartiendo en cafés y clubes, mientras el “único acto de enfrentamiento que mantuvieron era ubicarse en diferentes salones. En el momento del golpe militar los sectores de élite retomaron sus cargos y posiciones privilegiadas y las personas del común que se enfrentaban y ponían los muertos, no lograron alivio a los problemas que los habían llevado a la confrontación armada” (2001: 542).

Aunque durante el gobierno de Rojas Pinilla fue posible un proceso de pacificación, éste no resolvió los problemas profundos que vivía el país y tampoco logró la plena reinserción de los alzados en armas; por el contrario, las condiciones de vida de un amplio sector de la población colombiana siguieron siendo precarias y las condiciones de parcialidad de las instituciones estatales no pudieron obrar como mediadoras de los conflictos sociales y políticos de la época (Vargas, 2006).

Las limitaciones descritas del proceso de pacificación facilitaron el resurgimiento de los grupos armados, conformados principalmente por aquellos que no se acogieron a la amnistía, por quienes se sintieron defraudados de los procesos llevados a cabo y por

los grupos de contraguerrilla. Estos “nuevos” actores de violencia de este periodo fueron reconocidos como bandoleros y recrudecieron la violencia de la época⁶⁷.

En 1957, las élites políticas tradicionales consideraron el “forzoso” retiro del general Rojas Pinilla y la violencia se agudizó⁶⁸. Los partidos tradicionales (liberal y conservador) plantearon una salida “novedosa” para la época: el Frente Nacional, que consistió en una alianza entre liberales y conservadores para distribuirse *equitativamente* la administración de las instituciones estatales y así buscar una solución común a los problemas. El acuerdo consistió en un pacto de igualdad entre los dos partidos, bajo el cual se alternarían la presidencia durante 16 años, en los que cuatro años estarían en el poder los liberales, y los siguientes cuatro años lo tendrían los conservadores; cada partido tendría así dos periodos de cuatro años, entre 1958 y 1974. El derecho al voto se ejercía sobre candidatos del mismo partido al que le correspondía el periodo. El congreso estaba conformado por igual cantidad de parlamentarios liberales y conservadores.

El pacto fue firmado por el liberal Alberto Lleras Camargo y el conservador Laureano Gómez, en Benidorm, el 24 de julio de 1956. Los principales objetivos de este acuerdo político fueron la reorganización del país luego de la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla y el cese de la violencia bipartidista.

Si bien esta alianza entre los partidos y las élites tradicionales logró en parte su objetivo, también dejó por fuera a grandes sectores de la población. No sólo a aquellos que no pertenecían a ninguno de los partidos, sino también a quienes no se sentían representados por sus postulados ni por quienes los lideraban, e incluso a otros que,

⁶⁷ En el libro *Guerra o solución negociada. ELN: origen, evolución y procesos de paz*, Alejo Vargas (2006) explica cómo los grupos de bandoleros provenían tanto de las extinguidas guerrillas de autodefensa, y cómo fue la banda de Campo Elías Ayala la que sembró el terror en la zona de San Vicente (Santander) y fue exterminada por el ejército. A comienzos de la década del sesenta, grupos contra guerrilleros y la policía chulavita formaron el grupo bandolero comandado por Polo Millán, que operó como banda de asaltantes o “matarifes a sueldo” (las comillas son del autor) y que operó en la misma zona (2006: 87)

⁶⁸ Se plantea un retiro forzoso debido a que los dirigentes de los partidos temían que el régimen del dictador Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) evolucionara hacia una dictadura populista y en un tercer partido capaz de desplazar a los dos tradicionales.

sintiéndose pertenecientes a alguno de los partidos tradicionales, no compartían su propuesta. Así “el Frente Nacional creó las bases, junto con otros factores estructurales y coyunturales, para el surgimiento de un nuevo tipo de violencia: la violencia contra el régimen político y contra el Estado, conocida comúnmente como la “violencia revolucionaria”, la cual, para algunos analistas, puede entenderse como una consecuencia del período del Frente Nacional” (Vargas, 2006: 92), y para otros como consecuencia de los procesos que se vivían en el mundo.

3.2 La Violencia y la Violencia revolucionaria

El contexto en el que surge la “violencia revolucionaria” se define no sólo por las condiciones internas del país, sino también por los procesos que tenían lugar en esa época en el mundo y en América Latina.

Con relación a los procesos que acontecían a nivel internacional, es necesario recordar brevemente lo que ocurría una vez terminada la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos emergió con prestigio y autoridad. La guerra contribuyó a la superación de la crisis económica norteamericana e introdujo a Estados Unidos en un proceso de fortalecimiento industrial. A diferencia de Europa y Japón, Estados Unidos no había sufrido daños internos, su economía prosperaba y su industria armamentista había construido el arsenal más importante que el mundo había conocido, culminando con la bomba atómica.

La Segunda Guerra Mundial no sólo contribuyó al fortalecimiento económico y militar de Estados Unidos, sino que también le otorgó un lugar importante en la política internacional de posguerra. De esta manera, después de 1945, Estados Unidos centró su preocupación en la recuperación de Europa y Japón, lo cual era necesario para continuar de afianzar su prosperidad. El Plan Marshall⁶⁹ apeló al aspecto

⁶⁹El plan Marshall consistió en el programa trazado por los Estados Unidos para la reconstrucción de los países después de la Segunda Guerra Mundial. La iniciativa recibió el nombre del Secretario de Estado de los Estados Unidos George Marshall y fue diseñado principalmente por el Departamento de Estado.

humanitario y económico de la población estadounidense y ayudó a dirigir la atención especialmente hacia Europa.

Con relación a América Latina, la administración Truman (1945-1953) asumió que continuaría recibiendo el leal respaldo de los países latinoamericanos, certeza que se quebrantó por la amenaza exterior, representada en el “enfriamiento” de las relaciones con la Unión Soviética. Así, la administración Truman decidió organizar una ofensiva de Guerra Fría en América Latina, con base en dos aspectos: el primero, conseguir que los gobiernos latinoamericanos rompieran relaciones con la Unión Soviética, lo cual tuvo un éxito notable, ya que todos, con excepción de México, Argentina y Uruguay, lo hicieron. El segundo aspecto fue presionar a los gobiernos latinoamericanos para que proscribieran los partidos comunistas. El éxito de esta campaña demostró lo sensibles que seguían siendo las élites latinoamericanas a las directrices de Estados Unidos. Paralelamente, la administración Truman decidió hacer permanente la alianza militar establecida durante la guerra. Alianza que se consolidó a partir de dos momentos: el primero, con el tratado denominado Pacto de Río (1947), que definía el ataque a cualquier estado americano, desde dentro o desde fuera del hemisferio, como una agresión a todos, y demandaba medidas colectivas para rechazarlo. El segundo paso de consolidación se dio en marzo de 1948 en Bogotá, Colombia, con la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA). Los estados miembros se comprometían a mantener una solidaridad continental (deseada e impulsada por Estados Unidos) y una no intervención total (deseada por América Latina), junto con los principios de democracia, cooperación económica, justicia social y derechos humanos.

En 1951, la administración Truman y el Congreso decidieron al unísono extender a América Latina su programa de Seguridad Militar de 1949, que en su origen se había pensado para Europa. Entre 1952 y 1954, Estados Unidos firmó pactos de ayuda a la defensa mutua con diez países latinoamericanos: Brasil, Colombia, Cuba, Chile, Ecuador, Honduras, Nicaragua, Perú, República Dominicana y Uruguay. Los acuerdos comprendían intercambios de equipos y servicios militares, envío de materias primas

estratégicas y un compromiso de restricción de comercio con el bloque soviético. Con los acuerdos, Estados Unidos generaba dependencia significativa para las fuerzas armadas latinoamericanas, pues en posesión de equipo estadounidense, eran dependientes en la obtención de piezas, recambios y municiones.

Pese a los acuerdos y a la “ayuda” norteamericana a países de América Latina, y a las restricciones que dichos acuerdos imponían con relación a la Unión Soviética, ésta había logrado gran prestigio durante la Segunda Guerra Mundial, sustentado en que aunque había perdido mucha más población (20 millones) y soportado mucho más sufrimiento que Estados Unidos, era un pueblo con gran resistencia, capacidad organizativa y de liderazgo. Esta admiración se transfería a los partidos comunistas de algunos países de América Latina. Pese a la admiración que producía en algunos, no es posible desconocer que desde 1946 se había iniciado una línea anti-soviética en América del sur, que contribuía a fortalecer las relaciones oficiales con Estados Unidos.

La administración Truman también expresó su interés en la ayuda técnica y económica a América Latina, como réplica del Plan Marshall, prototipo de su ayuda a Europa. Sin embargo, las situaciones eran muy diferentes. El Plan Marshall, impulsado para Europa, se dirigió a naciones devastadas por la guerra, pero que seguían teniendo el ingrediente económico más importante de todos: fuerza de trabajo calificada y experimentada.

En América Latina el problema económico era diferente. Había una industria pequeña, incluso en los países con mayor desarrollo, existía escasez de mano de obra calificada y conocimientos técnicos, y a menudo se carecía de infraestructura. En correlación con esta realidad, la administración Truman propuso un programa de asistencia técnica para ayudar a los países en vías de desarrollo. Era la respuesta parcial a las quejas latinoamericanas acerca de que Estados Unidos no tenía en cuenta sus problemas económicos y concentraba su atención en Europa.

En la década del cincuenta, América Latina comenzó a producir sus propios análisis acerca de sus problemas económicos. En estos años se unió al debate una nueva voz latinoamericana: la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), organismo regional de las Naciones Unidas, creado en 1948. Sería una secretaría de técnicos, especialmente economistas, que analizarían de forma sistemática los problemas económicos de la región latinoamericana y sus países concretos. La CEPAL se instaló en Santiago de Chile, como esfuerzo deliberado por distanciarse de la atmósfera dominada por Estados Unidos en la sede central de la OEA en Washington D.C.

Entre los diversos pactos y programas para el desarrollo y las propias lecturas que se hacían desde América Latina sobre su realidad de carencia y falta de desarrollo, en 1959 se consolida la primera alternativa revolucionaria para el cambio, y Fidel Castro, que se había mostrado como un reformista demócrata contra el dictador Batista en Cuba, llega al poder y comienza a consolidar una opción de izquierda.

A comienzos de 1959, Fidel Castro propuso convenios y solicitó ayudas; así, a finales de ese mismo año, Cuba ya recibía recursos económicos desde Moscú. En un año se había dado un cambio total en las relaciones comerciales: de una fuerte dependencia comercial de los Estados Unidos, pasó a una dependencia comercial fuerte de la Unión Soviética. Desde entonces, la ayuda militar soviética comenzó a desarrollarse en Cuba.

Ante estos acontecimientos, la reacción norteamericana no se hizo esperar, y en 1961 el gobierno de John F. Kennedy intentó derrocar al naciente gobierno de Fidel Castro. El 17 de abril, en Bahía Cochinos, desembarcó a aproximadamente 1.500 exiliados, con armamento estadounidense, con la esperanza de poder contar con el apoyo de los pobladores locales, para que cruzaran la isla hasta La Habana, pero fueron interceptados por el Ejército cubano. El 19 de abril acabó la lucha, cerca de 100 de los exiliados habían muerto y el resto habían sido hechos prisioneros. El fracaso de la invasión afectó gravemente al gobierno de Kennedy. Algunos lo culparon de su fracaso por no haber proporcionado el apoyo necesario y otros por permitir que se

llevara a cabo dicho intento de invasión. Posteriormente, los capturados fueron rescatados, previo pago, por grupos privados de Estados Unidos.

El intento de desembarco en Bahía Cochinos a comienzos de 1961 podría haber resultado si el presidente J.F. Kennedy hubiera ordenado que la marina estadounidense prestara cobertura aérea, pero rehusó a hacerlo. Estados Unidos se vio humillado: primero por el fracaso de la invasión anticastrista, y segundo por la torpe cobertura utilizada para esconder su participación. El fracaso fortaleció al reciente gobierno de Fidel Castro y probó que Estados Unidos era una amenaza para la seguridad cubana. Con ello pudo aplicar duras medidas contra la oposición interna.

A partir de la Revolución Cubana se propagó el temor de la penetración soviética en las Américas. Si los soviéticos estaban dispuestos a abastecer a los cubanos, ¿cuántos otros movimientos guerrilleros latinoamericanos podrían esperar el mismo respaldo? Esa preocupación estimuló a los responsables políticos de la época de Kennedy para apresurarse a formular su programa latinoamericano contra el “incipiente comunismo”. Así se formularon planes de asistencia para el desarrollo y programas y proyectos contrainsurgentes.

Pese a la intervención norteamericana, la Revolución Cubana, liderada por el movimiento 26 de julio, que conduce al derrocamiento del régimen dictatorial de Fulgencio Batista el 1.º de enero de 1959, se consolida. La caída de Batista trajo consigo la formación de un gobierno revolucionario, liderado inicialmente por Manuel Urrutia Lleó como presidente y José Miró Cardona como primer ministro, quienes poco después serían sustituidos por Fidel Castro, quien avanzaba progresivamente hacia una explícita orientación comunista, la única presente en América.

La Revolución Cubana se convierte de este modo en un hito que durante los años sesenta llegó a influir de manera significativa en los movimientos de “liberación nacional” presentes en los países de América Latina. “El Castrismo” marca una ruptura frente a las concepciones clásicas de los partidos comunistas, “quienes

concebían que los procesos revolucionarios requerían la presencia de un partido como fuerza dirigente de los mismos y, eventualmente, un aparato militar, un ejército revolucionario dependiente del partido” (Vargas, 2006: 100). Por el contrario, para éste bastaba con organizaciones político-militares capaces de generar procesos revolucionarios para lograr el “triunfo” mientras criticaba la falta de acciones directas por parte de los partidos comunistas.

El triunfo de la Revolución Cubana y los fundamentos del Castrismo inspiraron y fomentaron una serie de expectativas revolucionarias en los jóvenes rebeldes, quienes llegaron a considerar potenciales procesos y triunfos similares en otros países latinoamericanos y del denominado Tercer Mundo. “Por su parte, los Estados Unidos y los gobernantes latinoamericanos vieron la necesidad de dar una respuesta global a la amenaza de la expansión comunista” (Idem: 100). Respuesta que se concretará, principalmente, en dos estrategias: por un lado, aquella orientada a combinar seguridad y desarrollo, mediante el programa “Alianza para el progreso”, y por el otro, estrategias de contrainsurgencia.⁷⁰

⁷⁰ La Alianza para el progreso (en inglés: Alliance for Progress) es un programa de ayuda económica y social de Estados Unidos para América Latina efectuado entre 1961 y 1970. Su origen está en la propuesta oficial del presidente John F. Kennedy, en su discurso del 13 de marzo de 1961 en una recepción en la Casa Blanca para los embajadores latinoamericanos.

La Alianza para el progreso duraría diez años. Se proyectó una inversión de 20.000 millones de dólares. Sus fuentes serían los Estados Unidos por medio de sus agencias de ayuda, las agencias financieras multilaterales (BID y otros) y el sector privado, canalizados a través de la Fundación Panamericana de Desarrollo.

El programa se desarrolló en los siguientes gobiernos: Rómulo Betancourt (Venezuela 1959-1964), Janio Quadros (Brasil 1961), Arturo Frondizi (Argentina 1958-1962), Fernando Belaunde Terry (Perú 1963-1968), Eduardo Frei Montalva (Chile 1964-1970), Alberto Lleras Camargo (Colombia 1958-1962) y Carlos Lleras Restrepo (Colombia 1966-1970). Las principales medidas eran: una reforma agraria que buscaba mejorar la productividad agrícola, libre comercio entre los países latinoamericanos, modernización de la infraestructura de comunicaciones, reforma de los sistemas de impuestos, acceso a la vivienda, mejora en las condiciones sanitarias para elevar la expectativa de vida, mejora en el acceso a la educación, y erradicación del analfabetismo, precios estables y control de la inflación, y cooperación monetaria. Para mayor profundidad ver: Agudelo Villa, Hernando (1966), *La revolución del desarrollo. Origen y evolución de la Alianza para el Progreso*, México, Editorial Roble.

En cuanto a la estrategia contrainsurgente, el sacerdote jesuita Javier Giraldo, citando diversos documentos, la describe de la siguiente manera: “la directriz fue trazada en un suplemento secreto al informe sobre la visita a Colombia realizada por el General Yarborough, Director del Centro de Investigaciones de la Escuela de Guerra Especial de Fort Gragg (Carolina del Norte) del Ejército de los Estados Unidos en febrero de 1962. La directriz pide seleccionar personal civil y militar con miras a un entrenamiento clandestino en operaciones de represión [...] con miras a desarrollar una estructura cívico militar [...] que se usaría para presionar cambios sabidos, necesarios para poner en marcha funciones de contra-agentes y contra propaganda y, en la medida en que se necesite, impulsar sabotajes y/o actividades terroristas paramilitares contra los partidarios conocidos del comunismo” (2003: 42-43). El mismo autor plantea que esta directriz fue legalizada en la normatividad colombiana, y a su vez señala que estos grupos se denominaron “grupos de autodefensas”, que deben combatir al enemigo que se encuentra entre la población civil. En 1987 esta estrategia continúa. En otro manual citado

Es en este acontecer de procesos, que en ocasiones se vinculan entre sí y en otras tantas presentan rupturas, surgen las organizaciones guerrilleras de “primera generación” que se mantienen hasta hoy⁷¹ (a excepción del Ejército Popular de Liberación, EPL): a) las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Según Pizarro Leongómez (2004), tienen un origen remoto en los grupos de autodefensa campesina que, a fines de la década de los cuarenta, fueron impulsados por el partido comunista en respuesta a la “brutalidad oficial” registrada durante el periodo de la Violencia⁷². b) El Ejército de Liberación Nacional (ELN), organización que surge el 4 de julio de 1964, como el segundo grupo de las llamadas organizaciones de primera generación, c) el Ejército Popular de Liberación (EPL). Es fundado en 1965 e inicia acciones militares en 1968, principalmente en las regiones de Antioquia, Urabá, Bajo Cauca, Córdoba, Sucre y Magdalena Medio. Originariamente toma su fundamento ideológico del maoísmo, pero en 1975 el EPL cambia hacia el

por el sacerdote Giraldo se afirma que “dos grandes grupos se pueden distinguir dentro de la población civil: población civil insurgente y grupos armados. Este manual clasifica los paros, las huelgas, las organizaciones estudiantiles, el movimiento sindical y otras formas de organización popular como maneras en que se manifiesta la guerra revolucionaria en el país” (Idem: 45) Continuando con las palabras de Giraldo, queda fuera de toda duda que desde antes que nacieran los actuales grupos guerrilleros, el Estado colombiano ya había adoptado una estrategia de guerra contra-insurgente que incorporaba como pieza clave las estructuras paramilitares de la población civil como parte de la fuerza de combate, que enfocaba la población civil como principal blanco enemigo, apoyándose en las doctrinas norteamericanas de la seguridad nacional, según la cual, el enemigo que había que erradicar era un enemigo ideológico, una manera de pensar, con la cual simpatizaban naturalmente las capas empobrecidas de la sociedad. Ver: Giraldo, Javier S.J. (2003), *Guerra o Democracia*. Bogotá. Colección el Pez en la Red. Fica.

⁷¹ Llegados aquí en el recuento del proceso histórico es importante plantear que en la historiografía de los procesos de conflicto y violencia en Colombia hay dos vertientes para ubicar el origen del actual conflicto: una perspectiva plantea que sus orígenes están en La Violencia de mediados de los cuarenta. Siendo así, éste sería el conflicto más antiguo del mundo. La otra vertiente ubica el surgimiento del actual conflicto como efecto de la Revolución Cubana, y se plantea que en esta época es en la que surgen las denominadas “guerrillas de primera generación”: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –FARC–, Ejército de Liberación Nacional –ELN– y el Ejército Popular de Liberación –EPL–. Si se asume esta segunda perspectiva, solamente dos conflictos superarían en antigüedad al conflicto colombiano: la guerra entre Israel y Palestina y la disputa por la región musulmana de Cachemira entre India y Pakistán. Nosotros nos acogemos al planteamiento de distintos analistas colombianos (Pizarro, 2006; Vargas, 2006) para quienes las organizaciones insurgentes en Colombia han estado presentes en ambos periodos. En el primero, de manera marginal y localizadas en ciertas regiones, y en el segundo de manera más central y con presencia en todo el territorio nacional. Insistimos en que hay diferencias en el tipo de conflicto entre un periodo y otro. Ver: Pizarro Leongómez, Eduardo (2006), “Las FARC: ¿repliegue estratégico, debilitamiento o punto de inflexión?”, en: *Nuestra Guerra Sin Nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*. Bogotá, Editorial Norma.

⁷² En el libro de Arturo Alape (1994), *Tiro fijo: los sueños y las montañas*, Manuel Marulanda relata de qué manera a inicios de la década del sesenta hacía parte de una organización de autodefensa campesina, constituida por no más de 40 hombres que tomaron las armas para defender sus tierras, en lo que se denominó “La república independiente de Marquetalia”, y el gobierno de la época los atacó por tierra y aire. Ahí comprendió que la única posibilidad de resistir era la lucha armada.

estalinismo. En 1980 este grupo guerrillero participó en procesos de diálogo y negociación con el gobierno de Belisario Betancourt, periodo en el que es asesinado su comandante Ernesto Rojas. Si bien en la actualidad se considera que algunos sectores permanecen activos, la organización como tal oficialmente se da por extinguida⁷³.

Los actores colectivos de la violencia revolucionaria no se agotan en los grupos de primera generación, cuyo surgimiento sucede en la década del sesenta. En la década del setenta aparecen los grupos de segunda generación: Movimiento 19 de abril (M-19), Quintín Lame, Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), con inspiración ideológica diferente a los de primera generación; y en la década del noventa aparecen los de tercera generación, considerados grupos conformados a partir de los reductos disidentes de los grupos de segunda generación; el más destacado fue el Jaime Bateman Cayón, que nace de un pequeño grupo de disidentes del M-19. En el siguiente cuadro describimos a estos actores:

Tabla N° 2. Actores colectivos político-insurgentes del conflicto colombiano

Generación	Grupo Insurgente	Fecha de inicio	Características
1ª Generación	FARC	27 mayo de 1964	<ul style="list-style-type: none"> -Es el mayor grupo guerrillero del país tanto en número de militantes que lo componen, como en número de frentes. - Su nacimiento se remonta a la creación de las autodefensas campesinas. -Está vinculado con el Partido Comunista Colombiano. -La esencia de su táctica política es la combinación de todas las formas de lucha. -Es de ideología marxista-leninista. -Nace en zonas rurales con militancia netamente campesina.
1ª Generación	ELN	4 de julio de 1964. Apareció públicamente el 7 de enero 1965	<ul style="list-style-type: none"> -Es el segundo grupo guerrillero más grande del país. -Surge como una repercusión nacional de la Revolución Cubana. -Se configura con base en remanentes de la guerrilla liberal y sectores radicales del movimiento estudiantil y sindical. -Es de ideología marxista-leninista. -Nace en zonas rurales con militancia diversa:

⁷³ En este apartado no haremos ninguna otra referencia al EPL, porque no es nuestro objetivo y porque no es un grupo con posicionamiento importante en el actual conflicto colombiano.

			estudiantes, campesinos e intelectuales.
1ª Generación	EPL	Fundado en 1965 e inicia acciones militares en 1968. Se desmoviliza en 1991, en el gobierno de César Gaviria	<ul style="list-style-type: none"> -Fue el brazo armado del Partido Comunista (marxista-leninista). -Surge bajo el influjo del conflicto chino/soviético. - Se caracterizó por ser uno de los grupos más ortodoxos en los comienzos de su acción política militar. -Es de influjo maoísta. -Nace en zonas rurales con militancia campesina.
2ª Generación	M-19	Surge el 17 de enero de 1974 y se desmoviliza el 8 de marzo de 1990; funda el movimiento político Alianza Democrática M-19	<ul style="list-style-type: none"> - Es el primer grupo de la segunda generación que establece un fuerte contraste con los grupos existentes de corte más ortodoxo. -Es de rasgos populistas y raíces nacionalistas. -Nace como brazo armado del “pueblo anapista⁷⁴”, en zonas urbanas y con militancia de estudiantes, intelectuales y obreros. -Se caracteriza por sus “acciones militares espectaculares”, como el robo de la espada de Bolívar o la toma del Palacio de Justicia.
2ª Generación	Quintín Lame	Nace en 1984 y se desmoviliza en 1991	<ul style="list-style-type: none"> -Su objetivo fue reivindicar tierras y obtener mejoras sociales para la comunidad indígena de la zona del Cauca. -Es el primer grupo con reivindicaciones netamente regionales. -Emerge con una dinámica de autodefensa, para apoyar a los cabildos y comunidades indígenas del departamento del Cauca. -Tuvo militancia eminentemente indígena.
2ª Generación	PRT	Nace en 1975 y se desmoviliza en 1991	<ul style="list-style-type: none"> -Su origen está marcado por un fuerte influjo urbano e intelectual. -Fue un grupo pequeño y de influjo local. - Su crecimiento fue limitado debido a que no acudieron ni al secuestro, ni a prácticas de narcotráfico.
2ª Generación	Ricardo Franco	Nace en 1982	<ul style="list-style-type: none"> -Sus dirigentes provenían de las FARC, y parte de sus militantes habían pertenecido al M-19. -Este grupo se recuerda por la terrible masacre ordenada por su dirigente Javier Delgado en el municipio de Tacueyó (Departamento del Cauca), donde se asesinaron a 164 guerrilleros. -Tuvo militancia urbana y campesina.
3ª Generación	Jaime Bateman Cayón	Se da a conocer en 1994	<ul style="list-style-type: none"> -Grupo disidente del M-19, a partir del proceso de diálogo y desmovilización. -Nace de miembros del M-19 que no se desmovilizaron en 1990; su situación actual es incierta. -Es de composición urbana y campesina.

Fuentes: Pizarro Leongómez, Eduardo (2006), “Las FARC: ¿repliegue estratégico, debilitamiento o punto de inflexión?”, en: *Nuestra Guerra Sin Nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*, Bogotá, Norma.

Pizarro Leongómez, Eduardo (2004), *Una Democracia asediada: balance y perspectivas del conflicto armado en Colombia*, Bogotá, Norma.

Vargas, Alejo (2006), *Guerra o solución negociada. ELN: origen, evolución y procesos de paz*. Bogotá, Intermedio.

⁷⁴ Éste es el denominativo que recibieron los militantes del partido político.

Teniendo en cuenta que de los grupos relacionados, actualmente continúan vigentes la FARC y el ELN y que para efectos del análisis asumimos como grupo de referencia el Ejército de Liberación Nacional, los describiremos en detalle

En este capítulo nos centraremos en la FARC, y en el capítulo siguiente en el proceso histórico del ELN.

3.3 Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP), organización guerrillera de primera generación.

Esta organización se constituye como grupo guerrillero el 27 de mayo de 1964. De acuerdo con los planteamientos de Pizarro (2004), en sus inicios este grupo insurgente llegó a ser considerado por el partido comunista como una simple reserva estratégica, para que, ante el caso hipotético de que se produjera en Colombia un golpe militar y se cerraran todas las vías para la acción política legal, su acción insurgente tuviera una razón de ser. Esta circunstancia explica por qué en sus inicios las FARC se caracterizaron por ser un grupo de lento crecimiento, con bajos niveles de reclutamiento de nuevos miembros y con limitada expansión geográfica. De acuerdo con el mismo autor, cuatro años después de su aparición este grupo sólo contaba con 780 miembros, y a los ocho años difícilmente disponía de 1.000 militantes, en su gran mayoría hombres. Para ese entonces, la participación femenina era ciertamente escasa y las mujeres que habían ingresado a sus filas eran principalmente campesinas esposas de los primeros hombres que formaron parte de esta organización. La visualización de las mujeres dentro de las FARC sólo se da en épocas recientes, aunque es de subrayar que no se conoce la participación femenina dentro del Secretariado General, que es la instancia de dirección de esta organización.

Después de 1984 se observa un significativo crecimiento de este grupo, que sobreviene a la tregua pactada con el gobierno de Belisario Betancourt (1982-1986)⁷⁵.

⁷⁵ El 7 de agosto de 1982, Belisario Betancur Cuartas accedió a la presidencia de la República, después de una campaña electoral en la que el tema de la paz había adquirido por primera vez un rasgo diferenciador entre los contendientes. Después de su posesión, Betancur invitó a los alzados en armas al diálogo. Hubo receptividad

De acuerdo con los planteamientos de distintos analistas, la “pausa” fue utilizada por las FARC para ganar espacios de legitimidad y fortalecer su “aparato militar”. De igual manera, sostienen que la expansión estuvo influenciada por los procesos que se vivían en Centro América, especialmente la Revolución Nicaragüense (1979), por los intentos de unificación de estas tres organizaciones (FARC, ELN y EPL) en el proyecto de la Coordinadora Nacional Guerrillera Simón Bolívar, por el impulso de un movimiento político amplio y legal como prolongación en el plano político, y finalmente por la necesidad de promover amplias redes de apoyo y solidaridad internacional⁷⁶ (Pizarro, 2006).

Desde mediados de los ochenta, las FARC fortalecen sus áreas de influencia en las regiones de colonización y transitan hacia regiones con valor económico estratégico, con el fin de obtener el control directo de la explotación de recursos naturales (regiones de cultivos extensivos, como el plátano, y regiones de explotación de oro, petróleo o carbón) o la extorsión a sus productores. De este modo, alcanzan un importante ascenso económico, a partir de la obtención de cuantiosos recursos derivados de la extorsión, la explotación directa de diversos productos y del “cobro de impuestos” a los productores de drogas ilícitas (como la cocaína). Dichos recursos les permiten continuar su expansión y gestar nuevos frentes armados con criterios ante todo estratégico-militares⁷⁷.

Paralelamente a su expansión, las FARC inician un proceso de control municipal mediante la expulsión de la fuerza pública, el asesinato o la cooptación de líderes políticos locales y el control de los presupuestos municipales. Es decir, la acción militar se combina con un proceso de erosión institucional mediante la sustracción de municipios enteros al control del gobierno central (Pizarro, 2006).

inicialmente en las FARC y el M-19; luego en el EPL, mientras el ELN y otras guerrillas rechazaron la propuesta.

⁷⁶ La Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB) nace en el mes de septiembre de 1987 (participaron en esta fundación las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - FARC, el Ejército Popular de Liberación - EPL, el Movimiento 19 de Abril - M-19, el Partido Revolucionario de los Trabajadores - PRT, el Movimiento indígena “Quintín Lame”, el movimiento de Integración Revolucionario - Patria Libre- MIR- Patria Libre y el Ejército de Liberación Nacional - ELN)

⁷⁷ Hay algunos factores estructurales que favorecen la expansión territorial: las carencias de la población en términos de necesidades básicas insatisfechas y la ausencia del Estado.

De acuerdo con el mismo autor, después de la década de los ochenta, y una vez alcanzadas la expansión y la captación significativa de recursos, en las FARC ocurren una serie de transformaciones que son aprobadas en la VIII conferencia de 1993⁷⁸ : a) construir un ejército guerrillero capaz de propinar a las fuerzas militares derrotas con un claro y contundente valor estratégico. Para ello, se crean los bloques de frentes, los comandos regionales y el comando general, buscando mayor eficiencia en el ejercicio militar; b) reafirman el objetivo enunciado en una conferencia anterior, en torno a la necesidad de urbanizar el conflicto y c) definen una plataforma centrada en una serie de reformas políticas y sociales, ante una eventual conformación de un gobierno de reconciliación y reconstrucción nacional.

De acuerdo con Pizarro, es en 1998 cuando la “revolución” estratégica que ocurre en las fuerzas armadas, diseñada para afrontar el nuevo desafío militar que suponen las FARC, cambia el panorama para esta organización guerrillera. Desde ese momento, el grupo insurgente no vuelve a realizar acciones militares de verdadero valor estratégico, por lo que se ve obligado a retornar a la guerra de guerrillas, evitando la concentración de amplias unidades militares ante el avance de la fuerza aérea. Desde esta perspectiva, y de acuerdo con los análisis de Pizarro (2004), las FARC han venido perdiendo terreno militar y político tanto en el ámbito nacional como internacional, lo que supone una verdadera encrucijada estratégica para este movimiento guerrillero.

En síntesis, el planteamiento de Pizarro hace énfasis en que, de acuerdo con el proyecto estratégico, las FARC han transitado por tres fases: a) guerra de guerrillas, cuyo objetivo militar principal era acumular fuerzas tanto en el plano cuantitativo como en el cualitativo; b) guerra de movimientos, cuyo objetivo consistía en enfrentar al adversario con las fuerzas acumuladas, y c) guerra de posiciones, que tiene como objetivo central aniquilar parcialmente, rendir o dispersar a las Fuerzas Armadas, y

⁷⁸ Las conferencias son instancias en las que se reúnen los principales dirigentes de la organización guerrillera, para trazar lineamientos ideológicos y estratégicos a seguir en la organización

tomar el poder político, para lo cual se torna necesaria la combinación de la insurrección urbana con la guerra rural.

Actualmente, las lecturas que se hacen sobre la situación de las FARC son diversas e incluso opuestas. Mientras analistas, como Alfredo Rangel, sugieren que dicho grupo continúa intacto militarmente a pesar de la ofensiva de las Fuerzas Armadas y se encuentra replegado en las selvas colombianas a la espera del desgaste de la política de seguridad democrática del gobierno de Uribe Vélez, el Ministerio de Defensa considera que las FARC han sufrido y siguen sufriendo un severo debilitamiento, razón por la cual su derrota militar es solamente cuestión de tiempo. Dicha derrota supondría para ellos la necesidad de iniciar un proceso de negociación con el actual gobierno.

El Ejército de Liberación Nacional (ELN), actor de referencia

En un apartado anterior argumentamos la elección del Ejército de Liberación Nacional como actor de referencia para el análisis de los procesos en la conformación de un actor colectivo político-militar. En consecuencia, el propósito de este capítulo es presentar la historia de este grupo insurgente, de tal manera que se constituya en referente para la comprensión de los procesos que serán analizados en otros apartes.

4.1 Surgimiento del ELN

Sobre el surgimiento del Ejército de Liberación Nacional existe un primer acuerdo entre los analistas (Vargas, 2006; Pizarro 2004; Medina Gallego 2001) y los militantes (Hernández, 1998), con relación a que sus raíces hay que buscarlas en el periodo de la Violencia, que, como hemos señalado, se desarrolló desde mediados de los años cuarenta hasta los sesenta. A pesar de identificar factores en su origen que nos llevan a las guerrillas liberales de la época de la *Violencia*, hay significativas diferencias con los orígenes de las FARC. El inicio del ELN no se vincula de forma directa a las guerrillas liberales de autodefensa campesina, sino a la confluencia de diversos procesos como los movimientos estudiantiles, los paros cívicos, las organizaciones campesinas, las luchas laborales, etc.

Según los planteamientos de Vargas (2006), en el surgimiento del ELN confluyen y se entretajan una serie de eventos:

- a) El triunfo de la Revolución Cubana. Acontecimiento que forjó la esperanza de un proceso similar en Colombia, mediante el cual se lograría la transformación social que, de acuerdo con distintos sectores, era fundamental para el país. Algunos jóvenes colombianos viajaron a Cuba para prepararse y recibir entrenamiento para la revolución. Entre este grupo se destacaron Fabio Vásquez Castaño, Ricardo Lara Parada, Víctor Medina Morón, Mario Hernández y

Heriberto Espitia, para citar sólo algunos, quienes regresaron de Cuba con el firme propósito de conformar una organización revolucionaria. Estos jóvenes formaban el movimiento estudiantil colombiano y organizaciones juveniles, tales como las Juventudes Comunistas (JUCO), el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC), las Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal (JMRL), entre otros. Integraron la denominada “Brigada Pro-Liberación José Antonio Galán”. Así se inició la consolidación de una “nueva izquierda”, que no se inspiraba en principios marxistas, maoístas y leninistas, sino que simpatizaba con los principios del “Castrismo” (Vargas, 2006).

- b) Otro factor importante aparece asociado a los remanentes de las guerrillas liberales, especialmente a la guerrilla liderada por Rafael Rangel (ex alcalde de Barrancabermeja), la cual mantenía la esperanza de continuar con la lucha hasta alcanzar el cambio del régimen político imperante.
- c) Un tercer factor lo constituyen las luchas cívicas, sindicales y estudiantiles que se registran a inicios de los sesenta en el departamento de Santander y su zona de influencia, región donde se funda el ELN: a) el paro cívico de 1963 en Barrancabermeja, en el que participaron amplios sectores de la población, y especialmente mujeres. Dentro de las líderes se encontraba Luisa Delia de Piña, quien como capitana de las brigadas femeninas lideró la estrategia que éstas siguieron para resistir los ataques de la fuerza pública⁷⁹. b) La huelga de Ecopetrol⁸⁰, que inició el 19 de julio de 1963 y que se prolongó durante 42 días, y c) El Movimiento Estudiantil en la Universidad Industrial de Santander (UIS). El 25 de mayo de 1964 se inicia un nuevo movimiento del estudiantado de la UIS, en respuesta a la política del rector de la época. El comité de huelga estaba presidido por Jaime Arenas, estudiante de dicha universidad, quien para ese

⁷⁹ El relato de Luisa Delia de Piña sobre el paro de Barrancabermeja está en el libro de Alejo Vargas (2006), *Guerra o solución negociada. ELN: origen, evolución y procesos de paz* (pp. 105-110).

⁸⁰ Ecopetrol S.A. es una sociedad pública por acciones, del Estado colombiano, dedicada a explorar, producir, transportar y refinar hidrocarburos. Sus utilidades promedio en los últimos cinco años son superiores a los 1.2 billones de pesos anuales, y ha presentado exportaciones en el mismo período por más de 1.500 millones de dólares; es la cuarta petrolera estatal más grande de América Latina.

entonces ya formaba parte del naciente ELN. “Los estudiantes se toman la Universidad y crean “milicias” estudiantiles para custodiarla. El movimiento recibe un amplio respaldo de la ciudadanía de Bucaramanga y con la Federación Universitaria Nacional como organismo gremial de los estudiantes se gesta un paro nacional estudiantil de solidaridad” (Vargas, 2006: 117).

- d) En este convulsionado contexto se observa también una marcada radicalización de ciertos sectores sindicales, especialmente el petrolero, que plantea la necesidad de articular las luchas reivindicativas sindicales con las revolucionarias. La influencia se da en doble vía, en la medida en que los sindicatos también se vieron influenciados por las nacientes tesis del ELN.

Así, en medio de este devenir de procesos, el Ejército de Liberación Nacional, con dieciocho hombres, se instaura públicamente el 4 de julio de 1964 en el Magdalena Medio santandereano, región del nororiente colombiano que había sido escenario de actividades de la guerrilla liberal, liderada por Rafael Rangel. En los inicios, sus acciones se desarrollaron fundamentalmente en el área rural, y “el trabajo” urbano estaba dirigido a la búsqueda de apoyo logístico, algunas actividades militares y a la elaboración y difusión del periódico *Insurrección*. En las labores de apoyo y logística participaron mujeres, especialmente en la elaboración de los uniformes para la naciente guerrilla.

“Casi una década después en 1973, apenas llegaba a 270 guerrilleros y posteriormente en 1978 sólo le quedaban 36” (Aguilera, 2006: 215)⁸¹. En relación con el número de personas que hacían parte del ELN, es importante destacar que la proporción de mujeres que integraban el movimiento era mínima⁸². En la historiografía del grupo

⁸¹ En esta época, y después de la muerte del sacerdote Camilo Torres, el ELN sufre una de sus más significativas crisis tanto a nivel interno como externo. Internamente se dan una serie de contradicciones que se expresan en los fusilamientos de varios de sus integrantes: Víctor Medina Morón, Julio César Cortés y Heliodoro Ochoa. A esta situación se adicionan “dos importantes golpes militares: el primero, un error de Fabio Vásquez Castaño, permite la incautación de documentos y la detención de un grupo importante de militantes (1972), y, el segundo, la muerte de Manuel y Antonio Vásquez Castaño en la operación Anorí (1973), cuando intentaban expandir la organización a nuevos escenarios en Antioquia y Bolívar” (Aguilera, 2006: 217).

⁸² Información obtenida mediante entrevistas realizadas a militantes que llevan 30 años en la organización.

encontramos siempre referencias al número de hombres militantes, de los caídos en combate, y de sus comandantes. No se encuentran registros de las mujeres que militaban, o si en algún momento algunas han ocupado lugares de comandancia o cayeron en combate. Las referencias sobre la presencia femenina se encuentran en etapas recientes, cuando varios frentes de guerra del ELN llevan el nombre de mujeres que han tenido desempeños destacados o han caído en combate: en el nororiente, frente Claudia Isabel Escobar Jerez; en el sur-occidente, frentes Omaira Montoya Henao, Martha Elena Barón y la Gaitana, y en el nor-occidente el frente María Cano.

Aunque en la historiografía del grupo insurgente no se hace referencia a ninguna participación de las mujeres, es importante destacar que en 1965 (periodo de surgimiento) el sacerdote Camilo Torres⁸³, en un documento titulado “Mensaje a las Mujeres”, hace alusión a la situación de las mujeres en la sociedad colombiana. En especial, se refiere a las mujeres en las distintas clases sociales, aludiendo a que ellas, de acuerdo con la clase social a la que pertenezcan, “han estado siempre en condiciones de opresión con relación a los hombres y a la sociedad” (1965: 1)⁸⁴. Este

⁸³ Como lo veremos más adelante, el sacerdote Camilo Torres hizo parte del Ejército de Liberación Nacional, convirtiéndose en uno de los referentes ideológicos fundamentales de esta organización.

⁸⁴ Dentro de la clase popular la mujer tiene muchos deberes de tipo material y casi ningún derecho espiritual. El más alto grado de analfabetismo lo tienen las mujeres de la clase popular. Tienen que trabajar duramente en las ocultas pero en ocasiones muy duras labores del hogar y de las industrias menores (huertas, cerdos, gallinas, perros, etc.), sin consideración a las incomodidades y responsabilidades de la maternidad.

La mujer de la clase obrera no goza de ninguna protección social y mucho menos legal. Cuando, en un país como el nuestro, el hombre acosado por la miseria, la desocupación y enfrentando a las responsabilidades agobiantes de una familia numerosa, refugiándose falsamente en los vicios, abandona el hogar, la mujer tiene que afrontar todas las cargas de éste. Cuántas casas obreras se encuentran, durante las horas de trabajo, cerradas con un candado por fuera, llenas de niños semidesnudos y semihambrientos que esperan a que su madre llegue del trabajo para recibir algo de comer.

La mujer de clase media también es explotada por los patronos. Es posible que, dentro de esa clase, las relaciones con los maridos sean más igualitarias. Sin embargo, estas familias no podrían subsistir sin el trabajo de la mujer y sabemos que la mujer trabajadora, la oficinista, la empleada, sufre explotaciones y presiones de toda clase por parte del patrón.

La mujer de la clase alta tiene que disimular con ociosidad, en juegos de naipes y reuniones sociales, la falta de oportunidades intelectuales y profesionales que existe en nuestra sociedad. En ésta, la fidelidad conyugal no se exige sino a la mujer. La censura no viene sino sobre ella en el caso de que cometa algún error en esta materia. Aunque la ley consagre la igualdad de derechos y deberes, en la realidad esta igualdad no existe.

En la política, los hombres de la clase popular han sido hasta ahora conducidos según el capricho de la oligarquía. La abstención ha sido el primer grito de rebeldía de toda una clase que no confía en las patrañas de la clase dirigente.

Ya existen otros síntomas de unificación y de organización de los descontentos. Sin embargo la oligarquía como un pulpo, comienza a extender sus tentáculos hacia las mujeres colombianas. Los hombres de esta clase les han dado el derecho de votar para continuar usándolas como instrumento.

documento concluye planteando que la situación de dominación, tanto en el espacio privado como en el público, sólo se transformará a través de un proceso revolucionario.

En el momento de su fundación, el Ejército de Liberación Nacional presentó al pueblo colombiano su “programa de lucha”, al que llamaron *Programa de Simacota*, cuyos contenidos aparecen organizados en doce puntos (el apartado 10 hace referencia a la eliminación de la discriminación por condición de género). De manera resumida, son los siguientes:

1. La toma del poder para las clases populares y la instauración de un gobierno democrático y popular que libere al país de los monopolios internacionales y de la oligarquía criolla y que garantice la plena igualdad de nuestro pueblo, que otorgue plenas libertades democráticas a los sectores populares, que conceda a las mujeres sus legítimos derechos, que libere las fuerzas creadoras de las masas, que garantice el respeto a la dignidad humana y el libre desarrollo de los colombianos.
2. Revolución agraria que permita evitar la concentración de la tenencia de la tierra.
3. Desarrollo económico industrial mediante la protección de la industria nacional.
4. Planes de vivienda y reforma urbana que garanticen un hogar adecuado para todos los trabajadores del campo y la ciudad.
5. Creación de un sistema popular de crédito que elimine a los agiotistas y fomente el desarrollo económico e industrial.
6. Organización de un plan nacional de salud pública que haga posible la atención médico-farmacéutica y hospitalaria a todos los sectores de la población colombiana, sin gravar su economía.
7. Elaboración de un plan vial que sirva para articular la economía nacional y preste un servicio eficaz a todas las regiones.

8. Reforma educacional que elimine el analfabetismo y promueva la construcción de escuelas rurales y urbanas y la formación de maestros competentes. La educación será obligatoria y gratuita.
9. Incorporación de la población indígena a la economía y la cultura de la nación, respetando sus costumbres, sus tierras, su lengua, sus tradiciones y el desarrollo de su vida cultural.
10. Eliminación de todo tipo de discriminación por raza, género, origen social o creencia religiosa.
11. Política exterior independiente basada en el respeto mutuo, la autodeterminación de los pueblos y la no intervención de algún Estado en los asuntos internos de otro, oposición a toda forma de opresión y dominación imperialista.
12. Formación de un ejército popular permanente, técnicamente dotado y disciplinado, que garantice las conquistas populares, defienda la soberanía nacional y sea el más firme apoyo del pueblo (Hernández, 1998, 85-88).

Del Programa de Simacota llama la atención que no se inspira de manera homogénea en principios marxistas-leninistas, sino en principios liberales y socialdemócratas. De esta manera, desde nuestra perspectiva, el primer punto es coherente con la inspiración marxista, y efectivamente apunta a un cambio social radical, mientras que los otros once puntos buscan fundamentalmente reformar una sociedad con una democracia formal a una sociedad con una democracia real y consolidada.

Además del programa de lucha, este grupo insurgente nació planteando ciertos principios morales, que desde su perspectiva inicial eran considerados inalterables. Así por ejemplo, no debían tomar los bienes de los campesinos sin pagarlos, o se oponían abiertamente al ejercicio del secuestro por considerarlo una práctica propia de la delincuencia común. Principios que posteriormente fueron quebrantados ante la imposibilidad de conseguir los recursos necesarios para financiar sus acciones. Para justificar el secuestro recurrieron al argumento de que este delito estaba siendo

utilizado por organizaciones revolucionarias en otros países del continente, como Venezuela, Guatemala y Argentina (Medina, 1996).

En el surgimiento y la consolidación del ELN, un aspecto importante ha sido la participación de sacerdotes, quienes inspirados en la Teología de la Liberación hicieron y han hecho parte de este grupo. Esta participación ha generado controversia tanto entre los analistas como en la sociedad en general, debido al significado y simbolismo que esto implica.

Uno de los primeros sacerdotes que se unieron al ELN fue el colombiano Camilo Torres, quien adquirió un lugar destacado y polémico, aun cuando no fue ni ha sido el único clérigo que ha participado⁸⁵. Además de Torres, entre el grupo de sacerdotes se destacan: Domingo Laín, del Seminario de los Padres Blancos de Bélgica (ingresa en 1969 y muere en 1974); José Antonio Jiménez (Español, ingresa en 1969 y está en la organización hasta 1970); Manuel Pérez, del Seminario Hispanoamericano de Madrid (ingresa en 1969 y muere en 1998); Carmelo Gracia, del Seminario de Tarazona, España (ingresa en 1969); Diego Uribe Escobar, sacerdote franciscano (ingresa en 1977 y está en la organización hasta 1981); Bernardo López Arroyave, sacerdote del Seminario de Vocaciones Tardías en Antioquia (ingresa en 1978); Laurentino Rueda, sacerdote franciscano (activo); Carlos Buitrago y Alirio Buitrago, catequistas (ingresan en 1978 hasta 1982); Vicente Mejía, sacerdote, y Gabriel Borja, seminarista (Aguilera, 2006).

⁸⁵ Edgar Camilo Rueda Navarro (2002), en su ensayo sobre la biografía política de Camilo Torres, plantea que su pensamiento político puede sintetizarse en las siguientes ideas: para transformar el país y lograr el bienestar de la clase popular es necesario liberar al país del imperialismo norteamericano y de la oligarquía que sirve a sus intereses; es necesaria la fusión, la movilización y la vinculación de los sectores pobres de la población a la lucha por la construcción de un nuevo Estado. Por esto, debe generarse la unidad del movimiento revolucionario y opositor, aglutinando a las masas oprimidas del país; debe tenerse la convicción de llevar la lucha hasta el final afrontando todas las consecuencias; y por último, los cristianos no solamente tienen la posibilidad de participar en la revolución, sino que tienen la obligación de hacerlo (“el deber de todo cristiano es ser revolucionario, y el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”).

Otro elemento fundamental en el pensamiento de Camilo Torres lo constituyó su esfuerzo por conciliar el cristianismo con el marxismo, impulsando un nuevo tipo de sociedad de carácter socialista y cristiano, basado en la justa distribución de la riqueza. “Los marxistas luchan por la nueva sociedad, y nosotros, los cristianos, deberíamos estar luchando a su lado”.

Todo este proceso debe ser desarrollado a partir de la acción popular, combinando la actividad política con la militar, y llevando a cabo labores políticas y organizativas a partir de las bases, es decir, en estrecha relación con el pueblo.

De acuerdo con el recuento de Alejo Vargas (2006), es en los años sesenta cuando en el escenario nacional aparece uno de los movimientos de masas más importantes del decenio: el Frente Unido, que se proyectó como movimiento de oposición al sistema y en contra del proceso electoral —entendido como uno de los mecanismos más importantes de legitimación de las democracias—. Y es a través de dicho movimiento que el padre Camilo (como habitualmente se identifica a Torres) se vincula al ELN.

Como líder del Frente Unido, Camilo Torres buscó constituir un movimiento político totalmente diferente a los que tradicionalmente habían hecho presencia en el país, es decir, que no promoviera la exclusión política, sino que permitiera la participación de quienes denominaba como los “no alineados” o, en términos actuales, los de la “franja amarilla”⁸⁶, quienes no pertenecían a los partidos tradicionales y los abstencionistas, que para Camilo eran los revolucionarios de la época, porque no estaban organizados en ningún partido político de los que habían estado en el poder. Camilo Torres, en el mensaje a los “no alineados”, expresaba:

Ha comenzado en nuestro país la formación de un nuevo movimiento político: El Frente Unido. Su origen es un tanto insólito, porque su iniciador ha sido un sacerdote católico: Camilo Torres Restrepo.

Se trata de un movimiento con objetivos revolucionarios, de transformación radical de las estructuras sociales y económicas colombianas. Por lo menos estos son sus enunciados y consideramos que han sido sinceramente expresados. En cuanto a la táctica él debe englobar a todos los revolucionarios desde los demócrata-cristianos hasta los comunistas (citado por Vargas, 2006:)

De este modo, Camilo Torres pretendió formar un movimiento político diferente a los tradicionales, mas no un grupo insurgente. Su decisión de ingresar a las filas del ELN fue posterior y la comunicó al país a través de la “Proclama al Pueblo Colombiano”⁸⁷, considerado como uno de los documentos más polémicos de su trayectoria política.

⁸⁶ Así denomina el poeta y ensayista William Ospina a los colombianos que no pertenecen a los partidos tradicionales (liberal y conservador).

⁸⁷ Sobre la incorporación de este sacerdote a las filas del ELN se han dado múltiples opiniones y análisis que van desde considerar que fue una decisión ingenua, teniendo en cuenta que era un intelectual con formación en sociología y fundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, doctorado en Lovaina, hasta los planteamientos que sostienen que en su decisión hubo una máxima generosidad y que el grupo insurgente no valoró la presencia de este intelectual en la organización, de ahí que en lugar de ubicarlo en la dirección política de la misma, fuera incluido como un guerrillero de base, lugar que facilitó su muerte en combates con el ejército el 15 de febrero de 1966 en Patiocemento, Santander.

En síntesis, y siguiendo los planteamientos de distintos analistas, es posible sugerir que en el surgimiento del ELN confluyen múltiples sucesos internacionales, nacionales y regionales. En el ámbito internacional, la Revolución Cubana; en el nacional, el fin de la Violencia bipartidista y el surgimiento y la consolidación del Frente Nacional, y en lo regional, las luchas cívicas y sindicales, así como el movimiento estudiantil en la Universidad Industrial de Santander, que se extiende por todo el país. En esta síntesis no podemos dejar de lado la irrupción política del sacerdote Camilo Torres, presencia que no sólo coincide con la etapa de surgimiento, sino también con una etapa posterior, la de crisis de la organización. No es posible entender al ELN al margen de este conjunto de sucesos y circunstancias que constituyen su sustento histórico y los fundamentos ideológicos y políticos que le caracterizan.

El Ejército de Liberación Nacional se consolida como una organización con “centralismo democrático”, que consiste en una estructura interna centralizada para la toma de decisiones, de carácter jerárquico piramidal. De acuerdo con Vargas, se trata de una organización político-militar “que considera que no es necesario separar tajantemente la organización política (el partido) de la organización militar (el ejército) y que por el contrario sus miembros deben moverse simultáneamente en estos dos campos” (2006: 228). En concordancia con lo anterior, asumen como objetivo fundamental de su lucha político-militar “conquistar el poder para las clases populares” (Medina, 2001: 112). Así, la vía fundamental se encuentra en la lucha armada insurreccional, a la que justifican bajo el argumento de que las vías legales de la lucha política se encuentran cerradas, y por tanto la única alternativa posible son las

En una entrevista conducida por Marta Harnecker y publicada con el título “Unidad que multiplica” (Quito, Editorial La Quimera, 1988), Rafael Ortiz, miembro del Comando Central de la Unión Camilista Ejército de Liberación Nacional (UCELN), explica las circunstancias de la muerte de Camilo Torres:

“Al vincularse a la lucha armada, él se compenetra de inmediato con la vida guerrillera. [...] En esas circunstancias, cuando se planifica una emboscada, él sostiene que tiene que participar argumentando que si hay normas, él no puede quedar al margen de ellas. [...] Camilo convence a Fabio y a Medina y éstos resuelven que vaya, pero lo ubican en el sitio más seguro, es decir, en la punta de la emboscada. [...] Los compañeros, pensando que ya se había eliminado a la tropa que había entrado en la emboscada, dieron la voz de recuperación, pero cuando Camilo va a recuperar un arma es tiroteado por uno de los militares que había caído herido. La emboscada fue un poco larga y cuando se dan cuenta que Camilo ha caído se lanzan a sacarlo pero ya es demasiado tarde. [...] En esa acción caen cinco compañeros tratando de auxiliar a Camilo.”

armas⁸⁸. En este primer periodo consideran que “la guerrilla es la generadora y canalizadora de conciencia revolucionaria de donde se desprende que la vanguardia es la guerrilla y no el partido, señalan que el mando debe estar en la guerrilla, debe ser político militar y único” (187).

Mario Aguilera Peña (2006) describe al ELN de estas primeras etapas como una guerrilla pobre en cuanto a recursos y armas⁸⁹. Sus zonas de nacimiento e influencia inicial eran regiones marginales y de reciente colonización, lo que les impedía obtener mayores recursos, a excepción de algunos aportes voluntarios y de la imposición de bajas contribuciones. La precariedad de los recursos disponibles condujo al ELN a “quebrantar sus normas morales y de seguridad como las que prohibían tomar sin pagar los bienes de los campesinos. El ELN, por ejemplo, debió apelar a comprar productos con los denominados *bonos de esperanza revolucionaria* para ser cobrados cuando triunfara la revolución” (entrevista a Nicolás Rodríguez⁹⁰ en López Vigil, 1989: 237, citada por Aguilera Peña, 2006: 216). De igual manera sucedería posteriormente con su proceso de expansión hacia zonas urbanas cuando, de nuevo, se rompe el principio de “no al secuestro” como estrategia para obtener recursos.

En esta etapa, consideraron que el vínculo con las “bases sociales” debía hacerse en el mismo proceso de formación de los grupos armados, es decir, que no debía existir un trabajo escindido entre el fortalecimiento del ejército y el trabajo de masas, más aún cuando gran parte de sus combatientes procedían del sector campesino, factor que favoreció que en esta etapa la organización tuviera su medio vital y operativo en las zonas rurales.

El privilegio otorgado a la vía armada desató posiciones políticas extremas y actitudes militaristas, que a pesar de ser rechazadas en el discurso fueron puestas en práctica, tanto en el interior de la organización, como en los sectores donde hacían presencia.

⁸⁸ El ELN en esta etapa hace una lectura del régimen político, en la que éste aparece como “oligárquico con altos niveles de corrupción y signado por la idea de la coerción como principal instrumento de dominación” (Vargas, 2006: 230).

⁸⁹ Esta descripción concuerda con la elaborada por los mismos miembros de la agrupación.

⁹⁰ Comandante del ELN

En sus inicios, el Ejército de Liberación Nacional contó con la simpatía y el respaldo de sectores campesinos, estudiantiles, obreros e intelectuales, y paralelamente se presentaron deserciones, delaciones y ataques de las Fuerzas Armadas, que condujeron a la organización a un proceso de aislamiento de las “masas sociales”, lo cual contribuyó a la imposibilidad de construir base social. Así, el ELN se sumergió en un periodo predominantemente militar, sin oportunidad para el trabajo político⁹¹. En sus propios documentos justifican esta etapa con los siguientes argumentos:

El enemigo y algunos sectores que se autodefinen como revolucionarios han tratado por todos los medios de presentar a las masas una imagen del ELN militarista, machista, apartado del pueblo y sus intereses. Se nos acusa de militaristas porque nuestra organización no acepta la concepción de partido en su papel tradicional y mucho menos en sus programas reformistas y electoreros. Aceptamos que en base a la guerrilla, progresivamente se va conformando, que va del campo a la ciudad, pero para esta organización tampoco tenemos esquemas. Ella se irá creando en el proceso y de acuerdo con las necesidades concretas de la práctica revolucionaria, por eso no defendemos principios dogmáticos de organizaciones celuladas o verticales, tampoco es necesario imaginar intrincados aparatos para dirigir el pueblo (Periódico *Insurrección*: 20 en Vargas, 2006).

De esta manera, el grupo insurgente llegó a privilegiar dicha forma de lucha sobre una propuesta política específica. Analistas como Alejo Vargas interpretan tal prioridad como una forma de oponerse al reformismo, que percibían asociado a cualquier forma política de oposición no armada. Por el contrario, enfatizar en la acción política armada significaba el despliegue de la actividad revolucionaria. Sin embargo, para Vargas (2006) todas las propuestas y los programas de las organizaciones guerrilleras durante esta época (mediados de los sesenta a los setenta) pueden entenderse como reformistas, porque aun cuando pretendían el cambio de las relaciones sociales en los modos de producción subordinados, dejaban intactas las relaciones sociales en el modo de producción dominante.

⁹¹ En un documento conocido durante el IV congreso (2006) la organización se pronuncia frente a este periodo de la siguiente manera: “Es evidente, que la lucha social y política de las masas parió a la lucha armada revolucionaria, pero esta una vez aprendió a andar, la desconoció. El costo de esta ‘negación de la madre’, la pagó el ELN al caer en el círculo vicioso del accionar defensivo y rutinario, que le impusieron los cercos contrainsurgentes que le lanzaron el imperialismo y la oligarquía, desde su nacimiento. Al proponerse crecer sólo como organización guerrillera y no como fuerza popular, el ELN se aisló de la vida del país y coincidió con el propósito contrainsurgente que busca aislar a la guerrilla del pueblo”. (Por un gobierno de Nación, Paz y Equidad, Documento del IV congreso julio-agosto 2006).

Es importante destacar que no sólo el ELN pasa por este periodo y cuenta con estas características, como ya lo hemos mencionado; los demás grupos insurgentes enfrentan procesos y concepciones muy semejantes, las diferencias se observan en los procesos de reconfiguración de las organizaciones a lo largo del tiempo.

Posteriormente a los procesos de surgimiento y consolidación, etapas en las que el ELN se caracteriza por las expresiones políticas, ideológicas y estratégicas descritas, se genera la etapa de crisis de esta organización, que en palabras de los analistas va a ser resultado tanto de procesos internos como de procesos contextuales que se vivían en el país.

En relación con los procesos internos, en el caso del ELN se hace evidente el hallazgo de Della Porta en un estudio realizado con grupos radicales en Alemania e Italia. En su análisis, la autora argumenta que cuando una “organización político-clandestina” se centra en sus metas internas, tiende a aislarse de las bases sociales, lo cual la lleva a concentrar su quehacer en la mera sobrevivencia⁹². Es exactamente esto lo que se observa en el Ejército de Liberación Nacional con posterioridad a las etapas de surgimiento y consolidación. El ELN fue una organización que creció y se expandió muy lentamente, con múltiples contradicciones internas resultantes de posturas ideológicas extremas y de excesivo militarismo, que llevaron a la organización, como plantea Alejo Vargas, a “privilegiar la construcción de aparatos logísticos de apoyo a la guerrilla rural, antes que a la creación de una organización política sólida” (2006: 231). La crisis interna se expresa además en deserciones como la de Jaime Arenas (1969) y los fusilamientos de Víctor Medina Morón, Julio César Cortés y Heliodoro Ochoa.

⁹² Mario Aguilera Peña, al respecto, plantea: “el ELN no creció como esperaba y bien pronto los factores adversos lo obligaron a adoptar una actitud más de supervivencia que a desarrollar una lucha ofensiva (2006: 217).

4.2 Etapa de crisis

La *Operación Anorí*, llevada a cabo en 1973 por las fuerzas militares del Estado en Anorí, en el departamento de Antioquia, representa el punto de visualización de la crisis que atravesaba la organización desde finales de los sesenta y principios de los setenta. En palabras de los actores, la Operación Anorí ha sido una de las arremetidas más fuertes de las fuerzas del Estado contra el ELN y la mayor derrota militar que ha sufrido en toda su historia. Nicolás Rodríguez expresa: “Anorí fue una severa derrota militar para el ELN, allí fue prácticamente diezmada una columna de 90 guerrilleros, que equivalía a una tercera parte de la fuerza guerrillera rural del ELN. Estaba comandada por Manuel y Antonio Vázquez. Manuel era el cuadro más prominente del ELN” (Medina Gallego, 1996: 120).

La crisis en la que se encontraba el ELN durante los años 1972 y 1973 (aproximadamente) suscitó un amplio debate interno sobre sus causas y las formas de superarla. El debate se centró principalmente en los siguientes tópicos: la relación entre la lucha de masas y la lucha guerrillera, la democracia interna, y la dirección colectiva. De este modo, se da inicio a la etapa de replanteamiento, que tiene lugar en medio de acontecimientos nacionales e internacionales de gran relevancia⁹³. En el ámbito nacional, es preciso destacar el notable incremento de las protestas sociales, entre 1971 y 1979; de acuerdo con los planteamientos de Mauricio Archila (2005), este sub-periodo registra un alto índice de movilizaciones sociales en Colombia⁹⁴.

⁹³En el escenario internacional, mientras que en 1973 se da el golpe militar en Chile, y la imposición de dictaduras militares en otros países del Cono Sur, en Nicaragua triunfa el proceso revolucionario del Frente Sandinista de Liberación Nacional en 1979. En 1975, el pueblo vietnamita consolida su triunfo y las tropas norteamericanas se ven obligadas a abandonar Vietnam. A nivel nacional, se vive uno de los más vigorosos periodos de luchas, iniciado en 1971 con la toma de tierras por parte de los campesinos, luchas de los obreros petroleros y numerosas protestas y movilizaciones del movimiento estudiantil colombiano. De igual manera se consolida un nuevo partido político: la Alianza Nacional Popular (ANAPO), que nuevamente recoge a todos y todas aquellas que se encuentran por fuera de los dos partidos tradicionales. La Anapo gana las elecciones presidenciales de 1970, que fueron arrebatadas con fraude electoral, hecho que influye en el nacimiento de una nueva organización insurgente: el M-19 (Movimiento 19 de abril), con una composición y un accionar mucho más urbano, con lo cual se da inicio al surgimiento de los grupos insurgentes de segunda generación.

⁹⁴De acuerdo con Archila (2005), de este periodo se destaca el año 1971, en el que se dieron fuertes movilizaciones por parte del sector laboral (paro nacional de las centrales obreras, el 8 de marzo; huelga nacional del magisterio, agitación de los obreros petroleros); sin embargo, no fue éste el sector protagónico, los eventos más destacados de 1971 fueron las invasiones a tierras rurales y el conflicto universitario iniciado en la Universidad del Valle contra la intromisión norteamericana en la educación, que prácticamente paralizó a todos los centros públicos de educación superior del país. Durante el resto del periodo hubo movilizaciones y protestas de varios sectores sociales: laboral, estudiantil, el magisterio y los transportadores. El año de 1979, en palabras

El auge de las movilizaciones sociales impuso tanto a la izquierda colombiana en general, como a los grupos insurgentes en particular, un debate en torno a dos opuestos: la lucha rural versus la lucha urbana, y la lucha legal versus la lucha armada. Tal debate produjo fracciones importantes tanto en el Partido Comunista marxista leninista como dentro de las FARC.

El ELN no fue ajeno a este debate, y en 1975 emergió en la organización la tendencia denominada *Replanteamiento* (1975 y 1976). En palabras de Aguilera, estuvo formado por un grupo de militantes urbanos (no homogéneo) que cuestionó la ausencia de trabajo de masas en la organización, la democracia interna y el papel de la lucha armada, llegando incluso a plantear el privilegio de la lucha amplia de masas sobre la opción armada. Estos planteamientos generaron conflictos internos que terminaron con la salida de varios militantes de la organización, otros se mantuvieron al margen, mientras que otros retomaron la militancia tratando de encontrar salidas a la crisis.

En la búsqueda de salidas a la crisis, los analistas (Aguilera, 2006; Medina, 2001) destacan algunos aspectos que están estrechamente relacionados con los factores que influyeron en la crisis: los cuestionamientos hechos por el grupo de militantes que constituyó el Replanteamiento⁹⁵, quienes cuestionaron la falta de democracia interna, el excesivo militarismo y la ausencia de trabajo de masas, controversias que inicialmente crearon conflicto interno pero que a su vez generaron procesos de

del mismo autor, constituye el punto más bajo de las protestas sociales desde 1975. Es en este año en el que el nuevo presidente de Colombia, Julio César Turbay Ayala (1978-1982), instaura el Estatuto de Seguridad, en el cual se criminaliza la protesta y la movilización social. En palabras de Carlos Gaviria: “El Estatuto de Seguridad recogía la política vigente de defensa del hemisferio, que se conocía como Política de Seguridad Nacional. Ese estatuto dio lugar a todos los excesos imaginables”. Gaviria se refiere a la cuantiosa cifra de desaparecidos “sin un mandato judicial”. Además, “la correspondencia y las llamadas telefónicas eran intervenidas”. El estatuto “fue desastroso” (palabras de Gaviria en una entrevista realizada por Mariella González Rosso y publicada en el artículo “La Paz, el bien más esquivo que hay en Colombia”, 16 de abril de 2006).

⁹⁵ Alonso Ojeda Awad, con relación al Replanteamiento, en el documento “¿Qué fue el Replanteamiento del ELN?” plantea: “fue la necesidad de construir al interior del ELN una nueva actitud política para la comprensión, el manejo y la conducción de los procesos sociales, donde primaron los aspectos políticos y pasaron a un segundo plano las confrontaciones militares. En 1975 y 76 el ELN comenzó a sentir una inaplazable necesidad de articularse mejor políticamente con el movimiento social que sacudía al país por esos tiempos”. Mimeógrafo, Bogotá, 20 de noviembre de 2005.

transformación en el movimiento, tales como: a) una dirección colectiva; b) acento en el trabajo político más que militar; c) introducción de una nueva metodología de trabajo con las comunidades, desarrollada por los sacerdotes y las religiosas que se encontraban vinculados para ese entonces a la organización, quienes, siguiendo los preceptos del sacerdote Camilo Torres y de la Teología de la Liberación⁹⁶, comenzaron con la educación política y con los procesos organizativos para obtener beneficios colectivos, y 4) la presencia de antiguos y nuevos guerrilleros, lo que generó nuevos escenarios de acción política, buscando sobre todo el apoyo social e influir en las organizaciones campesinas.

Gracias a este proceso, a fines de la década del setenta el ELN resurge de las cenizas como el ave fénix, según lo reflejan las acciones que se mencionan a continuación: funda dos nuevos frentes: el Domingo Laín, apoyado en el movimiento campesino de Arauca, y el Manuel Vásquez Castaño, en el departamento del Huila; fortalece los frentes ya existentes, como el José Antonio Galán (bajo Cauca antioqueño) y el frente Camilo Torres Restrepo (sur del Cesar); en las áreas urbanas se refuerzan las

⁹⁶ De acuerdo con Michael Lowy (2007), podemos fechar el nacimiento de esta corriente, que podríamos denominar “cristianismo de la liberación”, a principios de los años sesenta, cuando la Juventud Universitaria Cristiana brasileña (JUC), alimentada de cultura católica francesa progresista (Emmanuel Mounier y la revista *Esprit*, el padre Lebreton y el movimiento “Economía y Humanismo”, y el Karl Marx del jesuita J.Y. Calvez), formula por primera vez, en nombre del cristianismo, una propuesta radical de transformación social. Este movimiento se extiende después a otros países del continente y encuentra, a partir de los años setenta, una expresión cultural, política y espiritual en la “Teología de la Liberación”.

El cristianismo de la liberación, a diferencia del cristianismo común, ya no considera a los pobres como simples objetos de ayuda, compasión o caridad, sino como protagonistas de su propia historia, artífices de su propia liberación. El papel de los cristianos comprometidos socialmente es participar en la “larga marcha” de los pobres hacia la “tierra prometida” —la libertad— contribuyendo a su organización y emancipación sociales.

Aunque existen divergencias significativas entre los teólogos de la liberación, en la mayoría de sus escritos encontramos congruencia en los temas fundamentales que constituyen una salida radical de la doctrina tradicional y establecida de las Iglesias católica y protestante:

- Una implacable acusación moral y social contra el capitalismo como sistema injusto e inicuo, como forma de pecado estructural.
- El uso del instrumento marxista para comprender las causas de la pobreza, las contradicciones del capitalismo y las formas de la lucha de clases.
- La opción preferente a favor de los pobres, y la solidaridad con su lucha de emancipación social.
- El desarrollo de comunidades cristianas de base entre los pobres como la nueva forma de la Iglesia y como alternativa al modo de vida individualista impuesto por el sistema capitalista.
- La lucha contra la idolatría (y no el ateísmo) como enemigo principal de la religión, es decir, contra los nuevos ídolos de la muerte adorados por los nuevos faraones, los nuevos Césares y los nuevos Herodes: El consumismo, la riqueza, el poder, la seguridad nacional, el Estado, los ejércitos; en pocas palabras, “la civilización cristiana occidental”. Low, Michael (2007), *La théologie de la libération*: Leonardo Boff et Frei Betto [trad. Caty R.] (2007), *La Teología de la Liberación*: Leonardo Boff y Frei Betto, documento en línea: www.rebellion.org/noticia.php?id=48447. 21-03-2007.

actividades en Medellín, Bogotá, Barranquilla, Bucaramanga y Barrancabermeja, mientras comienzan a surgir los primeros núcleos en Cali, Pasto, Popayán y Neiva. En ese resurgir frente al Estado y el gobierno colombiano, en marzo de 1979, a través de un comunicado hecho público, el ELN rechaza la propuesta de amnistía enunciada por el gobierno de Julio César Turbay (Hernández, 1998: 296-297).

A finales de los setenta, y luego de los debates en torno a la importancia de afianzar la vía colectiva en el proceso de toma de decisiones, se nombra la Dirección Nacional Provisional del ELN (DNP 1978-1981), que da inicio a la reorientación de los procesos de cohesión y reorientación de la lucha política. El 29 de noviembre de 1981 en Suratá, departamento de Santander, la DNP es “golpeada” por el ejército nacional, y mueren dos de sus miembros, Diego Cristóbal Uribe Escobar y Efraín Pabón Pabón. A pesar de este suceso, el proceso de fortalecimiento continúa y en 1983 tiene lugar la primera reunión nacional del ELN, “en la que se ratifica la necesidad de continuar con la experiencia de la dirección colegiada, de trabajar por la unidad del grupo guerrillero y de ubicar los elementos que podían unificar el proyecto político del ELN” (Aguilera, 2006: 219).

Es así como, en el primer congreso, denominado Comandante Camilo Torres, celebrado entre enero y marzo de 1986, la crisis de la organización insurgente se da por superada. Conviene recordar que tales eventos representan para el ELN las máximas instancias en las que se trazan los lineamientos políticos, ideológicos, estratégicos y logísticos de la organización. El más reciente congreso se llevó a cabo entre julio y agosto de 2006.

En el siguiente cuadro resumimos los principales lineamientos establecidos en los cuatro congresos del ELN y retomaremos los principales ejes que constituyen su discurso ideológico y político en la actualidad.

Tabla N° 3. Síntesis de los lineamientos políticos y estratégicos de los congresos del ELN

CONGRESO	FECHA DE REALIZACIÓN	PRINCIPALES LÍNEAMIENTOS
I	Enero-marzo de 1986	<ul style="list-style-type: none"> -El ELN se separa de su ideología nacional popular, para adoptar el discurso marxista leninista. - Se acerca a otras organizaciones revolucionarias (Movimiento Revolucionario de los Trabajadores, PRT, y el MIR Patria Libre). - Adopta una nueva estrategia militar: la guerra popular prolongada (GPP).
II	Noviembre de 1989	<ul style="list-style-type: none"> - El ELN define su horizonte político militar, con la idea de la construcción de poder popular. A partir de este momento la construcción de poder popular se convierte en el principal planteamiento político-militar. -Se acuerda transitar de “la toma del poder nacional”, hasta entonces considerada prioritaria, al control y ejercicio del poder en los niveles regionales y locales, sin que esto implicara el abandono de la perspectiva nacional, en clara concordancia con los procesos de descentralización del Estado en la década de los ochenta.
III	Junio de 1996	<ul style="list-style-type: none"> -Se consolida la idea de construcción de poder popular, como estrategia derivada del concepto de poder de doble cara implementado en el conflicto interno de El Salvador. -Se define a la guerrilla como una organización constructora y no exclusivamente destructora. El eje militar es considerado como el eje de la destrucción, mientras que el poder popular se asocia al eje de la creación. La combinación de ambos ejes supone el equilibrio. - Asimismo, se plantea la importancia de construir formas organizativas populares en una doble vía: desde el interior de la institucionalidad, apoyando la elección popular de alcaldes, y desde lo no institucional, generando nuevas formas organizativas. -Se ratifica la estrategia de guerra popular prolongada. -Se señalan como objetivos militares los siguientes: la oligarquía, las multinacionales y los financiadores de la guerra sucia. -Se acuerda recurrir al secuestro, la extorsión y la tributación forzosa para la consecución de recursos.
IV	Julio-agosto de 2006	<ul style="list-style-type: none"> -En los discursos pronunciados durante el evento se hace alusión tanto a hombres como a mujeres. -Se convoca, al igual que en la década de los ochenta, a la unidad guerrillera en Colombia. -Se ratifica la necesidad de buscar una salida

		<p>política al conflicto, que propenda por la solución de los problemas estructurales que aquejan al país, para lo cual los diálogos con los diferentes sectores interesados se consideran indispensables. Nuevamente se convoca a la Convención Nacional.</p> <p>Se da prioridad al trabajo urbano, en particular “al trabajo con otros”.</p>
--	--	------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Fuentes: Aguilera Peña, Mario (2006), *El ELN entre las armas y la política*.

Vargas, Alejo (2006), *Guerra o solución negociada. El ELN: origen, evolución y procesos de paz*.

Documentos del IV Congreso.

Durante los congresos se establecen de manera colectiva las tendencias a seguir en los periodos comprendidos entre uno y otro congreso, y se despliegan los procesos que desarrollan las políticas trazadas, que, tal como hemos señalado, van a estar influidas por procesos del ámbito nacional e internacional. Así, interesa describir algunos de dichos procesos, de tal manera que sea posible entender mejor la situación actual del Ejército de Liberación Nacional.

4.3 Etapa de re-configuración

En la década de los ochenta, el ELN supera la crisis inicial y alcanza una significativa expansión, al punto que, para 1986, algunos miembros de la organización consideran que su crecimiento alcanza el 350%. El grupo insurgente renueva su armamento, deja de lado las armas antiguas y comienza a utilizar fusiles AR-15. De igual manera, entra en funcionamiento la nueva estructura organizativa basada en frentes de guerra. A finales de la década, el ELN contaba con 22 frentes de guerra distribuidos en 5 grandes frentes (nororiental, noroccidental, norte, suroccidental y central) (Hernández, 1998: 296)⁹⁷.

Es también durante esta década (entre el I y el II congreso) que la industria petrolera, así como la infraestructura eléctrica y de transporte, son definidas como objetivo militar; en el caso de la primera, mediante la voladura de oleoductos. Asimismo, se establece el modelo de guerra popular prolongada (GPP), a inicios de los noventa, que

⁹⁷ El análisis de los procesos y las lógicas organizativas será realizado en un capítulo siete de este trabajo.

consiste básicamente en “la incorporación del pueblo a la guerra, donde se exprese la lucha de masas y ésta impulse la lucha armada revolucionaria y todas las formas de lucha, para poder resolver la contradicción de clase de la sociedad, es decir, es el pueblo en armas la máxima expresión política-militar organizada de una manera revolucionaria”. En otras palabras, el ELN se concibe a sí mismo como un ejército revolucionario conformado, que fundamentalmente debe operar en las zonas rurales tanto como en las urbanas, y “debe darse la articulación de las fuerzas militares de ambos escenarios” (Aguilera, 2006: 220).

Así, el ELN define su estrategia para la guerra, en términos de la articulación de la ofensiva militar y la ofensiva política. Esta última no necesariamente estará centrada en la creación de un partido político, sino en la construcción de instrumentos de *poder popular*, idea que había sido planteada en 1989 durante el II congreso y que se consolida en el III congreso en 1996. A partir de este momento se convierte en uno de sus principales pilares políticos. En palabras de la organización, *el poder popular* se construye siempre en acciones de doble sentido:

- a) Buscando la solución de problemas económicos y sociales del pueblo, mediante la lucha, para arrancar reivindicaciones a la oligarquía, pero también y a la vez promoviendo formas autogestionarias de la propia comunidad.
- b) Participando en espacios institucionales con el objetivo de entorpecer y desarticular los planes oligárquicos, y construyendo espacios propios de las masas, dirigidos por ellas mismas, como pilares de la nueva legitimidad.
- c) El movimiento de masas debe desarrollar acciones que ayuden a quitarle legitimidad a la oligarquía y, a la vez, a dar pasos que legitimen a las organizaciones populares, de tal modo que aparezcan como justas y necesarias ante las mayorías nacionales.
- d) Combinando las expresiones locales y regionales de poder popular con las expresiones nacionales (Conclusiones del II congreso, ELN 1990: 80-81).

Es así como a partir de la búsqueda de la construcción del *poder popular* el Ejército de Liberación Nacional estructura sus acciones, en las que van a cobrar gran relevancia los ámbitos locales y regionales.

En la estrategia de construcción de *poder popular* nuevamente influyen procesos nacionales —como la descentralización que vivió el Estado colombiano a mediados de los ochenta—, que coinciden con el auge de la crisis de los modelos centralistas del Estado⁹⁸. En el contexto internacional acontecía la crisis del socialismo, que, de acuerdo con los planteamientos de Aguilera, influyó en las discusiones en torno a la adopción de la política de inserción en los espacios institucionales, así como en la importancia de crear poderes alternos. “Del proceso de crisis se extrajo como conclusión que allí habían fracasado las ‘vanguardias’, porque se habían situado por encima de las masas y se habían convertido en un aparato burocrático. De tal fracaso se desprendía la obligatoriedad de impulsar las prácticas de poder popular” (2006: 226). En concordancia con los procesos nacionales de descentralización, el Ejército de Liberación Nacional pasó de priorizar la toma del poder nacional a enfatizar el control y el ejercicio del poder en los niveles regionales y locales, sin que esto significara el abandono de la perspectiva nacional (Vargas, 2006).

Del mismo modo, a fin de evitar reproducir el fracaso de las vanguardias internacionales, conocido ampliamente a través de diferentes medios, la organización optó por impulsar procesos organizativos autogestionarios, es decir, sistemas organizativos en los que el ELN tenía influencia en su inicio, pero eran desarrollados por las comunidades en las que hacían presencia.

⁹⁸ La descentralización en Colombia y en el resto de América Latina surgió como un proceso mediante el cual se han transferido —de forma gradual— poderes, funciones y recursos del nivel central del Estado, en favor de una mayor autonomía y protagonismo de las regiones y municipios dentro de la toma de decisiones y ejecución de políticas, así como en favor de una participación más directa del ciudadano en la gestión de los asuntos públicos locales. En esa medida se espera que con la descentralización hayan ocurrido cambios en el funcionamiento del sistema político, específicamente la consolidación de una relación más directa entre gobernantes y gobernados (Ceballos y Hoyos, 2002: 4). Colombia opta por un proceso de descentralización fiscal y administrativa a mediados de los años ochenta, que se concreta explícitamente en la Constitución de 1991.

Así, en el marco de estos aspectos se dan las acciones que el ELN lleva a cabo, buscando tener presencia local, no sólo mediante la vía armada, sino también desde los ámbitos institucional y extra institucional. Para conseguir tales propósitos toman la decisión de intervenir en la elección popular de alcaldes (establecida en Colombia en 1986), brindando apoyo a quienes, en su opinión, eran candidatos que cumplieran con los requerimientos de un “buen gobernante local” (transparencia en el manejo de los recursos y aceptación de los pobladores, por ejemplo). Lo anterior significó replantear otro de sus principios: el abstencionismo electoral. En la segunda vía (lo extra institucional), optan por ejercer “auditoría armada” sobre las administraciones locales, intervienen en los conflictos entre particulares y establecen un sistema ilegal de impuestos (Vargas, 2006).

De igual manera, promueven la configuración de distintos tipos de organizaciones: formas autogestionarias que impulsen nuevos tipos de economía con participación comunitaria y que contemplen el desarrollo social; tribunales populares, como formas de control político; formas económicas que propendan por el manejo soberano de los recursos naturales como el petróleo, el carbón y el oro; formas de protección, como las milicias, para defender a los organismos de poder popular, y un movimiento de masas que permita canalizar las expresiones de poder popular (Aguilera, 2006: 225-226).

De acuerdo con Aguilera (2006) y Vargas (2006), es a comienzos de los noventa cuando se registra la última gran expansión del ELN; y a partir de mediados de esta década, cuando inician un proceso de estancamiento militar y un paulatino retroceso que persiste hasta la actualidad. A diferencia de dichos análisis, en las conclusiones del IV congreso los comandantes actuales manifiestan que a ellos los marcó una nueva etapa de crisis, pero no los procesos de estancamiento de la organización. Sin embargo, es durante avanzada la primera mitad de dicha década que se dan nuevos planteamientos en la organización, que marcan sus desarrollos y su política actual.

En 1994, en el XIII Pleno de Comandantes, surgen las primeras discusiones internas sobre la posibilidad de un proceso de paz, idea que continúa gravitando en el seno de la organización y que se manifiesta abiertamente el 2 de febrero de 1996, cuando el ELN plantea la idea de una Convención Nacional. Dicha propuesta surge en medio de una profunda crisis gubernamental que atravesaba Colombia, debido a la acusación sobre el ingreso de dineros del narcotráfico a la campaña electoral del presidente Ernesto Samper. Es en esta coyuntura cuando el Comando Central de la organización insurgente emite el documento titulado “Una propuesta urgente para Colombia”, en la que plantea:

La Unión Camilista Ejército de Liberación Nacional convoca a la nación entera a una Convención Nacional para buscarle una salida creíble a la actual crisis política y al gobierno existente en Colombia. Donde se definan los nuevos referentes para gobernar en la actual situación de crisis e inestabilidad donde además se concreten los procedimientos para la conformación de un nuevo gobierno de amplia participación y cuya labor principal sea el establecimiento de una nueva legitimidad que haga posible la superación de la actual crisis, que enrumbe al país por el camino de la democracia, la justicia social y el desarrollo. Un gobierno que encare y resuelva los problemas desde siempre aplazados por los anteriores gobiernos y donde su preocupación central sea el bienestar de todos los colombianos.

En esta Convención Nacional deben participar todos los sectores de la opinión nacional, las organizaciones sociales, las organizaciones políticas, los gremios, la iglesia, los intelectuales, la izquierda los demócratas y los patriotas. Esta CN debe ser un encuentro de todos los colombianos interesados en un futuro diferente para la nación y abierto desde luego a la comunidad internacional. Esta CN la podemos realizar en cualquier sitio de nuestro territorio nacional y que desde ya estamos dispuestos a adelantar actividades que viabilicen su preparación (Documentos del Gobierno Nacional y de los Grupos Guerrilleros, agosto 1995-agosto 1996. Paz Integral y Diálogo útil tomo III. Oficina del Alto Comisionado para la Paz. Bogotá, 1998).

La propuesta de Convención Nacional se irá convirtiendo en una idea permanente en los intentos de procesos de paz que desde entonces se vienen sucediendo⁹⁹, a saber: en 1998, el preacuerdo del Palacio de Viana entre el gobierno y el ELN, y el Encuentro de Puerta del Cielo y Diálogos de Maguncia; en 2000, los acuerdos humanitarios y preacuerdo y acuerdo para una zona de encuentro; entre 2000 y 2001, levantamiento

⁹⁹ Eduardo Pizarro Leongómez, en su libro *Una democracia asediada: balance y perspectivas del conflicto armado en Colombia*, editado en 2004, plantea que la propuesta de Convención Nacional es inviable porque el ELN enfrenta un dilema irresoluble con respecto al número y a la representatividad de los miembros de esa convención. Si el número es excesivamente grande, su voz y su capacidad de influencia se pierden. En segundo lugar, se añaden los riesgos de la heterogeneidad y la homogeneidad; por otra parte, existe el problema de la escogencia de los miembros de la convención. Sin duda, el sueño del ELN es escogerlos “a dedo” para garantizar el control de las deliberaciones y conclusiones.

A pesar de este conjunto de problemas que presentaba la Convención Nacional, su frustración provino de la oposición de los grupos paramilitares, quienes frustraron esta experiencia, dada la movilización de sus frentes o la movilización de los sectores sociales que se hallaban bajo su influencia. A partir de esta época el declive del ELN ha sido constante, e incluso, para muchos analistas, irreversible.

de minas anti-personas en algunos escenarios del conflicto; en 2006, los diálogos exploratorios para una salida política al conflicto —actualmente suspendidos.

Paralelamente a los procesos de propuestas de salidas negociadas, durante la década del noventa el ELN renueva su armamento y amplía sus frentes guerrilleros: entre 1989 y 1991 funda catorce frentes, y nueve más entre 1991 y 1997. De tal manera que, sin tener en cuenta las estructuras urbanas, el ELN pasa de contar con 22 frentes en 1989 a 45 en 1997; en palabras de los analistas, estos procesos de expansión son anteriores a las fuertes arremetidas del paramilitarismo (que se inician también en los últimos años de la década del noventa) contra esta organización, dirigidas hacia los procesos organizativos¹⁰⁰ y sus líderes. Los recursos provenientes del secuestro y la extorsión petrolera no se habían reducido.

4.4 La Historia reciente del ELN

De esta manera, el Ejército de Liberación Nacional llega a la primera década del nuevo siglo entre el crecimiento y los ataques tanto de las fuerzas del Estado como del paramilitarismo. Sobre esta etapa hay desencuentros en la interpretación de los investigadores que plantean el “estancamiento militar”, mientras para el ELN se configura un periodo de “segunda crisis”, fundamentada nuevamente en procesos nacionales e internacionales, descritos en el documento “Por un nuevo gobierno de Paz y Equidad”, publicado en la Revista *Simacota* en 2006. A esta segunda crisis la interpretan a partir de la concurrencia de factores nacionales, y también de procesos internos de la organización, tales como:

¹⁰⁰ “Con relación a los ataques paramilitares, el ELN manifestó en el cuarto congreso: La estrategia del régimen se propuso, desde fines de los ochenta, aniquilar el movimiento de masas y sus organizaciones sociales y políticas. Para ello el paramilitarismo desde hace 15 años ha sido su instrumento principal. No obstante haber mantenido una heroica resistencia frente a esta estrategia, el movimiento popular y sus organizaciones, ha sido debilitado” (Documento producido en el Sexto Pleno de la Dirección Nacional en Carta al Militante, La lucha Política y las Masas, 2004: 4).

1. La guerra sucia y la estrategia paramilitar, que ha golpeado las bases sociales y organizativas acumuladas durante un largo periodo de tiempo¹⁰¹.
2. El propio ascenso como organización revolucionaria. Los miembros de la organización consideran que el nivel alcanzado por el ELN en este periodo los llevó a creer que lo ganado estaba totalmente consolidado y, por tanto, no se fortalecieron frente al poder enemigo¹⁰², quien a la postre arremetió no sólo contra la organización, sino contra los procesos organizativos gestados a partir de la acción política de la misma. De acuerdo con Aguilera, “las modalidades organizativas parecen correlacionar ámbitos regionales y actividades productivas de pequeños o medianos campesinos y de trabajadores rurales o urbanos”. Se puede hablar entonces de formas organizativas campesinas y urbanas que lograron consolidarse en sus zonas de influencia (Aguilera, 2006: 245-246)¹⁰³.
3. El privilegio de la vía militar frente al trabajo amplio de masas.
4. La imposibilidad de construir alianzas con otras fuerzas insurgentes. En la conferencia de las FARC realizada en 1993, éstas deciden priorizar el desarrollo militar y no la coordinación de la lucha con otras fuerzas. Por su parte, el ELN se separó de la Corriente de Renovación Socialista, CRS, quienes, de acuerdo con los sucesos, tanto nacionales como internacionales, proponían replantear la estrategia político-militar y el papel de la llamada vanguardia revolucionaria en relación con las masas, además de poner en consideración la viabilidad de una negociación política al conflicto. Estos planteamientos evidenciaron profundas contradicciones que se vivían en la organización y que dieron como resultado la separación de la CRS, de un frente guerrillero y de pequeños grupos urbanos que se desmovilizaron e incorporaron a la vida civil en abril de 1994.

¹⁰¹ “[...] yo digo, el enemigo donde nos ganó la pelea a nosotros –sí– fue en la destrucción de todo el tejido social construido durante muchos años –sí–” (Entrevista realizada por la autora a uno de los negociadores del ELN, en el actual proceso. Medellín, febrero de 2007).

¹⁰² “Ante la arremetida imperialista de guerra sucia, la insurgencia se separó de las luchas de las masas, le quitó sustento y apoyo a los medios de lucha popular, que consideró agotados. Este divorcio debilitó la resistencia popular insurgente, a la ofensiva contrarrevolucionaria que debió confrontarse”. (Revista *Simacota*, Edición especial sobre el IV congreso nacional del ELN, comandantes Manuel Pérez y Óscar Santos. 20 de septiembre de 2006).

¹⁰³ Los procesos organizativos y la acción política serán retomados y desarrollados en el capítulo 7 de este mismo trabajo.

En el IV congreso, estas actuaciones (las relacionadas en el numeral tres y cuatro del párrafo anterior) fueron valoradas como erradas, al igual que la manera en que se libraron los conflictos mencionados (separación de la Corriente de Renovación Socialista). Asimismo, se reconoce la viabilidad de ciertas propuestas, que en su momento fueron rechazadas y que incluso debieron ser recogidas, a fin de fortalecer el trabajo amplio de masas y de una vez por todas superar los rezagos de sectarismo y grupismo de vieja data.

5. Acciones que los llevaron a perder legitimidad frente a la población; en especial, subrayan los diálogos de paz en 2002. Estas conversaciones se realizaron con el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) en el Caguán y en el sur de Bolívar. Las FARC y el ELN, respectivamente, en su debate con el régimen, intentaron desarrollar un enfoque de paz, como un esfuerzo por lograr transformaciones democráticas. Desde los planteamientos del ELN, el gobierno terminó por confinar estos diálogos a la puja por aspectos menores, desligados del sentir popular y nacional.

En este orden de ideas, en los documentos de la organización se reconocen una serie de factores que condujeron al proceso de crisis de la insurgencia colombiana en general y del ELN en particular; entre dichos factores, sostienen que, especialmente durante el gobierno de Ernesto Samper (1994-1998), los grupos insurgentes perdieron:

legitimidad, fuerza política, simpatía en el campo popular y los sectores medios. Le echaron y se echó la opinión del país encima. Progresivamente se debilitó su articulación con el movimiento de masas y las organizaciones populares. Se dejó desprestigiar, deslegitimar, sacar de los espacios de la lucha ideológica y de masas.

En las filas insurgentes se aprestigió el enfoque de la uni-lateralización del factor fuerza en la conquista de legitimidad. Ésta, se asimiló unilateralmente más a hechos de fuerza, armas, imposición y coacción. Se subvaloraron las alianzas, se minimizó la búsqueda de consenso con las mayorías, se dejó de lado la articulación voluntaria guerrilla – masas y la participación del pueblo en la lucha (Revista *Simacota*, Edición especial sobre el IV congreso nacional del ELN, comandantes Manuel Pérez y Óscar Santos. 20 de septiembre de 2006).

En relación con los procesos del ámbito internacional, el ELN considera que fueron influyentes en la crisis:

1. El colapso del socialismo en Europa del este y en la Unión Soviética.
2. Los procesos de negociación con los movimientos guerrilleros de El Salvador y Guatemala, que llevaron a su desmovilización y a la salida del gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua.

Mientras los militantes sustentan una segunda crisis, analistas como Aguilera explican el estancamiento militar del ELN mediante tres vías: la primera hace referencia a su esquema organizativo, al que describe como federalista, en tanto los frentes del ELN se consolidan con un carácter regional más que nacional; la segunda vía es la escasa vinculación que la organización establece con el negocio del narcotráfico, y en tercer lugar está el privilegio que el ELN otorgó al trabajo político frente al militar. Su conclusión es que, efectivamente, el estancamiento militar se debe a:

la persistencia de la rivalidad entre lo político y lo militar, por sus dificultades para tramitar el crecimiento de la organización, por el conservadurismo de su expansión (que sigue gravitando sobre sus zonas históricas), por su resistencia a derivar provecho de los cultivos ilícitos, por el desarrollo de condiciones adversas para ampliar su base social (reflujo de los movimientos sociales, crisis del socialismo, declive de la izquierda e impacto de la constitución de 1991) y por el cambio de las condiciones de la guerra (avance del paramilitarismo y aumento de la capacidad ofensiva de la fuerza pública) (Aguilera, 2006: 262).

Para Vargas, en los últimos años esta organización parece encontrarse en una encrucijada: “o consolida su estrategia de guerra y aplaza las posibilidades de negociación para un momento en que su fortalecimiento político y militar sea mayor, o se encamina por el sendero abierto del proceso de Convención Nacional, siempre y cuando logre construir consensos internos alrededor del mismo” (2006: 261).

Otros escenarios de análisis, como es el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en el boletín N.º 5 de julio de 2005 de “Hechos del Callejón”, plantean que “la actual situación militar y política del ELN es toda una incógnita”. Argumento que sustentan tanto en las acciones militares del grupo como en las lecturas que hacen los analistas de estas acciones. De este modo, plantean que las acciones militares se han reducido considerablemente en cuanto a ataques a poblaciones: en el 2003 ocurrió un ataque y en el 2004, 3; en el 2005 no hubo

ninguno. Los ataques a oleoductos y a la infraestructura eléctrica (actividades militares tradicionales de este grupo) también disminuyeron considerablemente. En cuanto a oleoductos, en el 2003 hubo 176 ataques, y en el 2004, 86; con relación a la infraestructura eléctrica, el comportamiento es semejante: en el 2004 hubo 121 torres derribadas, lo que representa una disminución del 63% con respecto al año anterior. También se presentó una reducción del 89.5% en los ataques contra las torres de comunicaciones: 2 en el 2004 frente a 19 en el 2003. Si bien es cierto que estas cifras evidencian una disminución de las acciones militares del ELN, Marco Romero señala, en el mismo informe, que de este descenso en los ataques militares no se puede deducir que la organización esté desapareciendo. En relación con esto, señala que las masacres realizadas por los grupos paramilitares han disminuido, lo cual no significa que dichos grupos se estén eclipsando, como tampoco que la reducción de las acciones de las FARC impliquen su derrota. La interpretación que hace Romero conduce a concluir que está sucediendo un cambio en las estrategias de guerra. En sus palabras, “es posible que esto también esté sucediendo con el ELN, más aun cuando es un grupo insurgente que desde hace un tiempo ha estado dispuesto a negociar” (*Hechos del Callejón*, boletín N.º 5, julio del 2005).

En síntesis, podemos decir que sobre la actualidad del ELN hay múltiples lecturas. Para algunos investigadores y analistas se trata de un grupo insurgente con poco crecimiento militar, con escasez de recursos y golpeado por acciones militares en sus zonas de influencia tradicional, como Barrancabermeja, Arauca y Cúcuta, mientras que en otras áreas —Norte de Santander, el Magdalena Medio, Cesar, Sucre, Bolívar, Nariño y Valle— se ha visto obligado a un repliegue. También se sugiere que atraviesa por serias dificultades económicas, siendo su única salida la vinculación con el negocio del narcotráfico. Al respecto, el analista Alejo Vargas, en su columna “Escenarios de situación con el ELN”, considera que las dificultades financieras de este grupo no son lo suficientemente graves como para comprometer su supervivencia. El escenario más probable —dice Vargas— sería el de la estabilidad, que implicaría la existencia de una alianza política con las FARC (como se conoció en un comunicado conjunto de las dos organizaciones en el 2003) pero con niveles de

autonomía. Se trataría de una guerrilla que, si bien ha recibido “golpes militares” de las Fuerzas Armadas, mantiene en lo estratégico sus estructuras; tiene alianzas militares con las FARC en algunas regiones, mientras que en otras mantiene situaciones de tensión; posee dificultades de financiación —pero que no comprometen su supervivencia—, y por lo tanto dispone de posibilidades de iniciativa política en lo referente a la negociación.

La lectura del actual gobierno (el de Uribe Vélez), según el vicepresidente Francisco Santos, es la siguiente: “El ELN es un partido en armas y no un ejército como se plantean las FARC, por lo que el proceso con esta guerrilla se facilita”. Y en octubre de 2004, el presidente dijo: “con el ELN no hay proceso porque al ELN le da miedo hacer un proceso de paz sin permiso de las FARC. Es puro miedo porque los ha ido cooptando”. A partir de estas percepciones podemos decir que hoy el ELN, desde el punto de vista militar, no es considerado una grave amenaza, y compartimos con Marco Romero (2005) que con estas apreciaciones asistimos una vez más a la simplificación del conflicto:

Y la simplificación del conflicto es el peor enemigo de su solución porque es elevarle el estatus a unos y no a otros, atender a unos e ignorar a otros, calificar a unos como débiles y a otros como fuertes. Y el discurso de que el otro es débil no permite una negociación ni la posibilidad de pensar la paz. Es, a la vez, un mensaje perverso: o negociamos o vayan por armas y vuelvan (Romero, 2005:1)

A partir del trabajo de campo realizado con militantes activos (hombres y mujeres de esta organización) constatamos que si bien es evidente que existen procesos de replanteamiento al interior de la organización, especialmente con relación al privilegio o no de la acción política frente a la militar, también hay preocupación y necesidad de establecer acuerdos frente a las tensiones con las FARC.

Los militantes encuestados no se leen como derrotados o debilitados, sino en la búsqueda de un replanteamiento que les permita continuar privilegiando la acción política frente a la militar, para así consolidar los planteamientos y las búsquedas que

han traído desde avanzada la década de los ochenta en la construcción de poder popular, en el que no se ubican como vanguardia, sino sobre la base de

[...] que la gente pueda organizarse, que pueda tener su nivel de organización propia, este tipo de sistemas no tolera la organización propia. Nuestra pelea hoy se convierte en una pelea, más que por ese socialismo incluso, allí cerquita, más que el socialismo que dice Chávez, que me gusta mucho, pues como lo que han avanzado, lo que dice Lula, lo que dicen los otros, es la posibilidad que construyamos realmente una democracia más auténtica, más propia, y eso pasa porque reconstruyamos todo el tejido social, que fortalezcamos la dinámica y autonomía de la gente, la construcción de organización de la gente” (Entrevista a un delegado del ELN para los diálogos exploratorios en el actual proceso. Medellín, febrero de 2007).

El ELN se ratifica en la construcción de una salida política al actual conflicto, que avance más allá de un proceso entre un grupo armado y el gobierno, y que, por el contrario, cuente con la participación de los distintos sectores de la sociedad civil (Convención Nacional). La solución política, a su parecer, demanda constituirse en una estrategia en sí misma, para buscar solución a los problemas estructurales de la sociedad colombiana, que, de acuerdo con su interpretación, representan la causa que subyace al conflicto que vive el país.

De igual manera, en los documentos del IV congreso se reafirman en sus “propósitos centrales de lucha y en sus metas estratégicas de Guerra de Resistencia, Poder Popular y Nueva Nación”. Asimismo, reconocen una serie de retos y desafíos a enfrentar: integrar las luchas urbanas y las rurales, como un solo bloque de resistencia; aportar al desarrollo de una propuesta de Nación, “para crear las condiciones hacia el nacimiento de un Nuevo Gobierno de Nación, Paz y Equidad, que transite hacia las transformaciones estructurales”; interpretar el sentir de las capas medias, en un proceso de interacción, y actuar en correspondencia con ello; lograr la unidad insurgente, “partiendo del hecho de que las organizaciones tienen un norte socialista común, pero historias distintas y deben confluir en servicio de los intereses del pueblo colombiano, para lo cual hay que dejar atrás visiones vanguardistas y de anexión”, y finalmente consideran que su mayor reto es acondicionar su lucha a la nueva correlación de fuerzas que impone la política contrainsurgente. Igualmente, ratifican su apuesta total a la búsqueda de una salida política al conflicto actual y a su “deslinde

categorico con el narcotráfico, que ha contribuido a ser reconocidos como una fuerza legítima, en el contexto nacional e internacional”. En este mismo sentido, el viernes 2 de mayo de 2008, los periódicos nacionales y regionales (*El Espectador*, *El Tiempo* y *El País*) publican la propuesta del ELN con relación a la necesidad de convocar a una Asamblea Nacional Constituyente que contribuya a superar la actual crisis política que vive el país, propiciada por el vínculo entre la política institucional y los paramilitares.

Desde nuestra perspectiva, construida con base en la voz de los actores, planteamos que hoy el ELN sigue debatiéndose entre el fortalecimiento de un ejército —y por tanto la vía eminentemente militar— y el privilegio de una acción que les permita construir con otros un proyecto social incluyente, que pueda ser legitimado con la participación de diversos sectores sociales, políticos y económicos del país, y a la vez buscan legitimar su lucha de más de 40 años. En sus discursos no es claro el lugar vanguardista que a lo largo de su historia han mantenido, porque si bien es cierto que hoy se manifiestan al margen de las luchas sociales, a las que consideran necesarias para un proceso de cambio, también es cierto que siguen pensando y actuando a nombre de los sectores más desfavorecidos de la sociedad colombiana.

La construcción de sentido de hombres y mujeres en el ELN

...Uno comienza a ver que Colombia es un país muy rico, que nosotros los pobres estamos marginados, estamos aislados de todo, no tenemos derecho a nada; entonces, claro, uno comienza a ver que hay que hacer algo, y lo más, es que uno comienza a ver que la situación que se vive no es la situación de uno, sino que es la situación de todo el pueblo, de los demás compañeros, compañeras, el pueblo y principalmente las compañeras, la mujer; porque las trabajadoras, las que tienen hijos, tienen que dejar sus hijos encerrados para poderse ir a trabajar; entonces todo eso hace que uno comience ya a entender ya la situación, es más a mí casi ni nadie me trabajó, yo puedo decir que a mí nadie me trabajó, así como que de pronto me convocaran y me dijeran vea que camine para acá que vea la situación es ésta y que hay que hacer esto, no, yo no necesité de eso [ACGO5MC1, líneas : 745,753]¹⁰⁴

El epígrafe recoge la expresión de una mujer militante del Ejército de Liberación Nacional, sobre cómo interpreta el contexto colombiano y de qué manera ese modo de “ver” ciertos aspectos de la realidad contribuyeron a considerar la acción colectiva insurgente —su militancia en el ELN— como un medio para cambiar la situación de injusticia, no sólo para ella, sino para el resto del pueblo colombiano, que posee condiciones semejantes o iguales. Es en este sentido que construimos el propósito de este capítulo: analizar los espacios de intermediación entre los aspectos estructurales y los sujetos (hombres y mujeres) que conforman el actor colectivo insurgente Ejército de Liberación Nacional. De acuerdo con este objetivo, exploraremos la construcción de sentido, de hombres y mujeres pertenecientes al movimiento insurgente de referencia, sobre las dimensiones económica, política, social y cultural de la sociedad colombiana; en este orden de ideas, explicaremos la manera como dicha construcción contribuye a dar sentido a la acción de la organización subversiva de referencia. ¿Interpretan hombres y mujeres de igual manera el contexto para decidir formar parte de este tipo de actor y de esta acción colectiva?

Las perspectivas explicativas de los fenómenos colectivos surgidas en los setenta han insistido en que no son suficientes los agravios, el descontento y los factores

¹⁰⁴ Los códigos de identificación de las entrevistas realizadas a hombres y mujeres del ELN aluden a: el nombre del proyecto: Acción Colectiva y Género (ACG), el número de entrevista (O5), el género (M) para mujeres y (H) para hombres, y el número de la cinta en que fue grabada dicha entrevista (C1). De ahora en adelante, todos los “verbatim” de las entrevistas realizadas que se citen en este trabajo se identificarán de igual forma.

estructurales para explicar la conformación de actores y acciones colectivas. En términos de Snow y Benford, “la gente debe sentirse agraviada en algún aspecto de sus vidas y optimista respecto al hecho de que actuar colectivamente puede reconducir el problema” (citado por McAdam et al, 2001 45). Las investigaciones sobre diversos tipos de acciones y actores han demostrado que son necesarios procesos de intermediación entre las situaciones estructurales y las personas para que se configure un actor y se lleve a cabo la acción. En consonancia con estos conceptos, en este apartado analizaremos las construcciones de sentido individual, y en un apartado posterior los marcos de acción colectiva, que están relacionados con las construcciones colectivas. Así nos ubicamos en los dos niveles de análisis mencionados en el primer capítulo.

En Colombia, diversas investigaciones han otorgado un lugar significativo a los factores estructurales para explicar el surgimiento y mantenimiento del conflicto político. En 1987 el gobierno de Belisario Betancourt creó la Comisión de Estudios sobre la Violencia, liderada por el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional. Los analistas y académicos que conformaron dicha comisión plantearon que la violencia desatada en los años cincuenta tuvo causas estructurales generadas por la exclusión social y la desigualdad económica. Para entonces hubo consenso en explicar el nacimiento y la consolidación de los movimientos insurgentes como consecuencia de dichas condiciones¹⁰⁵.

Además de la perspectiva explicativa de la Comisión, encontramos —desde nuestra interpretación— otras dos vertientes de análisis, que incluyen factores estructurales para explicar el surgimiento, el mantenimiento y la expansión del conflicto y de los grupos insurgentes: a) Reyes (1987) plantea que los procesos de violencia ocurridos desde el siglo XIX hasta 1966, tuvieron como consecuencia la expulsión del campesinado de sus tierras y la concentración de la propiedad rural. Esta situación aún

¹⁰⁵ Sin embargo, el estudio concluyó que la violencia política, tomada como una lucha por lograr el acceso al control del Estado, no afectaba los indicadores de violencia de una forma significativa, pues sólo constituía un 7,5 % de los homicidios en 1985, mientras que fenómenos como las riñas, las venganzas personales, la violencia intrafamiliar y el sicariato sobresalían considerablemente.

se ve reflejada en los procesos de modernización agrícola de grandes haciendas y en regiones de alta producción de cultivos ilícitos, protegidos por grupos armados ilegales al servicio de propietarios y narcotraficantes. Para Reyes, el resultado ha sido un modelo de modernización económica mas no política. En otras palabras, un modelo en el que los objetivos de la modernización se plantean como un ideal productivo en manos de unos pocos y cuya realización depende de la eliminación de los campesinos que siguen algún ideario comunitario de propiedad, que tienen liderazgo sindical o de quienes se sospecha por su simpatía con la guerrilla; b) la segunda perspectiva fue impulsada por el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep) y presentada en el libro *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del Estado* (2003)¹⁰⁶. En esta investigación se combinan los tres grandes paradigmas explicativos sobre el conflicto armado en Colombia: las causas estructurales ya mencionadas de exclusión y desigualdad históricas (Comisión de Estudios sobre la Violencia), el dominio estratégico del territorio (A. Reyes) y la teoría de la acción racional (M. Rubio), utilizada para explicar la expansión de los actores y el conflicto¹⁰⁷.

En la misma línea de la Comisión de Estudios sobre la Violencia, Sabine Kurtenbach y Mauricio Romero, de la Fundación Friedrich Ebert (2005), indagan las causas estructurales del conflicto en Colombia, planteando que los orígenes del conflicto y la violencia se han discutido ampliamente en los últimos años, y argumentan que después de revisar las publicaciones que presentan los resultados de dichas discusiones e investigaciones encuentran cuatro conjuntos de causas estructurales que tienen importancia central: una cultura política de la violencia, la debilidad del Estado,

¹⁰⁶ Fernán E. González, Íngrid J. Bolívar y Teófilo Vásquez (2003), Bogotá, Editado por Cinep.

¹⁰⁷ M. Rubio, para explicar la expansión de los grupos armados (especialmente FARC y paramilitares) recurre a la teoría de la elección racional, planteando que es necesario renovar los ejes de análisis anteriores. Desde su perspectiva, no es posible seguir interpretando los grupos guerrilleros y su acción violenta, sin tener en cuenta sus vínculos con el crimen organizado. A finales de los ochenta se fue consolidando una economía guerrillera orientada a la industria del secuestro, el narcotráfico y la extorsión generalizada. Con el tiempo, el poder derivado de ese cambio se fortaleció con el clientelismo armado, es decir, con la influencia de los grupos armados ilegales sobre la vida política, especialmente sobre la administración de los recursos de las arcas municipales. De acuerdo con estas formas de acción, la guerrilla ya no actuó por condiciones de pobreza o de injusticia social, sino por objetivos económicos que desplazaron a los políticos. Para mayor profundidad al respecto ver: "Las explicaciones del conflicto armado en Colombia". Fascículo 9. Grupo de Investigación Identidad, liderado por Adolfo Chaparro. Universidad del Rosario.

los límites de la participación política y el acceso desigual a la tierra y a los recursos naturales¹⁰⁸.

Como lo presentamos en capítulos anteriores sobre el contexto del conflicto y el actor de referencia, pareciera evidente que los aspectos estructurales se corresponden con el proceso histórico, es decir, que desde la visión de los investigadores y analistas hay acuerdo en cuáles son los factores estructurales¹⁰⁹ que han influido en el surgimiento del conflicto armado. En las explicaciones sobre su expansión se suman otros elementos de análisis que aparecen de manera conexas, como el ejercicio delincriminal en zonas de crecimiento económico. Sin embargo, esos factores que aparecen en el proceso de expansión no niegan los aspectos estructurales históricos.

Este tipo de interpretación ha estado presente desde épocas pasadas y en distintos pensadores; por ejemplo, Alexis de Tocqueville (1835) afirmaba: “Casi todas las revoluciones que han cambiado el aspecto de las naciones se han hecho para destruir o consolidar la desigualdad social. Quitad las causas secundarias que han producido las grandes convulsiones en el mundo y encontrareis la desigualdad como única causa de fondo” (citado por Gómez, 2000: 2). Más recientemente, esta idea fue desarrollada en

¹⁰⁸ Los autores plantean que la sociedad colombiana no es una sociedad violenta de por sí. El recurso a la violencia fue utilizado e instrumentalizado por la oligarquía del país desde la independencia, a mediados del siglo XIX, para conseguir la integración clientelista de la población (cf. detalles al respecto en Kurtenbach, 2005). En la actualidad esto se refleja en el hecho de que también los actores armados usan, a fin de cuentas, formas tradicionales, y en ese sentido “normales”, de la política, especialmente “el clientelismo armado” (González et al, 2003: 74), es decir, la amenaza de las armas para influir en procedimientos democráticos formales (ya sea en la asignación de recursos públicos o en procesos electorales en curso). Con relación a la *debilidad del Estado*, los autores plantean que las funciones esenciales del mismo están limitadas: “no dispone de los elementos modulares de la función pública moderna como son el monopolio del uso de la fuerza y el monopolio fiscal”. En la actualidad, la estrategia de seguridad democrática del gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010) se dirige a imponer el derecho estatal al monopolio del uso de la fuerza en todo el territorio colombiano. Con relación a las *posibilidades restringidas de la participación política* de la población, existe una estrecha relación con la cultura política de la violencia y con la debilidad del Estado. La Colombia oficial se precia de ser la democracia más estable y antigua de América Latina. Eso es así si se toman como base criterios mínimos puramente formales. Sin embargo, con la imposición recurrente del Estado de excepción se socavan o derogan derechos civiles y ciudadanos fundamentales; el Estado de derecho está acompañado de una impunidad muy alta; los controles democráticos del uso de la fuerza funcionan sólo en forma limitada. La Constitución de 1991 aumentó las posibilidades de participación de la población, pero, al mismo tiempo, persisten las tendencias a criminalizar la oposición extraparlamentaria.

Finalmente, en lo referente al *acceso desigual a la tierra y otros recursos naturales*, consideran que el conflicto agrario no solucionado es persistente, como también los enfrentamientos por la explotación de recursos como el petróleo y las esmeraldas, y a esto se le suma el problema del narcotráfico. Ver: Kurtenbach, Sabine (2005), *Análisis del conflicto en Colombia*. Bogotá, Friedrich Ebert Stiftung.

¹⁰⁹ Entendemos el concepto de estructura social desde una perspectiva básica que designa el modo en que las partes de un sistema social (individuos, organizaciones, grupos) se relacionan entre sí y forman el todo.

el libro de Ted Gurr sobre la rebelión, *Why Men Rebel* (1970). Este autor presentaba un modelo de la privación relativa, fundamentado en el de frustración-agresión, el cual consistía en que la privación relativa debida a situaciones económicas o sociales conduce a la violencia política. A la luz de esta perspectiva se interpretaron las manifestaciones a favor de los derechos civiles en los años sesenta; también fue utilizada para explicar distintas acciones colectivas, como la de los estudiantes negros norteamericanos, entre otras. Rápidamente se comenzó a develar que este enfoque no parecía captar lo esencial de estas acciones. Los activistas de las acciones colectivas tienen a menudo sentimientos intensos a favor de la causa que defienden, pero esos sentimientos tienen poco que ver con las emociones primarias de frustración-agresión. Investigaciones posteriores, como las de Klandermans (1997), con relación a las motivaciones para participar en acciones colectivas, llegan a la conclusión de que el enfoque de privación relativa presenta serias debilidades conceptuales, teóricas y empíricas para explicar los actores y las acciones colectivas.

Inicialmente, para el caso colombiano, podríamos afirmar que esta perspectiva interpretativa es acertada, porque el auge de los movimientos insurgentes (guerrilla), principal forma de organización del descontento, es un fenómeno relacionado con el deterioro de todos los indicadores de distribución del ingreso. Si observamos estos indicadores en las décadas de mayor expansión de la insurgencia (1980 a 2000), encontramos que, a pesar de los acuerdos de paz a finales de los ochenta, que condujeron a la desmovilización del M-19 y a la nueva Constitución Política de 1991¹¹⁰, entre los inicios de 1982 y el cuarto trimestre de 1999, la participación en el ingreso del 20% más pobre de la población se redujo en un 30% (de 4,92% a 3,40% del ingreso total, según datos de la Encuesta Nacional de Hogares). Al mismo tiempo, el 10% de las personas que percibió los mayores ingresos aumentó su participación en más de 5 puntos porcentuales (desde el 37,06% hasta el 43,59%). En esos veinte años no sólo se acentuó la brecha entre ricos y pobres, sino también entre los niveles de

¹¹⁰ La Constitución Política de 1991 marca un hito importante en el proceso de consolidación en el paso de una democracia formal a una real en Colombia, debido a que fue realizada con participación de distintos sectores de la sociedad; además, se reconoció a Colombia como un país diverso multiétnico y pluricultural, y se instauró el Estado de derecho y el reconocimiento de derechos individuales que antes no habían sido contemplados.

bienestar de las áreas urbanas y rurales; si en 1975 el ingreso medio de las familias urbanas era un 50% superior al de las familias rurales, veinte años después, en 1995, era 350% superior (Encuesta Nacional de Hogares; Vélez et al, 2003).

A pesar de la elevada correlación entre la expansión de los grupos insurgentes y la violencia, con el aumento de la desigualdad, no podemos deducir que lo primero sea una consecuencia de lo segundo. Empíricamente, esta conclusión presenta inconsistencias. La distribución del ingreso en Colombia no fue diferente a la de otros países de la región en donde no existen grupos insurgentes (guerrilleros), como es el caso de Brasil y Ecuador, o en otros países que, aunque emergieron y se mantuvieron en conflicto durante cierto tiempo, tanto el conflicto como los actores se extinguieron, como en Guatemala y Perú, entre otros.

Además de las dificultades de comprobación empírica que presenta esta perspectiva de análisis, es evidente que no es posible establecer una asociación causa-efecto entre condiciones estructurales y surgimiento de revoluciones, o como en el caso que nos ocupa, de organizaciones insurgentes¹¹¹.

Si bien es cierto que estos estudios han contribuido de manera importante al análisis y la comprensión del conflicto y la violencia, también lo es que son insuficientes para entender la conformación del actor colectivo insurgente, lo cual no quiere decir que carezcan de importancia causal, sino que dichos factores por sí mismos no son suficientes para explicar la conformación y el mantenimiento de los actores colectivos insurgentes. Para ello es necesario comprender cómo hombres y mujeres interpretan

¹¹¹ “Es posible que un grupo en condiciones objetivas de privación nunca llegue a rebelarse, inclusive si resiente su situación. Las condiciones de extrema pobreza y exclusión pueden más bien llevar a la apatía o a la percepción de que cambiar el estatus quo es imposible. La pobreza y la injusticia también pueden producir una violencia no canalizada políticamente. Con frecuencia, esta violencia se dirige principalmente contra las propias comunidades empobrecidas y no contra el régimen político, bien porque éste no es culpado por la situación, o porque se le reconoce legitimidad o se confía en las instituciones encargadas de canalizar y resolver los conflictos sociales. Pero la rebelión puede no materializarse, aun contra un régimen ilegítimo, si valores morales, éticos o ideológicos hacen inaceptable los métodos violentos de acción. Las consideraciones pragmáticas también pueden jugar un papel importante: con frecuencia, quienes más razones tienen para rebelarse son quienes menos capacidad tienen para hacerlo, bien porque carecen de recursos materiales u organizativos, o porque la capacidad represiva del Estado puede ser tan abrumadora que cualquier intento resultaría fútil” (Valenzuela, 2001: 9)

esos y otros factores, y a su vez de qué manera han considerado que la conformación de un actor colectivo y el desarrollo de una acción insurgente les permitirán cambiar dichas realidades u otras. Todo ello convierte este punto de indagación en una necesidad analítica de primer orden. Es preciso esclarecer los espacios de intermediación que se dan entre los contextos y los sujetos que conforman los movimientos subversivos y llegan a desarrollar la acción insurgente.

5.1 Sobre la construcción de sentido

El término *sentido* alude a distintas definiciones que pueden ubicarlo como objeto de estudio o como factor explicativo de tipo conceptual¹¹². Desde nuestra perspectiva, el sentido es una mediación entre la realidad y el sujeto. De acuerdo con Corrales (1996), tiene un poder constitutivo de ambos (sujeto y realidad). Se le considera una “apropiación subjetiva e inter-subjetiva de la realidad en tres dimensiones: cognitiva, axiológica y praxeológica —conocimiento, actitud y praxis—”. Por tanto, el sentido es una interpretación individual o colectiva del significado (elaborado, suscitado, evocado) desde el contexto socio cultural, las esferas de vida y el lugar que se ocupa en la estructura social. “Es una manera de entender el mundo, producto de una formación y prácticas sociales” (Macías, citado por Corrales, 1996).

Así, el sentido no es “algo” que emerge de una condición exclusivamente subjetiva, sino que se produce a partir de la experiencia, la interacción entre el contexto y los sujetos y entre los sujetos mismos. Es una interpretación contextual de la interacción humana. “El sentido es el producto pragmático de la interacción entre sujetos [...] La producción de sentido es el proceso que realizan en común quienes se comunican, y supone dos procesos básicos: la transmisión de información y la significación” (Fuentes, citado por Corrales, 1996).

¹¹² El significado otorgado al *sentido* se ha hecho de manera intuitiva y suele recurrirse a él para determinar que se ha entendido algo o que se está de acuerdo con una experiencia o acontecimiento. Cuando alguna de esas cosas sucede se afirma: “tiene sentido, entiendo el sentido, está en el mismo sentido, o algo semejante” (Corrales, 1996: 3).

Hablamos de construcción de sentido porque pretendemos aludir a un proceso personal (de hombres y mujeres) de construcción significativa de la realidad social; sin embargo, éste se da mediante procesos inter-subjetivos, es decir, que obedecen a una puesta en común, que se adquieren y se comparten, no sólo entre sujetos, sino en un contexto social y cultural específico. De esta forma, se sugiere una aproximación constructivista que permitirá explicar los procesos mediáticos a través de los cuales las personas atribuyen significados a contextos y eventos, e interpretan situaciones (Klandermans 1997: 77). Desde este punto de vista, no nos interesamos en la veracidad, sino en reproducir los temas que a hombres y mujeres les parecen importantes, y los puntos de encuentro que para ellas y ellos son significativos. “Las personas no son simplemente lo que hacen, sino lo que las guía, el sentido que atribuyen y en el que fundamentan sus prácticas” (Fuller, 1993: 17). En estrecha relación, no asumimos la construcción de sentido como acción, sino como un factor que puede ser contribuyente para la acción, pero no es la acción misma.

El interés en la construcción de sentido que hacen hombres y mujeres sobre el contexto nos ubica en múltiples contingencias e incertidumbres. Como bien lo sabemos, los contextos son cambiantes, las organizaciones no son homogéneas, ya que en ellas convergen diversos niveles, distintos escenarios, diferentes etapas¹¹³, grupos y sujetos; y la organización que nos ocupa no es ajena a esta característica: los sujetos que conforman las organizaciones insurgentes son históricos, diversos y cambiantes. Estas “situaciones” nos exigen delimitar ciertos ejes para leer e interpretar las construcciones de sentido, de tal manera que no desconozcamos los factores mencionados. Sin embargo, también hay que reconocer que la construcción de sentido tampoco es estática, es a su vez dinámica, variable, y esto también se ve reflejado en los procesos de la organización insurgente, lo cual se manifiesta en el replanteamiento de políticas, estrategias, repertorios, etc.

¹¹³ En otro apartado de este trabajo describíamos la organización insurgente Ejército de Liberación Nacional como una “organización en movimiento”, que ha pasado por diferentes etapas. Los analistas confluyen en plantear que éstas han sido: surgimiento, decadencia y recomposición. Los militantes establecen cinco momentos: la fundación, la primera crisis, el auge, la segunda crisis y la reafirmación actual.

El género, la generación y los dos escenarios en los que se encuentran los sujetos que componen las organizaciones insurgentes —lo urbano y lo rural— se constituirán en ejes de lectura y análisis de la construcción de sentido. Exploraremos las diferencias y similitudes de hombres, mujeres, rurales, urbanos, jóvenes y mayores que conforman la organización.

5.2 Sobre lo económico, lo político y lo social¹¹⁴

Aunque no añade mucho plantear que los grupos insurgentes colombianos han justificado y siguen justificando su lucha y acción violenta aludiendo a la inequidad existente en la redistribución de la riqueza y en la exclusión política y social que se ha vivido en Colombia a lo largo de su historia, sí es importante descubrir de manera diferenciada por género cómo los sujetos construyen sentido sobre las dimensiones estructurales del contexto. Más aún cuando en los discursos, procesos y documentos reiteradamente se menciona la necesidad de “justicia social”¹¹⁵.

Desde el surgimiento del Ejército de Liberación Nacional, este grupo se ha referido no sólo a las condiciones de inequidad económica, sino también al usufructo de recursos naturales, como el petróleo, cuya explotación no se conserva para el aprovechamiento nacional, sino que, por el contrario, los distintos gobiernos han permitido y pactado la expropiación de los mismos por otros países (Estados Unidos y países europeos)¹¹⁶.

En el trabajo de campo realizado con hombres y mujeres del Ejército de Liberación Nacional —al menos los que están en el área urbana— encontramos una percepción

¹¹⁴ El análisis lo haremos con estas tres dimensiones que conforman la estructura social (económica, política y sociocultural). En el mundo real no están escindidas, pero nosotros las planteamos así con el único propósito de lograr mayor claridad expositiva.

¹¹⁵ En el tercer congreso de esta organización, realizado en junio de 1996, en el documento de la Declaración Política, planteaban: “[...] lucharemos porque Colombia sea ese país que todos nos merecemos, donde todas las riquezas construidas por generaciones enteras estén al servicio de la nación, donde exista libertad e igualdad de oportunidades, donde la justicia sea exactamente lo que dice la palabra: JUSTA, que propenda por el bien del pueblo, de las mayorías y no sea ese instrumento arbitrario que atropella los derechos de los humildes y sólo defiende el interés egoísta de unos pocos. Queremos una Colombia democrática, donde todos podamos hablar y decidir de manera soberana los destinos de nuestra patria”.

¹¹⁶ En el mes de diciembre de 1986, el ELN desarrolla una campaña nacional cuyo eslogan fue “Despierta Colombia. Nos están robando el petróleo”.

generalizada en sus integrantes (tanto hombres como mujeres) sobre las condiciones de total desigualdad e inequidad en la redistribución de la riqueza en el país. Colombia se percibe con una significativa riqueza concentrada en “muy pocas manos”, lo cual genera la existencia de grandes sectores desposeídos de cualquier medio para la realización de la vida. El hecho de que unos pocos concentren la riqueza y muchos se encuentren desposeídos, influye en una visión de dos adversarios —los ricos que a toda costa quieren mantener su riqueza y los pobres que necesitan tener condiciones de vida.

Las construcciones de sentido sobre la dimensión económica han sido alimentadas desde sus propias vivencias y experiencias. Hombres y mujeres urbanos militantes del ELN se describen como pertenecientes a sectores de clase media y media baja que durante sus vidas han mantenido carencias de diversa índole, según lo manifiestan en las entrevistas realizadas¹¹⁷. Por tanto, plantear que la desigualdad social es de por sí un factor que motiva a unirse a la guerrilla es importante, pero es más importante la apreciación de esa desigualdad, y es en este nivel en el que van a aparecer diferencias entre ellos y ellas, entre quienes se encuentran como militantes en las zonas urbanas y entre quienes están en el área rural.

Llegados a este punto es importante plantear que entre los hombres y las mujeres del campo y la ciudad que conforman la organización Ejército de Liberación Nacional hay significativas diferencias. En la experiencia empírica¹¹⁸ sobre la que se sustenta esta investigación, descubrimos que “los urbanos” en su gran mayoría habían accedido a algún nivel educativo o estaban en proceso de formación académica. Hombres y mujeres situados en la organización como “mandos”¹¹⁹ —especialmente políticos— tenían formación universitaria en curso o terminada, y algunos hombres

¹¹⁷ La descripción de la pertenencia a determinada clase social es subjetiva; no tenemos elementos objetivos para sustentar que efectivamente es así.

¹¹⁸ Trabajo de campo realizado en el periodo comprendido entre marzo de 2003 y febrero de 2007. Entrevistas en profundidad a militantes urbanos, militantes y combatientes rurales, hombres y mujeres, en su gran mayoría ubicados en el suroccidente colombiano, lo cual no quiere decir que sean nativos de esta región. Se trabajó con hombres y mujeres que, aunque estaban en esta parte del país, provenían de departamentos como Antioquia, Santander, Cesar, Cauca, Nariño, Cundinamarca, entre otros.

¹¹⁹ En el apartado sobre la organización se incluye el organigrama del ELN.

con estudios de posgrado (maestría); ninguna mujer tenía formación de posgrado, y sus niveles educativos, en general, eran más bajos.

Los militantes de base, entrevistados en las zonas urbanas, son personas jóvenes (con un promedio de edad de 25 años) que han alcanzado primaria o bachillerato, y en algunos casos formación universitaria incompleta. También encontramos en menor cantidad hombres y mujeres mayores, con edades que sobrepasan los 50 años. Ellas son amas de casa, es decir, mujeres cuya principal ocupación son los oficios domésticos, pero cumplen funciones de militantes, tales como atención a presos políticos o tareas logísticas (correo, consecución de medicamentos, etc.). Los hombres mayores entrevistados no tienen, en general, actividad económica y tampoco están con sus familias de procreación; en la organización se ocupan de lo que denominan “trabajo ideológico” (escritura de documentos, establecimiento de relaciones, etc.). Un aspecto por destacar es que quienes se encuentran en las zonas urbanas, tanto hombres como mujeres, generalmente desarrollan actividades laborales que les permiten devengar ingresos.

Los hombres urbanos tienen actividades económicas como maestros, vendedores en almacenes o trabajos educativos en ONG; las mujeres urbanas desempeñan oficios domésticos, son modistas, obreras, maestras, o trabajan en ONG, entre otras actividades. En este sentido es importante resaltar que tanto hombres como mujeres urbanos integrantes del ELN, en su gran mayoría (al menos los entrevistados), están vinculados laboralmente.

En el área rural encontramos una guerrilla conformada por personas jóvenes de ambos sexos, en su gran mayoría campesinos, indígenas y negros con escaso nivel educativo. Los combatientes hombres entrevistados han realizado algunos años de educación primaria; las mujeres tienen menor nivel de escolaridad. Los comandantes políticos o militares del área rural manifestaron tener un nivel educativo mayor, como bachillerato incompleto o algunos años de universidad, y en algunos casos formación en licenciatura.

5.3 La dimensión económica

La construcción de sentido de los militantes urbanos, en relación con la dimensión económica, es coincidente entre hombres y mujeres, en los términos descritos en párrafos anteriores. Plantean una distribución desigual en los recursos, y de hecho una concentración de los mismos en muy pocos, lo cual configura una realidad que se caracteriza por una situación de injusticia generalizada que debe ser transformada.

Los lugares desde donde se percibe la carencia son diferentes para las mujeres (solteras y casadas) y los hombres urbanos: las mujeres solteras, a partir de sus entornos privados e inmediatos, manifiestan que sus familias de origen y ellas mismas no pueden acceder a educación, vivienda y salud, por no tener recursos adecuados; por su parte, quienes tienen niveles educativos superiores expresan los múltiples sacrificios por los que han pasado para poder educarse. Las casadas y con hijos describen como precarias las condiciones económicas en las que viven, no tienen ni pueden tener condiciones de vida dignas para ellas y su prole, por lo que es fundamental hacer algo para transformar la sociedad colombiana.

Desde escenarios inmediatos, comienzan a plantearse la necesidad de llevar a cabo acciones que permitan cambiar su situación; algunas migran de una región a otra e intentan buscar trabajos mejor remunerados que les permitan educarse y atender tanto sus necesidades como las de sus familias, que se encuentran insatisfechas¹²⁰. Si esto ocurre con las solteras, para las mujeres que llegaron al ELN con parejas e hijos la situación es semejante, aunque se complejiza con todo lo que implica el cuidado de los hijos, la atención a sus hogares y la vida insurgente. Así, las mujeres construyen sentido a partir de su condición histórica como cuidadoras y madres, y es desde esa

¹²⁰ Kampwirth (2007), en la investigación realizada sobre la participación de mujeres en movimientos guerrilleros que llegaron a procesos revolucionarios exitosos en Nicaragua, El Salvador, México (en Chiapas) y Cuba, plantea que mujeres participantes en los grupos guerrilleros buscaron soluciones personales a la crisis rural que se vivía en estos países a mediados del siglo XX, especialmente migraron tanto a zonas rurales como urbanas en busca de mejores condiciones de trabajo. (41-46).

condición que también dan sentido a la acción insurgente. La sensación de injusticia y de indignación frente a la realidad existente se construye a partir de sus roles y relaciones tradicionales de género, de sus espacios privados. Según nuestro punto de vista, diríamos que hay una politización de la carencia y el sufrimiento, que influye en su posibilidad de acción.

Los hombres hacen referencia a la percepción de carencia en un entorno más amplio: lo público, el país, el mundo. Son las condiciones existentes en el mundo, las relaciones de dominación y expropiación entre países (imperialismo), las que no les permiten tener condiciones para la realización de sus derechos y necesidades, por tanto no sólo hay que cambiar las condiciones económicas en Colombia, sino en el mundo. No aluden a sus escenarios inmediatos, familia de procreación o de origen, y por tanto es más lejana la percepción de soluciones personales a crisis nacionales. En la voz de un hombre militante,

Este mundo ha sido tan injusto que amerita por lo menos mantener la seguridad de que uno puede cambiarlo, y quizá ésa es una justificación política, pero digamos para mí hoy sería muy difícil, digamos, estar por fuera de este proyecto, así uno no haga parte de estructuras muy internas”[ACGH01C2, líneas 1.024-1.027].

Con relación a las mujeres y los hombres del área rural, es importante señalar que en su gran mayoría son combatientes, es decir, personas organizadas como ejército, entre las que entrevistamos a niñas entre 15 y 17 años de edad. Sus expresiones sobre la construcción de sentido de la dimensión económica son “menos” elaboradas. Ellos y ellas se definen como personas “pobres”, sin ningún tipo de recurso, con múltiples carencias al igual que sus familias, y no hacen referencia a un gobierno o a un Estado “culpable” de dichas condiciones y su permanencia a lo largo de la historia, sino a una clase: “los ricos”. Valoran su permanencia en las filas insurgentes como una manera de contribuir a un proceso de cambio, que una vez logrado, modificará la actual realidad y permitirá que todas las personas tengan mejores condiciones económicas y que no exista la pobreza. Ninguno de sus relatos hizo alusión a la explotación de recursos naturales, ni a un escenario o a unas condiciones mundiales que influyan en su condición de pobres.

A diferencia de los militantes urbanos, los combatientes no tienen la conciencia de vivir en un país con recursos; por el contrario, la apreciación es de carencia absoluta, y por tanto valoran la vida en el ejército guerrillero como una vida sin carencias, “tienen vestido, comida, medicamentos y aprenden sobre la realidad”¹²¹. Por tanto, lo que da sentido a su acción son sus condiciones de pobreza, de carencia, que adquieren importancia cuando están en los movimientos insurgentes. Sin embargo, su ingreso no ocurre por una búsqueda explícita y compartida de cambiar situaciones colectivas, sino personales: tener comida, vestido y asistencia médica; la educación no ocupa un lugar importante, más bien el hecho de aprender “algo”. La alusión y el sentido de una lucha colectiva se aprenden al interior del Ejército de Liberación Nacional, y también se aprende que para esa lucha son necesarias las armas:

Cuando uno entra a la guerrilla, uno busca tener comida que no tiene en la casa, vestido, si se enferma, que lo atiendan y le den drogas (sic)¹²² y conseguir algo para ayudar en la casa; después es que uno se va formando y entiende que esta lucha es para que se acabe la pobreza y no hayan tantos ricos [ACGM16C1, líneas 20-25].

5.4 La dimensión política

El análisis de las construcciones de sentido sobre esta dimensión nos ubica nuevamente en los “dos mundos” en que se compone el actor colectivo insurgente ELN: lo rural y lo urbano, los hombres y las mujeres urbanos militantes y los hombres y las mujeres rurales en que confluyen militantes y combatientes, sin querer decir con ello que en las ciudades no haya combatientes, puesto que, desde nuestra perspectiva, son “más visibles” en el ámbito rural.

En “los urbanos” encontramos que hay una percepción de lo político en términos amplios, es decir, no solamente con referencia a la institucionalidad, sino también a los procesos de construcción de un orden diferente en la cotidianidad. *“Hay que diferenciar entre la política y lo político, la primera implica el lugar formal*

¹²¹ Palabras reiterativas de los combatientes rurales

¹²² El término *drogas* no se refiere a estupefacientes, sino a medicamentos (fármacos).

institucional, y lo político los mundos cotidianos, los dos deben ser complementarios” [ACGHO1C2, líneas 702-704]. Este planteamiento coincide con la construcción teórica que algunos autores llaman la doble inscripción de lo político: “esto es, el hecho de que éste aparece como lugar sistémico o institucional (la política) y como el momento puramente contingente de la institución de objetividad o de desafío de lo instituido que puede darse en cualquier lugar dentro o fuera de un sistema (lo político)” (Ardite, 1995: 333).

La diferenciación entre la política y lo político se percibe en construcciones que hacen hombres urbanos con niveles de educación universitaria y de posgrado. En concordancia con ello, su representación de la realidad política colombiana es de una institucionalidad que, desde el deber ser, está encargada de resolver los problemas que plantea la convivencia colectiva, y en concordancia debería dictar y ordenar el bien común. Tiene la capacidad de distribuir la riqueza y ejecutar el poder según sea necesario para promover dicho bien común. Sin embargo, desde la construcción de sentido de los integrantes del ELN, esto no se cumple en términos reales, debido a que el poder representado en el gobierno y el Estado no legisla para un bien común y tampoco representa a la mayoría de ciudadanos y ciudadanas; por el contrario, legisla y encarna el bien de unos pocos. El poder político está en manos de quienes también ostentan el poder económico y se constituyen como “la clase oligárquica”.

La actuación de la política, es decir, de la institucionalidad, al igual que la dimensión económica, es de significativa exclusión, y no hay acceso a la participación en la toma de decisiones, tampoco existe el derecho al disenso o la oposición a través de la vía legítima; ésta es acallada con una fuerte represión y criminalización. En este sentido, se argumenta cómo desde la institucionalidad se ha terminado con todo tipo de oposición a través de la vía violenta, con lo cual se constituye la existencia de un terrorismo de Estado. El ejercicio político institucional colombiano es asumido como

violento, utiliza medios violentos para su ejercicio, y a lo largo de la historia ha establecido nexos con la criminalidad: narcotráfico y paramilitares¹²³.

Los actores políticos institucionales (partidos políticos) son tomados como entes al servicio de la “clase oligárquica”. Desde esta perspectiva, la vía de la política institucional no simboliza ninguna opción de participación ni de representación, de ahí que sea necesario buscar y construir formas no institucionales de “lo político” para transformar lo instituido¹²⁴. Hombres y mujeres urbanos coinciden en afirmar que no hay caminos democráticos para el ejercicio de la política, y son enfáticos en plantear que las vías de la participación política institucional en Colombia están totalmente cerradas, por tanto es “necesaria y legítima la opción armada”, como forma de participación política en la que el ejercicio de la violencia es un medio para influir en la política y para cambiar lo instituido. De esta manera, la acción insurgente se constituye en lo político, para constituir la política. En concordancia con los análisis e investigaciones, se plantea la existencia de una democracia formal, mas no real.

La política que queremos hacer, buscar los cambios del país como la justicia social, la democracia, el respeto a los Derechos Humanos, no ha sido posible por las vías políticas, de eso ya ha dado cuenta la historia con el genocidio contra los dirigentes políticos y populares. Sencillamente con las armas hemos defendido nuestras vidas y nuestros ideales. Dolorosamente, en Colombia, la respuesta armada a la violencia oficial ha sido la pedagogía que ha ido permitiendo crear el respeto y la tolerancia hacia la oposición política, pero aún nos falta (entrevista a Antonio García por Yamid Amat – 16 de enero de 2005).

El juego entre la política y lo político genera una secuencia: la institución de la política como orden, no deseado, no legítimo, a su vez seguida por la subversión como parte de lo político, que crea figuras nuevas (diferentes) de orden político que apuestan a la construcción de un orden nuevo, tratando de constituirse en la política. En esa búsqueda, la acción armada y violenta adquiere un lugar importante, pero no más importante que la misma política¹²⁵:

¹²³ Para mayor profundidad sobre los vínculos entre los partidos políticos tradicionales y grupos ilegales y criminales (narcotráfico, paramilitarismo) ver: Francisco Gutiérrez (2006), “La criminalización de la política. Reconsiderando las expresiones regionales”, en: Francisco Gutiérrez (2006), *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia 1958-2002*, Bogotá, Norma.

¹²⁴ Camilo Torres argumentaba: “las vías electorales están cerradas, por cuanto quien escruta, elige”.

¹²⁵ Éste ha sido un debate recurrente en el Ejército de Liberación Nacional: el privilegio o no de la acción armada o la vía política.

De las cosas que más tenemos claras nosotros, es que lo militar es uno de los instrumentos de lo político, o sea, lo militar nunca está por encima de lo político, nunca por encima de lo ideológico, pero desgraciadamente en este país, o sea sino se tiene algo que te sustente en tu discurso, te aplanan, te aniquilan, o sea utilizamos las armas y lo militar no porque somos militaristas, sino porque tienen una razón de ser que es influir y transformar la política [ACGHO2C2, líneas 570 -578].

[...] La opción armada sigue siendo una opción que permite por lo menos pensar un país distinto y eso me parece que es una de las grandes cosas, que donde no hubiera existido la insurgencia quién sabe cómo estaríamos en términos de política pública, política económica y lo que sea, es que es ahí donde está la paradoja.

Por ejemplo, la voladura de oleoductos no ha permitido la privatización de los hidrocarburos en el país, las voladuras de los oleoductos ha permitido que por lo menos algunas regalías queden, que se haga una inversión en la comunidad, es una paradoja grandísima, dramática y muy difícil de explicarla políticamente [ACGH01C1, líneas 2.346-2.355].

Las mujeres urbanas manifiestan que por su condición de mujeres son totalmente excluidas de la política, por tanto su participación en grupos insurgentes, y específicamente en el ELN, hace que se sientan como “sujetos políticos”, es decir, como personas que participan de la construcción de un orden social distinto al instituido. Desde este razonamiento, la militancia en la insurgencia permite una doble inclusión en lo político y en lo público. En este orden de ideas, aunque no hay expresiones específicas con relación a que en Colombia la dimensión estructural de la política es profundamente generizada, su valoración hacia ésta sí lo es. Las mujeres sienten la necesidad de recurrir a otras formas y otros medios (la lucha armada insurgente), en los que sienten inclusión pública y participación política.

“Porque lo político influye mucho, nosotras no queremos simplemente ser, digámoslo así, unas tiraplomo, nosotras tenemos que saber por qué la utilizamos, para qué, y eso requiere convicción y formación política [ACGM5C03, líneas 143-156].

Ninguna de las entrevistadas expresó que en la construcción de esa “nueva sociedad más incluyente, más democrática” se buscaba la equidad en las relaciones de género, lo cual constituye una paradoja, teniendo en cuenta que en los principios de la organización éste es un factor que se vislumbra¹²⁶.

¹²⁶ Kampwirth (2007) plantea que a lo largo de más de 200 entrevistas que realizó con activistas femeninas, solamente una nicaragüense dijo que en su decisión de unirse a los revolucionarios influyó el deseo de alcanzar la justicia de género.

En las entrevistas con combatientes rurales fue reiterativo el planteamiento sobre su desconocimiento de la política y lo político. Una combatiente indígena de 15 años, en el inicio de la entrevista, dijo:

“a mí no me vaya a preguntar nada de eso de la política, porque yo no sé, ni me interesa, yo estoy aquí en la lucha para acabar con los ricos y que no hayan más pobres” [ACGM20C1, líneas 3-6].

Hay una expresión reiterativa en las mujeres rurales acerca de su desconocimiento y desinterés por la realidad del país, por tanto, no hacen alusiones diferentes a la polarización entre “dos bandos”: los desposeídos y los que lo tienen todo. Es con el objetivo de acabar con uno de los opuestos, “los ricos”, como ellas construyen sentido sobre su participación insurgente, a partir de aspectos estructurales. Sin embargo, como ellas mismas lo expresan, entienden dicho objetivo después de ingresar al grupo insurgente; no es ésta la razón que las motiva inicialmente a hacer parte de la organización. En sus expresiones: “entienden la lucha armada cuando ya están en ella”. Su ingreso se da a partir de factores precipitantes: experiencias tempranas de exclusión, de autoritarismo o de falta de posibilidades¹²⁷.

Los hombres, aunque menos enfáticos, expresan que una vez ingresan al ELN inician el proceso de formación política. La vida en el campo no les había permitido conocer sobre la realidad del país; por el contrario, en la vida guerrillera reciben información. Según ellos, “es aquí donde uno se forma políticamente, no en la [vida] civil”. Coinciden con las mujeres en que su lucha es por acabar con los ricos para que no haya más pobres; sin embargo, hay que resaltar que sus expresiones son menos contundentes que las de las mujeres. Ellas lo expresan con ahínco, con emoción, y ellos como un deber ser al que no pueden escapar.

En términos hipotéticos, podemos decir que tanto en los hombres como en las mujeres rurales, especialmente combatientes, las condiciones estructurales de la sociedad colombiana contribuyen a dar sentido a la acción insurgente, no porque ellos y ellas

¹²⁷ Aspectos que desarrollaremos en otro apartado de este mismo trabajo.

hayan construido sentidos diferentes sobre las dimensiones estructurales de la sociedad colombiana, sino por experiencias a las que ellos y ellas se enfrentan, tales como autoritarismo y descomposición familiar, presencia de los grupos armados en sus veredas, falta de recursos económicos, no acceso a derechos fundamentales como vivienda, salud, educación, etc. Todos estos aspectos consolidan una total exclusión social. Retomaremos este tema en el apartado sobre motivaciones para el ingreso a grupos insurgentes.

5.5 La dimensión sociocultural

Esta dimensión la entendemos en relación con la vida común y en común que caracteriza a un pueblo. Está relacionada con el conjunto de valores, prácticas, costumbres y la introspección de un orden establecido, que contribuye a sentirse perteneciente a una comunidad, y que anima o desmotiva al individuo para estar y pertenecer a una colectividad. Por tanto, concierne a la construcción de tejido social y pertenencia al mismo. Indagar sobre la construcción de sentido en esta dimensión fue principalmente difícil, especialmente con militantes y combatientes rurales.

Hombres y mujeres militantes urbanos con algún rango en la organización se refirieron a ésta de tres maneras: a) para apuntar a las múltiples exclusiones que desde su construcción genera el orden establecido, b) para expresar la importancia de tener en cuenta lo cultural, entendido como prácticas, tradiciones y costumbres que caracterizan a la población, forjándola de manera diversa¹²⁸. Es decir, hay una referencia expresa a la condición multiétnica y pluricultural que caracteriza al país, lo cual hace que no podamos hablar de una sociedad homogénea, sino heterogénea, en la que confluyen distintos grupos sociales y culturales. Es necesario tener en cuenta estas

¹²⁸ [...] hay regiones que tienen unas dinámicas muy particulares, sí, de cómo hacen el trabajo colectivo, cómo desarrollan las cosas, por ejemplo Arauca es una región particular, y es una vaina muy pegada de lo social con lo militar, ahí es muy asociado lo militar con lo social, sí, muy asociada, en el Cauca es un poquito más separada y más autónoma la parte de lo social y lo militar, sí, el Catatumbo, son ya otras características, o sea, incluso las dinámicas de las regiones también nos llevan a que hayan formas diferentes de concretar la política, incluso de concretar las cosas (Entrevista a vocero del ELN, durante el proceso de diálogos exploratorios. Medellín febrero de 2007).

diferencias, para desarrollar procesos con las distintas poblaciones; y c) asumen lo cultural en sentido amplio para nombrar estrategias de trabajo de la organización a partir del cuento, la pintura, el teatro, etc. que han desarrollado en distintos lugares y con diferentes poblaciones. En sus palabras: “La cultura popular es el motor que permite aglutinar gente y generar redes” [ACGMO3C2, líneas 297-298].

En relación con el tercer aspecto, encontramos relatos de hombres y mujeres urbanos. Específicamente, una mujer militante urbana expresaba cómo inicia su trabajo en el Ejército de Liberación Nacional a partir de lo cultural:

La primera actividad en la que yo empiezo a trabajar, que yo no la asumía como que eso era algo del ELN, la asumía como una cosa muy bacana [sic], que me llamaba mucho la atención, que eran actos político culturales, donde se denunciaba toda la situación de violación de Derechos Humanos, pero eso iba acompañado de expresiones culturales, de música, de poesía, de pintura, a mí siempre me ha gustado mucho la pintura, entonces me invitan a que haga el mural del evento, el telón, era un telón grandísimo y yo dije listo” [ACGMO3C2, líneas 297-298].

Teniendo como telón de fondo este contenido, hombres y mujeres militantes urbanos también hicieron explícito que el “orden” establecido genera exclusión social, la cual va a estar referida a las múltiples desventajas en las que se encuentra un buen número de colombianos en términos de educación, empleo, recursos financieros y de otra índole, que no permiten acceder a oportunidades para la realización de la vida, no sólo en términos de necesidades básicas satisfechas, sino en términos de forjar un proyecto común, y por tanto la realización y el mantenimiento del “orden social”.

Los militantes y combatientes rurales se refirieron a un sentimiento generalizado de total exclusión social, no sólo con relación a lo político y a lo económico, sino a la vida en común:

“nosotros los pobres, los que no tenemos estudio, ni hemos aprendido casi nada, no existimos para el resto de los colombianos, lo único que hemos hecho es trabajar en el campo muy duramente, tampoco conocemos otras partes de Colombia, distintas a donde hemos vivido o donde hemos luchado” [ACGH21C1 líneas 35-40].

La gran mayoría de combatientes rurales son hombres y mujeres campesinos que comparten tradiciones, costumbres y prácticas, que influyen y facilitan la convivencia en común en los campamentos guerrilleros, en los que también se dan producciones

de carácter cultural —aunque ellos y ellas de manera explícita no las identifican como tales. A partir de nuestra interpretación, estaría en esta dimensión la composición de música popular, cuyas letras se refieren a la lucha insurgente y su legitimidad, a los distintos tipos de exclusión que experimentan, a las realidades de los lugares en los que se encuentran ubicados, entre otros temas. Ésta es una actividad muy disfrutada tanto por militantes como por combatientes rurales; además, “sus producciones” se convierten en una forma de socialización del proyecto político insurgente.

La lectura y la interpretación de las construcciones de sentido sobre las distintas dimensiones de la estructura social y de la manera como éstas dan sentido a la acción insurgente, inicialmente permiten plantear que no hay significativas diferencias entre hombres y mujeres urbanos. Las diferencias surgen con relación a los espacios (urbano y rural) —que influyen en las características de hombres y mujeres que hacen parte del ELN—, las experiencias a partir de las cuales se le da sentido a la acción, y en relación a hombres y mujeres rurales.

Mujeres y hombres urbanos experimentan una sociedad inequitativa, injusta y sin posibilidades para la realización de quienes habitan en ella; por tanto, es fundamental propiciar un cambio social que permita modificar dicha realidad, vivida de manera diferente por hombres y mujeres. Es una construcción de sentido que se forja en una continua interacción entre el contexto, las experiencias y la relación con otros, y entre otros que experimentan de manera similar.

En concordancia, argumentamos que las condiciones del contexto contribuyen a dar sentido a la acción insurgente. Más aún cuando desde sus propias consideraciones el pueblo colombiano ha intentado luchas pacíficas con el Estado para reclamar sus derechos, pero se ha encontrado con una respuesta de criminalización tanto a sus movilizaciones como a sus demandas, “de ahí que a un Estado autoritario y violento haya que enfrentarlo desde una acción armada.” Sin embargo, aquí encontramos una gran paradoja: cuando los militantes hacen un balance sobre los medios violentos de la

acción insurgente, reconocen que éstos no les han permitido construir legitimidad¹²⁹, si bien tuvieron razón de ser en una época, especialmente durante el surgimiento y la recomposición; además, dichos medios los han llevado a cometer “serios errores” (expresión de los militantes).

En este sentido, hallamos construcciones de sentido disímiles, sustentadas básicamente en diferencias generacionales más que de género. Es así como descubrimos diferencias en los planteamientos de hombres y mujeres adultos mayores (de 50 años o más, que llevan entre 30 y 35 años de militancia) y los jóvenes. Los primeros siguen ubicándose en un mundo de opuestos: “los pobres y los ricos”, las instituciones (el Estado) representan a los ricos, y por tanto el cambio de una sociedad injusta y excluyente sólo será posible a través de una revolución, entendida en términos de Tilly (1978) como el trasvase efectivo del poder. Para los militantes el cambio se representa en el surgimiento de un Estado socialista¹³⁰, proceso que será posible mediante la vía armada¹³¹.

Los jóvenes urbanos se consideran revolucionarios y revolucionarias, y se refieren también a la necesidad de un cambio significativo en la sociedad colombiana, pero no se ubican en un mundo de opuestos, pues sus experiencias, especialmente las de carácter educativo, los lleva a expresar que el mundo no puede seguir configurándose a partir de la “lógica de opuestos”, porque esto los ha llevado a cometer múltiples errores, el mayor de los cuales consiste en pensar y construir una organización “sólo

¹²⁹ Entendida desde la perspectiva de uno de los miembros del ELN: “Sí, nosotros el problema fue que no pudimos hacer legítimo el uso de la fuerza y legítimar la guerra, para mí la legitimidad es cuando el otro se compromete con, pero si el otro no se ha comprometido con mi guerra no tiene legitimidad entonces, yo no quiero decir entonces que estoy despotricando de la guerra no, no es eso, el problema no es simplista, porque tampoco no es ni mi guerra, sí, porque no puede ser eso, o sea, a mí me parece que eso debe contextualizarse de manera diferente o sea, el papel del abuso de la violencia el uso de las armas, o sea, yo no niego ni digo que no tenga validez ni nada de eso, porque me parece que ése no es el lugar, sí, sino que la acción legítima es cuando la gente se reconoce en esa acción pero mientras que no se reconozca en esa acción no es legítima” (Entrevista a vocero del ELN en los procesos de dialogo con el gobierno de Álvaro Uribe Medellín, febrero de 2007).

¹³⁰ “Si la construcción de un Estado socialista donde no existan explotados, ni explotadores y donde todo el mundo, el pueblo defina lo que quiere aquí en su país y todo el mundo quepa dentro de ese Estado, ya que en esta sociedad no cabemos todos, entonces eso es como lo concreto, lo que yo ubico como revolución y nosotras como mujeres dentro de esa concepción pues también [ACGMO5C3, líneas 67-76]. Entrevista a una mujer que ha militado durante 35 años en el ELN.

¹³¹ Una premisa inicial del ELN es que, en Colombia, la vía pacífica para el cambio social era inviable (Lamberg, 1979: 138).

hacia dentro” y no de cara a una sociedad cambiante que exige un proceso en relación con dichos procesos. También los ha llevado a desconocer que el poder no puede asumirse exclusivamente en manos del Estado; si esto es así, lo político quedaría reducido a la disputa y el enfrentamiento contra ese poder y por ese poder, lo cual ha generado desgaste por su captura, y los ha llevado a subestimar otras formas de lucha diferentes a las encaminadas exclusivamente a conseguir el poder del Estado. Este camino no les estaba permitiendo valorar y reconocer otras formas de lucha, de organización, y otras formas de poder que, aunque se institucionalizan, no necesariamente se hacen visibles en el Estado, pero que aun así ejercen dominación, como son la etnia y el género, a los que sólo sería posible modificar una vez ocurriera la toma del poder.

En este sentido, la transformación no necesariamente pasa por una concepción de revolución como la expresada por las mujeres y los hombres mayores, sino por la construcción de una “democracia plena”, fundamentada en la construcción de “poder popular”¹³². En términos políticos, estos planteamientos tienen implicaciones significativas en las “nuevas generaciones” del ELN, que actualmente argumentan la importancia de la construcción de poder, y especialmente de poder popular y no de toma del poder; también expresan una concepción distinta de la revolución: no es “la toma del poder”, sino el proceso de construcción cotidiana del cambio a partir de la creación de un hombre y una mujer diferentes, es decir, no hay una concepción de cambio fundamentada exclusivamente en las estructuras sociales, sino en los sujetos que conforman la sociedad.

¹³² La expresión *construir poder*, a diferencia de *tomar el poder*, indica claramente que se trata, como en toda construcción, de un proceso que va de lo más pequeño a lo más grande, de lo más simple a lo más complejo y desde abajo hacia arriba. Ese proceso es como una pulseada, en donde se va acumulando la mayor cantidad de fuerza, de un lado, contra los otros. El problema es que esa acumulación del poder reconoce varios aspectos y todos al mismo tiempo. Reconoce la necesidad de ir ganando espacios institucionales de representación democrática; reconoce la capacidad de articular y organizar para presionar, por ejemplo, en defensa de la fuente de trabajo o en defensa del salario. Significa ver cómo se juntan todas las fuerzas que hagan posible que esto se rediscuta, hasta llegar a una organización de la propia clase trabajadora. La construcción de poder popular implica definir qué tipo de organización, de mecanismos, de estructuras, se tienen que desarrollar para que el pueblo termine imponiendo sus intereses, sus objetivos y su proyecto (Rauber, 1995: 5).

Estas expresiones permiten evidenciar la confluencia de dos etapas en la organización: una en la que la sociedad está representada a partir de dos opuestos enfrentados, y por tanto hay una sustentación explícita de la acción armada, y otra en la que, conservándose el “fundamento” en una sociedad inequitativa e injusta, se comienza a privilegiar la acción política sobre la acción armada, como es el caso actual del ELN. En la organización no se asumen como posiciones enfrentadas, sino simultáneas, aunque se hace evidente que la segunda es la que impera. Si bien es cierto que la visión de un enemigo de clase sigue estando presente, éste ya no se configura como absoluto, sino como posible partícipe en un cambio a través de otros medios, como la Convención Nacional y la construcción de poder popular¹³³. De esta manera se está configurando la política desde lo político pero de forma “más amplia” (las comillas son nuestras) a la tradicional, que ha operado básicamente a partir de los partidos.

Los y las militantes y combatientes rurales —al menos los entrevistados— hacen la construcción de sentido desde sus propias vivencias y una vez están en la organización. Muchos de ellos ingresan a muy temprana edad¹³⁴, por lo que no es posible argumentar que los combatientes han reflexionado y se han representado e interpretado los procesos de la realidad colombiana, para darle sentido a su acción. Ellos y ellas han experimentado situaciones de múltiples carencias —lo cual sucede también con muchos de los militantes urbanos—, pero además se han visto abocados a

¹³³ “Fíjese que nosotros lo de poder popular y un nuevo gobierno, eso viene por allá desde el 90, 86, 88, sí, o sea, que lo de construcción de poder, sino que hay esa discusión interna entre toma de poder y construcción de poder, lo que ha venido perdiendo vigencia, sí, es la figura de la toma del poder que es la que se ha mermado como, como la vigencia y va tomando cada vez más relevancia la figura de la construcción de poder, pero cuando nosotros hablamos de poder popular, sí, que eso fue hace muchos años más, sí, ahí estábamos hablando de construcción de poder. Hay algo, algo que ha tenido esta organización y es que y por eso, eso se nos convirtió en un buen tiempo como en discurso político, sí, y que nos faltó mucho en concretarlo, yo no sé si usted se acuerda cuando siempre hablábamos de, no es que el trabajo de base y se nos convirtió mucho en discurso lo del trabajo de base, sí, y entonces ya ahorita sí estamos hablando del trabajo de base, pero no es solamente el trabajo nuestro, sí, sino el trabajo mismo de la gente, el reconocimiento de que la gente desarrolla su trabajo” (Entrevista realizada a uno de los voceros del ELN en los diálogos de acercamiento con el gobierno en febrero de 2007).

¹³⁴ Además de ingresar a edades muy tempranas, generalmente los combatientes tienen bajos niveles de escolaridad o ninguno, factor que coincide con la investigación realizada por Kampwirth (2007), en la que plantea que los combatientes, especialmente las mujeres que participaron en los grupos guerrilleros en los países centroamericanos, eran en su gran mayoría campesinas con niveles educativos bajos, o ninguno. En este mismo sentido, está la investigación de Ferro y Uribe (2002) con las FARC, en la que argumentan que tanto hombres como mujeres rurales hacían referencia a su condición de no futuro en la sociedad colombiana, y los comandantes se referían a las dificultades que se presentaban con estos integrantes debido a su bajo nivel educativo y de formación política.

factores precipitantes y a circunstancias de vida que, antes de darle sentido a la acción, los llevan a decidir ingresar a los grupos insurgentes.

Como ellos y ellas lo han expresado, es después de estar en la organización insurgente que entienden por qué es la lucha. Esto marca importantes diferencias con las motivaciones. Es específicamente diferente plantear cuáles son las motivaciones para el ingreso (aspecto que desarrollaremos en otro capítulo) y de qué manera la construcción de sentido sobre el contexto contribuye a dar sentido a la acción. Diremos entonces que los combatientes dan sentido a su acción a partir de lo ideológico¹³⁵ adquirido en la organización, lo cual no niega que hay factores contextuales que estén comprometidos en la decisión de ingresar a los grupos insurgentes.

En síntesis de lo que hemos llamado un primer escenario de análisis (la construcción de sentido sobre las dimensiones de la estructura social y su contribución para dar sentido a la acción insurgente), diremos que tanto hombres como mujeres representan y valoran el contexto de igual manera, y dicha valoración genera compromiso de acción para propiciar la transformación de una sociedad excluyente. El logro de esa transformación se vislumbra a muy largo plazo; ninguno de los entrevistados expresó que actuara por bienes individuales, sino colectivos, y además tienen la plena conciencia de que a ellos y ellas no les tocará el resultado o el producto de su acción.

Tanto para las mujeres como para los hombres, lo económico y lo político son vistos como factores que influyen en lo sociocultural. En esta concepción se consolida la exclusión y la imposibilidad de construir un orden social que permita la convivencia de todos y todas más allá de las diferencias que constituyen relaciones de poder, como etnia y género. No podemos argumentar que haya una diferenciación por género explícita en este nivel, ni tampoco en el sentido que se configura sobre la acción. Sí encontramos diferencias por género en los espacios a los que se alude para argumentar

¹³⁵ La ideología la entendemos como un conjunto de ideas, formuladas deliberadamente, coherentes y racionales, empleadas para delimitar y comprender la forma en que puede organizarse un colectivo.

la necesidad de una transformación social: para las mujeres es desde lo privado, y para los hombres desde lo público; en las primeras hay unas razones privadas para transformar el mundo público, y en los hombres hay unas razones públicas para transformar el mundo, no sólo la sociedad colombiana, sino las desigualdades, la opresión que caracterizan al mundo global. Es desde los contextos privados y las razones privadas que la acción insurgente adquiere sentido para las mujeres, y es desde lo público que la acción tiene sentido para los hombres.

En este proceso nos encontramos ante un desafío interpretativo, que en este capítulo dejaremos solamente enunciado: para hombres y mujeres urbanos y rurales, combatientes y militantes, el contexto da sentido a una acción insurgente; sin embargo, hay un reconocimiento de hombres y mujeres militantes urbanos y mandos de la organización que los medios violentos y la toma del poder han perdido legitimidad y vigencia en la sociedad actual. Al respecto, llama la atención que las condiciones estructurales de la sociedad colombiana siguen dando sentido a una acción que contribuya a generar procesos de cambio, pero esa acción no debe seguir siendo por la vía armada. Sin embargo, los actores se enfrentan a una importante paradoja: si no hacen acciones armadas, la institucionalidad los interpreta como derrotados¹³⁶.

¹³⁶ [...] La solución política tiene que ser incluso yo pienso que debe ser una estrategia en sí misma en el sentido que la solución política debe involucrar es a la sociedad y a todo el conjunto de la población en la forma en cómo se dirime el conflicto, sí, en la forma de dirimir un conflicto, en este caso de lo armado, pero que resuelva todas las cosas políticas, las cosas que, por las cuales se origina el conflicto, entonces no podemos nosotros ver la solución política como es un elemento para botarle corriente ahí y ya, porque nos equivocamos en eso, pero tampoco podemos verlo como que es el último elemento porque es que, por que sería hacerle el juego a los que dicen como están derrotados entonces tal cosa. En una discusión que tuvimos con el comisionado algo que se le dijo en un momento fue lo siguiente: hombre comisionado, lo que pasa es que ustedes están jugando a eso de que el ELN está derrotado porque no han entendido que el ELN ha sido prudente en todo este tiempo, en no hacer lo que no estamos convencidos que hay que hacer. Sí, hombre, para nosotros es fácil colocar 2, 3, 4 carros bomba, eso no significa, y eso no es cuestión de, sí, para nosotros es fácil también hacer un plan pistola y matar policías por ahí en la calle, o hacer como ha hecho el narcotráfico, hacer como ha hecho las FARC, de pagarle a un sicario para que vaya y mate a un policía por un millón de pesos, o tal cosa, invertimos menos invirtiendo 5 millones de pesos en cinco que maten cinco policías que mandando un comando que tal cosa, sí, que es lo que han hecho otros, sí, pero nosotros no estamos haciendo eso, pero se están equivocando ustedes, cuando están creyendo que esto es así, y se equivocan, ah, nosotros no lo vamos a hacer, ustedes pueden aprovechar eso, como saben que no lo vamos a hacer aprovechénlo, pero también es un grave error, entonces, y le dijimos, no crea que también incluso, que porque nosotros no tenemos retenidos políticos en el sentido de hacer un intercambio. Nosotros en el Chocó hace año y medio se retuvieron 70 policías, sí, y se entregaron, se recogieron, se los llevaron, se quitaron las armas, y después se dejaron más en otra población y se les dijo bueno hasta aquí váyanse, la misma policía dijo nos dejaron nos entregaron el ejército dijo los recuperamos, eso era carreta, sí, pero eso no lo ven como un hecho fuerte militar, en cambio las FARC les mató 20 policías en el

Aun en medio de las mencionadas paradojas, continúan con el convencimiento de que ellos y ellas tienen el poder para cambiar las condiciones de exclusión e inequidad a través de la acción colectiva que llevan a cabo; pero la organización debe construir legitimidad, lo cual los enfrenta a la necesidad imperativa de privilegiar otros medios, y para dejar de edificarse hacia adentro es necesario abrirse a otras posibilidades de acción política. En este sentido, enfrentamos un caso de estudio diferente a los que han sido analizados por Della Porta (1995) y Gentry (2004)¹³⁷, quienes explican de qué manera movimientos que han surgido como formas de movimientos sociales se van cerrando hasta convertirse en “underground organizations” caracterizadas por sus repertorios violentos. El Ejército de Liberación Nacional, de acuerdo con estas premisas de análisis inicial, nació y se desarrolló como “underground organization” y tiende a convertirse en una organización más amplia en la que los repertorios violentos hoy son cuestionados por sus mismos actores, quienes reconocen no haber tenido efectividad en el proceso de construcción de legitimidad.

Caquetá, nosotros ahí, ahí se redujeron 70, sí, sin necesidad de tener que matarlos, sí, acá mataron, asesinaron a 20, hace tantos años no había una acción tan fuerte contra el Estado como esa muerte de los 20...; claro es algo también maquiavélico que el Estado le conviene hacerlo. Entonces, en eso uno que ve, el Estado sabe que nuestra fortaleza es más política y la relación que hemos tenido es más con la gente, entonces ellos lo que necesitan es desaparecer ese escenario político, desaparecer ese reconocimiento y esa identidad que existe, y la mejor forma de desaparecerlo es decir el ELN se acabó y no existe, más que lo derrotamos se acabó y no existe (Entrevista realizada a uno de los voceros del ELN en los diálogos de acercamiento con el gobierno en febrero de 2007).

¹³⁷ Para mayor profundidad ver: Della Porta, Donatella (1995), *Social Movements, Political Violence, and State. A comparative Analysis of Italy and Germany*, Cambridge, Cambridge studies in Comparative Politics. Gentry, Caron (2004), “The Relationship between New Social Movement Theory and Terrorism Studies: The Role of Leadership, Membership, Ideology and Gender”, *Terrorism and Political Violence*, Vol. 16, No. 2 (Summer, 2004), pp. 274-293

Hombres y mujeres entre el compromiso y la huída

“...En el caso mío qué incidió en la vinculación a la insurgencia, yo pienso que no hay una sola motivación, no hay un elemento desencadenante a través del cual yo diga a partir de allí yo decidí vincularme a un proyecto político insurgente, sino que le decía la vez anterior que es producto de un proceso, de un proceso y de experiencias vitales” [ACGHO4C2, líneas 287-306]

“¿Qué influyó para que decidiera ingresar a un movimiento insurgente? Pero como te digo, o sea, racionalmente no lo logro explicar o es una cosa muy de otra lógica, muy de intuición, muy de magia, un embrujo, como una cosa así, entonces claro, ya cuando uno llega a la universidad llega como a buscar lo que uno sabe que quiere encontrar, ésa es como la búsqueda de uno, ésa es como la historia...” [ACGMO3C1, líneas 165-214]

El análisis a nivel individual, en los procesos de conformación de los actores político-militares, adquiere importancia de primer orden, en la medida en que nos permite explicar a) por qué algunas personas participan de este tipo de actores colectivos y de acción, mientras que otras, aparentemente en igual situación, no lo hacen; b) por qué algunos participan en una forma de acción pero no en otra; c) por qué un individuo toma una posición por una causa y no por otra; d) por qué algunos participantes se van de los movimientos mientras otros permanecen (Klandermans, 1997). Si no tenemos en cuenta este nivel, fácilmente existe el riesgo de asumir a los actores colectivos como datos empíricos unitarios.

En un capítulo anterior analizamos la construcción de sentido que hombres y mujeres hacen de las dimensiones económica, política, social y cultural de la sociedad colombiana, y argumentamos cómo dicha construcción contribuye a dar sentido a la “acción insurgente”. De esta manera, iniciamos el estudio del nivel individual, que por supuesto no se agotó en ese apartado. Contribuyó a examinar los procesos de intermediación entre el contexto y los sujetos que forman parte del actor colectivo que nos ocupa.

En continuidad con el nivel individual de análisis, el objetivo de este capítulo es responder a los siguientes interrogantes: ¿Por qué ingresan hombres y mujeres al ELN? ¿Por qué se mantienen en la organización? ¿Cuáles son los incentivos para

permanecer? ¿Qué hace que decidan irse de la organización? ¿Cuál es la construcción de sentido de hombres y mujeres sobre su participación y la acción violenta?

La perspectiva de género adquiere gran importancia en este nivel, porque nos permite analizar las diferencias y semejanzas en la motivación, el compromiso y la permanencia de hombres y mujeres, y visualiza la participación de las mujeres, que generalmente ha sido opacada por los análisis neutrales. También permite analizar si las identidades de género influyen en la participación y en el abandono de estas acciones y de estos actores colectivos.

6.1 Motivaciones de hombres y mujeres para hacer parte de un actor colectivo insurgente.

“Los motivos explican la acción de los actores” (Schütz, 1974)

El análisis de las motivaciones de hombres y mujeres nos remite inicialmente a la necesidad de precisar el concepto de motivación. Compartimos con Luis Enrique Alonso que, de entrada, eliminaremos cualquier connotación hiper-subjetivista, y por tanto, cuando hablamos de motivaciones, no estamos aludiendo a sobre-determinaciones inconscientes o biogenéticas de un individuo aislado. Por el contrario, y en concordancia con el mismo autor, planteamos el concepto de motivación como “un conjunto articulado de motivos concretos de acción”. En este mismo sentido, W. Mills plantea:

Considerar los motivos, antes que como elementos fijados individualmente como términos socialmente preestablecidos con los que los actores sociales preceden a la interpretación de sus conductas. Abordando con ello la imputación y la declaración de motivos como fenómenos sociales a explicar, y no como el origen interno de ninguna acción externa (citado por Alonso 1998: 54).

En este orden de ideas, nos apartamos de la visión más convencional para entender las motivaciones como conductas referidas a “resortes subjetivos de la acción”. De acuerdo con nuestro punto de partida, optamos por una vía más sociológica, que

consiste en analizar los procesos lingüísticos observables de atribución y reconstrucción de motivos en cuanto fenómenos sociales “que deben interpretarse poniendo de manifiesto la relación de los vocabularios de motivos con los sistemas de acción” (Alonso, 1998: 54).

Las motivaciones no son estáticas, ni únicas, ni homogéneas, por tanto deben entenderse en un sentido dinámico, “como movimiento desde fuera hacia dentro, como interiorización o subjetivación de esquemas que, al estar determinados por las relaciones sociales, están fuera de los individuos o, cuando menos, no pertenecen sólo al ámbito de lo individual” (Ibid: 55).

En esta misma línea están los planteamientos de Bourdieu, cuando propone que las motivaciones operan como la “interiorización de la exterioridad, permiten a las fuerzas exteriores ejercerse, pero según la lógica de los organismos en los que están incorporadas, es decir de manera duradera, sistemática y no mecánica” (1995: 95-96).

Así, las motivaciones, asumidas como procesos que están en estrecha relación con los contextos, dejan de ser pensamientos en términos de sustancias y pasan a ser pensamiento en términos de relaciones, lo cual implica integrar el hecho de la motivación en el conjunto de las situaciones ambientales vividas por el individuo, como su encaje en la dinámica de los grupos en los que interactúa (Feertchak, 1996: 18, en Della Porta, 1998). De esta manera, las motivaciones son más un resultado que un origen. Están determinadas por las relaciones con la estructura de fuerzas de la que forman parte.

En relación con lo expuesto encontramos que, tanto para los hombres como para las mujeres, precisar qué los llevó a tomar la decisión de ingresar al Ejército de Liberación Nacional fue “una tarea difícil”; en las entrevistas era reiterativa la frase incluida en el epígrafe de este capítulo: “no hay un solo acto desencadenante, fueron muchas cosas”. Pese a estas afirmaciones, especialmente de hombres y mujeres urbanos, podemos caracterizar algunos aspectos. Para hombres y mujeres rurales el

ingreso a la organización fue significativamente diferente; sus respuestas fueron más contundentes con relación a expresar lo que los había llevado a decidir hacer parte de este tipo de movimiento.

6.1.1 Acerca de las características familiares y psicológicas de los militantes

Un argumento recurrente para referirse a la participación de hombres y mujeres en este tipo de organizaciones es presentarlos como seres desviados y con patologías psicológicas, con bajo coeficiente intelectual, dependientes, egocéntricos, con altos niveles de frustración, etc.¹³⁸ Para el caso específico de las mujeres, se ha planteado que quienes han participado y participan en grupos insurgentes que ejercen violencia tienen dificultades y patologías con su identidad de género. En este sentido, la interpretación se hace con base en estereotipos de género y expectativas “generizadas”¹³⁹. Según los estereotipos de género, las mujeres son “buenas, bondadosas y menos violentas que los hombres”, por tanto, si ingresan en este tipo de organizaciones, cuyas metas y formas de acción son entendidas como propias del quehacer masculino, necesariamente serán representadas como mujeres que tienen problemas de desviación en sus identidades de género.

Ninguna de las anteriores afirmaciones ha sido apoyada por investigaciones empíricas. Por el contrario, otras investigaciones han demostrado que quienes participan en organizaciones como la que nos ocupa no presentan ningún rasgo de personalidad que sea “típico” de ellas o ellos. Afirmación que compartimos plenamente y que sustentamos con el trabajo realizado¹⁴⁰. Aunque nuestro trabajo es un estudio sociológico y no psicológico, en las entrevistas a hombres, mujeres, jóvenes y adultos mayores rurales y urbanos no percibimos ningún rasgo de comportamiento o

¹³⁸ Al respecto ver los análisis de Livingstone, 1982 y Wasmund, 1986.

¹³⁹ El término *generizado* fue propuesto por Acker, quien plantea que cuando una organización, o alguna otra unidad analítica, es generizada “significa que ventajas y desventajas, explotación y control, acción y emoción, significado e identidad están moldeados a través de y en términos de distinción entre hombres y mujeres, masculino y femenino. Género no es una adición fuera del proceso, concebida como género neutral. Es una parte integral de los procesos que si no se conserva no hay la propiedad de entendimiento en análisis de género (1990: 146).

¹⁴⁰ Donatella Della Porta, en su investigación sobre organizaciones político-clandestinas en Italia y Alemania, realiza la misma verificación. Ver: Della Porta (1998), “Las motivaciones individuales en las organizaciones político-clandestinas”, en: Ibarra, Pedro y Benjamín Tejerina (eds.), *Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta, pp. 219-242.

personalidad que nos permita afirmar algún tipo de desviación. De igual manera, estudios recientes, como el de Gentry Caron (2004), demuestran que las mujeres participantes en organizaciones terroristas no presentan problemas de desviación¹⁴¹. Si bien son presentadas como más peligrosas y más sanguinarias que los hombres, esto se debe a que en ese tipo de organizaciones las mujeres deben demostrar que pueden hacer las mismas cosas y tener las mismas funciones de los hombres, lo cual contribuye a su reconocimiento dentro de la organización.

Además, se ha sostenido que quienes ingresan a este tipo de organizaciones provienen de familias disfuncionales caracterizadas por violencia intrafamiliar, o que tienen patrones de socialización que presentan ciertos rasgos típicos. En este sentido, nosotros encontramos significativas diferencias entre los militantes rurales y los urbanos, lo cual no nos permite sumarnos a los análisis que han sustentado que en los militantes de este tipo de organizaciones no se han encontrado signos de problemas familiares concretos o de educación autoritaria¹⁴². En las entrevistas realizadas descubrimos, por otro lado, que los contextos familiares de hombres y mujeres rurales son muy diferentes a los de hombres y mujeres urbanos.

Antes de centrarnos en el análisis de las diferencias, es necesario detenernos en aclarar algunas características fundamentales. En primer lugar, como se ha venido planteando, ni los militantes urbanos ni los rurales (hombres y mujeres) tienen características homogéneas. En el área rural encontramos que los comandantes, generalmente, son personas provenientes de la ciudad, con niveles de escolaridad medios y con contextos familiares que tienen las mismas características de los militantes urbanos. Los militantes rurales “de base”, especialmente combatientes, son

¹⁴¹ Ver: Gentry Caron (2004), “The Relationship between New Social Movements and Terrorism Studies: The Role of Leadership, Membership, Ideology and Gender”, en: *Terrorism and Political Violence*, Vol 16, N.º 2 (Summer, 2004), pp. 274-293.

¹⁴² Entre las investigaciones que han llegado a esta conclusión encontramos las de Della Porta (1995) y Passerini, citado por Della Porta (1998).

hombres y mujeres, jóvenes y niños (de 14 a 25 años)¹⁴³, de origen campesino y/o indígena, con contextos familiares diferentes.

En este orden de ideas, hombres y mujeres militantes urbanos expresaron provenir de familias numerosas (que tienen entre cuatro y diez hijos), conformadas de acuerdo con las normas socialmente establecidas, en las que han tenido presencia del padre y la madre en los procesos de socialización. Las relaciones familiares se han caracterizado por la solidaridad y el afecto, lo cual influye para que recuerden la niñez como tranquila y feliz. Las mayores dificultades vividas y sentidas en sus familias eran las carencias económicas, las cuales no les permitían la realización de sus derechos ni como grupo, ni como individuos. Sólo una mujer expresó pertenecer a una “familia acomodada”, que vivía en una zona de significativa influencia del Ejército de Liberación Nacional, lo cual influyó para que desde los 12 años tuviese contacto con el grupo y participara en reuniones y en las “escuelas juveniles de formación” organizadas por la organización en la región, por lo que decidió ingresar a la insurgencia cuando tenía 14 años, época en que dejó a su familia, sin comunicarles su decisión.

Los militantes rurales¹⁴⁴ comparten con los urbanos la procedencia de familias numerosas, pero en muchas de las entrevistas relataron que en sus contextos familiares se vivían relaciones de violencia (ejercidas generalmente por el padre hacia la madre y los hijos), alcoholismo, absoluta pobreza y abandono. Una niña expresó: “mi familia se dio cuenta de que yo existía cuando me fui a la guerrilla, antes no tenía ninguna importancia”. Aunque para los militantes urbanos las situaciones familiares resultan no ser un factor influyente en el interés de involucrarse en grupos insurgentes, para los militantes rurales sí es un factor influyente.

¹⁴³ Los estudios realizados con “armed opposition groups” en Indonesia, Burundi, Nagaland/India, Kurdistan/Iraq, Irán, Filipinas, Sri Lanka, Sudan y Turquía coinciden en que los militantes, especialmente los combatientes, son jóvenes y niños. Ver: Mazurana Dyan (2004), “Women in Armed Opposition Groups Speak on War, Protection and Obligations Under International Humanitarian and Human Rights Law”. Program for the Study of International Organizations.

En este mismo sentido están los resultados de la investigación realizada por Kampwirth (2007) sobre las guerrillas en Nicaragua, El Salvador, Chiapas y Cuba, donde “muchas mujeres se unieron a la insurgencia armada a muy temprana edad”.

¹⁴⁴ Es necesario recordar que son los militantes rurales quienes conforman el ejército.

De esta manera, podemos afirmar que tanto los rasgos de personalidad como las “patologías familiares” resultan ser explicaciones poco apropiadas en el análisis de las motivaciones para ingresar a las filas insurgentes, en el caso específico de militantes urbanos. Las situaciones de violencia intrafamiliar y de pobreza generalizada, tanto para los hombres como para las mujeres militantes rurales, se convierten en factores precipitantes del ingreso a los grupos insurgentes¹⁴⁵, como también la violación de los derechos humanos de los niños y los jóvenes por parte del Estado (por la falta de acceso a educación o a salud) y las situaciones de maltrato, abuso sexual o trabajos pesados desde muy temprana edad en sus hogares, condiciones que no tienen diferenciación por género.

Se puede afirmar que la carencia, el vacío de futuro y la ausencia del Estado para garantizar la satisfacción de derechos humanos, conducen a los jóvenes, niños y niñas de los sectores más desfavorecidos del país a ingresar en organizaciones armadas (guerrillas o paramilitares), que ofrecen un mínimo de satisfacción a algunas necesidades de subsistencia, y la vinculación a un proyecto colectivo. En sus palabras: “entrar a la guerrilla le permite a uno ser alguien en el pueblo, en la vereda”; “es como conseguir trabajo”; en la voz de una niña: “es que aquí sirvo para algo más que barrer o hacer la comida”.

En síntesis, las condiciones de carencia, violencia intrafamiliar y de vulneración de derechos humanos influyen tanto en los hombres como en las mujeres rurales para tomar la decisión de ingresar a las filas insurgentes. De esta manera, unos terminan identificándose con los principios de la organización, otros quizá no lo harán nunca, pero se mantendrán dentro de la organización que los acogió, y finalmente, otros desertarán. Entre estos últimos, los hombres son quienes más lo hacen; el índice de desertación femenina es mínimo, tanto en la zona rural como en la urbana.

¹⁴⁵ La investigación realizada por Guillermo Ferro Medina y Graciela Uribe Ramón (2002), para el caso de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), coincide también con estos resultados.

En este orden de ideas, hombres y mujeres (al menos los entrevistados y las entrevistadas rurales) coinciden en que el ingreso a los grupos armados es una cuestión de supervivencia y de seguridad más que otra cosa. Las carencias y el hecho de no tener condiciones para la vida se convierten en “factores precipitantes para el ingreso”¹⁴⁶ (Della Porta, 1995). Esta afirmación no nos permite negar que aun así encontramos diferencias por género: en las mujeres (jóvenes y niñas) influye la búsqueda de una condición y una vivencia femenina diferentes a las marcadas por los roles y las prácticas tradicionales de género. Algunas manifestaron su atracción por el ejercicio militar, el cual está negado para las jóvenes y niñas de su edad en el ejército institucional. De igual manera, manifestaron la necesidad de escapar a las prácticas autoritarias y violentas, especialmente del padre, y en algunos casos al abuso sexual. En un caso encontramos que, ante la imposibilidad de encontrar trabajo por discapacidad física, el grupo insurgente se convierte en un lugar de acogida:

“En esta organización, digo yo, caben los gordos, los feos, los pobres, los que tienen limitaciones físicas, y pues no, aquí no lo miran a uno como lo mira la sociedad, eso es importante” [ACGM10C1, líneas 835-844].

En el caso de los hombres rurales, en su decisión influyó la violencia intrafamiliar ejercida por el padre, así como la pobreza, el gusto por los uniformes militares y la vida guerrillera, la cual da prestigio y permite convertirse “en un hombre de bien”. Hay una auto-imagen enriquecida que contribuye a que los insurgentes se asuman como personas luchadoras, disciplinadas y no como delincuentes.

6.1.2 El origen social de los activistas

En el anterior apartado quedó insinuada la relación entre el origen social de los militantes y las motivaciones para ingresar a las organizaciones insurgentes, relación que es necesario desarrollar.

Es cierto que hay una relación significativa entre la condición de marginalidad de los militantes (combatientes) rurales y las motivaciones para ingresar a los grupos

¹⁴⁶ Della Porta define los factores precipitantes como aquellos eventos que empujan a un individuo para ingresar en este tipo de organizaciones.

insurgentes, pero también lo es que, nuevamente, no es una relación generalizable para hombres y mujeres que hacen parte del Ejército de Liberación Nacional. No todos los integrantes entrevistados provienen de sectores marginales. Aunque hacen referencia a dificultades económicas, no podemos afirmar que los contextos de procedencia sean de marginalidad total. Por el contrario, encontramos hombres y mujeres, especialmente urbanos, que autodefinen su procedencia como de sectores medios, medios bajos y marginales¹⁴⁷.

Con relación a este aspecto, otras investigaciones con este tipo de organizaciones y militantes, pero en otros contextos, han demostrado que, efectivamente, no se puede establecer una relación específica entre origen social y participación en organizaciones radicales¹⁴⁸. Como bien lo expresa Della Porta (1995), los orígenes sociales de quienes participan en los movimientos subversivos varían con la organización y el contexto.

Es importante señalar que los militantes rurales, tanto hombres como mujeres, presentan motivaciones semejantes, es decir, expresan las condiciones de carencia y pobreza como factores influyentes para participar en acciones insurgentes. Entre los combatientes rurales, son más las mujeres que provienen de sectores económicamente desfavorecidos que los hombres; sin embargo, son ellas quienes tienen mayores niveles de escolaridad, lo cual ha influido para que al interior de la organización ellas se desempeñen en labores administrativas¹⁴⁹.

Para el caso colombiano, es evidente que hay un número importante de militantes (hombres y mujeres) de origen campesino y de sectores de clase obrera, pero a su vez hay hombres y mujeres de origen medio y medio alto, principalmente quienes se encuentran en el área urbana. Por tanto, no podemos afirmar que el origen social de

¹⁴⁷ Caracterización que hacemos de acuerdo con sus propias descripciones. No se ha constatado que efectivamente es así.

¹⁴⁸ Ver: Della Porta, Donatella (1995), *Social Movements, Political Violence and State. A Comparative Analysis of Italy and Germany*, Cambridge University.

¹⁴⁹ En este sentido se presentan características similares para las mujeres militantes de la FARC. Ver: Ferro y Uribe (2002). En las investigaciones de Kampwirth sobre las guerrillas en Nicaragua Chiapas y El Salvador también se encuentran datos semejantes,

los militantes influya de manera decidida en el ingreso a estas organizaciones. Reiteramos que se constituye en un factor relevante en las motivaciones de los militantes de base, sin querer decir con ello que sea una única condición. La investigación de Ferro y Uribe (2002) sobre las FARC presenta conclusiones en esta misma dirección¹⁵⁰.

Estos datos nos llevan a sustentar que no hay una relación directa entre origen social y participación en los grupos armados, al menos en el área urbana, y que aunque para los combatientes rurales es un factor significativo, tampoco es el único. Paralelamente, en las entrevistas algunos combatientes manifestaron que su mayor motivación fue el gusto por la vida guerrillera, la cual conocieron desde niños porque la organización ha estado en sus regiones. También la atracción que sentían por los uniformes militares y por las armas. Llevar uniforme y armas les da prestigio en sus zonas de origen, de ahí la frase de algunos jóvenes y niños: “uno en la civil no es nadie, uno vale por el arma y el uniforme”.

Unirse a la guerrilla significa asumir una identidad nueva que se representa a través de los uniformes y por medio de seudónimos. La clandestinidad obliga a cambiar los nombres y apellidos reales de los militantes. Hacemos aquí un inciso para comentar un hecho interesante: con relación a los nombres que se adoptan en la clandestinidad, encontramos diferencias por género: mientras los hombres adoptan nombres destacados en sus regiones o en la insurgencia, las mujeres, especialmente las jóvenes rurales y urbanas, adoptan nombres comerciales, de actrices, reinas de belleza, etc.

6.1.3 Redes sociales, organizaciones formales e informales

Se ha demostrado ampliamente que las redes sociales y la participación en organizaciones formales e informales desempeñan un papel fundamental en la socialización política. Los estudios empíricos han indicado que el reclutamiento de los movimientos sociales se produce en redes sociales densas (Zald y Ash, 1966;

¹⁵⁰ “Tradicionalmente las FARC han sido caracterizadas como una guerrilla rural. Según Eduardo Pizarro todos los grupos guerrilleros colombianos, a excepción de las FARC, fueron formados y dirigidos por intelectuales urbanos, estudiantes, profesores y elites políticas marginales provenientes de la clase media”.

Klandermans, 1984), lo cual sucede de manera semejante en las organizaciones radicales, como lo comprobaron Della Porta (1995), en Italia y Alemania, y Kampwirth (2007), en su investigación sobre la participación de mujeres en movimientos guerrilleros en Nicaragua, El Salvador, Chiapas y Cuba¹⁵¹.

En esta misma dirección encontramos que la participación en diversas organizaciones formales e informales fue una clave importante para el ingreso al Ejército de Liberación Nacional. Un número significativo de hombres y mujeres entrevistados participaron previamente en procesos organizativos, y fue a través de éstos que empezaron a acercarse al movimiento insurgente.

Pese a la anterior afirmación, no podemos hacer generalizaciones, y nuevamente se nos presentan diferencias y semejanzas entre el ámbito urbano y el rural. Con relación a lo urbano, los hombres generalmente habían pertenecido a grupos estudiantiles en los colegios o en la universidad donde estudiaron o estudian. Fue en esos grupos donde empezaron a conocer a personas del movimiento insurgente. También encontramos que habían formado parte de sindicatos, de grupos comunitarios, entre otros. Encontraron en esos grupos fuertes lazos de amistad y, además, espacios de discusión sobre la realidad nacional, que les permitían exponer sus ideas y a su vez aprender de otros. Valoraron positivamente esos aspectos para su “compromiso político”.

Las mujeres urbanas, a su vez, formaron parte de ciertos procesos organizativos, como grupos de estudiantes, grupos eclesiales, entre otras formas y tipos de organización; por ejemplo, las Juventudes Obreras Cristianas (JOC). La labor eclesial consistía en alfabetizar a niños de sectores marginales de algunas ciudades colombianas, tarea que tenía acompañamiento de sacerdotes. En algunos casos, por inquietud propia, después pasaron a otras organizaciones que se ocupaban especialmente de trabajo con

¹⁵¹ En la investigación referida se plantea que las mujeres formaron organizaciones que no tenían nada de radicales y tampoco eran feministas. Las primeras organizaciones incluían una variedad de cooperativas populares, como cocinas, guarderías, clínicas, programas de alfabetización, asociaciones para el mejoramiento de los vecindarios. Pero para muchas mujeres éste fue sólo el principio, y su activismo pudo haber terminado ahí. Sin embargo, no fue así debido al autoritarismo y la arbitrariedad de las dictaduras (Kampwirth, 2007: 23).

derechos humanos y que tenían vínculos con organizaciones eclesiales¹⁵². Es a través de estos procesos que conocieron más acerca de la realidad del país y tuvieron oportunidad de relacionarse con otros y otras que trabajaban por procesos de cambio. A su vez, la pertenencia a estas organizaciones también les permitió crear y afianzar lazos de amistad y solidaridad, no sólo con quienes hacían parte de las organizaciones, sino también con otros grupos de mujeres y de organizaciones. En este sentido es importante señalar que algunas mujeres militantes urbanas que llegaron al Ejército de Liberación Nacional siendo adultas mayores lo hicieron a través de esta vía¹⁵³.

En la misma dirección, las mujeres adultas mayores, militantes urbanas, también pertenecieron a sindicatos, y manifiestan que la vinculación a estas organizaciones les permitió entender la necesidad de “luchar” para que las condiciones de injusticia y miseria cambiaran. En estrecho vínculo encontramos la existencia de ideologías políticas como razón fundamental para ingresar a los grupos insurgentes. Las mujeres (especialmente las urbanas) manifestaron que su ingreso se debió a la necesidad de luchar en contra de la exclusión política, económica, social, y por las prácticas represoras y violentas del Estado colombiano¹⁵⁴.

Hombres y mujeres urbanos, a partir de su participación en grupos y organizaciones, comienzan a conocer sobre los grupos insurgentes a través de personas que también hacían parte de las organizaciones formales e informales y con quienes tenían fuertes lazos de amistad. De esta manera se entrecruzan los lazos de afecto y las actividades políticas. Estas relaciones se pueden entrever en algunas entrevistas; en palabras de una mujer adulta mayor militante:

¹⁵² Es importante señalar que ninguna de las mujeres entrevistadas (jóvenes o adultas mayores, militantes urbanas) plantearon tener algún tipo de participación previa en organizaciones feministas u organizaciones de mujeres.

¹⁵³ Una característica de la participación de las mujeres en este tipo de organizaciones en los diversos lugares del mundo donde han existido y existen: en América Latina (Colombia, Nicaragua, El Salvador, Chiapas) o en otros lugares del mundo (Irán, Irak, Indonesia, Burundi, Kurdistan, entre otros) es que su vinculación se da cuando son muy jóvenes. En el actor de referencia hay mujeres que se han vinculado siendo adultas mayores, han llegado a la organización después de haber sido madres y haber criado a sus hijos.

¹⁵⁴ Resultados semejantes plantea Mazurana para la participación de mujeres en grupos armados en Guatemala, India, Irán, Iraq, Kosovo, Sudan y Turquía (2004: 31).

Entré muy joven a trabajar; entonces pues como te digo empiezo a entender toda la situación y pues participaba a nivel sindical en las asambleas que se hacían, bueno en todo, yo era activista, muy activista, yo era muy activa a nivel sindical, aunque yo no era dirigente, a mí nunca me gustó ser dirigente pero sí participaba, estaba pendiente de todas las tareas, las ayudaba a organizar, iba a los eventos; entonces es en los eventos en donde yo comienzo a diferenciar las diferentes posiciones que se mueven en la izquierda, ya en los discursos, todo eso; entonces, yo me identifico más con los discursos del ELN y además también se repartía propaganda, entonces allá llegaba la propaganda y yo también la leía, pero cuando yo leía en los inicios la propaganda, yo ni siquiera sabía que eso era prohibido. Como anécdota te cuento que yo me iba leyendo esos documentos en el bus [ACGO5MC1, líneas 638-660].

Otras investigaciones con organizaciones radicales han demostrado que la participación en redes interpersonales adquiere importancia en las fases de implicación en grupos insurgentes (Della Porta, 1995; Kampwirth, 2007).

En la continua y obligada diferenciación entre lo urbano y lo rural, sustentamos que para los militantes rurales la situación es significativamente diferente. Es difícil plantear que existen organizaciones formales e informales, en el mismo sentido que lo hemos hecho para los militantes urbanos, porque éstas no se evidencian de igual manera en el ámbito rural.

La participación en procesos organizativos a los cuales aludieron los y las militantes rurales, en la gran mayoría de casos, había sido generada o inducida por la organización insurgente. Desde nuestro punto de vista, diríamos que dichos procesos tienen, entre otras, dos funciones específicas: la socialización política de la organización y la generación de tejido solidario.

En esos procesos se presentó una alta participación femenina. Son las mujeres las que con mayor frecuencia y en mayor número participan de las reuniones y los “grupos de estudio”. Sin embargo, de acuerdo con las cifras aportadas por los entrevistados, el ingreso de hombres y mujeres en el área rural es muy semejante. El contacto de hombres y mujeres con los grupos insurgentes en las zonas rurales se da de manera directa, especialmente porque éstos se encuentran en las regiones, en ocasiones ejerciendo funciones de control de la población, de resolución de conflictos o en procesos organizativos y culturales¹⁵⁵.

¹⁵⁵ “Nosotros no sólo somos armas, entre nosotros hay gente con muchas posibilidades. En ese sentido pensamos cómo ponemos toda esa potencialidad en función de la gente, decidimos trabajar con la parroquia en

6.1.4 Represión, violencia institucional y no institucional

La participación en redes sociales, en procesos organizativos, no implica por sí misma que todos los que participaron y participan de dichos procesos necesariamente vayan a terminar en organizaciones político-militares como la que nos ocupa. Consideramos que, aunado a ello, deben confluír otros factores contextuales y de experiencias de los sujetos (hombres y mujeres). Estos espacios pueden ser importantes para la participación y la socialización política, pero no se pueden considerar necesarios para el ingreso en acciones insurgentes, sino que también pueden llevar a otros tipos de acciones colectivas, o no trascender mucho. En este sentido, merece explicar cuáles son los “espacios de intermediación” para que hombres y mujeres que participan de esos procesos pasen a conformar organizaciones radicales.

En ese orden de ideas, exploraremos tres vías de explicación: la primera está relacionada con la “criminalización de la protesta” y con la violencia política en el contexto colombiano; la segunda, con las ideologías políticas y con la represión del Estado; y la tercera, con experiencias personales de los militantes.

En cuanto a la *criminalización de la protesta*, históricamente en Colombia se ha asumido que las protestas, las manifestaciones y otro tipo de acciones colectivas deben ser rechazadas, porque interfieren con el normal desarrollo de la sociedad y cuestionan la institucionalidad, además son portadoras de ideologías de izquierda que atentan contra la democracia¹⁵⁶. De esta manera, tanto la protesta en sí misma, como

lo que fueron las vacaciones recreativas y era nosotros la gente uniformada, la gente organizando toda la parte cultural y recreativa con la misma gente. A los elenos eso les daba risa y decían vea éstos si son muy bobos y se burlaban de nosotros, nosotros hacíamos jornadas culturales grandísimas en el coliseo e hicimos jornadas culturales y deportivas como en una semana donde gente de nosotros que sabe mucho de deporte organizó torneos, campeonatos, el grupo de los elenos y grupos de la gente, en partido de básquetbol con la gente, de microfútbol, bueno todos los deportes que podían haber, pero éramos nosotros jugando con la gente, despojados del uniforme, despojados de las botas, era jugando con la gente; y que vamos a hacer una jornada cultural, bueno entonces estaba lo cultural que teníamos acá gente que escribe poesía, recita, mujeres indígenas que cantan hermosísimo, gente de teatro, grupos de danza que organizamos entre nosotros y compartir eso con la gente, entonces nosotros éramos ahí rodeados construyendo con la gente y los compañeros mirándonos y no entendían la lógica nuestra. Organizamos hasta baile, por ejemplo, entonces que las cosas de baile y ya los elenos ahí bailando con la gente, entonces poder reconocer esa relación pueblo-guerrilla donde uno sentía que no era una relación de miedo, sino que era una relación de reconocimiento”. [ACGMO3C3, líneas 1.490-1.565].

¹⁵⁶ El acto legislativo N.º 6 de 1954 declara prohibida la actividad política del comunismo nacional, ley que sirvió para perseguir todo tipo de organización y protesta e incluso cualquier intento de oposición democrática al gobierno de turno, poniéndole la etiqueta de comunista e ilegalizándola en consecuencia (Giraldo, 2003: 27).

quienes participan en ella, han sido criminalizados y paralelamente valorados como desviados.

Los gobiernos han considerado que cualquier forma de manifestación social que cuestione o proteste en su contra tiene carácter subversivo (incluso antes de que los grupos insurgentes hicieran presencia en el territorio nacional, como ya lo mencionamos en otro apartado de este mismo trabajo). Por tanto, es frecuente la persecución, el encarcelamiento, y en algunos casos las ejecuciones extrajudiciales de dirigentes sociales, sindicales, líderes de organizaciones sociales, líderes estudiantiles, e incluso comunidades de paz, entre otros¹⁵⁷. No es el objetivo de este trabajo hacer un amplio debate al respecto y no porque deje de ser relevante, sino porque el tema de este capítulo es otro. Sólo queremos aludir a un hecho persistente en la realidad colombiana¹⁵⁸, a “un clima” que influye para que emerjan las motivaciones individuales para unirse a la clandestinidad.

¹⁵⁷ Como ejemplo, ver la página de la comunidad de Paz de Apartadó: <http://www.cdpsan jose.org/>: Cronología de la agresión a la comunidad de Paz de San José de Apartadó. El sacerdote jesuita Javier Giraldo plantea al respecto: “[...] Empresarios, bananeros, ganaderos y narcotraficantes, con la aprobación tácita de la fuerza pública, decidieron recurrir durante estos años no sólo al asesinato de líderes populares sino también a la estrategia atroz de los asesinatos colectivos para intimidar a la movilización popular mediante el terror y destruir los nexos entre la población y la guerrilla [...]. Entre 1988 y 1990 se calcula que fueron asesinadas cerca de 400 personas por motivos políticos, entre obreros, líderes sindicales y políticos” (Cfr. informe Colombia: Violencia y Democracia, de la Comisión de Estudios sobre la Violencia, creada en enero de 1987 por el Ministro de Gobierno, Centro Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1987, p. 49).

Estas circunstancias explican que una comunidad campesina como la de San José de Apartadó, inserta en esa zona bananera, sintiera simpatías hacia los movimientos cívicos, sindicales y políticos que se desarrollaban en la zona, y que algunos de sus jóvenes ingresaran también a las filas de la guerrilla. Consta la simpatía de muchos pobladores de San José por el partido legal Unión Patriótica, así como por iniciativas que significaban algún grado de emancipación del campesinado, como las cooperativas agrarias.

Todo esto puso a esa comunidad en la mira del bloque en el poder, que trataba de aniquilar militarmente las disidencias sociales o políticas. “El ensañamiento contra su población fue tal, que en 1996 se produjo un éxodo desde San José hasta Apartadó, en protesta por la represión. Una comisión enviada por el gobierno central tuvo que negociar el retorno en el Coliseo de Apartadó, donde se habían concentrado los desplazados, pero una vez retornados los campesinos a sus parcelas, todos los líderes de la protesta fueron asesinados. Los últimos lo fueron en la masacre del 6 de septiembre de 1996, perpetrada por supuestos “paramilitares” mientras tropas del Ejército observaban la matanza pasivamente a corta distancia” (www.javiergiraldo.org/spip.php?article62)

¹⁵⁸ Las ejecuciones y asesinatos de dirigentes y activistas sociales no sólo se han ejercido por fuerzas estatales, sino por el paramilitarismo, que aunque actualmente tiene mucho auge en la realidad colombiana, no es un fenómeno nuevo, por el contrario, también emergió acompañado de la institucionalidad antes de que surgieran las guerrillas, como también lo ilustramos en otro lugar de este mismo trabajo.

La atmósfera de criminalización¹⁵⁹ de la protesta tiene influencia especial en aquellos militantes entrevistados (hombres y mujeres), especialmente los urbanos, que comienzan a interesarse en actividades políticas que no se enmarcan dentro de la participación política convencional, y que además comparten “ideologías de izquierda”. En la medida en que hay mayor participación en grupos y organizaciones también hay mayor exposición a la represión del Estado y a la violencia paramilitar, lo cual genera miedo y la sensación de que la participación política desde lugares no convencionales no es posible y que, por tanto, es necesario optar por la vía armada.

Generalmente, quienes deciden ingresar a estas organizaciones han tenido experiencias personales que acentúan la sensación de estar en un laberinto donde la única posibilidad de salida es la clandestinidad. Hombres y mujeres expresan haber tenido experiencias de represión e injusticia relacionadas con familiares, amigos o parientes cercanos, como detenciones, desapariciones o actos de violencia por parte de agentes del Estado¹⁶⁰, que también influyeron para tomar la decisión de ingresar a las filas insurgentes¹⁶¹.

La represión violenta del Estado estimula el sentido de una “injusticia absoluta” (Manconi, 1988, en Della Porta, 1998: 229), lo cual lleva a concebir al Estado como un “enemigo imperioso” al que hay que combatir, no sólo a través del “trabajo político”, sino que es “necesario pasar a la acción”. Cuando se refieren a la acción, no aluden sólo al ejercicio de la violencia (toma de poblaciones, hostigamiento y ataques

¹⁵⁹ “En muchos países se ha criminalizado a la oposición. Además en países como Argentina e Italia muchas personas creían que los aparatos del Estado estaban implicados en la protección de la derecha radical y, por consiguiente, inmersos en una guerra sucia en contra de la oposición política de izquierda” Della Porta (1998: 228).

¹⁶⁰ “me llamó la atención para entrar a la guerrilla la represión del Estado contra las marchas de los estudiantes, de los campesinos, por eso entré a la guerrilla, para poder actuar contra ellos” [ACGH14, líneas 670-673].

¹⁶¹ En las entrevistas realizadas fue reiterativo en los militantes urbanos, hombres y mujeres jóvenes, plantear que se habían visto enfrentados a vivir realidades que impactaron sus vidas, tales como la desaparición y exterminación de personas pertenecientes al partido político Unión Patriótica (UP). Los mayores (de 50 años o más), hombres y mujeres que llevan una militancia mayor de 20 años, relatan haber crecido durante el tiempo de la llamada Violencia política, o haber padecido las historias o vivencias de ese período.

Las acciones de violencia por parte de agentes del Estado (Ejército), o en asocio con agentes paraestatales, como los paramilitares, lleva a una deslegitimación del mismo, lo cual influye para que sea percibido como un enemigo injusto, que utilizaba y utiliza la represión brutal, y al que, por tanto, hay que combatir con su misma forma de acción: la violencia.

a la fuerza pública), sino a otro tipo de acciones, como el trabajo con sectores desfavorecidos o con población vulnerable (trabajo de masas), para así contribuir a la construcción de una conciencia colectiva.

Finalmente, debemos referirnos al “círculo vicioso” que se establece entre la acción violenta de las organizaciones insurgentes y la acción violenta de actores políticos institucionales. En Colombia, la violencia ejercida por actores políticos institucionales y por las fuerzas coercitivas del Estado genera un sentimiento de legitimidad para la participación en grupos insurgentes y la utilización de medios violentos. En los discursos de estos grupos hay una continua alusión a que es mayor la violencia estructural y la violencia ejercida por los agentes del Estado asociados con los grupos paraestatales, que la violencia ejercida por los grupos insurgentes.

Aunque hay un reconocimiento claro a la violencia ejercida por agentes del Estado y el resentimiento e ilegitimidad que ésta genera, también fue contundente en los entrevistados revelar que su ingreso a la insurgencia no había ocurrido por represalias. En las entrevistas realizadas no se encontró este tipo de motivación explícita.

“... el hecho de pertenecer en este caso a las insurgencias no es un problema de retaliaciones; ahora, otra cosa es cierta, es que en muchas zonas que han sido literalmente amenazadas y arremetidas por las masacres mucha gente igualmente decide incluirse en la insurgencia y eso podría traer ese tipo motivos, pero el proyecto político tiene que ver es con una lógica que es más estructural, por llamarlo de alguna manera, pero no tenemos por ejemplo el mismo discurso de Castaño¹⁶² que porque mataron a mi papá entonces decido montar esto, sino que ha sido una cosa más de pensarse el modelo de sociedad”. [ACGHO1C2, líneas 563-584].

En síntesis, las motivaciones de hombres y mujeres para ingresar a las organizaciones político-militares tienen puntos de encuentro entre los militantes urbanos (hombres y

¹⁶² Carlos Castaño Gil consolidó y conformó las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), una alianza de grupos paramilitares que tenían por objetivo derrotar a las guerrillas colombianas como las FARC y el ELN, y que estaba fuertemente ligada al tráfico de drogas.

Desde los 16 años, Carlos Castaño ingresó a grupos de autodefensas junto con su hermano Fidel, quien era un narcotraficante y terrateniente que en la década de 1970 había conformado un grupo armado ilegal para defender su actividad económica de las guerrillas que por décadas habían mantenido una importante presencia en el país. En 1979, el padre de los Castaño, Jesús Antonio Castaño González, es secuestrado en su finca de Antioquia por el 4.º frente de las FARC. Fidel Castaño paga un rescate de 10 millones de pesos pero su padre muere víctima de un infarto antes de que se produzca su liberación; desde entonces, Fidel y Carlos alimentaron la idea de vengar la muerte de su padre.

mujeres) y significativas diferencias entre los combatientes y militantes rurales (hombres y mujeres). En este sentido podemos establecer algunas diferencias por género, pero fundamentalmente los contrastes están relacionados con el ámbito de actuación, sea éste urbano o rural. En el siguiente cuadro resumimos lo concerniente a las motivaciones, no sólo las explicadas en este apartado, sino en otros en los que las dejamos enunciadas porque su análisis no era pertinente en ese momento.

Es importante resaltar que entre hombres y mujeres militantes urbanos se establecen diferencias con relación a experiencias personales y cambios en la estructura organizativa del movimiento insurgente. Por otro lado, ninguna de las mujeres entrevistadas (rurales y urbanas) ingresó al ELN por relaciones afectivas con algún miembro de la organización. En algunos casos en los que manifestaron haber tenido relaciones afectivas, éstas surgieron posteriormente a su ingreso.

Tabla N° 4 Motivaciones de hombres y mujeres para ingresar al ELN

Factores de motivación	Hombres militantes urbanos	Mujeres militantes urbanas	Hombres militantes y combatientes rurales	Mujeres militantes y combatientes rurales
Factores Políticos Represión del Estado y violencia institucional. Necesidad de cambio social y político	Motivación significativa	Motivación significativa	Influyente, más no significativo en las motivaciones	No influyente
Factores estructurales Exclusión social, política, económica y cultural	Motivación significativa	Motivación significativa	Motivación significativa	Motivación significativa
Factores familiares Violencia intrafamiliar, abuso sexual, abandono por condición de género.	No influyente	No influyente	Motivación significativa	Motivación significativa

Fuente: datos obtenidos en las entrevistas.

6.2 Permanencia y compromiso de hombres y mujeres

Hombres y mujeres manifiestan que su participación en estas organizaciones representa dificultades y sacrificios. Pese a estas afirmaciones, son los movimientos insurgentes, las acciones y los actores colectivos de mayor permanencia en el contexto colombiano. Mientras otros actores y acciones igualmente colectivos aparecen y desaparecen, éstos se mantienen en el tiempo. En este sentido es importante comprender por qué hombres y mujeres permanecen y se comprometen en estas organizaciones y de qué manera interviene el género en el compromiso y en la permanencia.

Klandermans (1997), con base en los planteamientos de Allen y Meyer (1990, 1991 y 1995), define el compromiso como una “atadura afectiva a la organización” que obliga a perdurar en ella; paralelamente, hay una percepción de costo asociado a lo que implica permanecer o salir, en el que la permanencia se considera con menor costo frente a la salida. En relación con esta definición, plantea tres categorías analíticas para abordar el compromiso y la permanencia: a) posibilidad de los individuos de sentir afectividad por el movimiento; b) temor por el costo de la salida y c) sentirse moralmente obligados a permanecer.

De esta manera, con relación a la pregunta propuesta, ¿por qué hombres y mujeres permanecen en la organización insurgente?, exploraremos los factores relevantes que influyen en el compromiso de hombres y mujeres.

6.2.1 Compromiso

Como lo hemos planteado en otros capítulos, una de las características singulares de las organizaciones político-militares es que involucran de manera total la vida de sus militantes. Para formar parte de los movimientos insurgentes es necesario tener disposición para involucrarse de manera total. En este sentido, se ha planteado que son necesarios los incentivos negativos, tales como la amenaza, el castigo, la fuerza y/o la violencia para que las personas permanezcan en dichas organizaciones. Sin embargo, empíricamente se ha demostrado que las personas no permanecen en las

organizaciones político-militares por miedo al castigo. En el caso que nos ocupa, fue reiterativo el planteamiento de hombres y mujeres, según el cual su compromiso no se fundamenta en el miedo al castigo. Expresaron que, si bien en una época se castigaba a quien decidía irse de la organización, actualmente es más fácil salir que ingresar. Quienes permanecen lo hacen por compromiso. Así, son varios los factores relacionados con el compromiso los que permiten explicar la permanencia de hombres y mujeres.

6.2.2. Entre el afecto y la solidaridad

En las entrevistas realizadas a hombres y mujeres (urbanos y rurales), los lazos de afecto, amistad y solidaridad fueron una respuesta reiterativa para aludir a la permanencia en la organización; de este modo, amistad y política se entrecruzan.

De acuerdo con los planteamientos de Della Porta (1995), los lazos de amistad y de afecto en las organizaciones clandestinas operan de manera especial, puesto que en este contexto los lazos fuertes son más importantes que los lazos débiles. Los últimos representan el canal principal de expansión para las organizaciones de movimientos sociales (Granovetter, 1973 citado por Della Porta, 1998: 222), mientras que los lazos fuertes en las organizaciones clandestinas adquieren un lugar fundamental dado que la ilegalidad produce riesgo y, por tanto, necesidad de secretismo. Al igual que en otras organizaciones secretas, esta necesidad se convierte en el determinante más importante de la estructura y la estrategia de la organización (Erickson citado por Della Porta, 1998: 222).

La referencia al valor de la amistad no se limita sólo al interior de la organización sino que también se extiende hacia las personas del entorno con quienes los integrantes de la organización interactúan, y se convierte en algunos casos en factor de socialización política. En las expresiones tanto de los hombres como de las mujeres hay una continua reiteración a la importancia de “sumar con otros, de construir con otros”, de establecer lazos de amistad. Se nutren de lo que ellos y ellas denominan “la cadena de los afectos”, y establecen una red emocional que ha garantizado la cohesión del

movimiento en épocas en que su dispersión parecía inminente. Como lo hemos planteado, la clandestinidad acentúa esos lazos y esas inversiones emocionales.

Los fuertes vínculos de amistad y solidaridad a los que hacen referencia se dan de igual manera en el ámbito rural y en el urbano, aunque se hacen más visibles en el rural, donde las personas conviven en campamentos a manera de comunidades, y a su vez éstas se convierten en lugares de refugio y acogida para algunos jóvenes.

La intensidad en las relaciones dentro de este tipo de organizaciones ha sido explicada por distintas vías, entre ellas, se alude a la juventud de los militantes, porque es en esta etapa en la que se establecen relaciones con mayor intensidad emocional. De igual manera, investigadores como Passerini y Della Porta (1995) también han planteado que la clandestinidad intensifica los lazos de amistad debido al riesgo compartido entre quienes hacen parte de este tipo de movimientos. Desde nuestra experiencia investigativa, podemos considerar adecuadas estas explicaciones para el caso de nuestro análisis.

La combinación de la juventud y la clandestinidad, como factores influyentes en la intensidad de los vínculos que se construyen, nos permite entender el caso investigado, en el que encontramos militantes jóvenes pero a su vez adultos mayores, hombres y mujeres, que expresan de igual manera que su permanencia en la organización está relacionada con los vínculos afectivos entre unos y otros.

(....) lo otro es que yo siempre he tenido precisamente un apoyo precisamente de mis compañeras y mis compañeros, yo jamás me he sentido sola, hasta el momento nunca me he sentido sola, ni siquiera en los momentos difíciles, en los momentos difíciles es donde más he tenido el apoyo precisamente de mi gente, de mi familia, en todos los sentidos, tanto económicos como moral que es lo principal, el apoyo moral, yo he tenido el apoyo moral, entonces cuando he estado enferma es donde ha habido más preocupación y yo siempre tengo lo que necesito, con dificultad, lógico que tampoco es que aspire vivir, sobre todo lo necesario, pero de acuerdo a nuestras condiciones pues también he tenido adonde vivir, donde estar, y yo siento los compañeros y las compañeras como parte de mi familia, entonces yo digo que es la familia grande; entonces, yo no he sentido ese vacío, hasta el momento no he sentido el vacío de ninguna parte, ni de mi familia consanguínea ni de mi familia elena. [ACGO5MC1, líneas 1.393-1.421]¹⁶³

¹⁶³ Entrevista a una mujer que ingresó al ELN cuando tenía 20 años; al momento de la entrevista tenía 58 años. Ha estado en la organización durante 38 años, no tiene hijos, ni compañero afectivo.

Además de los fuertes lazos de amistad, hay un profundo reconocimiento y admiración por ciertas figuras relevantes en la organización:

(...) Como ese pegante que lo hace a uno estar aquí, es reconocer en el proyecto gente muy valiosa y de una calidad humana muy profunda que va más allá de cualquier explicación racional del proyecto político, de la identidad, van más allá en términos de que ya es el proyecto humano y ya son los hombres y las mujeres que se la están jugando en este proyecto; entonces digamos que a lo largo de estos siete, ocho años de estar acá en la organización he tenido la posibilidad de conocer mucha gente de esa calidad humana, con una preparación académica intelectual de mucha claridad, con la posibilidad de aportarle mucho a uno, entonces encontrar gente de esas calidades acá en el proyecto también lo hacen a uno también amarrarlo mucho en términos de decir bueno, miércoles, si gente tan preparada, tan cualificada, tan humana, tan llena de esa calidad humana están acá en este proyecto es porque el proyecto vale la pena; entonces casualmente el amarre también se vuelven los que están alrededor de uno, ya no es solamente la identidad con el proyecto político, sino es el uno reconocerse o no reconocerse en los otros y reconocer que efectivamente entre nosotros hay unos valores que vos no los encontrás en esa otra gente del común, como también hay cosas muy conflictivas, o sea, no lo idealizo tampoco pero si definitivamente, eso también lo aferra mucho a uno como al proyecto mismo, y que si, a parte de este compañero pues si ha habido otras personas, hombres y mujeres que han determinado mucho como el estar uno aquí también incluso yo te comentaba que casi el acercamiento al proyecto político, ideológico fue más a partir de lo humano, fue más a partir de construir afectos, confianzas, respeto, admiración con esos hombres y mujeres que yo tuve la posibilidad de conocer en un inicio y que después me fui dando cuenta que hacían parte de este proyecto”. [ACGMO3C3,, líneas 397-456]¹⁶⁴.

Aunque hombres y mujeres manifiestan que las relaciones son de solidaridad y fuertes lazos de amistad, también plantearon que existen relaciones de competencia, contradicción y desconfianza entre algunos miembros de la organización, así como conflictos y desavenencias. Algunas mujeres plantearon que las relaciones con algunos hombres de la organización son muy difíciles porque ellos no reconocen a las mujeres como sujetos políticos.

6.2.3 El mantenimiento de la utopía, “las revoluciones en pequeño”

Paralelo a los lazos afectivos entre quienes integran la organización, están también los vínculos hacia el proyecto político de la misma. La razón de ser de estas organizaciones es el cambio social y político en las sociedades en las cuales actúan. Así, se constituye la realización de un sueño individual y colectivo.

¹⁶⁴ En este sentido, y con relación a estas afirmaciones, siempre estará presente la pregunta de Tilly: ¿cómo y por qué gentes que interactúan sin infligirse daños directos entre sí pasan rápidamente a la violencia colectiva y después (a veces igual de rápido) regresan a unas relaciones relativamente pacíficas?

Como lo hemos reiterado, el conflicto colombiano es el más antiguo del mundo. Por tanto, un eje importante de indagación estrechamente relacionado con las metas del proyecto son los logros que ha tenido la “lucha insurgente” durante 44 años; las respuestas en este sentido son limitadas —por su puesto, desde nuestro punto de vista. Por el contrario, para hombres y mujeres del ELN, “su lucha” ha sido importante y ha tenido productos en dos sentidos: en términos de “resistencia”, entendida como la capacidad de organizarse, oponerse y enfrentarse a un régimen que consideran injusto, ilegítimo y violento, y en cuanto a los logros de trabajo en comunidades y regiones específicas. Desde nuestro punto de vista, estos dos factores alimentan la utopía¹⁶⁵ del proyecto insurgente, de ahí que se conviertan en aspectos que afianzan la permanencia de quienes hacen parte del movimiento.

“la otra cosa que los analistas no saben es que lo que pasa es que aquí hay pequeños triunfos, aquí hay revoluciones en pequeño, o sea, hay logros que vos tenés con la gente que quizás no transformaron pues la ciudad o el país, pero que por lo menos hay cosas que a vos te llenan de satisfacción, son esas pequeñas soluciones y triunfos que a vos te impulsan a continuar, el hecho de que un proyecto de revolución se mantenga, de que hayan proyectos, de que haya sostenibilidad, de que la gente esté haciendo cosas desde sus trabajos [ACGH01C1, líneas 2.025-2.077].

Pese a nuestra valoración y a las afirmaciones de los actores, otras investigaciones (Vargas, 2006; Aguilera 2006) han planteado que en algunos lugares del país el Ejército de Liberación Nacional logró construir fuertes lazos con las comunidades e incidir en procesos organizativos, que son valorados como “revoluciones en pequeñito”, en términos de los analistas, es decir, “acumulados políticos” (especialmente en los departamentos de Arauca, Santander, Cauca y Antioquia) que afianzan su permanencia, porque les permite valorar que la organización efectivamente ha tenido logros. En este mismo sentido, Bolívar (2006) plantea que es en esas zonas donde los grupos insurgentes construyen legitimidad, no porque los habitantes locales compartan los postulados de la acción revolucionaria, sino porque la organización armada ha denunciado la exclusión económica y política de los campesinos y ha asumido funciones de regulación política local. Varios estudios muestran, por ejemplo, que en estas zonas los grupos de guerrilla regulan la

¹⁶⁵ utilizamos el concepto de *utopía* como proyecto o doctrina irrealizable y no como lo posible.

explotación de recursos naturales, organizan los asentamientos, distribuyen responsabilidades económicas entre los pobladores y resuelven disputas territoriales, entre otras funciones. La estrecha vinculación del grupo de guerrilla con estas sociedades locales de reciente poblamiento en los años sesenta y setenta hizo que estas zonas fueran clasificadas como zonas “históricas” de la guerrilla y que en ellas el grupo armado se estableciera como red de poder y definiera o contribuyera con la definición de las jerarquías y preeminencias políticas locales.

Sin embargo, como ellos y ellas lo reconocen, uno de sus mayores problemas actuales es la falta de legitimidad, lo cual ha conducido a reflexionar sobre sus medios de acción violenta y a replantear sus marcos de agencia. “El problema no es el proyecto, éste sigue vigente porque las condiciones estructurales que lo generaron siguen existiendo y cada vez son mayores”. De manera no unánime se sostiene que los medios de acción violenta no han sido efectivos ni eficaces, que la guerra se ha degradado. Sin embargo, hay que utilizarlos para mostrar a los “enemigos”: el Estado, la oligarquía, el imperialismo, que siguen siendo fuertes, que no están debilitados. En este sentido, los discursos en los documentos y en las entrevistas son muy ambiguos. Desde nuestro punto de vista, la organización sigue en el movimiento pendular entre acción armada y propuesta de una salida política al conflicto.

Los hombres y las mujeres urbanos sustentan su permanencia a partir de la valoración que hacen de la lucha insurgente y de los logros obtenidos, lo cual está en estrecha relación con el mantenimiento de la utopía y los afectos hacia lo que ellos y ellas consideran “su proyecto”. En este sentido, es significativo destacar que no se hace alusión a una permanencia por motivos personales sino por aspectos y logros colectivos.

Para los militantes rurales se combinan las dos cosas: factores personales y factores colectivos. En cuanto a los primeros, están en estrecha relación con las motivaciones para ingresar, las cuales, como ya lo planteamos ampliamente, tienen que ver con la búsqueda de lugares de inclusión social y de satisfacción mínima de necesidades

básicas. Los hombres con mayor antigüedad plantearon que “el compañerismo es fundamental para su permanencia”, como también sentirse con capacidad para hacer parte de estos grupos: “esto no es una cosa para cualquiera, es una cosa en serio”. En palabras de un combatiente rural: “una vez escuché que una compañera dijo: esto no es pa’ muchos sino pa’ machos, pero lo dijo fue una mujer. Yo creo que es así, esto no es para todo el mundo, es para poca gente que pueda aguantar la disciplina, el frío, las caminatas, etc.”.

6.2.4 El movimiento insurgente como proyecto de vida

Esto se le convierte a uno en un proyecto de vida, cuando tú hablas de un proyecto de vida hablas de que no estás construyendo para otros, sino que es para ti mismo y que esto también te va generando satisfacciones, yo soy de las que planteo también, si el espacio donde yo estoy me genera muchas frustraciones para qué estar ahí, o sea, para qué estar en un espacio en el que no creo, en el que no tengo satisfacciones, entonces es un proyecto de vida para mí en ese sentido, en que primero me he formado, o sea, que he aprendido mucho de mucha gente y he aprendido más porque casi no he aprendido de muchas estructuras internas, sino más en lo amplio, he aprendido mucho con la gente, porque me he hecho con la gente, entonces pienso que eso me ha dado mucha satisfacción y por múltiples dificultades que se tengan internas y muchas decepciones que se tenga ahí está como eso otro, que es hacia donde le aporta uno desde lo colectivo, que yo también estoy en lo colectivo y que vale estar ahí dentro de ese colectivo y que entonces ése es un proyecto de todos que no debemos dejar morir, independientemente de lo otro” [ACGM06C1., líneas 1.356-1.387].

Hombres y mujeres, tanto rurales como urbanos, consideran que la militancia en la organización es un eje fundamental en sus proyectos de vida. Militancia que no sólo asumen por hacer parte de una organización político-militar, sino de una manera más amplia, como militancia y pertenencia a un proyecto político que les permite estar y luchar por un ideal, que tiene que ver con convicciones ideológicas, políticas y que involucra totalmente la vida de ellos y ellas. En este sentido, plantean que ingresar a la organización no es una tarea fácil, debe pasar un tiempo considerable y atravesar varias etapas: acercamiento, pre-militancia, y finalmente militancia. No es fácil ingresar y hacer parte de la organización —al menos para los urbanos—. En el periodo de tiempo que debe transcurrir para que ocurra su ingreso definitivo, ellos y ellas consideran que pasan por un proceso que les permite discernir sobre el proyecto y las implicaciones de formar parte de este tipo de organizaciones.

En el ámbito rural también se cumple con una serie de requisitos, entre ellos el de ser recomendado por alguien que esté en la organización, y también reciben entrenamiento militar y “formación política”. Tanto hombres como mujeres deben cumplir con los mismos requisitos y con el mismo proceso para ingresar, y en muchas ocasiones son rechazados.

Una vez hombres y mujeres se han unido a las organizaciones insurgentes, se les pide que participen en actividades más exigentes y con mayores riesgos, lo cual influye en que se sientan más comprometidos con la “lucha insurgente”. La condición de clandestinidad acentúa la pertenencia y la permanencia. Las relaciones, los afectos, los amigos, pertenecen al mismo círculo, lo cual contribuye a que haya una implicación material y emocional que los lleva a una “comunidad de lucha armada” (Della Porta, 1998).

Las mujeres se sienten más comprometidas que los hombres, y no es precisamente por incentivos negativos, tales como la amenaza de castigo para “los traidores”, sino por condiciones que están en estrecha relación con estereotipos y roles tradicionales de género, como son el compromiso, la abnegación, la lealtad, la resistencia y además, porque —como se ha planteado— ellas tienen que demostrar que merecen estar en un mundo clandestino, político y de lucha armada que, a pesar del discurso de la igualdad entre hombres y mujeres, es un mundo significativamente masculino. Por tanto, pese a todo, ellas tienen que ganarse un lugar en la organización, y una de las condiciones para ello es la permanencia. Desde nuestro punto de vista, éste es un factor que incide en la desertión. Hay mayor salida de hombres que de mujeres, pues ellos no tienen que ganar ni demostrar su capacidad, porque no está cuestionada ni puesta en duda para hacer parte de la organización. En este sentido, Camilo Torres expresaba: “las mujeres por ser doblemente explotadas son doblemente comprometidas.” Imágenes generizadas como ésta se instauran en los principios de la organización insurgente.

Salir de una organización cuya participación es el proyecto de vida de los hombres y las mujeres que se encuentran en ella tiene un costo muy significativo, pues implica

dejar un proyecto en el que están todas las expectativas y donde se tienen los amigos, los afectos y, sobre todo, la posibilidad de participar en un proyecto colectivo donde se pueden realizar ciertas aspiraciones de cambio.

En la medida en que la organización abarca todos los espacios vitales de los militantes, hay ausencia de vivencias, experiencias y realizaciones por fuera de la organización; ésta se constituye en el mundo de vida de quienes se comprometen y militan. Por tanto, si la organización lo es todo, es más costosa la salida que la permanencia.

6.2.5 Los incentivos

El concepto de incentivos puede ser abordado desde dos perspectivas: la primera vertiente planteada a partir de la teoría de la acción racional de Mancur Olson (1965), quien para resolver el problema que le presentaba explicar por qué las personas no participan de la acción colectiva —asunto que expresó con el concepto de *free rider* (tratado en el capítulo 2 de este trabajo), traducido como *gorrón*—, introdujo el concepto de *incentivo selectivo*, el cual significa que, para estimular la participación de los individuos, se aplican medidas individuales que pueden ser positivas (recompensas a los individuos que participen) o negativas (castigos y sanciones a quienes no participen). Los incentivos selectivos se constituyeron en la base racional de la acción colectiva.

El fundamento de su argumentación es que el individuo racional no participará en la acción colectiva sin que los incentivos selectivos (individuales) lo alienten a hacerlo. Es decir, una persona no participará si no hay recompensas para su participación. Éstas pueden ser positivas o negativas. De esta manera, para los actores que nos ocupan, comúnmente se ha planteado que quienes hacen parte de los grupos insurgentes tienen diversos incentivos selectivos, tanto positivos como negativos. En nuestra indagación, y con base en esta perspectiva, encontramos que ni hombres ni mujeres, urbanos o rurales, expresaron que participan por incentivos negativos, es decir, su ingreso y permanencia no se debe a castigos, tampoco a incentivos positivos,

como salarios u otro tipo de prebendas¹⁶⁶. En este sentido, son reiterativos en expresar que se encuentran en el ELN porque quieren, ninguno aludió a reclutamiento forzado, por ejemplo.

En el caso de los combatientes rurales que manifestaron haber encontrado en la organización medios para satisfacer necesidades básicas insatisfechas, pudiéramos argumentar que efectivamente se dan incentivos selectivos; sin embargo, ellos y ellas también expresan que, una vez ingresaron, éstos no se constituían en factores relevantes para su permanencia, sino que ésta se debía a factores como el compañerismo, el aprendizaje sobre la realidad colombiana, la importancia y la necesidad de luchar para transformar la sociedad.

La otra vertiente de análisis sobre los incentivos plantea que en una organización existen dos tipos predominantes de personas: los que han ingresado motivados por un ideal y los que ingresan por intereses personales (Panebianco, 1995). El manejo de intereses individuales y colectivos está vinculado con el dilema de los incentivos dentro de una organización política. En este sentido, una organización debe encontrar un equilibrio entre lo que supone satisfacer intereses individuales (los que tienen que ver con los beneficios materiales, la búsqueda del poder y el estatus) a través de incentivos selectivos, y alimentar lealtades organizativas a través de incentivos colectivos que son de tipo ideológico y se refieren a la identificación con la causa (el ideal de la organización).

A partir del enfoque organizacional, en el actor de referencia encontramos hombres y mujeres movidos por incentivos colectivos, es decir, de tipo ideológico, en los que impera la lucha por la causa; también encontramos personas que obedecen a incentivos selectivos (individuales) en cuya permanencia es posible que éstos prevalezcan en mayor medida. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, y con base

¹⁶⁶ Con relación a los salarios, tanto hombres como mujeres urbanos expresaron que en algunas ocasiones, cuando las personas que están en la organización no tienen empleo y se dedican de tiempo completo, obtienen una “ayuda” mensual mínima de la organización.

en las entrevistas realizadas y los documentos analizados, no podemos argumentar que sean los incentivos individuales los que prevalecen sobre los colectivos.

Si bien es cierto que algunos hombres y mujeres, especialmente los combatientes, expresaron la importancia que tiene para ellos o ellas ocupar cargos relevantes en la organización, también lo es que éstos no son suficientes por sí mismos para garantizar la permanencia en las organizaciones insurgentes. Esta afirmación la sustentamos en que en estos movimientos los estímulos son más de tipo ideológico y moral que que aunque son construcciones colectivas a su vez son incentivos individuales para permanecer.

Para ocupar un cargo directivo, un hombre o una mujer debe ser avalado por sus propios compañeros, y es el COCE (comando central) el que los ratifica. La formación académica es un factor contribuyente en este sentido. Es más fácil para quien tiene formación universitaria acceder a cargos de poder que para quienes no tienen ningún grado de escolaridad. Para el caso de las mujeres, es fundamental tener un nivel de escolaridad alto, y son aquellas que tienen mayor nivel educativo quienes acceden a cargos de liderazgo medio.

A partir de las dos perspectivas presentadas para el análisis de los incentivos, consideramos que, de acuerdo con el tipo de actor que nos ocupa, el enfoque planteado desde las organizaciones permite plantear que en estas organizaciones, tanto para el ingreso como para la permanencia, concurren incentivos tanto individuales como colectivos, y se presenta un desequilibrio importante entre unos y otros.

Los líderes de la organización, especialmente los políticos, atienden con mayor relevancia a los incentivos colectivos, es decir a la ideología, al proyecto político, mientras que los combatientes atienden más a incentivos individuales. En este sentido, la organización se encarga de satisfacerlos en buena medida (alimentación, vestido, medicamentos). Así se mantienen satisfechos muchos de los integrantes, más aún si tenemos en cuenta que las condiciones de vida de los combatientes antes de ingresar a

la organización eran inferiores a las proporcionadas en la organización. Los incentivos de estatus permiten que personas con bajos niveles educativos a nivel formal, pero con capacidades políticas y militares, asciendan mucho más rápido de lo que la sociedad les permitiría. Sumado a los incentivos individuales, a los incentivos colectivos fundamentados en lo ideológico, “en la lucha por una causa justa”, en el discurso reiterativo de la necesidad y la viabilidad de un cambio social (revolución, construcción de poder popular, etc.) y en una “formación e información” permanente, que es valorada positivamente por quienes están en la organización, encontramos un relativo equilibrio entre los incentivos, que al parecer deja satisfechos tanto a los líderes de la organización como a los combatientes, y hallamos equilibrio entre los incentivos selectivos y los colectivos, factor que posibilita en gran medida el mantenimiento de la organización. En la siguiente tabla presentamos las razones de permanencia expresadas por hombres y mujeres:

Tabla N° 5. Razones de permanencia de hombres y mujeres

Razones de permanencia	Hombres militantes urbanos	Mujeres militantes urbanas	Hombres militantes y combatientes rurales	Mujeres militantes y combatientes rurales
Relaciones de afecto y solidaridad	Altamente relevante para la permanencia	Altamente relevante para la permanencia	No es relevante	No es relevante
Relaciones de compañerismo	No se sugiere	No se sugiere	Altamente relevante para la permanencia	Relevante
Relaciones de *compañerismo y respeto a las mujeres	No se sugiere	No se sugiere	No se sugiere	Altamente relevante para la permanencia
Logros de la organización. Resistencia	Altamente relevante para la permanencia	Altamente relevante para la permanencia	No se sugiere	No se sugiere
Cambios en las prácticas de género	No se sugiere	Altamente relevante para la permanencia	No se sugiere	Altamente relevante para la permanencia
Oportunidad de tener cargos de dirección	Altamente relevante para la permanencia	Relevante	Altamente relevante para la permanencia	Relevante

Fuente: datos obtenidos en las entrevistas realizadas

* Las relaciones de compañerismo son diferentes a las de afecto y solidaridad, en la medida en que implican convivencia.

6.3 Las razones de hombres y mujeres para “la salida” de la organización

Los referentes teóricos y empíricos sobre la permanencia en algunos tipos de acción colectiva, como movimientos sociales y organizaciones, son numerosos; sin embargo, con relación a la salida, son significativamente escasos. En este sentido, la indagación fue realizada con personas que aún militan en la organización, y por tanto las respuestas al interrogante planteado adquieren un sentido figurado. Debido a esta circunstancia, las respuestas fueron contrastadas con entrevistas a jóvenes desmovilizados (capturados o por entrega voluntaria con quienes se trabajó en otra investigación).

Como en la gran mayoría de aspectos indagados en esta investigación, el análisis de los asuntos que llevarían a tomar la decisión de salir de la organización también está atravesado por las condiciones de los sujetos militantes (género, generación, lo urbano y lo rural). Sin embargo, frente a un actor colectivo heterogéneo, cambiante y contradictorio, nuevamente nos atrevemos a presentar algunas tendencias, sin dejar de reconocer que el “sujeto ideal” de indagación serían las personas que se han desmovilizado.

Los hombres plantean que la vida en la insurgencia implica múltiples sacrificios que los llevan a renunciar a diversos proyectos. En este sentido, para los hombres urbanos el aplazamiento o la renuncia a sueños de construcción de pareja, a ser padres, a construir un proyecto académico, entendido como formación universitaria avanzada, en ocasiones los lleva a pensar en que, si bien no deben dejar la organización, sí deben asumir menos responsabilidades. Esto, por supuesto, no es bien acogido por sus compañeros: “un buen militante antepone su militancia a cualquier situación personal y sueño individual.”

Ellos establecen diferencias entre salir de la organización y desertar de la misma. La salida alude a dejar de ser militante, lo cual no implica dejar de ser “eleno”: para ellos y ellas, una vez ingresan, siempre serán elenos. La deserción es dejar los ideales y las convicciones, e incluso traicionar a la organización. En este apartado,

fundamentalmente, nos referimos a la primera situación: dejar la organización. Los hombres urbanos y rurales, además de los motivos planteados en el párrafo anterior, también expresan que estar en este tipo de movimientos es una experiencia de mucho riesgo, por tanto, en ocasiones se sienten cansados de continuar en la clandestinidad y de vivir acciones violentas, “las vivencias de la guerra no son deseables en ninguna circunstancia”.

Para las mujeres urbanas, una razón de importancia significativa para dejar la militancia es la maternidad y la crianza de los hijos. Aunque han asumido que en sus proyectos de vida es fundamental la acción insurgente, también expresan que es una labor muy difícil, y experimentan frustración cuando deben separarse de sus hijos e hijas. Para ellas, esto se convierte en una paradoja. Si bien su lucha la fundamentan en el logro de un país mejor y una sociedad mejor para sus hijos, también es “muy doloroso” no estar con ellos. Una vez son madres, sean combatientes o militantes, reflexionan sobre su participación en las organizaciones político-militares. Sin embargo, expresan que es mayor la responsabilidad que sienten y el compromiso ideológico y político. Estos factores influyen para no dejar la organización.

Hombres y mujeres coinciden en afirmar que las experiencias de la guerra son muy dolorosas. Los argumentos que plantean para dejar la organización son más del ámbito de la vida, de la realización personal, que de las convicciones políticas. Es decir, no encontramos expresiones, ni de hombres, ni de mujeres, con relación a que la acción insurgente no es una opción válida. Para ellos y ellas, es necesario “seguir resistiendo”. El proyecto con el que se identifican sigue vigente.

Para los combatientes no hay una identificación previa al ingreso con un proyecto. Las construcciones que se hacen para la permanencia tienen que ver con incentivos relacionados con la posibilidad de pertenecer a un proyecto colectivo, que de acuerdo con las condiciones contextuales otorga sentido a sus vidas en las que impera una sensación generalizada de *no futuro*. Los combatientes son hombres y mujeres muy

jóvenes (entre 15- 25 años), la organización representa un lugar de inclusión y de realización, mas aun si logran “ser mandos” y están cerca de sus zonas de origen.

Desde nuestra interpretación para hombres y mujeres que viven en los campamentos el día a día, con pocas perspectivas de futuro, de sueños, de realización individual es muy difícil dejar la organización. El colectivo se convierte en su familia, en su razón de ser, el mundo de la vida es la organización, pues ahí lo tienen todo, su supervivencia, su vida afectiva. Pese a ello, hay momentos en que sienten que la vida en la guerrilla tiene un alto costo, pero si deciden abandonar no tienen a dónde ir, pues no tienen proyectos distintos a la vida insurgente. Sin embargo, algunos desertan.

En las entrevistas realizadas con jóvenes desmovilizados, ellos y ellas planteaban que habían dejado la organización porque estaban cansados de las caminatas, del campo, de la vida en campamento, de las labores que implica y obliga la vida guerrillera. Paralelamente, argumentaban que fuera de la organización tampoco habían encontrado un proyecto de vida diferente, y nuevamente se encontraban con un *no futuro*, así consideraban que era mejor permanecer en las organizaciones insurgentes

6.4 Construcción de sentido sobre la acción violenta

Las organizaciones político-militares se definen —como ya lo hemos planteado— por el recurso de la lucha armada. Éste es un punto de partida fundamental, porque desde el momento en que se ingresa a cualquiera de los niveles de participación (militante, combatiente o trabajo amplio) se adquiere una condición que está dada y que se soporta en la estructura organizativa, y por supuesto en los medios de acción, que, aunque se transforman, se cuestionan y se justifican de una manera u otra, siguen utilizándose y se les sigue asignando una razón de ser y de excusa.

La violencia ejercida por las organizaciones político-militares se enmarca en la estrategia de guerra de guerrillas, la cual, de acuerdo con los analistas, se desarrolló desde tiempos antiguos y adquirió relevancia después de la segunda mitad del siglo

XX, por estar relacionada con los movimientos de liberación nacional que surgieron en diferentes lugares del mundo, y especialmente en África e Iberoamérica entre 1950 y 1960. El concepto de guerrilla se utilizó por primera vez para definir las actividades de resistencia de los partisanos armados españoles que hostigaron al ejército francés de ocupación durante la guerra de independencia de 1804 a 1814. Se usa para describir los combates de tipo militar no regular que han acompañado las actividades de los partisanos en guerras civiles, guerras revolucionarias y en la resistencia popular a la invasión y ocupación extranjera.

La guerra de guerrillas se ha considerado la estrategia de lucha de los actores en algunos conflictos armados, y su surgimiento está asociado a sectores sociales empobrecidos y sometidos a variadas formas de discriminación, exclusión, opresión y represión por parte del régimen contra el cual se alzan en armas. De acuerdo con Giraldo (2003), el objetivo de la guerra de guerrillas es desactivar, destruir o entabrar el funcionamiento del modelo de sociedad vigente porque las guerrillas lo consideran inaceptable. De allí que el ataque a partes fundamentales del funcionamiento económico o político del modelo social que se repudia sea un elemento relacionado con la eficacia específica de este tipo de guerra.

De acuerdo con las anteriores características, para desarrollar y obtener recursos para esa “forma de lucha” es imprescindible recurrir a medios delictivos —según los parámetros de la moral y el derecho público—, como la extorsión, el secuestro, el asalto o el robo, entre otros, para financiar las acciones que contribuirán a desactivar, destruir o impedir el funcionamiento del modelo de sociedad que se rechaza. En este sentido, los actos delictivos aparecerán como necesarios para poder desarrollar las estrategias en contra de un sistema social: “el fin justifica los medios”. Desde esta perspectiva, se le otorga primacía a la eficacia, porque se trata de una “guerra justa”. Los documentos de la organización así lo sustentan cuando trazan el perfil de grandes injusticias estructurales que afectan la vida y la dignidad elementales de grandes sectores de colombianos, y aseguran que caminos distintos a la vía violenta y armada, para erradicar esas injusticias, han sido bloqueados.

Es a partir de las concepciones anteriormente descritas que hombres y mujeres construyen sentido sobre los medios de acción violenta. Construcción que, por supuesto, no es homogénea, y va a estar atravesada por aspectos como las experiencias, la generación o el ámbito de actuación (rural o urbano). Pese a ello, tanto hombres como mujeres entrevistados coinciden en afirmar que las acciones violentas que han realizado —de cualquier tipo—, sea dirigidas a destruir o entabrar el funcionamiento de la sociedad vigente (tomas de poblaciones, voladuras de oleoductos) o a obtener recursos (mediante actos delincuenciales), son legítimas en un contexto social, político y económico como el colombiano.

Los medios de acción violenta, tanto para hombres como para mujeres, tienen una razón de ser, no en sí mismos —porque lo que les otorga sentido no es el deseo irracional de causar daños, sean éstos a personas o a cosas—, sino porque la violencia —según los militantes— se efectúa porque a través de ésta se busca desestabilizar al sistema existente y además “defenderse” de las agresiones de los agentes del Estado y “defender” los logros del proyecto político que se agencia. En este orden de ideas, el ejercicio violento ha sido un medio para resistir a un Estado opresor y a su vez para desestabilizarlo, pero también para defenderse de sus ataques.

La violencia, para los hombres y las mujeres militantes urbanos, adquiere una justificación intelectual que se materializa en una parte de la estructura organizativa a manera de ejército. “Los ejércitos del pueblo se conforman para defender al pueblo de las agresiones del Estado y del régimen político”. De acuerdo con las expresiones de los militantes, la violencia ejercida por la organización no es bajo ninguna circunstancia comparable con la ejercida por el Estado y la política institucional. De esta manera, también se ha construido “legitimidad” para el desarrollo de la violencia.

Tanto para los hombres como para las mujeres rurales, la violencia es una forma de defensa frente a enemigos comunes: “la plaga”¹⁶⁷ y los ricos. Los primeros los atacan y buscan destruirlos; los segundos les han negado toda posibilidad de derechos. Por tanto, ellos no “optaron” por la lucha armada: se defienden y atacan al enemigo antes de que éste acabe con ellos y ellas.

La acción violenta se justifica y legitima como medio de acción y como forma de defensa frente a un Estado que no permite la participación política a través de vías diferentes a la institucional. Sin embargo, también manifiestan que han cometido errores en la utilización de la violencia como medio de acción. En ocasiones ha primado el medio en sí mismo, frente al fin y al proyecto ético político de la organización. Es en ese reconocimiento que los militantes construyen —de acuerdo con su punto de vista— otro valor del actor colectivo insurgente y de los individuos que lo conforman: la capacidad de reconocer sus errores, lo cual les ha permitido replantear sus medios de acción violenta.

La construcción de sentido sobre la acción violenta no puede asumirse de manera unificada; es indispensable establecer diferencias entre los actos delincuenciales que llevan a cabo estos actores y las acciones violentas que implican reivindicaciones y demandas con relación a una causa. Tanto los unos como los otros tienen justificación en el discurso. Los actos delincuenciales son los que les permiten obtener recursos para mantener la organización, ya que sin recursos ninguna organización es viable. Por tanto, los secuestros se excusan bajo la premisa de la necesidad de financiar una guerra que ha sido producida por una clase oligárquica que debe pagar por ella; las retenciones (secuestros) son una manera de que esta clase aporte para la financiación del cambio social. En este sentido, hombres y mujeres no consideran este delito atroz como delito ni como vulneración de derechos humanos. Para ellos, es una forma de financiar una guerra justa.

¹⁶⁷ De esta manera nombran al ejército nacional. Hay una deshumanización de los contendores más frecuentes: soldados y policías.

Con relación a las acciones violentas que se llevan a cabo para demandar reconocimiento o para desestabilizar a la sociedad existente, éstas son asumidas como legítimas tanto por hombres como por mujeres. Sin embargo, actualmente existe una visión generalizada sobre la ineficiencia e ineficacia de este tipo de acciones. No niegan que en una etapa de la organización fueron importantes y contribuyeron para que ellos fueran reconocidos como actores políticos. Actualmente, es evidente que este tipo de acción debe modificarse, fundamentalmente porque los sectores por los que actúa la organización no se sienten reconocidos en ellas. Pese a estas construcciones de sentido, hay una profunda ambivalencia entre la justificación a la acción violenta y a los actos delincuenciales para obtener recursos. Sin embargo, es evidente que dicha acción se activa con relación al contexto, es decir no subyace a las mentes individuales, se activa en las construcciones colectivas que se hacen con relación al contexto en el que se desarrolla la acción y es también con relación a dicho contexto que esta se desactiva. Actualmente la acción violenta no es eficaz ni eficiente para el logro del cambio social, para que esto ocurra han influido diferentes factores que están relacionadas con condiciones nacionales y procesos internos de la organización político militar.

Con relación al ámbito nacional, los mismos actores expresan que los medios de acción violenta los han llevado a deslegitimarse. Cada vez hay mayor rechazo a dichas acciones por quienes supuestamente están representados por estos grupos (sectores populares y desfavorecidos), por tanto actualmente la acción armada se ha desplazado a la confrontación con las Fuerzas Armadas.

En la organización ha existido un continuo replanteamiento y cuestionamiento a la acción armada, de esta manera si bien surgen como una organización que privilegia la acción armada, posteriormente le dan mayor énfasis a la acción política, lo cual esta en estrecha relación con el proceso de transformación de esta organización. Pese a los argumentos expuestos también es necesario plantear que la acción de los grupos paramilitares también ha contribuido a desactivar la violencia insurgente, dando paso a otro tipo de violencia.

Relaciones de género en la estructura y las dinámicas organizativas

Los grupos insurgentes no operan necesariamente bajo la lógica del comportamiento-respuesta y por lo tanto no son solo una respuesta a la violencia estructural o institucional. Detrás de la violencia política no hay solo situaciones objetivas, sino también elaboración de estrategias, desarrollos organizacionales y construcción de idearios políticos por parte de los actores (Ferro y Uribe, 2002: 18).

Las difíciles experiencias de la guerra nos han dotado de nuevas habilidades, pero no de poder (Entrevista a una mujer militante urbana)

Para indagar el proceso de constitución de los actores colectivos, es primordial analizar distintos vectores que confluyen y se combinan para que ello sea posible. De acuerdo con los diversos enfoques teóricos, deben converger aspectos estructurales, procesos de intermediación entre esos aspectos, y hombres y mujeres que se sientan agraviados y elijan la “acción colectiva insurgente” como una forma de solucionar dichos agravios (nivel de análisis del que nos ocupamos en el capítulo anterior). Otro factor que ha sido considerado de primer orden en la conformación de un actor colectivo es la organización¹⁶⁸. “Los actores colectivos deben emerger, crear identidades colectivas y fundar organización” (Della Porta 1995: 84). Este aspecto cobra significativa importancia, tanto teórica como empírica, en el proceso de indagación por la conformación de un actor colectivo insurgente, máxime si tales actores han sido poco analizados en sus procesos de conformación¹⁶⁹.

Es así como en este capítulo analizaremos, desde la perspectiva de género, los procesos organizativos del actor colectivo insurgente Ejército de Liberación Nacional, a partir de dos ejes: las estructuras organizativas y las dinámicas organizativas. Con el primer eje atenderemos “al orden, a los aspectos objetivos”. Con los términos *orden* y *objetivo* no pretendemos significar que las estructuras organizativas estén por fuera de

¹⁶⁸ En los distintos enfoques teóricos revisados se otorga un lugar protagónico a la organización; sin embargo, no se define lo que es una organización, por tanto es necesario recurrir a otras perspectivas que permitan tal delimitación, especialmente de la sociología de las organizaciones.

¹⁶⁹ Recientemente se publicó una investigación sobre el proceso organizativo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Ver: Ferro Medina, Juan Guillermo y Uribe Ramón, Graciela (2002), *El orden de la guerra. Las FARC-EP: entre la organización y la política*, Bogotá, Centro Editorial Javeriano.

la construcción social, simplemente queremos aludir a un orden figurado y construido por quienes lo integran; a través del segundo eje, con base en el enfoque de género, analizaremos los aspectos relacionales que activan dicha organización.

En este orden de ideas, asumimos que las organizaciones tienen un carácter de “construcción social” (Berger y Luckman), lo cual significa que, a pesar de la materialidad de algunos de sus recursos, son “lugares virtuales”, construcciones de sentido reconocidas por sus miembros y por observadores que las ven como tales (Torres, 2002). De acuerdo con este autor, aceptar el carácter de construcción social de las organizaciones no quiere decir que éstas no existan más allá de nuestra percepción, sino que su abordaje investigativo debe reconocerlas como un “orden” creado y construido por los miembros que participan en ellas.

En términos de Tilly, “la organización apunta al aspecto de la estructura de un grupo que afecta más directamente su capacidad para actuar en base a sus intereses” (1978: 8). Si bien es cierto que la organización está referida a la estructura de un grupo, también lo es, como lo expresa Panebianco, que “no son objetos de laboratorio aislables de su contexto, ni un mecanismo que una vez construido y puesto en marcha sigue funcionando siempre del mismo modo” (1995: 107). Por el contrario —como también lo plantea el mismo autor— “un partido, como *cualquier organización*¹⁷⁰, es una estructura en movimiento que evoluciona, que se modifica a lo largo del tiempo y que reacciona a los cambios exteriores, al cambio de los ambientes en que opera y en los que se halla inserto” (Idem: 107)¹⁷¹.

En el estudio de las organizaciones y de los procesos de cambio de las mismas se ha privilegiado a las organizaciones de actores colectivos, a modo de movimientos sociales y partidos políticos. Las estructuras organizativas y los procesos de cambio, tanto en las organizaciones como en los actores político-militares, han sido poco

¹⁷⁰ Las cursivas son nuestras para resaltar que no sólo las estructuras de los partidos, sino cualquier estructura organizativa, es cambiante.

¹⁷¹ Si bien es cierto que Ángel Panebianco elabora un análisis de los partidos políticos, también lo es que en su libro sobre los *Modelos de partido* encontramos un muy completo marco analítico para abordar las organizaciones; en este capítulo nos apoyaremos en algunos de sus planteamientos.

abordados por los investigadores, lo cual representa una primera dificultad para el análisis de la organización de estos actores. De ahí que sea necesario recurrir a perspectivas teóricas desarrolladas para otro tipo de actores colectivos, pero que aun así presentan significativas posibilidades para estudios como el que nos concierne.

Con base en lo planteado anteriormente, trazamos tres premisas como puntos de partida para el análisis de las estructuras organizativas del ELN: la primera, que los actores colectivos presentan diversos tipos de estructuras organizativas, y los actores insurgentes se definen por tener estructuras de “carácter leninista y jerarquizado” (Martín, 2004: 34), sobre las que se construye un ejército irregular; la segunda, que dichas estructuras son cambiantes, debido a diversos factores (contextuales, internos o generacionales), y tercero, que hombres y mujeres viven y activan de diversa manera dichas organizaciones; por tanto, un análisis de la organización sin la perspectiva de género “es forzosamente más pobre si nos empeñamos en explicarlos sin tener en cuenta las relaciones de género” (Kampwirth, 2007: 15), porque es evidente, como lo demostraremos, que hombres y mujeres se implican de manera distinta en las estructuras organizativas y las activan y dinamizan también de manera diferente.

Con relación a los enfoques que explican el cambio organizativo, ya sea en los movimientos sociales o en los partidos políticos, los procesos de modificación de las organizaciones son producidos bien sea por procesos internos en las organizaciones (enfoque organizacional, según lo planteado por Whittier, 1997: 760), por cambios en la cultura política de los participantes (enfoque generacional de Whittier, 1997), o porque las organizaciones responden a cambios, amenazas y oportunidades ambientales (enfoque del proceso político que pone el énfasis en las fuerzas externas a la organización y ha sido desarrollada fundamentalmente para el análisis de los movimientos sociales)¹⁷².

¹⁷² Para un amplio debate sobre los enfoques teóricos que abordan los procesos de modificación de las organizaciones, ver Martín (2004: 30-49).

Como afirma Martín (2004) en su análisis sobre el proceso de transformación del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), en el análisis de los procesos de transformación de las organizaciones político-militares es pertinente un modelo que conjugue los aspectos contemplados de manera independiente por cada una de las perspectivas mencionadas, debido a que ninguno es excluyente, todos son complementarios. Aunque nuestro objetivo no es elaborar un análisis del proceso de cambio de la organización insurgente que nos ocupa, consideramos necesario tener en cuenta que, para desarrollar los propósitos de este capítulo, no podemos desconocer el carácter cambiante de la organización de referencia, y que en su transformación han influido aspectos contextuales, organizativos y generacionales, entre otros. Por tanto, a partir de las precisiones iniciales, asumiremos el análisis de las estructuras organizativas con base en un modelo que, aunque corre el riesgo de ser heterodoxo, nos permite analizar la estructura organizativa del ELN en cuatro etapas fundamentales de la organización, en las que tendremos en cuenta los principales hitos que han influido en su transformación.

7.1 Estructura organizativa

Como lo planteamos anteriormente, la estructura organizativa de este tipo de actores colectivos está caracterizada por ser jerárquica y por combinar estructuras políticas y militares, lo cual los diferencia de manera significativa de otros actores colectivos cuyas estructuras son horizontales, informales y no jerarquizadas —por ejemplo, los movimientos sociales—; en los grupos de interés, la estructura organizativa ha sido predominantemente formal y fuerte; y en los partidos políticos es jerárquica, pero de ninguna manera se encuentran “simulando” estructuras de ejército, como en el caso del actor de referencia.

De acuerdo con los planteamientos de Panebianco (1995), en la literatura sobre las organizaciones ha existido una contraposición entre dos modelos que tratan de explicar el surgimiento de la estructura en las organizaciones: el modelo racional y el modelo natural, cada uno de los cuales constituye una interpretación diferente de la

dinámica organizativa. El modelo racional sostiene que tanto las actividades como la forma y el orden interno adoptado por una organización, sólo pueden ser entendidas a partir de sus fines organizativos. Según este enfoque, las organizaciones se constituyen para alcanzar objetivos, y éstos a su vez definen el diseño de la estructura organizativa, las reglas internas y las estrategias de la organización. Talcott Parsons es reconocido como el precursor teórico de esta perspectiva (Georgiu, 1973 en Panebianco, 1995). El modelo natural asume que, aunque las organizaciones nacen para alcanzar objetivos, éstas generan sus propios fines, el primero de los cuales es su propia supervivencia. Philip Selznick constituiría el principal representante de este enfoque en la teoría de organizaciones (Panebianco, 1995: 34-35).

Con base en los anteriores planteamientos analizaremos cómo han sido los procesos del ELN en cuatro periodos de la organización, deteniéndonos tanto en los fines como en los procesos, lo cual permitirá, además, describir y explicar cuáles aspectos vislumbran un análisis desde la perspectiva de género.

La perspectiva de género no se agota en la visualización de la participación de hombres y mujeres, sino que, como lo ha planteado Nicholson, su mayor aporte es la referencia a la *construcción social* de la diferencia hombre-mujer (2003: 47). En términos de Scott (1990), uno de los principales aportes de la irrupción de esta categoría en la tradición antropológica y sociológica contemporánea es el develamiento de que las diferencias y relaciones de género constituyen una instancia de poder que atraviesa toda la vida social. No solamente en los espacios de la vida privada, sino en el ámbito de la vida pública, es decir, tanto en los micro-poderes como en los macro-poderes. Por tanto, cuando se habla de género nos estamos refiriendo a relaciones sociales de poder históricas entre mujeres y hombres concretos, tanto en contextos públicos como en los privados.

En este orden de ideas, argumentaremos que los actores político-militares no son ajenos a las relaciones de poder históricas entre hombres y mujeres. Por tanto, esta perspectiva —como lo hemos planteado en otros apartes—, en el nivel intermedio de

análisis, permite abordar las lógicas relacionales para la conformación del actor que nos ocupa, las cuales se dan en una lógica de opuestos, que en la estructura organizativa se hace complementaria. En términos más explícitos, queremos decir que, si bien es cierto que las estructuras organizativas son jerárquicas y generizadas, a su vez admiten la subversión de los roles tradicionales de género para las mujeres, e impactan las identidades tanto femeninas como masculinas. A partir de la ocupación de distintos lugares en esa estructura, se alimentan los roles tradicionales y el mantenimiento de las relaciones de poder entre hombres y mujeres, pero a su vez se permite la subversión de los mismos. En síntesis, las relaciones de hombres y mujeres se mueven entre el cambio de las prácticas de género y el reforzamiento de las relaciones de poder tradicional entre hombres y mujeres. Por tanto, la estructura organizativa no permite que haya una tensión entre lo establecido socioculturalmente y lo que se subvierte, así no se logren modificar las relaciones de poder fundamentadas en la diferencia de género.

De acuerdo con lo planteado, haremos el análisis a partir de cuatro etapas de la organización, que presentamos de manera esquemática en el siguiente cuadro.

Fecha	Etapas de la organización	Características
1964- 1974	Surgimiento	Estructura jerárquica con niveles de mando claramente diferenciados. Se subordina lo político a lo militar.
1978-1982	Crisis	Replanteamiento de la estructura.
1983-1995	Recomposición y afianzamiento	Expansión y recomposición de la estructura. Se subordina lo militar a lo político
1997-2007	Expansión y subsistencia	Mantenimiento, impera la acción política frente a la militar

7.1.1 Primer periodo: etapa de inicio y surgimiento

En el capítulo sobre el contexto de la investigación, describimos el proceso histórico en el que surgen los grupos insurgentes en Colombia, en un periodo caracterizado por un sistema político cerrado (el Frente Nacional), un posconflicto mal tramitado (el de

la época de “La Violencia” de los años cincuenta) y un contexto de polarización internacional (la Guerra Fría).

El ELN nace a mediados de la década del sesenta, en un contexto de alta agitación social y política en Colombia, en el que confluyeron diversos actores, entre ellos un sector disidente del Partido Liberal tradicional, que se consolidó bajo el nombre de Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), e intelectuales revolucionarios que se inclinaban hacia la lucha armada, como el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC) y el Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR). De igual manera, se dieron debates de significativa trascendencia para la etapa histórica del país, como el de la reforma agraria, que implicó a varios sectores. También ocurrieron intensas luchas nacionalistas de los obreros del petróleo —así como de los trabajadores y de los estudiantes—, y paros cívicos en distintos lugares de la geografía nacional. Esta agitación social y política estuvo acompañada de una significativa represión por parte del Estado, a través de las fuerzas armadas. Al respecto, Nicolás Rodríguez Bautista, en 1993, expresa: “La experiencia acumulada nos demuestra que uno de los elementos forjadores de la actividad revolucionaria es la represión”¹⁷³.

De esta manera, lo primero por destacar en la estructura organizativa de los orígenes del Ejército de Liberación Nacional es la confluencia de diversos actores (campesinos, estudiantes, obreros, sindicalistas, intelectuales) y de diversas luchas sociales y políticas, que entraron a nutrir el surgimiento de este grupo, en cuyos inicios se definió a sí mismo como una guerrilla que luchaba junto al pueblo por la liberación nacional. Asumió la tradición foquista¹⁷⁴, que lo llevó a privilegiar la acción militar frente a la política, y así se distanció de las luchas sociales, por considerar que la lucha reivindicativa distraía a las masas del objetivo estratégico, que era la toma del poder.

¹⁷³ Entrevista realizada a Nicolás Rodríguez Bautista en 1993 y publicada en la página Web del ELN.

¹⁷⁴ El foquismo es una teoría revolucionaria inspirada por Ernesto “Che” Guevara y desarrollada por Regys Debray.] postuló que la experiencia de la Revolución Cubana demostraba que cuando las condiciones subjetivas no son suficientes para que las masas lleven adelante la revolución socialista, un pequeño foco que iniciara acciones típicas de la guerra de guerrillas podría lograr con relativa rapidez que la revolución se expandiera, obteniendo así el levantamiento de las masas y el derrocamiento del régimen. El “Che” consideraba válidas estas consideraciones, principalmente para los países atrasados, y sostenía que los “focos” debían tomar como base social al campesinado.

La opción por este tipo de estrategia implicó políticamente que no era necesario esperar a que las condiciones estuvieran dadas para un proceso revolucionario, sino que era necesario crearlas a través de la acción de un grupo de revolucionarios que las precipitara.

En segundo lugar, la estructura del ELN ha sido descrita como un centralismo democrático de forma jerárquica piramidal y de carácter político militar (Aguilera, 2006; Vargas, 2006; Hernández, 1998). De acuerdo con su estrategia foquista, no era necesario separar la organización política (partido) de la militar (ejército); por el contrario, las personas que la conforman deben estar en los dos campos (militar y político). De acuerdo con su origen rural, existió una subordinación de la militancia urbana a la guerrilla rural. Los militantes urbanos —y las militantes— eran sólo un suplemento logístico y tenían como funciones principales “formar dirigentes”, ofrecer apoyo logístico y conseguir recursos para asegurar el crecimiento de la guerrilla rural¹⁷⁵.

El ELN se configura con una estructura piramidal, con la dirección de Fabio Vásquez Castaño, quien era considerado comandante militar y orientador político¹⁷⁶. La

¹⁷⁵ En la entrevista realizada a uno de los dirigentes más antiguos del ELN y publicada en su página Web, describe el inicio del Ejército de Liberación Nacional de esta manera: “En ese momento las condiciones de la guerrilla no eran de pobreza, sino de extrema pobreza, realmente no había ni cinco centavos, no había nada. Nosotros conocimos los fusiles porque Fabio los pintaba en el tablero y luego los hacíamos de palo; pero esa situación se pudo superar por el heroísmo, por la valentía, por el tesón, por las motivaciones, por la esperanza, por el romanticismo de quienes iniciamos la lucha; y a nivel social, político, material, porque la masa respaldó plenamente el proyecto... ¿qué tanto lo compartían? ¿qué tanto lo conocían?, la gente tenía la experiencia de la violencia, el acumulado y el acervo revolucionario del MRL, que así su conducción fuera para otro lado la motivó con mensajes de rebeldía, de igualdad. Es decir, por un lado había una serie de razones históricas, y por el otro, a las personas no se les olvidaba que el ejército y la policía eran sus enemigos, por eso los campesinos nos apoyaron sin ninguna resistencia, ellos son solidarios con alguien que es perseguido por sus enemigos, sin lugar a dudas éstos son rasgos de clase, políticos, de tipo ideológico, así sean primarios pero una cosa ciega no es”.

¹⁷⁶ Uno de los dirigentes más antiguos de la organización describe esta época de la siguiente manera: “[...] En la base guerrillera no existían elementos de cuestionamiento, ni sabíamos hasta dónde podíamos ir en los aportes, porque no teníamos claro estas cosas de lo que son los principios leninistas de organización y para ese momento los deberes y derechos de los combatientes estaban más inscritos dentro de asuntos disciplinarios particularmente, no se tenía el nivel para entender lo que era la plenitud de la vida política, por esto las cosas andaban lento en lo relacionado con la participación de la base. Nosotros entendíamos como normal que hubiera un primer jefe y un segundo al mando, no teníamos el manejo de lo que significaba una dirección política y dirección colectiva. La organización se asumía como una estructura de ejército, donde había una base y un Estado Mayor, no se hablaba en ese momento de la dirección colectiva sino del Estado Mayor. También ése era un tema de discusión, pero no conocí hacia dónde marchaban las reflexiones...” Entrevista realizada a Nicolás Rodríguez Bautista en 1993 y publicada en la página Web del ELN.

centralización del poder en una sola persona ocasionó problemas de autoritarismo, como bien lo expresa Nicolás Rodríguez en la entrevista ya citada. Los conflictos ideológicos y políticos se resolvían de manera disciplinar y no como diferencias de carácter político e ideológico.

Sin embargo, como también lo expresa Nicolás Rodríguez, fue en esa época cuando se dieron procesos significativos para la organización: “se comienza a teorizar sobre la práctica guerrillera y se ve la necesidad de expresar públicamente el pensamiento político más allá de la acción diaria y concreta de la organización”. De esta manera se consolidan los Principios Programáticos del ELN, recogidos en el manifiesto de Simacota¹⁷⁷, el cual, en su primer punto, plantea la toma del poder para las clases populares, y la instauración de un gobierno democrático y popular que liberara al país de “los monopolios internacionales y de la oligarquía criolla, y que garantizara la plena igualdad del pueblo, incluyendo de manera explícita la concesión de todos los derechos a las mujeres” (Hernández, 1998: 71). En este sentido, y de acuerdo con los planteamientos del programa de Simicota, este actor político, en su búsqueda de cambio social, consideró que el logro en la equidad de género sería alcanzado una vez se instaurara un nuevo tipo de sociedad.

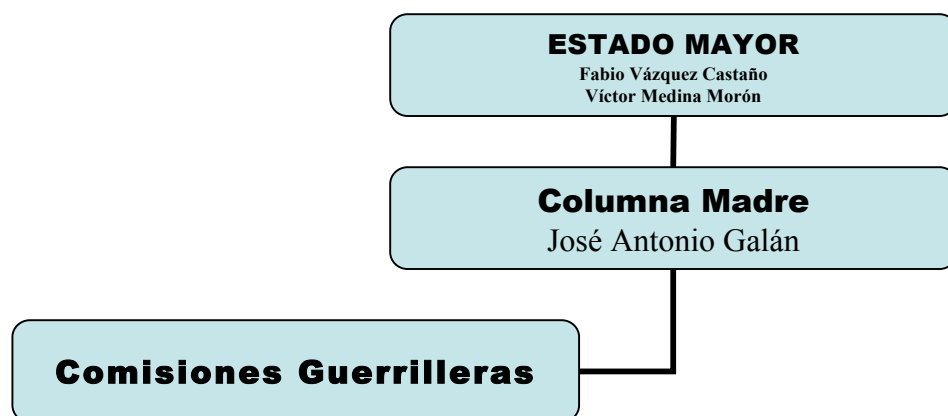
La nueva sociedad sería alcanzada a través de un proceso revolucionario. Acorde con este fin, en la primera etapa la estructura organizativa estaba fundamentada en una lógica eminentemente militar. Nicolás Rodríguez Bautista (dirigente del ELN) expresa que eran un grupo de hombres que buscaban hacer la revolución mediante la vía armada.

Aunque en esta primera etapa la estructura organizativa y el objetivo favorecían la acción militar a modo de ejército, hubo participación de mujeres, así ellas hayan sido poco reconocidas en las diferentes reseñas históricas del grupo insurgente. Milton Hernández (1998) relata que en la época de surgimiento se vincularon hombres y mujeres, y destaca la participación de “Mariela” en la toma a Simacota. Ella es

¹⁷⁷ Ver parte del contenido del manifiesto en el capítulo 4 de este mismo trabajo.

reconocida como la primera mujer militante en el ELN. Sin embargo, tanto hombres como mujeres mayores manifestaron en las entrevistas que la participación de mujeres en esta etapa fue escasa. Este dato coincide con investigaciones realizadas en otros contextos de América Latina, como El Salvador y Nicaragua, en los que investigadores como Timothy Wickham-Crowley (1992) señalan que, en sus inicios, en los campamentos de las guerrillas salvadoreñas y nicaragüenses había muy pocas mujeres, y en las guerrillas cubanas solamente un 5% de los participantes eran mujeres (1992:21).

En tercer lugar, la organización se extendió por expansión y penetración territorial. Un centro controlaba, estimulaba y dirigía el avance hacia la periferia; este tipo de esquema se conserva hasta la actualidad, y difiere del desarrollo por difusión territorial, es decir, el “producido por generación espontánea que se da cuando son las élites las que se constituyen en agrupaciones políticas locales que después se integran a nivel nacional”¹⁷⁸. No se conoce que el Ejército de Liberación Nacional haya tenido apoyo de grupos externos para su proceso de conformación y consolidación. En el siguiente esquema graficamos la estructura organizativa del primer periodo (1964-1974)¹⁷⁹:



Aunque, como vemos en el diagrama, la estructura inicial es significativamente

¹⁷⁸ De acuerdo con Ferro y Uribe, las FARC también crecieron y se expandieron siguiendo este mismo modelo; diferente es el caso de las Autodefensas Unidas de Colombia, que desde la perspectiva de estos dos investigadores es un ejemplo de difusión territorial, forma de construcción organizativa que presenta mayores dificultades para consolidar liderazgos estables.

¹⁷⁹ De acuerdo con datos obtenidos en el trabajo de campo.

jerárquica, y fue concebida así para facilitar la acción militar y llegar a la toma del poder, la participación de las mujeres fue importante tanto en la militancia propiamente dicha como en la logística. De esta manera se constituyó la lógica de opuestos a la que aludimos en el argumento precedente. Desde la militancia en la organización (pertenencia al ejército) se subvierten los roles de género a partir del momento en que una mujer ingresa y participa de la lucha armada. Como bien lo sabemos, éstos han sido espacios de privilegio masculino, tal como ocurrió con esta organización.

La inclusión de las mujeres en estos grupos, y específicamente en esta etapa, ocurrió de manera limitada en lo militar. En lo logístico, su participación fue destacada, especialmente en los frentes de apoyo que se encontraban en las ciudades. Eran ellas quienes se ocupaban de la mensajería, la atención a los heridos, etc. Consideramos que no por ello dejaron de desempeñar un papel importante en el mantenimiento y la expansión de estos grupos. Sin embargo, a partir de ninguno de estos dos espacios, ni desde la conservación de los roles o la subversión de los mismos, podemos decir que hubo modificación en las relaciones de poder entre hombres y mujeres. Todo lo contrario, la estructura jerárquica facilita que sean los hombres quienes toman las principales decisiones y que las mujeres contribuyan a su realización y ejecución. En palabras de algunas de las mujeres entrevistadas, son ellas las que “dinamizan las estructuras organizativas, las que las hacen más humanas y menos rígidas”. Valoran su función logística:

“yo nunca he empuñado un arma, pero cuando burlo los retenes militares para llevar la correspondencia siento que les he ganado una batalla” [ACGM16C1, líneas 540-543].

En términos más explícitos, queremos decir que, si bien es cierto, en esta etapa hay pocas mujeres participando en calidad de militantes rurales, y con su participación subvierten sus roles tradicionales de género, también lo es que la participación de mujeres también se da en el área urbana, sólo que desde este lugar su inclusión no subvierte sus roles tradicionales, porque sus funciones fueron fundamentalmente de apoyo logístico. Estas relaciones, desde nuestra perspectiva, son acordes con el objetivo y la estructura organizativa. Este argumento también nos lleva a reafirmar

que es en esa lógica de opuestos en la que han girado las relaciones de hombres y mujeres en este actor colectivo.

7.1.2 Segundo periodo: etapa de crisis¹⁸⁰

El segundo periodo está representado fundamentalmente por la crisis del ELN después de su surgimiento. Esta etapa fue ampliamente descrita en otro apartado de este trabajo, y por tanto aquí sólo nos referiremos a algunos aspectos considerados claves.

Entre los factores señalados por los historiadores como causas de la crisis que vivió el ELN a inicios de los setenta (cuyo detonante fue la operación Anorí, en la que el Ejército Nacional prácticamente arrasó con el grupo insurgente), se encuentra precisamente su estructura organizativa centralizada, lo que acarreó la concentración del poder en Fabio Vásquez Castaño. La centralización del poder se extendía a través de todas las estructuras de mando de la organización, lo cual influyó para que los conflictos, especialmente los ideológico-políticos, se tramitaran a través de la vía disciplinar, en la que estaba contemplado el fusilamiento para quienes, al interior de la organización, cometían faltas calificadas como graves. Es así como en las primeras etapas se dan varias ejecuciones, especialmente de hombres. No tenemos datos sobre ejecución de mujeres por faltas disciplinarias. Actualmente, este tipo de actos son valorados, por los integrantes de la organización, como errores que se cometieron en un proceso y un contexto específicos de la organización, que deben ser superados y no repetidos.

La estructura organizativa centralizada, la estrategia foquista, el privilegio a la acción armada sobre la política, la separación de los procesos de masas, entre otros, llevaron a críticas, desencantos y renuncias. Entre estas últimas, se encuentra la de Fabio Vásquez (en 1975) quien, a pesar de su práctica autoritaria, era una figura cohesionadora¹⁸¹. Surgen las divisiones al interior de la organización, y en este contexto aparece al interior del ELN el “sector del replanteamiento”, que cuestionaba

¹⁸⁰ Algunos analistas ubican esta etapa entre 1975 y 1981, mientras que los actores la ubican entre 1978 y 1982.

¹⁸¹ De acuerdo con documentos, las prácticas autoritarias fueron descritas como el privilegio a aspectos disciplinares rígidos, a una excesiva jerarquía y concentración de poder y liderazgo.

fuertemente la estrategia, la estructura organizativa, el privilegio de la acción armada frente a la política y la legitimidad y absolutización de la lucha armada en la búsqueda de un cambio social. Es así como por primera vez se piensa en la búsqueda de una salida política al conflicto interno, y de esta manera el Ejército de Liberación Nacional se convierte en el grupo insurgente colombiano pionero en este sentido. Insistimos en que en ninguno de los procesos las mujeres han sido representantes de la organización.

Lo fundamental de este segundo periodo son los factores por los cuales este grupo insurgente entra en crisis y a su vez en una profunda reconfiguración, en la que se radicaliza su discurso político, todo lo cual la lleva a transitar de una organización con tinte nacionalista a una organización de inspiración marxista-leninista. En este proceso es importante destacar el inicio de un cuestionamiento constante sobre el privilegio o no de la acción armada como acción política y como medio para el logro de un fin.

En cuanto a la estructura organizativa, los datos obtenidos de fuentes primarias y documentales no nos permiten graficar un organigrama que dé cuenta de la etapa de crisis. Desde nuestra perspectiva, consideramos que la recomposición se da a finales de los años setenta, cuando se inicia el proceso de reconstitución. Tampoco tenemos datos para sustentar la participación de las mujeres en esta etapa. Como ya lo planteamos, en el inicio de la organización las mujeres que participaron como militantes y combatientes fueron pocas y estuvieron totalmente ausentes de los cargos de poder; su participación más destacada estuvo, nuevamente, en aspectos logísticos (correspondencia, traslado de armamento, atención a las personas que llegaban a la cárcel, etc.), participación que indudablemente contribuyó a la recomposición de la organización, más aún si tenemos en cuenta que en las ciudades el impacto de la crisis fue menor y que el tipo de funciones descritas facilitaba el ingreso de mujeres a las “filas insurgentes”. Aparte de lo logístico, no se reconoce una participación significativa de las mujeres en lo político ni en lo militar de la organización. Por tanto, continuamos con las mismas lógicas relacionales descritas en la etapa anterior.

Varios factores influyeron para que las mujeres no ingresaran de manera significativa en estos grupos armados: a) su condición de guerrilla sin asentamiento en territorios definidos implicaba que el ingreso en estos grupos equivalía a una ruptura significativa con el entorno familiar, comunitario, etc., condición para la que no estaban preparadas las mujeres de la época, b) eran grupos que privilegiaban la conformación de ejércitos, por tanto, para las mujeres no eran “lugares atractivos”, pues seguían organizándose como espacios netamente masculinos, y ellas se reunían más en organizaciones informales (eclesiales, vecinales, etc.), c) los hombres buscaban sus compañeras afectivas por fuera de las filas insurgentes. En este último sentido, el ELN marca significativa diferencia con las FARC: mientras las últimas se constituyeron a partir de un grupo de 48 familias, el Ejército de Liberación Nacional se formó a partir de un grupo de 18 hombres. Este factor también influye en la poca participación femenina, en términos de militancia propiamente dicha, en el inicio de este grupo insurgente.

7.1.3 Tercer periodo: recomposición y afianzamiento

En esta etapa se da un proceso de recomposición significativa de la organización, tanto en su estructura como en sus objetivos, que busca superar las causas internas y externas que llevaron a la “casi” extinción de este actor¹⁸².

En los primeros tiempos de superación de la crisis —de acuerdo con los planteamientos de Alejo Vargas (2006)— convergen distintas estructuras organizativas, rurales y urbanas. Dichas organizaciones se reconocían a sí mismas como pertenecientes al Ejército de Liberación Nacional, aun cuando orgánicamente no lo fueran o no lo hubieran sido. Al hermanarse con la organización compartían explícitamente referentes simbólicos comunes, lo cual llevó a estas organizaciones a rechazar las estructuras internas del Ejército de Liberación Nacional —que, a su juicio, eran jerárquicas y autoritarias y habían influido en la crisis—. Aunque éste era el planteamiento de unos sectores, otras fracciones reivindicaban la necesidad de recuperar esos elementos estructurales (jerarquía y autoritarismo) como factores de

¹⁸² Los líderes en esta época fueron Manuel Pérez (sacerdote español) y Nicolás Rodríguez.

identidad. Sin embargo, se dio un proceso de modificación que buscaba superar los siguientes aspectos:

- a) En primer lugar, la concentración del poder, por lo cual se configuran instancias colegiadas para la toma de decisiones. De acuerdo con los planteamientos de Alejo Vargas (2006), esto contribuyó a que el ELN se convirtiera en una organización lenta y pesada para la toma de decisiones, que deben colectivizarse para garantizar la unidad. La estructura interna se torna a su vez en altamente federalizada, poliárquica y regionalizada, debido a que el poder no se concentra en un solo estamento, sino que realmente se encuentra en los frentes regionales. Desde nuestra perspectiva, éste es un factor que ha favorecido el mantenimiento de la organización, afirmación que sustentamos mediante dos argumentos: primero, la gran mayoría de frentes del ELN están conformados por hombres y mujeres de la región en la que se encuentra cada frente, lo cual hace que permanezcan con cercanías culturales y afectivas. De esta manera, el ingreso a la insurgencia no representa —al menos en el inicio de la militancia— rupturas significativas. Segundo, en la medida en que la estructura procura la participación de los militantes hombres y mujeres, rurales y urbanos, permite que se construya un sentimiento generalizado de contribución a la construcción continua de la organización, y de esta manera genera un sentimiento de pertenencia y de edificación continua.
- b) En segundo lugar, para acercarse a los procesos de organización social —de los que esta agrupación se había distanciado en su primera etapa— se inicia el tránsito de una guerrilla móvil hacia una tendencia de mayor arraigo regional, lo cual permitiría “insertarse en nichos sociales de apoyo” (Vargas, 2006: 243). En esta búsqueda aparecen los frentes guerrilleros como estructuras político-militares, que debían hacer trabajo político en las regiones donde se localizaban y delimitar las acciones militares de acuerdo con las dinámicas de dichas

regiones¹⁸³. Paralelamente a los frentes de guerra se crea la llamada línea de masas para impulsar la iniciativa de poder popular, iniciativa que se consolidó en el II Congreso, realizado en noviembre de 1989¹⁸⁴.

El arraigo regional también favoreció la construcción de “elementos de identidad socioeconómica y cultural en micro regiones tales como la región de frontera, la cafetera, la minera, el Magdalena Medio, Arauca, Boyacá y Casanare” (Vargas, 2006: 245)¹⁸⁵. En concordancia con estos aspectos, el Ejército de Liberación Nacional pasó de “priorizar la toma del poder nacional” a resaltar la importancia de la construcción de poderes locales y regionales (donde consideran que han tenido sus mayores logros), lo cual no significó el abandono de la perspectiva nacional.

- c) Debido a que había un mayor arraigo regional, a nivel organizativo se crean las compañías. Desde nuestra perspectiva, éstos son organismos militares más pequeños que los frentes de guerra, cuya función ha sido contribuir a la movilidad entre los frentes, los cuales, de acuerdo con las modificaciones estructurales, tendrían más presencia en las regiones.

Si bien es cierto que los cambios organizativos de esta etapa permiten la “superación” de los problemas internos, y se transita hacia una estructura que ya no sólo prioriza la acción militar sino también la política, desde nuestra

¹⁸³ “[El frente] es la estructura base en un área rural y suburbana determinada, para conducir política y militarmente el movimiento social en la confrontación con el poder burgués, en procura de convertirla en un factor de poder real. El frente debe gestar un proyecto de poder popular en el espacio geográfico de su trabajo, llevar la conciencia de clase a las masas y conducirlas a lucha política y militar y contra el sistema; dirigir, promover y encausar todos los aspectos de la lucha de clases; preparar y desarrollar la guerra, organizar la producción y demás actividades sociales desde una mentalidad de guerra y con voluntad de ser poder” (Conclusiones del II congreso, Ediciones Colombia Viva, 1990).

¹⁸⁴ “El objetivo central de la línea de masas es el desarrollo del Poder Popular, teniendo presente, en primer lugar, que se desarrolla en las condiciones de la guerra. Sostenemos que el Poder Popular tiene su expresión más elevada en la destrucción del Viejo Estado y la configuración del nuevo, pero igualmente afirmamos que es indispensable desarrollar desde ya la vocación del poder de las masas, construyendo formas propias y autónomas organizativas y creando formas de auto-gobierno, en directa relación con la construcción de bases revolucionarias, avanzando en fortalecer la nueva legitimidad mientras se erosiona la legitimidad oligárquica” (Conclusiones del II congreso, Ediciones Colombia Viva, 1990).

¹⁸⁵ Es importante resaltar la coincidencia entre este aspecto y la construcción de sentido que hacen algunos hombres y mujeres entrevistados para esta investigación, sobre la importancia de la dimensión cultural para el trabajo con la gente en las distintas regiones del país.

perspectiva, aunque se intentan superar algunos problemas con una “nueva organización”, ésta sigue siendo jerárquica y generizada. Esta afirmación la sustentamos a partir de las distintas partes que componen la estructura, pues si bien estas partes se interrelacionan unas con otras y se retroalimentan, es evidente que sigue existiendo un organismo que está por encima de los demás, y que según la historia de la organización, ha sido detentado por hombres.

Es en esta época, en la que de acuerdo con las entrevistas y con los datos secundarios ocurre un ingreso significativo de mujeres tanto en el ámbito rural como en el urbano, ellas comienzan a estar en lugares militares y políticos, y logran incluso llegar a lugares de decisión en ambos ámbitos, a la vez que son esposas, compañeras y madres de los hombres militantes. Aunque en este periodo logran ubicarse en lugares de mando medio, ya sean políticos o militares, no llegan al comando central (COCE).

El aumento en el ingreso de mujeres en esta etapa se debe a varios factores:

- **Ideológicos y organizacionales:** la difusión de la teología de la liberación trajo consigo el crecimiento de grupos religiosos y seculares de autoayuda, los cuales se convirtieron —en ocasiones— en redes informales para el ingreso a los grupos insurgentes, especialmente al ELN. Esto también implicó cambios en los métodos y en las estructuras guerrilleras, tales como pasar de la estrategia netamente militar a una política militar y al trabajo organizativo con las comunidades. De esta manera, se implementan dos procesos: la socialización política del proyecto sobre el cual se instaura la organización, y a su vez la organización “se nutre” de los procesos, desafíos y replanteamientos que diferentes sectores de la sociedad hacen a la organización.
- **Factores políticos:** la respuesta gubernamental a las organizaciones informales y a los grupos de autoayuda fue a menudo de significativa represión, lo cual contribuyó a que las mujeres, en defensa propia, decidieran ingresar a la clandestinidad que les ofrecían los grupos insurgentes, en los que encontraron

grupos de inclusión, así como la posibilidad de desarrollar nuevas habilidades y nuevos resentimientos.

- En las mujeres, especialmente en las rurales, influyeron **tradiciones familiares autoritarias**, abuso y violencia intrafamiliar, múltiples carencias que encontraban algún tipo de salida con el ingreso a estas organizaciones.

En este orden de ideas es necesario destacar que, con la consolidación y expansión del Ejército de Liberación Nacional, se incrementa considerablemente el ingreso de mujeres a las filas insurgentes, quienes se vinculan en diversos lugares y procesos organizativos intermedios: estudiantiles, sindicales, eclesiales. Así como hubo una considerable incorporación de sacerdotes, también ingresaron monjas a este grupo. No podemos dejar de mencionar que es en esta época cuando ocurren una serie de cambios en la Iglesia católica, que empezaron a gestarse a finales de los años sesenta. Al interior de la Iglesia, el desarrollo de la teología de la liberación promovió la organización social en general y la organización de las mujeres en particular¹⁸⁶. De igual manera, en Colombia se vivió una de las épocas de mayor represión a la protesta social, a través del estatuto de seguridad implantado durante el gobierno de Julio César Turbay Ayala¹⁸⁷, lo cual “empujó” no sólo a mujeres, sino también a hombres, a unirse a la insurgencia a muy temprana edad.

Como lo han demostrado otras investigaciones, la represión influye en la formación de grupos radicales (Della Porta, 1995). Es la dimensión personal la que puede explicar por qué esos cambios en el contexto social, en el macro-nivel, convirtieron a ciertas mujeres y a ciertos hombres en militantes de los grupos insurgentes.

¹⁸⁶ Sobre teología de la liberación y política en América Latina, ver: Boff, Leonardo (1985), *Church: Charism and Power, Liberation Theology and The Institutional Church*, Nueva York, Crossroad. Booth, John (1985), *The End and the Beginning: The Nicaraguan Revolution*, Boulder, Colo., Westview Press.

¹⁸⁷ El “estatuto de seguridad” consistió en un conjunto de medidas represivas que generó la persecución o el exilio de disidentes e intelectuales, incluyendo al escritor Gabriel García Márquez, quien pidió asilo en México tras ser advertido de que iba a ser detenido.

Pese a la modificación de las estructuras y a una “dinámica democrática” al interior de la organización, las lógicas relacionales sufrieron pocas modificaciones. Aunque mujeres y hombres podían ubicarse a lo largo de los distintos estamentos que componían el ELN, las relaciones de género se movían entre el cambio en términos de roles y la permanencia en las relaciones de poder. En la medida en que la participación de las mujeres comenzó a aumentar, simultáneamente se colonizaban algunos aspectos propios de ellas, como la maternidad, que se comenzó a regular desde la normatividad de la organización. Para ser madres fue necesario empezar a pedir autorización al Comando Central. De esta manera se consolida una organización con el siguiente esquema:

La máxima instancia de la organización es el congreso. Entre la realización de un congreso y otro, el máximo organismo es la Dirección Nacional (DN), elegida por el congreso, que también elige, de la Dirección Nacional, el Comando Central (COCE) de 5 miembros, que son la máxima dirección de la organización, entre pleno y pleno de la dirección y entre congreso y congreso. Después de la Dirección Nacional están las Direcciones de Frentes de Guerra, que son ocho: Norte, Nororiente, Oriente, Darío Ramírez Castro, Central, Occidental, Sur-occidental y Urbano. Cada frente de guerra está compuesto por varias estructuras de frentes guerrilleros y compañías; algunos tienen 3, 4 o 6 frentes guerrilleros, así como varias compañías. Existe un Estado Mayor Nacional, como máxima instancia militar, y estados mayores regionales que son la conducción militar de la organización; de ellos hacen parte los responsables militares de los frentes y los primeros mandos de las compañías. El Estado Mayor Nacional está conformado por miembros de la DN y los responsables militares de los Frentes de Guerra. Existen también equipos auxiliares de masas, ideológicos y de logística, en las regiones¹⁸⁸.

En todos los organismos de las estructuras hay mujeres; sin embargo, insistimos en que no se ubican en lugares destacados de liderazgo, lo cual constituye una paradoja en el siguiente sentido: aunque se subvierten los roles de género, desde el momento en

¹⁸⁸ La fuente de estos datos es primaria. El diagrama se construyó con base en las entrevistas de hombres y mujeres, realizadas durante el trabajo de campo entre enero de 2004 y enero de 2007.

que se ingresa a este tipo de organización no se modifican las relaciones de género (aspecto que desarrollaremos en otro apartado), lo cual nos sugiere un primer interrogante: ¿cómo opera el género en la construcción de organización?

Como organización político-militar, el ELN tiene organismos en las dos instancias:

Organismos con **énfasis político:**

- Comando Central (COCE)
- Dirección Nacional
- Dirección de Frente de Guerra
- Dirección de frente guerrillero - Compañías.

En cuanto a **lo militar:**

- Estado Mayor Nacional
- Estado Mayor Regional
- Compañías.

A continuación se presenta un cuadro que resume el esquema organizativo del ELN.

CONGRESO

Ésta es la reunión más grande que se realiza y a ella asisten los delegados de todas las estructuras a nivel nacional. En el congreso se define el rumbo de la organización por un periodo de tiempo, es decir, se instituye la táctica y la estrategia. Es la máxima instancia de toma de decisiones. Antes de llegar a este espacio se hacen encuentros y discusiones en todas las regiones sobre temas que se definen previamente, y los miembros que asisten al congreso deben llevar los resultados de los debates, consensos y puntos de discusión que se han generado en las diversas zonas. Así se construyen los consensos y se abordan los disensos.



Dirección Nacional

Es elegida por el Congreso en pleno, generalmente se elige una Dirección Nacional por cada Frente de Guerra. Los miembros de esta Dirección Nacional se reúnen cada determinado tiempo, o cada que sea necesario. A estas reuniones se les denomina **Plenos**.



De la DN se
elige el CC

Comando Central

En el Congreso, se eligen los miembros del Comando Central, que son 5. Estos 5 miembros son elegidos entre todos los miembros de la Dirección Nacional. Entre pleno y pleno de la DN y entre Congreso y Congreso, el Comando Central es la máxima instancia de dirección de la organización.



Direcciones de Frente de Guerra

Un Frente de Guerra incluye una gran área del territorio nacional. Concentran varios departamentos bajo estos frentes: NORTE, NORORIENTE, ORIENTE, DARIO RAMIREZ CASTRO, CENTRAL, OCCIDENTAL, SUROCCIDENTAL, URBANO. Por ejemplo, el Frente de Guerra Suroccidental agrupa a Nariño, Cauca, Valle.



Direcciones de Frente de Guerra

Un Frente de Guerra puede llegar a tener 3, 4, 5 o 6 frentes guerrilleros, y así mismo varias compañías. No existe un número predeterminado de frentes o compañías, depende de los desarrollos propios de cada Frente de Guerra.



Frente Guerrillero

Un frente de guerra se compone de varias estructuras, por ejemplo, de Frentes Guerrilleros. El Frente de Guerra Suroccidental tiene los frentes Comuneros del Sur, Manuel Vásquez Castaño, José María Becerra, Frente Urbano Omaira Montoya Henao, etc. Un frente tiene sus propias líneas de mando tanto militares como políticos, es decir, un frente debe tener un responsable militar y un responsable político.



Estado Mayor Regional

Son organismos de la conducción militar de la organización y de ellos forman parte los responsables militares de los frentes y los primeros en la línea de mando de las compañías.



Compañías

Un Frente de Guerra puede tener, además de Frentes Partisanos, varias compañías (su nivel de operatividad está centrado en lo militar). Sus miembros son seleccionados de cada frente. Pueden existir varias compañías por cada Frente de Guerra. Estas compañías tienen también sus líneas de mando, y su acción es básicamente en términos militares. A los primeros responsables se les llama *primera línea de mando*.



Estado Mayor Nacional

Máxima instancia militar que se conforma por miembros de la Dirección Nacional y por los responsables de los Frentes de Guerra

7.1.4 Cuarto periodo: expansión y mantenimiento

Esta etapa la asumimos en concordancia con la periodización que han elaborado los investigadores, analistas y los mismos actores, y comprende aproximadamente desde mediados de los noventa —especialmente a partir de la propuesta de Convención Nacional, realizada el 2 de febrero de 1996 (descrita en el capítulo 4 de este trabajo)— hasta el año 2007. De este periodo es importante destacar la intención de reconstrucción de esta organización con el fin de relacionarse con otros actores políticos y sociales, de tal manera que permita consolidar un proyecto de nación. Su estrategia consistía en:

Generar una dinámica para dialogar con la nación, sin intermediación de ningún tipo, para que se rompan las mordazas que la prensa, la radio, la televisión le han puesto a la opinión e ideas de la insurgencia [...]. Tenemos que ingeniarnos la forma para vernos, no cerrarnos ninguna posibilidad de encuentro. Este diálogo con la nación lo iremos desarrollando en reuniones públicas y secretas en nuestro territorio de influencia, en esas regiones donde también construimos patria. El espacio internacional será otro escenario para abonar esfuerzos de la Comunidad Internacional en este proceso. Hablando con los movimientos y partidos políticos, con las organizaciones sociales, con los sindicatos, las iglesias, la Comisión Nacional de Conciliación, con los gremios y personalidades, le daremos forma a esta gran convocatoria nacional que nosotros llamamos Convención Nacional¹⁸⁹.

Con la realización de la Convención Nacional se buscaba:

Elaborar las bases de un acuerdo político de reformas, transformaciones sociales, con miras a la democratización del Estado y de la sociedad. Su desarrollo se hará a través de los mecanismos que sean indispensables de orden administrativo o legislativo, e incluso a través de la organización de una Asamblea Nacional Constituyente (Idem).

La Propuesta de Convención Nacional tuvo eco en algunos sectores del “controvertido gobierno Samper”¹⁹⁰, y se llegó incluso a un preacuerdo. Después del encuentro de

¹⁸⁹ Oficina del Alto comisionado para la Paz, *Paz integral y diálogo útil*, tomo III. Documentos del Gobierno Nacional y de los Grupos Guerrilleros, agosto 1995- agosto 1996, Bogotá.

¹⁹⁰ Presidente de Colombia entre 1994 y 1998. En 1995 fue acusado de haber utilizado dinero procedente del narcotráfico para financiar su campaña electoral. Se inició un proceso judicial, conocido como proceso 8.000. A diferencia de otros países, donde es una alta corte quien juzga al presidente, en Colombia el juez natural del Primer Mandatario es el Congreso. De tal forma, el Presidente Samper fue exonerado por el Congreso de la República de todos los cargos formulados, en una dudosa decisión. Adicionalmente, su ministro de defensa y el ex tesorero de la campaña, Fernando Botero Zea y Santiago Medina, respectivamente, fueron encarcelados y posteriormente juzgados por haber sido los autores de los delitos de lavados de activos y hurto agravado. Sin embargo, se ha documentado totalmente que dineros ilícitos de diversos carteles de la droga financiaron la campaña de Samper. Para mayor profundidad ver: Gutiérrez Sanín, Francisco (2006), “La criminalización de la

Maguncia (Alemania)¹⁹¹, se nombró un comité conformado por algunas personalidades¹⁹² para que se iniciara la construcción de la agenda y se precisaran aspectos metodológicos para la realización de la Convención Nacional, que se consolidó como una estrategia de negociación a mediano plazo. Después de acordada la agenda en la reunión de Río Verde (departamento de Antioquia), el Ejército de Liberación Nacional origina una terrible tragedia al dinamitar el Oleoducto Colombia, en la que mueren un centenar de personas¹⁹³. Esto acarreó como consecuencia un profundo rechazo de la sociedad colombiana y del grupo de personas que acompañaban la iniciativa de la Convención Nacional.

En 1999, el Alto Comisionado para la Paz, Víctor G. Ricardo, y Antonio García, sostienen una reunión en Caracas, en la que no logran trazar ningún acuerdo sobre el sitio y las garantías para la realización de la CN, lo cual hace que el proceso entre en una encrucijada sin salida. Después, nuevamente el grupo insurgente privilegia la vía armada y realiza una serie de “retenciones” (en palabras de los actores) para demostrar su capacidad operativa y así desvirtuar las versiones acerca de su debilitamiento y derrota.

En esta época, a pesar del retorno a la acción armada (representada especialmente por los secuestros masivos) el Ejército de Liberación Nacional ratifica su total deslinde con el narcotráfico y nuevamente insiste en el proceso de acercamiento y negociación para llevar a cabo la Convención Nacional. De esta manera transcurre lo que va

política. Reconsiderando las expresiones regionales”, en: *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia 1958-2002*, Bogotá, Norma.

¹⁹¹ La característica de los diálogos de Maguncia (Alemania) fue el acercamiento entre el ELN y los empresarios colombianos para la humanización del conflicto; así, el grupo insurgente se comprometería a no afectar a la población civil con sus acciones, y a no realizar más secuestros.

¹⁹² El comité estaba conformado por Jaime Bernal Cuellar, Ana Teresa Bernal, Nelson Berrío, Jaime Caicedo Turriago, Carlos Gaviria, Hernando Hernández Pardo, Jorge Martínez (s.j.), Alfredo Molano Bravo, Víctor Manuel Moncayo, Samuel Moreno Rojas, Antonio Picón, Sabas Pretel de la Vega, Augusto Ramírez Ocampo, María Isabel Rueda, Francisco Santos y Alejo Vargas Velásquez, además de los miembros del ELN detenidos, Francisco Galán y Felipe Torres.

¹⁹³ El periódico *El País*, de circulación nacional, nueve años después registra la noticia de la siguiente manera: “Nueve años después de la masacre de Machuca, Antioquia, en donde 100 personas murieron calcinadas y 30 más resultaron gravemente heridas, luego de que el Ejército de Liberación Nacional —ELN— detonara una carga explosiva en el oleoducto Cusiana-Coveñas en inmediaciones al corregimiento Machuca del municipio de Segovia (Antioquia), la Corte Suprema de Justicia se pronunció ratificando la condena a 40 años impuesta a la cúpula de esa agrupación guerrillera”. (*El País*, 16 de mayo de 2007).

corrido del siglo XXI, y nuevamente esta organización se enfrenta a otro proceso de acercamiento y diálogos con el gobierno, así como a diversas versiones sobre su debilitamiento, fundamentadas en su “poca” actividad militar, en el conflicto con las FARC y en el ataque de los grupos paramilitares.

Tanto la Convención Nacional como la construcción de poder popular son “iniciativas novedosas”, en un contexto de conflicto y de organizaciones insurgentes que, de acuerdo con análisis semejantes (por ejemplo el de Della Porta), son grupos que tienden a construir intereses comunes hacia el interior de la organización; con estas iniciativas, dicha construcción se expande hacia la participación de otros actores que se encuentran por fuera de la organización. Della Porta, en sus análisis, demuestra cómo a mayor radicalidad y mayor acción violenta en las “underground organizations”, mayor cierre hacia el contexto. En el caso del ELN nos encontramos con un fenómeno contrario: siendo una “underground organization”, con estas iniciativas se abre hacia el contexto.

A partir de los planteamientos de las personas entrevistadas, entre las que se privilegiaron mandos medios, personas de base (militantes y combatientes) y algunos de los dirigentes que actualmente¹⁹⁴ participan en los diálogos preliminares para un eventual proceso de paz, se puede concluir que la estructura organizativa del ELN actualmente continúa como se diagramó en páginas anteriores; sin embargo, queremos destacar el interés por fortalecer el “trabajo de masas” a través de los llamados equipos auxiliares de masas y del “trabajo en zonas urbanas”. Este privilegio nos lleva a pensar nuevamente en una organización que pretende fortalecerse más “hacia fuera” que hacia dentro, y que sin embargo no abandona su condición de vanguardia en los procesos de cambio social, de ahí que su planteamiento constante sea la necesidad de acompañar e indicar el proceso a seguir para lograr acciones que lleven efectivamente a un cambio social, que inicialmente se percibía a partir de la destrucción del orden existente y la implantación de uno nuevo a través de la vía armada, pero que hoy se

¹⁹⁴ Las entrevistas al respecto se hicieron en febrero de 2007.

asume como la construcción de poder en interacción con otros actores, sin perder su lugar protagónico¹⁹⁵.

Las lógicas relacionales, en términos de género, continúan de la misma manera, en lo que aquí hemos denominado *la lógica de opuestos* entre lo tradicional y lo que subvierte el orden de género establecido. Sin embargo, no por ello se constituye en un problema organizativo; por el contrario, permite el mantenimiento de la estructura, porque si bien es cierto que los hombres desarrollan algunas tareas (preparación de alimentos, higiene, etc.) que tradicionalmente han sido asignadas a las mujeres, no pierden su condición de poder. A su vez, las mujeres, aunque no podemos decir que su ingreso en este tipo de estructuras las deja “a salvo” de las relaciones de inequidad, sí tienen la oportunidad de subvertir algunos roles tradicionales de género, relacionados con el trabajo doméstico, con cargos de dirección media (en una estructura organizativa altamente jerarquizada y masculina) que les permiten desarrollar habilidades que han sido consideradas no propias de las mujeres, como la dirección o la formación política, entre otras. Sin embargo, no todas las mujeres que participan en los grupos insurgentes tienen estas posibilidades. Las mujeres de menor rango, generalmente las campesinas, no acceden a lugares jerárquicos en la organización, pese a ello, también modifican algunos de sus roles de género, especialmente los relacionados con la división sexual del trabajo.

7.2 Entre la búsqueda del objetivo y el mantenimiento de la organización

El anterior recorrido nos permite visualizar la manera como los procesos de organización y re-configuración van contribuyendo a la conformación de un actor colectivo, y de qué manera tanto las relaciones de género como las prácticas de género ocupan un lugar importante en este proceso.

¹⁹⁵ En las diversas entrevistas realizadas tanto a hombres como a mujeres, manifiestan que el ELN ha tenido un cambio significativo: “antes éramos muy cerrados, no hacíamos trabajo, sino entre nosotros”. Ahora las discusiones y los debates son sobre la apertura de la organización, que debe ser más flexible, construir con otros, así esos otros no sean de la organización, y deben unirse más a la población en general. Igualmente, de acuerdo con sus relatos, la organización ha venido en un proceso de flexibilización política, pues actualmente aceptan propuestas de personas que no hacen parte del grupo, para así construir con otros.

Como lo hemos planteado en el análisis realizado en las anteriores páginas, el Ejército de Liberación Nacional presenta un proceso de replanteamiento constante, impulsado por procesos internos, relevo generacional y oportunidades y constreñimiento del contexto. Su “movimiento” es de carácter pendular, va y viene entre el privilegio de la acción armada y la acción política. Algunas veces pareciera que el péndulo se detiene en la acción armada, para nuevamente retornar a la búsqueda de una salida política y negociada al conflicto del cual hace parte. No en vano es el grupo insurgente que ha tenido mayor número de acercamientos con los gobiernos nacionales, y que a su vez ha tenido mayor arraigo y acercamiento con los habitantes en sus zonas de influencia (Vargas, 2006; Aguilera, 2006).

El factor decisivo en el proceso de una organización guerrillera es el resultado del desafío militar al Estado (Ryan, 1994). Si este tipo de organizaciones pueden derrotar al gobierno, el resultado será el derrocamiento del régimen, y tal vez se dará una revolución. Si esto no ocurre, puede presentarse una diversidad de posibilidades, en las que se incluye que el objetivo inicial se transforme en el mantenimiento de la organización y del actor colectivo, más allá del fin para el cual fue constituida, es decir, se puede dar la estabilización de su flujo de recursos, el desarrollo de su estructura interna, la moderación de sus objetivos, la “convencionalización” de su repertorio de acción y su integración en sistemas establecidos de mediación de intereses (Kriesi, 1999: 227-228).

En este orden de ideas, el proceso de replanteamiento de la estructura organizativa y de las principales decisiones administrativas y estratégicas que ellos han “moldeado”, nos lleva a plantear que es un grupo que se encuentra en el *proceso* de pasar de una organización como “instrumento para el logro de unos fines” —como fue en sus inicios—, donde lo fundamental era la acción armada para la toma del poder (incluso a costa de las personas que la conformaban y que se habían unido a ella en búsqueda de un ideal), a una organización que ya no se constituye “solamente” como instrumento, sino que tiende a poseer un valor en sí misma, es decir, en términos de

Panebianco (1995), “los fines se han incorporado a la organización y ésta pretende coincidir con sus fines”¹⁹⁶. En otras palabras, queremos señalar que este tipo de organización en la actualidad no está exclusivamente para conseguir su objetivo inicial, sino para mantenerse como organización, para continuar en su proceso de consolidación como actores colectivos; esto es lo que les ha permitido mantenerse y les permitirá continuar.

El anterior argumento lo sustentamos en que la organización ha venido resolviendo una serie de tensiones para reconstituirse y consolidarse más allá de su objetivo inicial: hacer la revolución para llegar a la toma del poder. En este proceso han concurrido diversos aspectos:

- Crean un núcleo de conducción nacional que permite el ejercicio del poder, pero a su vez éste no está concentrado, sino que permite un ejercicio democrático, y así atienden a los múltiples objetivos que pueden coincidir en las organizaciones¹⁹⁷.
- Se organizan internamente y fortalecen sus lazos con las comunidades en buena parte del país, fundando incluso procesos organizativos autogestionados.
- El ingreso de sacerdotes —especialmente Camilo Torres—, monjas y organizaciones cristianas le permitió al ELN ganar legitimidad frente a la población y generar otras formas de vínculo y de metodologías de “trabajo” con las poblaciones en las que se encuentran insertos¹⁹⁸.

¹⁹⁶ Debido a que el análisis que presentamos está en proceso, no es posible plantear a dónde se llegue o en qué tipo de actor político se transforme el ELN. Potencialidad que presentan los análisis históricos.

¹⁹⁷ “Aunque en la realidad, al igual que en los partidos tradicionales colombianos y en muchas organizaciones políticas se pueda presentar al interior del grupo la coexistencia de muchos ELN. Así como existen muchos partidos demócratas en Estados Unidos, o muchos partidos liberales en el liberalismo, realmente lo que se presenta en la organización es una federación de muchas tendencias unidas por un símbolo que remite a sus elementos fundacionales” (Vargas, 2006: 218).

¹⁹⁸ La tradición en este sentido ha sido significativa, hombres y mujeres cristianos de sectores populares hicieron y hacen parte del ELN, a tal punto que en una época existió un frente que se llamaba “el frente de los cristianos”. La discusión sobre este sector se generó a partir del cuestionamiento —si son primero cristianos o elenos— a tal punto que decidieron que debían participar de todas las acciones, porque militan en el ELN. Expresan que aunque tienen identidad cristiana, están por un proyecto político. Consideran que su mayor aporte ha sido el trabajo en Derechos Humanos y las relaciones internacionales que han logrado establecer. Se declaran en contra de la concepción hegemónica de la Iglesia católica y se reconocen como pertenecientes a la teología de la liberación. La Iglesia tradicional ha estado en contra de estas organizaciones eclesiales a tal punto que hoy los procesos sociales no se consolidan alrededor de un templo.

- Definen las dinámicas de cualificación de sus mandos y designan equipos de “diplomáticos” para atender una significativa red de relaciones y contactos. Logran asumir una nueva fase de expansión.
- Tanto la propuesta de construcción de Poder Popular como la de Convención Nacional, permiten plantear un proceso de “apertura” de la organización, relacionado con la construcción de un proyecto con otros actores tanto sociales como políticos, lo cual permite interpretar que la toma del poder y la construcción de ejército propiamente dicha pierden protagonismo, mientras que gana notoriedad una acción política concertada y no impuesta a través de la vía violenta¹⁹⁹.
- Un continuo replanteamiento frente a lo que ellos y ellas valoran como errores y aciertos. En este sentido, han cuestionado la efectividad de los medios de acción violenta²⁰⁰, aceptando que éstos no les han permitido construir legitimidad. En palabras de uno de sus dirigentes:

[...] Nosotros en todo este tiempo lo que hicimos fue remplazar la acción, en este caso de las masas, de la gente, sí, en una acción de tipo militar que en últimas lo que entra a remplazar es precisamente el conjunto. El problema fue que no pudimos hacer legítimo el uso de la fuerza y legítima la guerra, para mí la legitimidad es cuando el otro se compromete con, pero si el otro no se ha comprometido con mi guerra no tiene legitimidad, entonces, yo no quiero decir entonces: ah... que entonces estoy despotricando de la guerra no, no es eso, el problema no es simplista, porque tampoco no es ni mi guerra, sí, porque no puede ser eso, o sea, a mí me parece que eso debe contextualizarse de manera diferente, o sea, el papel del abuso de la violencia el uso de las armas, o sea, yo no niego ni digo que no tenga validez ni nada de eso, porque me parece que ése no es el lugar, sí, sino que la acción legítima es cuando la gente se reconoce en esa acción pero mientras que no se reconozca en esa acción no es legítima (Entrevista realizada en febrero de 2007 a uno de los dirigentes que participa en los últimos diálogos con el gobierno)²⁰¹

En este sentido, tanto los hombres como las mujeres entrevistados coinciden en plantear que el ejercicio de violencia colectiva e individual ha restado legitimidad a la organización y no ha permitido construir procesos con otros actores. A partir de

¹⁹⁹ Al respecto hay una notoria diferencia con la acción de las FARC, quienes cada vez fortalecen más su acción violenta y la construcción de ejército.

²⁰⁰ Al respecto hay ambivalencia en los planteamientos tanto de hombres como de mujeres: los jóvenes plantean que aún es necesario el ejercicio de la violencia colectiva, especialmente por la represión que ejerce el Estado. Sin embargo, dichas acciones no deben afectar a la población civil. Hombres y mujeres adultos mayores expresan que los combates con la fuerza pública son necesarios. Reconocen a su vez que hay acciones que han sido muy desafortunadas, sobre las cuales han reflexionado, pero aún así “siguen siendo muy empíricos en sus formas de acción”.

²⁰¹ Los diálogos exploratorios se suspendieron en noviembre de 2007.

nuestra interpretación, consideramos que en este proceso, además del replanteamiento interno, han influido factores contextuales tanto nacionales como internacionales: con relación al primer escenario, hay un rechazo significativo de la población colombiana a los medios de acción violenta de los grupos insurgentes. Tanto las acciones directas como los efectos colaterales han sido devastadores. En el contexto internacional, además de la condena a los medios de acción violenta, hay una nueva normatividad que considera que este tipo de actos afectan no sólo la seguridad nacional, sino también la internacional, por tanto, actualmente se judicializan en ambos contextos.

En este sentido, argumentamos que los medios de acción violenta no han logrado efectividad y legitimidad, es decir, los medios de acción utilizados no han permitido el logro de los fines propuestos y tampoco son legitimados por las personas a nombre de quien se actúa, lo cual ha ocurrido tanto por factores endógenos de la organización como por factores contextuales, por la renovación generacional de quienes hacen parte de la organización²⁰², y por la relación con otros actores sociales y políticos, cuya acción no admite medios violentos.

Aunque es indudable que en estos aspectos podríamos pensar que se está dando un proceso de afianzamiento organizativo, también lo es que, desde nuestra perspectiva, hay “cuellos de botella” que aún continúan pendientes para el logro de dicho proceso:

- Como lo plantea Vargas (2006), una de las mayores dificultades del ELN son los recursos para mantenerse como organización. Al respecto hay ambivalencia y diversas versiones. Los actores ratifican mantenerse al margen del “negocio” del narcotráfico, mientras algunos medios de comunicación plantean una creciente vinculación. En algunas de las entrevistas se planteó la existencia de ciertos negocios lícitos que les permitían obtener recursos, sin embargo, nuestra información al respecto no nos permite pronunciarnos de manera asertiva²⁰³.

²⁰² En este sentido, encontramos diferencias entre las personas adultas mayores (hombres y mujeres de 50 años o más) y los jóvenes. Los primeros consideran que las acciones violentas siguen teniendo algún nivel de efectividad, mientras que para los jóvenes éstos no tienen razón de ser y deben ser cambiados.

²⁰³ Desde la perspectiva de Panebianco (1995: 107-111), los recursos son un factor fundamental en los procesos de institucionalización de las organizaciones.

- Aún hay dificultades, según nuestra interpretación, en abandonar el lugar de vanguardia en procesos que permitan la convergencia de sinergias con otros actores colectivos²⁰⁴.
- Sigue siendo una organización jerarquizada y generizada, aspectos que no consolidan los valores iniciales de la organización y que tampoco permiten que la organización sea un fin en sí misma, aunque en sus planteamientos actuales se dé prioridad “al hacer con otros”. Retomando los planteamientos de los mismos actores, en uno de sus documentos:

Las formas organizativas tradicionales han perdido fuerza en las nuevas realidades mundiales y nacionales, no son suficientes para responder a las posibilidades organizativas de diversos sectores de la población. Hoy se requiere estimular el ejemplo de otros países en América Latina, donde se viven otras experiencias de organización, como Los Piqueteros en Argentina, Los Cocaleros en Bolivia, Los Sin Tierra en Brasil, las organizaciones de jóvenes, de mujeres, entre otros (Documento: Diálogo 1991-2004. Sexto Pleno de la Dirección Nacional).

Desde nuestra perspectiva, es indudable que el proceso organizativo del ELN ha permitido que este grupo insurgente se haya mantenido y a su vez que quienes han hecho parte de él hayan encontrado incentivos selectivos, que les han permitido mantener la organización (los incentivos serán abordados en otro apartado de este trabajo).

En esta tarea de descripción y análisis, pareciera que el género pierde sentido en términos analíticos, lo cual nos lleva a reiterar la manera como la lógica de opuestos gana sentido para el mantenimiento de la organización, y a su vez en la conformación de un actor colectivo. En este sentido, es importante destacar que, a pesar de la dureza que implica hacer parte de este tipo de organización, las mujeres manifiestan tener una

²⁰⁴ “[...] Nos proponemos ser más pueblo, mejorar significativamente nuestra relación e incidencia en las masas y ayudar a la recuperación de su movimiento y sus luchas, dinamizando las distintas formas de lucha política, promoviendo la extensión de la protesta social y la articulación de la misma a propósitos del nuevo país. Al generarse un movimiento más dinámico en las ciudades, un movimiento de masas más incidente, al ampliarse la lucha y la protesta social y al ser capaces de sumar fuerzas y conseguir la confluencia de amplios sectores que junto con nosotros abracen la búsqueda de unas transformaciones básicas, se construye camino hacia el nuevo país. Por eso, los principales esfuerzos deben ir hacia la lucha política en sus distintas formas, hacia la relación con el pueblo y hacia la lucha social” (Documento: Diálogo 1991-2004. Sexto Pleno de la Dirección Nacional).

experiencia de empoderamiento; esto no ocurre de igual manera para los hombres, y sin embargo las lógicas relacionales les permiten a ellos relativizar algunos aspectos de sus identidades masculinas.

Como lo planteamos al inicio de este capítulo, nuestro interés en lo organizativo se mueve en dos vías, en la primera, analizar los aspectos relacionados con la estructura organizativa y explorar de qué manera éstas han contribuido a la conformación de un actor colectivo; y en segundo lugar nos interesa explorar las vivencias organizativas, es decir, la manera como esas estructuras se viven y se experimentan por quienes hacen parte de ellas. En el siguiente apartado nos ocuparemos del segundo propósito.

7.3 Dinámicas organizativas

En este eje de estudio ubicamos los aspectos que tienen que ver con los modos como esta estructura organizativa es activada, vivida y sentida por quienes hacen parte de ella, de ahí que sea relevante analizar las vivencias de hombres y mujeres. Teniendo en cuenta el tipo de organización, es de primer orden comprender cómo construyen cohesión, si hombres y mujeres se adhieren a un proyecto político o si lo construyen colectivamente. Todos estos aspectos son fundamentales en la comprensión de la construcción de un actor colectivo insurgente.

7.3.1 Vivencias de hombres y mujeres en la organización insurgente ELN

Las vivencias las entendemos, en términos fenomenológicos, como el modo en que las personas perciben y comprenden sus experiencias, en las más variadas situaciones, atribuyéndoles significados que, con mayor o menor intensidad, siempre están acompañadas de algún sentimiento. Las situaciones que alguien vive no poseen significado en sí mismas, sino que adquieren sentido para quien las experimenta, pues se encuentra relacionado con su propia manera de existir. En este orden de ideas, referirnos a las vivencias de hombres y mujeres implica conocer y entender sus experiencias y la manera como éstas son comprendidas por ellos y ellas, como pertenecientes y constructores de este tipo de organización y de actor colectivo.

El carácter de clandestinidad de este tipo de organización contribuye a que quienes hacen parte de ella no establezcan rupturas totales entre la cotidianidad, la organización y la acción que desarrollan. Las vidas de hombres y mujeres están profundamente entrelazadas con el actor y la acción colectiva, especialmente en el área rural, en donde sus existencias transcurren en los campamentos —en las zonas de retaguardia (en sus palabras)—. Ahí viven la gran mayoría de aspectos de la existencia: formación, amistad, vida de pareja, supervivencia, ocio, etc.; “su vida es el actor y la acción insurgente”. Están “consagrados” totalmente a la organización.

Hombres y mujeres que se encuentran en el área urbana, aunque su cotidianidad también está totalmente atravesada por las funciones que desempeñan, desde nuestra perspectiva, tienen mayor posibilidad de desarrollar proyectos individuales, y su existencia transcurre de manera paralela con el actor y la acción insurgente. Los principios, valores y normas organizativas regulan aspectos íntimos y públicos, tanto en lo urbano como en lo rural, que se hacen explícitos en la vida de las mujeres, por ejemplo, en el control de la maternidad y de las relaciones afectivas²⁰⁵.

Debido a que la vida se implica de manera total en la organización, los conflictos interpersonales, y especialmente los de pareja, influyen en el desarrollo de la acción. De acuerdo con las manifestaciones de las mujeres, esto sucede especialmente cuando ellas tienen funciones en procesos organizativos, los cuales se ven afectados de

²⁰⁵ Los actores, frente a esta situación, manifiestan: “Eso es un problema serio porque allí digamos que hay, las relaciones de pareja se respetan y se tienen que formalizar, eso hay que formalizarlo, porque sino eso genera mucho despelote, uno por allá arriba, los niños, los jóvenes, etcétera, entonces eso es complicado manejarlo, entonces eso genera mucho conflicto porque si no es bien manejado pueden generar digamos rupturas personales entre hombres y mujeres, entre hombres y hombres, entre mujeres y mujeres, entonces eso es complicado, entonces allí sobre eso se habla mucho. Por lo menos en los frentes donde hay muchos jóvenes, mucha mujer y mucho joven entonces eso es complicado, por lo menos cuando la relación se establece o incluso así no se establezca, los hombres y las mujeres tienen dotación de condones porque hay que prevenir digamos el embarazo, cuando digamos y generalmente cuando hay parejas que quedan, o sea deciden que van a tener un hijo, hay quienes ya tienen la posibilidad o tienen madurez y eso lo hablan con los comandantes, pero cuando hay un embarazo intempestivamente —estoy en embarazo— se trata fundamentalmente, esto si lo he percibido en la experiencia, aquí si no me lo estoy inventando, porque no me estoy inventando nada, esto es de las experiencias, porque yo podría inventar para justificar el proyecto y yo eso no lo haría. Uno sabe que gente habla m.... hay mucha, sí, porque yo conozco muchos amigos que montan unas películas de la organización, pues gente que uno conoce digamos pa' justificar cosas; por ejemplo, yo he visto que eso no es bien visto, hay un reclamo fuerte, si ese embarazo no está autorizado” [ACGH04C1, líneas 1.475-1.519].

manera negativa por los problemas interpersonales, de ahí que la organización trate de regular este tipo de conflictos. La violencia de género es sancionada como una falta disciplinar, aspecto que se difunde a los lugares y regiones donde la organización hace presencia. Como organización, intervienen en la resolución de conflictos en sus áreas de influencia:

[...] Hacia esas formas clásicas de violencia contra las mujeres, digamos que eso sí sé que en muchas partes se ha intentado regular ese asunto; ahora, uno no sabría bien si esas formas regulatorias han transformado esas prácticas comunitarias, porque, bueno, igualmente, frente a eso, eso no se ve y nosotros en ocasiones no lo vemos, porque nos interesa más que los otros proyectos funcionen, que la economía funcione, cuando pasan esos casos uno entra como a regular, pero sí hay una cosa que es muy cierta y es que la mayoría de los proyectos son mujeres, las que los gestionan, las que van al frente son mujeres, los proyectos ... son mujeres, finalmente agenciando el asunto [ACGHO1C2, líneas 1.869-1.890].

Tanto hombres como mujeres (urbanos y rurales) entrevistados plantean que el proyecto al cual pertenecen es político-militar, lo cual hace que los roles de género sean iguales para todos. Deben desempeñar las mismas tareas y ocupar los mismos cargos, sean éstos militares o políticos. Esto es, en lo instituido de manera formal, en realidad, no hay diferenciación en las tareas según el género. En los campamentos, hombres y mujeres desempeñan al mismo nivel todos los oficios, y no se percibe una división sexual del trabajo. Sin embargo, debido al carácter político-militar, algunas mujeres entrevistadas afirman que se han desempeñado —preferiblemente— en lo militar. Ellas expresan gusto y convicción por sus actos:

Cuando se ve la organización desde fuera es perfecta, todos somos hermanos. Pero cuando llegué comencé a chocar por el rol de mujer porque yo no creo en lo político, creo que no estamos aún preparados, entonces yo quería dedicarme a lo militar y para la mujer acá es una de las tareas más difíciles, son muy, muy machistas, es de rivalidad con los compañeros, no te creen que seas capaz, entonces a veces uno piensa que también ha metido mucho para demostrar que también es capaz de hacer cosas, que sí es capaz de orientar, que es capaz de armar, que sí es capaz de acuerdo a su preparación, a su especialización [ACGM08C1, líneas 596-611]²⁰⁶

Los militantes y combatientes del área urbana continúan inmersos en la división tradicional de los roles de género; su pertenencia a la organización no influye para que

²⁰⁶ Las mujeres entrevistadas que se han desempeñado en cargos políticos y militares expresan que dedicarse exclusivamente a lo militar es muy duro, hay experiencias muy dolorosas: “A veces, después de salir de una acción bien *tesa*, uno se pone a llorar por allá en un tronco porque hiciste esa violencia y no la querías hacer, pero tienes que hacerlo y nos pasa todos los días, nos pasa de pronto tomar una decisión es que hay que hacerlo, listo hágalo, pero por dentro una procesión muy grande” [ACGM08C4, líneas 400-409]. De igual manera, plantean que las mujeres dedicadas a lo militar son muy pocas, y generalmente son campesinas.

haya transformación de los mismos en la cotidianidad de quienes constituyen la organización. Con relación a la igualdad de posibilidades para acceder a cualquier liderazgo en la organización, tanto las entrevistadas como los entrevistados manifestaron que cada vez es más frecuente que las mujeres lleguen a dichos cargos dentro de la organización. Sin embargo, no sólo hay discriminación por género, sino por generación y educación. Es más fácil que una mujer joven, urbana y con un nivel educativo medio o alto llegue a dichos espacios, que una mujer rural y de bajo nivel educativo. De acuerdo con los datos de fuentes primarias, es a partir de 1989 que se da el mayor ingreso de mujeres, y aunque cada vez ocupan más cargos de liderazgo, tanto políticos como militares, ninguna ha accedido a las máximas instancias en 43 años.

Las mujeres están en tareas relacionadas con sus roles tradicionales de género, en sus palabras: “salubristas, radistas y funciones logísticas”²⁰⁷, y desempeñan cargos militares y políticos en las diferentes estructuras y niveles que componen la organización. Es evidente que aunque hay una subversión en los roles tradicionales de género²⁰⁸, a partir del momento en que las mujeres hacen parte de estos actores y acciones colectivas, las relaciones de género²⁰⁹ no se transforman. Afirmación que sustentamos en que las mujeres expresan discriminación por su condición y a su vez son muy críticas con ellas mismas, porque continúan siendo “las mujeres del guerrero” o porque no trascienden su condición de mujeres, debido a que continúan desempeñando sus roles tradicionales o alimentando estereotipos, y por tanto aceptan de manera sumisa continuar con tareas que no deberían tener al interior de una organización de este tipo. A su vez, plantean que siguen siendo portadoras, en algunos

²⁰⁷ Las mujeres salubristas son las que cumplen funciones de enfermería, y las radistas quienes se encargan de las comunicaciones. Generalmente, en este tipo de oficios no se encuentran hombres. En cuanto a lo logístico, consiste en llevar y traer correspondencia, medicamentos, etc. Se considera que las mujeres tienen mayor agilidad para este tipo de labores. Es frecuente, de igual manera, encontrar que las compañeras afectivas de los comandantes rurales se dediquen a funciones secretariales de su pareja.

²⁰⁸ Los roles de género son las tareas y actividades que una cultura asigna a los sexos. Están relacionados con los estereotipos de género, que son ideas demasiado simplificadas, pero fuertemente asumidas, sobre las características de varones y mujeres. La *estratificación de género* describe una distribución desigual de recompensas (recursos socialmente valorados, poder, prestigio y libertad).

²⁰⁹ Entendemos las *relaciones de género* como “relaciones sociales a través de las cuales las posiciones, las acciones y representaciones de hombres y mujeres son socialmente construidas y estructuran relaciones de poder y desigualdad” (Herrera, 2005: 281-302).

aspectos, de la ideología patriarcal²¹⁰, lo cual les impide asumir lugares distintos. Las mujeres rurales entrevistadas destacan el hecho de ser valoradas y respetadas por los hombres de la organización, aspectos que no tenían en sus lugares de origen y en “la vida civil”.

Para las mujeres, formar parte de una organización político-militar como el Ejército de Liberación Nacional no equivale a una experiencia homogénea, es decir, su experiencia se modifica de acuerdo a múltiples variables: si se está en lo rural o en lo urbano, si se tiene algún nivel educativo o no (lo cual facilita el acceso a lugares de liderazgo), y según los contextos históricos, culturales, regionales, etc. No obstante, en todos los casos (de las mujeres entrevistadas), ingresar al ELN significó estar en un mundo en el que las mujeres deben pasar por un proceso de adaptación que las llevó a modificar sus referentes de identidad para desempeñar exitosamente las funciones asignadas, lograr reconocimiento y sobrevivir en un ámbito que percibían significativamente masculino. Debieron aceptar los retos de competir con los varones en su terreno, para poder ser valoradas por cualidades concebidas como propias de la masculinidad: aguerridas, fuertes, valientes²¹¹, tener don de mando, ser racionales y poco emotivas, etc. Han aceptado con rebeldía o sumisión la inequidad en las relaciones de género, así éstas sean opacadas por la igualdad en los roles de género.

En la estructura organizativa y en la cotidianidad se manifiesta un forcejeo entre lo tradicional y lo emergente; es decir, las mujeres van al combate, tienen cargos militares y políticos, son comandantes de estructuras militares y políticas, hacen guardia, asumen tareas de riesgo y responsabilidad, pero a la vez muestran tendencias a reforzar los roles femeninos y maternos, y por ello ocupan mayoritariamente tareas en salud, comunicación y logística. Aunque algunas han accedido a lugares de táctica militar y política, no han llegado a los más altos lugares de conducción, lo cual influye en que tampoco se encuentren en la construcción de salidas políticas y en los procesos

²¹⁰ En las entrevistas expresaron que, en ocasiones, así se les dé la oportunidad, ellas no quieren asumir cargos de liderazgo político o militar, por considerar que no tienen la capacidad para ello.

²¹¹ Como lo veremos en otro apartado, los hombres ven a las mujeres “elenas” como diferentes a otras mujeres, porque son portadoras de estos “atributos”.

de negociación.

Aunque la participación ha implicado para estas mujeres renunciar a aspectos tradicionales constitutivos de la feminidad (como la maternidad), lo cual hace que en ocasiones experimenten que no están cumpliendo con su condición fundamental de ser mujeres, también ha contribuido a que se sientan y se constituyan como sujetos políticos; ellas han adquirido nuevas destrezas propias no sólo de las prácticas militares sino también de la política (expresión oral y escrita), asimismo, han obtenido mayor autonomía de su cuerpo, aumento de su autoestima y desarrollo de vínculos de solidaridad, amistad, afectividad, lealtad y entrega por las utopías de cambio. Las mujeres rurales (especialmente las campesinas) expresan que estar en la organización les ha permitido trascender su condición tradicional de mujer: ama de casa, madre, etc. En la organización van más allá de esto y logran lo que se proponen en términos de aprendizaje político y organizativo; en cualquier circunstancia, acceden a un lugar que no tenían. En sus palabras:

“yo aquí he aprendido cosas. La experiencia en la guerrilla me ha hecho sentir que soy capaz de hacer cosas distintas a cocinar, barrer. Yo ahora puedo responder a lo que no estoy de acuerdo, ahora soy capaz de dirigir una reunión con la comunidad” [ACGM14C1, líneas 435-440].²¹²

Los hombres urbanos y los rurales también afirman que la organización se activa a partir del vínculo total de sus vidas, y consideran que es más fácil para los hombres hacer parte de las organizaciones subversivas, porque “las vivencias de la guerra son muy dolorosas” y porque las mujeres están menos preparadas social y culturalmente para esas experiencias. Ellos plantean que las estructuras organizativas son generizadas y excluyentes con las mujeres, aunque han venido flexibilizándose, fundamentalmente por el trabajo de las mujeres y las exigencias de ellas mismas²¹³. La participación no implica para los hombres renunciar a los roles tradicionales de género, pues ellos siguen inmersos en “su mundo”; sus identidades masculinas

²¹² Mujer militante rural.

²¹³ Los hombres con mayor antigüedad en la organización expresan cómo, en los inicios de ésta, en los campamentos rurales ni siquiera se tenía en cuenta que las mujeres presentaban dolencias diferentes a las de los hombres; en este sentido la organización se ha ido flexibilizando.

hegemonicas se transforman de manera muy sutil y podríamos decir que también hay una subversión para algunos, en cuanto a sus roles tradicionales, debido a que desempeñan labores del ámbito doméstico, pero éstas no alteran de forma importante sus identidades. Para los hombres, formar parte de la organización tampoco es una experiencia homogénea, pues también está atravesada por su nivel educativo, edad, etnia, región, etc.

Las lógicas organizativas transforman la vida de pareja y la familia, tanto para los hombres como para las mujeres. Hay modificaciones en las concepciones sobre el amor, las relaciones de pareja, la sexualidad; éstas dejan de ser un eje central en la vida de hombres y mujeres (algunas de ellas han renunciado totalmente a su ejercicio mediante el aborto, o cediendo la crianza de sus hijos a terceros). Los hombres que son padres manifiestan ser “padres a medias”, y para quienes no lo son, aplazar la paternidad o renunciar a ella representa un alto costo de la vida insurgente. Tanto para ellas como para ellos, la familia y los afectos pasan a ser un complemento de la lucha revolucionaria, pero aun así valoran como experiencia negativa de la vida insurgente la renuncia y el aplazamiento de sus vidas afectivas, y especialmente la de pareja, así como la maternidad y la paternidad.

7.3.2 Entre la norma, la amistad y la solidaridad

Es con base en las normas, la amistad y la solidaridad que se construye (según los hombres y las mujeres del grupo) la cohesión en la organización, la cual alude a los aspectos que permiten en una organización generar vínculos y adhesión entre quienes la conforman.

Para consolidar la cohesión en una organización, es necesario que concurren “aspectos objetivos” de carácter estructural organizativo y de orden subjetivo. En este sentido, el Ejército de Liberación Nacional plantea que, en relación con el mantenimiento de la unidad interna, se requiere la participación de todos los que hacen parte del colectivo, y para ello es necesario “la formación, la información, el debate, la crítica, el derecho

a elegir y a disentir y el acceso a los canales democráticos”; de igual manera, se deben cumplir las orientaciones y los acuerdos internos, el sometimiento de las partes al todo, de la minoría a las mayorías, de los organismos inferiores a los superiores y el acatamiento de la disciplina²¹⁴.

Si bien es cierto que hay un reconocimiento de la importancia de los anteriores aspectos organizativos para mantener la cohesión, también es cierto que tanto hombres como mujeres plantean que al interior de la organización se tejen fuertes vínculos, especialmente de amistad, aunque éstos no son homogéneos en todas las regiones y estructuras de la organización. Hay regiones y frentes en los que la desertión es muy alta y mayoritariamente masculina²¹⁵. Los vínculos de solidaridad y amistad se tejen de igual manera entre hombres y mujeres, entre hombres y hombres, y mujeres y mujeres, y en el ámbito rural y urbano. Aunque hay un reconocimiento significativo a la construcción de vínculos, también expresan que hay conflictos internos que en ocasiones son de difícil solución. Se trata de procesos en los que se entrecruzan aspectos individuales y colectivos que ocasionan rupturas de solidaridades y relaciones, que se solucionan a través del “trabajo ideológico”²¹⁶.

La amistad y la solidaridad son factores determinantes en la cohesión de este actor colectivo. En el ámbito rural, se reconocen las condiciones de dificultad en las que se vive, ya que habitan en lugares inhóspitos, alejados, sin condiciones de salubridad; sin embargo, la convivencia en los campamentos facilita el respeto, el afecto y la creación de lazos de familiaridad entre quienes se encuentran en los colectivos. En una organización del carácter del ELN, en el que la participación no es homogénea, sino que se da en distintos niveles, llaman la atención los vínculos de solidaridad y amistad, como factores cohesionadores, más aún por la clandestinidad de quienes se encuentran inmersos en este tipo de actores colectivos.

²¹⁴ Documento sobre estatutos del Ejército de Liberación Nacional.

²¹⁵ De acuerdo con lo expresado en las entrevistas.

²¹⁶ Así se denominan los llamados de atención que hacen los comandantes a quienes han incurrido en conflictos o faltas a la normatividad de la organización.

Hay distintos lugares de compromiso y participación en esta organización: pre-militantes, militantes y combatientes²¹⁷. Los pre-militantes son quienes se encuentran en proceso para hacer parte del ELN, los militantes son las personas que, de acuerdo con sus condiciones de responsabilidad y compromiso, han sido aceptadas en alguno de los organismos de la estructura, y los combatientes son quienes básicamente se ocupan de lo militar, en otros términos, quienes conforman el ejército. De acuerdo con los datos obtenidos, este último nivel (combatientes) está conformado básicamente por campesinos y campesinas jóvenes, cuya “formación política” (de acuerdo con las entrevistas) la adquieren fundamentalmente después del ingreso al grupo insurgente.

El paso de la pre-militancia a la militancia se da cuando se “transita de la formación a la acción”, la cual puede ser de diversa índole, desde “el trabajo con la gente en procesos de fortalecimiento organizativo hasta acciones de carácter militar” (en palabras de ellos y ellas); sin embargo, es evidente que tanto hombres como mujeres urbanos se insertan más en acciones políticas que militares, mientras que los hombres y las mujeres rurales se insertan directamente en acciones militares, sin querer decir que no hagan “trabajo político” en las zonas donde se encuentran los campamentos.

Además de los factores descritos, el continuo replanteamiento y movimiento de la organización y la estructura organizativa contribuye a que tanto los hombres como las mujeres urbanos y rurales experimenten de manera continua que cotidianamente participan de la construcción de la organización, del actor y de la acción. Además, si bien es cierto que los lineamientos se trazan en espacios en los que no todos y todas participan, sí son todos y todas quienes activan y llevan a cabo el proyecto político del

²¹⁷ De acuerdo con algunos documentos, hasta el año 2000 participaban también las personas que se integraban a través de las milicias, organismos de carácter político militar, cuyos integrantes obedecían al reglamento de la organización. Eran cuerpos armados dentro de las masas, integradas por hombres y mujeres, que tenían un compromiso básico con la revolución y la organización. Su función principal era la seguridad y la defensa de las masas en un territorio delimitado; podían también cumplir labores de apoyo en logística, enlace y producción. La asignación de tareas militares debía ir de lo más sencillo a lo complejo, en un proceso gradual, de acuerdo con el compromiso adquirido por los milicianos. En la medida en que las masas tuvieran poderes propios, éstas debían ir tomando el control de los cuerpos armados. Debían convertirse en apoyo y fuente de incorporación, para la construcción del Ejército Revolucionario. Cada estructura era responsable del accionar de las milicias que construía. De acuerdo con la información obtenida en las entrevistas, ésta fue una desafortunada experiencia para la organización, y por lo tanto se extinguieron; además, en la medida en que la construcción de poder popular y la Convención Nacional adquirían importancia, también las milicias fueron perdiendo lugar. No disponemos de información para plantear si se extinguieron o aún existen.

Ejército de Liberación Nacional. En ese proceso, las identidades de género se mantienen y reconstituyen continuamente, y ponen de manifiesto que lo problemático no es la diversidad, la pluralidad de identidades, sino la diferencia, en tanto ésta conlleva jerarquías y asimetrías de poder, al ser producida por la discriminación, entendida como “un proceso que establece la superioridad, la tipicidad o la universalidad de alguien en términos de inferioridad, atipicidad o particularidad de otros” (Scott, 1990: 15).

Más allá de la organización y las armas. Las construcciones sociales y culturales de hombres y mujeres en un actor colectivo político-militar.

(...) Solamente con armas usted no mantiene un proyecto político, ni dándole crédito a una persona que no lo merece, usted no mantiene un proyecto político, como se dice pues a punta del narcotráfico, sino que habría otro tipo de cosas.... porque la gente no está aguantando frío porque es su única alternativa, no, es que ésta es una lucha justa, es que aquí hay afectos, hay sueños, hay gente valiosa, hombres y mujeres que lo impulsan a seguir a uno. No es como en el ejército, que están obligados. Por ejemplo, nosotros somos una insurgencia pues en comparación con las FARC pobre, pobre, es decir que hay que rebuscarse los recursos de mil maneras, que con opción de optar por cobrar por gramaje y nosotros no, lo que usted va a dar por gramaje mejor construye una escuela, pero nosotros no vamos a vivir del narcotráfico y en ocasiones literalmente no hay ni que comer, pero la gente es solidaria, hay amistad y la gente respalda el proyecto [ACGH01C1, líneas 2.163-2.211].

Nuestra lucha Elena va direccionada contra el imperialismo y todos sus aliados. Y es contra el imperialismo por que nos impone todas las medidas represivas que nos mantienen sumidos en el hambre y la miseria. Y también son enemigos nuestros la oligarquía, con la cual luchamos, por ser esa clase corrupta y reaccionaria, que lo único que hace es el de cuidar los bienes del imperio, los cuales a su vez expropián nuestros recursos naturales. Además, la oligarquía cumple con todas las exigencias impuestas por los organismos internacionales y se limitan a traficar con las necesidades de la población y a endulzar sus mentes sedientas de Poder” (Documento Iv congreso, 2006) .

“(...) Por lo menos aquí a uno no le falta nada, comida hay mientras que en la casa uno no puede, si desayuna no come la comida que sigue; yo digo porque así me tocaba en mi casa, mientras que aquí no. Aquí hay de todo, sobre todo respeto hacia la mujer, aquí el marido no le puede pegar a uno, aquí uno aprende y lucha por una sociedad mejor [ACGM15C1, líneas 401-407].

Estas expresiones de hombres y mujeres (urbanos y rurales) sugieren la construcción de significados y conceptos, mediante los cuales los miembros de la organización insurgente interpretan la realidad y valoran situaciones de manera crítica. Como lo plantean Snow et al (1992), las personas vinculadas a acciones colectivas (organizaciones o movimientos sociales) forjan modos compartidos de considerar el mundo, y desde ahí legitiman sus posturas interpretativas de las situaciones y justifican su acción. Los actores atribuyen significados a los distintos componentes del conflicto, de modo que dichos significados se constituyen en un componente de primer orden de su propia racionalidad.

A los esquemas interpretativos que estructuran los significados de la realidad, Goffman (1974) los denominó *frames* (marcos). Inspirados en estos planteamientos, investigadores de la acción colectiva desarrollaron la perspectiva de análisis que se fundamenta en la acción colectiva en general y de los movimientos sociales en particular, para denotar “los esquemas de interpretación que capacitan a los individuos para localizar, percibir, identificar y nombrar los hechos de su propio mundo y del mundo en general. Al hacer a los hechos significativos, los marcos cumplen la función de organizar la experiencia y guiar la acción individual y colectiva” (Rivas, 1998: 193). Los marcos de acción colectiva son producto de la interacción de los sujetos tanto en el interior de los grupos del movimiento insurgente como en la interacción de éste con el contexto y con los grupos a los que se opone. No son estáticos: cambian permanentemente.

De esta manera se constituye otro nivel de estudio, en el análisis de los actores colectivos, que busca comprender y explicar los “puentes” que median entre los aspectos del contexto, tales como oportunidades o constreñimiento político, y la capacidad de los actores colectivos para producir sus propios significados y conceptos compartidos. Es a través de dichos “puentes” que los actores interpretan la realidad y valoran sus situaciones problemáticas de manera crítica, y además se relacionan con el contexto e impactan a eventuales participantes en el movimiento.

La tesis subyacente es que la movilización depende no sólo de la existencia de desigualdades y de cambios objetivos estructurales, de la disponibilidad y despliegue de recursos tangibles, de las cualidades organizativas de los líderes, de las oportunidades políticas y de una suerte de cálculos costo-beneficio de los participantes, sino también de la forma como se interpretan y se construyen significados sobre esas variables y del grado en que dichas interpretaciones y significados “resuenan” con los objetivos de la movilización (Rivas, 1998). Esta

vertiente de análisis de la acción colectiva ha sido denominada *perspectiva de los procesos enmarcadores o análisis de marcos*²¹⁸.

El análisis de marcos ha sido desarrollado con actores colectivos como los movimientos sociales, lo cual nos lleva a reiterar los planteamientos de McAdam y Tarrow y Tilly, cuando, en sus más recientes investigaciones, manifiestan que “pronto descubriremos que movimientos, identidades, gobiernos, revoluciones, clases y otros nombres igualmente colectivos no representan objetos fijos, impenetrables, claramente delimitables, sino abstracciones de los observadores a partir de unas interacciones continuamente negociadas entre personas y conjuntos de personas” (2005: 13). En la medida en que nosotros nos adentramos en el análisis de las organizaciones político-militares (guerrillas y grupos insurgentes) como actores políticos, evidenciamos que esta afirmación adquiere sentido relevante, debido a que, como lo han demostrado otras investigaciones (Martí, 2004; Martín, 2004; Della Porta, 1995), las organizaciones que nos ocupan comparten una serie de características importantes con otros actores políticos, aunque también tienen diferencias significativas.

Con relación a las características que comparten (a partir de tipos ideales) con los movimientos sociales, podemos decir que convergen en los ámbitos de actuación extrainstitucional. De igual manera, “es posible” que los movimientos sociales desarrollen estrategias conflictivas de movilización social y acción colectiva, mientras que las organizaciones insurgentes se definen por el recurso a la lucha armada. Para los dos, la militancia comprometida es uno de sus recursos más significativos, la cual es recompensada especialmente por incentivos de carácter simbólico (Martín, 2004).

En lo relativo a las características distintivas, podemos mencionar su estructura organizativa. Mientras las organizaciones político-militares tienen estructuras verticales y jerárquicas (acordes con la lucha armada), los movimientos sociales tienen

²¹⁸ Hunt, Benford y Snow (1992, 1994); Gamson (1992); Donati (1992); Gerhards (1992, 1995); Hank Johnston (1995, 1991) entre otros, son los autores con mayor reconocimiento en este enfoque de análisis (según nuestro punto de vista) debido a que en los escritos de mayor relevancia sobre la perspectiva de los procesos enmarcadores se vuelve una y otra vez a los planteamientos de estos estudiosos. Por ejemplo, Rivas (1998), Klandermans (1997), Laraña y Gusfield y Johnston (1994)

organizaciones habitualmente horizontales e informales. Es necesario destacar que las primeras tienen la pretensión de desactivar, destruir o entabrar el funcionamiento del modelo de sociedad vigente porque lo consideran inaceptable, mientras que los movimientos sociales pretenden presionar o influir en éste. Finalmente, también podemos señalar que las organizaciones político-militares poseen un discurso global que se ocupa de diversas temáticas. Los movimientos sociales, de acuerdo con Martí (2004), pueden concentrarse en una sola temática o bien situarse de forma transversal actuando sobre una gran variedad de campos temáticos, pero poniendo énfasis en una sola dimensión.

En cuanto a la creación de marcos, Donatella Della Porta plantea puntos de encuentro entre las organizaciones clandestinas (grupos insurgentes, para el caso que nos ocupa) y otros actores políticos, en tanto que ambos desarrollan ideologías con el fin de definir el campo de acción de la organización y su papel dentro de él: “las razones de su existencia y la personificación de sus valores, su análisis de la sociedad y sus preceptos para el cambio (Boucher, 1977: 25, en Della Porta 1998: 234).

Las cercanías y diferencias evidencian que, si bien es cierto que hay perspectivas de análisis que han privilegiado determinado tipo de acción y de actor, también lo es que no excluyen el hecho de que dichas perspectivas representen un campo de análisis importante para la comprensión de los procesos de un actor colectivo como el que nos ocupa, procesos que, reiteramos, han sido poco analizados en esos aspectos que denominamos “no visibles”. Por tanto, un análisis de este tipo adquiere sentido en las organizaciones político-militares, más aún si tenemos en cuenta que este tipo de actor colectivo, además de las características descritas anteriormente, que lo hacen semejante y además radicalmente diferente de otros actores políticos colectivos, presenta una serie de peculiaridades (que fueron mencionadas de manera aislada en otros apartes, pero que no por ello hay que dejar de reiterar), como son la implicación total de todas las facetas de la vida de los y las militantes²¹⁹ —incluyendo sus

²¹⁹ Las organizaciones político-militares, desde nuestra perspectiva, en algunos aspectos se asemejan a lo que Zald y Ash en 1966 denominaron organizaciones exclusivas, es decir, organizaciones que mantienen un buen

actividades con los no miembros de la organización— y su definición por la “lucha armada”.

Quienes forman parte de estas organizaciones involucran toda su vida. Su carácter clandestino exige incluso el cambio de identidad, la ruptura de sus relaciones familiares, etc. Debido a ello, “el movimiento insurgente” se convierte —con poca diferencia— en el mundo pleno en el que habitan los y las militantes. Desde el momento en que un hombre o una mujer se convierten en miembros (en militantes internos, en sus palabras) de la organización, sus relaciones se establecen casi de manera exclusiva con otros militantes, para quienes el logro de la causa es el eje sobre el que giran todas sus actividades. Este nivel de implicación y un entorno poco favorable contribuyen a que estos grupos intenten construir un “marco cultural” que justifique los “sacrificios y esfuerzos” de los militantes (Taylor, 1989: 768).

Desde nuestra perspectiva, esos marcos culturales serían los marcos de acción, definidos por Rivas como “conjuntos de creencias y significados orientados a la acción que inspiran y legitiman las actividades y además dan sentido al mundo social de los participantes y les ayudan a conformar sus propias identidades individuales y colectivas” (1998: 207). De acuerdo con el mismo autor, dichos “marcos” no son homogéneos, es decir, en una misma organización pueden subsistir diversos discursos; y tampoco son estáticos, pues cambian, se modifican, de igual manera que las organizaciones. Estos procesos ocurren en doble vía, hacia el interior de la organización y hacia el exterior, que es donde se afirman o se transforman frente a otros discursos, “más exactamente frente a la construcción que el movimiento hace de esos otros discursos” (idem: 207).

De esta manera, un análisis desde esta perspectiva cobra gran significado en el análisis de los actores colectivos, pues son éstos los que nos permiten comprender los

número de requisitos previos para quienes pretenden ingresar y que mantienen asimismo un largo noviciado inicial. Es decir, una etapa en la que el nuevo militante debe demostrar capacidad para hacer parte de la organización, como también que es digno de confianza y que puede dedicar su vida a la causa. Este tipo de organizaciones se caracteriza por requerir de sus miembros una gran cantidad de tiempo y energía (Zald y Ash, 1966: 331).

procesos de intermediación entre el contexto y la acción, y además desvelan la construcción social de la acción y del actor colectivo. Igualmente permiten ver la manera como dichos actores legitiman su acción y el modo como impactan el contexto en el cual se encuentran.

En concordancia con estos planteamientos, el objetivo de este capítulo es desvelar las interpretaciones compartidas del mundo y de sí mismos que hacen los participantes en el grupo de referencia para motivar a la acción y legitimarla. En estrecha relación con ello, analizaremos si el género influye en la construcción de las interpretaciones, y a su vez si dichas interpretaciones compartidas influyen en las identidades de género de los militantes, con lo cual se establecería uno de los factores decisivos en la conformación de un actor colectivo insurgente.

Para este tipo de análisis hay diversas aproximaciones teóricas desarrolladas por un buen número de investigadores de la acción colectiva: Snow (1992); Snow et al (1986); Gerhards (1995); Donati (1992); Eder (1992); Johnston (1995); Gamson (1992), entre otros²²⁰. Muchos de esos análisis se han centrado en las acciones colectivas, como los movimientos sociales, y han hecho énfasis en diferentes aspectos de los “procesos enmarcadores”. Todos hacen aportes significativos; sin embargo, para nuestro propósito consideramos que la propuesta analítica de Gamson (1992) nos permite atender a tres aspectos que, desde nuestro punto de vista, son fundamentales en el análisis de las interpretaciones compartidas del mundo y de sí mismos que hacen los actores colectivos político-militares. Dichos aspectos son: a) las construcciones sobre injusticia, que implican, además de un acto cognitivo, aspectos emocionales, lo cual significa que no sólo deben existir aspectos objetivos, sino de “sensación”, de emoción (Klandermans, 1997); b) la identidad, que se refiere al proceso de definir un “nosotros” en oposición a un “ellos” (autoridades, élites), quienes son señalados como responsables por una situación negativa; y c) la agencia, aspecto referido a la convicción que tienen los individuos de su capacidad y poder para cambiar las

²²⁰ Para una completa compilación de los distintos enfoques sobre el análisis de marcos ver: Rivas, Antonio (1998), “El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales”, en: Ibarra, Pedro y Benjamín Tejerina (eds.), *Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta, pp. 181-212.

condiciones existentes que generan la injusticia. Dicha convicción presupone la presencia de agentes que impresionan a la gente por ser políticamente eficaces, por virtud de otros, de su éxito en el pasado o por su potencial eficacia.

De esta manera, inicialmente nos ocuparemos de explorar y comprender las dimensiones y los conceptos más significativos que comparten hombres y mujeres para configurar sus esquemas de interpretación de injusticia.

8.1 Marcos de injusticia

“Nos vamos a ir pa'l monte, porque hay que luchar contra los ricos, el gobierno y todo lo que esté en contra de los pobres”.

Esta frase es recurrente en los documentos de la organización que hacen alusión a la etapa de surgimiento (1964). Actualmente, hombres y mujeres, especialmente los campesinos, recurren a esta expresión para indicar el sentimiento de injusticia, el cual construyen a partir de la representación que hacen de Colombia como un país dividido en dos grupos opuestos: uno que detenta la riqueza y otro que está totalmente desposeído, no sólo de condiciones que permitan la satisfacción de necesidades básicas (alimentación, salud, vivienda), sino de acceso a la realización de derechos sociales y políticos. Así, se establece que las condiciones de vida para un gran sector de la población colombiana no son justas, y es necesario transformarlas.

Este discurso subsiste en un número significativo de militantes hombres y mujeres entrevistados de la zona rural, y en hombres y mujeres mayores militantes urbanos; los militantes urbanos (hombres y mujeres jóvenes, entre 20 y 45 años) hacen mayor énfasis en condiciones de inequidad estructuradas no sólo por apropiación de recursos, sino por exclusión política y social.

Actualmente se yuxtaponen distintas expresiones para indicar la construcción de marcos de injusticia, como elemento estructurante de los marcos de acción colectiva contenciosa que lleva a cabo el actor de referencia, el cual, como todo actor político, no es homogéneo sino, por el contrario, diverso y cambiante. Pese a estas características, buscamos explorar y comprender cuáles son las dimensiones y los conceptos más destacados que comparten los actores colectivos y que configuran los esquemas de interpretación de sus adversidades como situaciones de injusticia, intentando no desconocer condiciones de militancia rural o urbana, niveles de participación, relevos generacionales y, por supuesto, género.

8.1.1 Una gran masa de desposeídos y oprimidos

En los primeros años de la organización, la cuestión de “debate público” se ubicaba fundamentalmente en la carencia de condiciones de vida de los campesinos, de los obreros y de la clase trabajadora. En una enunciación más incluyente, de los “sectores populares”. Las condiciones de injusticia social se sustentaban en situaciones estructurales, tales como la exclusión económica, política y social, que a su vez impedía la realización de los mínimos derechos de un número importante de colombianos. La manifestación de dichas exclusiones la encontraban los integrantes de la organización —y aún la encuentran— en la falta de empleo digno, de ingresos suficientes para vivir en condiciones decentes, y de acceso a educación, salud, vivienda y participación política, entre otros derechos fundamentales.

En la primera etapa de este actor colectivo, sus discursos reiteraban la necesidad de transformar la realidad existente a partir de la acción armada de un grupo de hombres campesinos (dieciocho en total) y de otro grupo reducido de hombres que actuaron como red de apoyo urbano. Se presentaron como un sujeto colectivo que desarrollaría su acción a nombre del gran sector de desposeídos, para transformar la realidad de injusticia social que se vivía en el país, y para liberar a este gran sector de la opresión a la que era sometido por un pequeño sector de propietarios, tanto de “los medios de producción como de la riqueza”. Con estos planteamientos, el ELN no sólo se constituía interiormente, sino que buscaba apoyos y nuevos militantes en otros grupos

sociales, especialmente campesinos, obreros y estudiantes. De acuerdo con los documentos de la organización y las entrevistas realizadas, esos apoyos fueron efectivamente encontrados en diversos sectores.

Consideraron que la única forma de lograr la transformación era a través de la “acción armada” para acceder a la toma del poder del Estado y así construir un nuevo orden social que fuera equitativo, incluyente y acabara con la profunda exclusión a la que estaban enfrentados, no sólo quienes participaban del grupo insurgente, sino todo “el pueblo colombiano”. Con base en este primer conjunto de significados, se gestan los principios organizativos y los objetivos del ELN, como un actor político que define su ámbito de actuación en relación con el Estado.

Así se consolida la política de la necesidad sentida, esa objetividad de lo social que sólo se puede interpretar desde la ideología (Oakeshott, en Bolívar, 2006). El contenido emocional de los relatos sobre la configuración de la injusticia está dado por la forma en que se enjuicia y se describe la situación: las injusticias sociales, la actitud indigna de la clase que lo tiene todo, la intolerancia del régimen, la violencia contra el pueblo, o simplemente la pobreza y los problemas sociales.

En este sentido, aparece una diferencia importante entre hombres y mujeres en la configuración de los marcos de injusticia. Para ellos, la necesidad, la precariedad, la pobreza (la objetividad social) se configura desde ámbitos públicos (el trabajo, la sociedad en general); para las mujeres, desde los ámbitos privados. Para ellas, la injusticia “adquiere rostro” en sus familias, en los hijos que ya han nacido o los que están por nacer, en sus padres, madres y hermanos, en la pobreza sentida y vivida por ellas y sus seres cercanos.

Si bien hombres y mujeres construyen marcos de injusticia a partir de ámbitos diferentes, confluyen de manera inequívoca en la carencia, en la necesidad de cambiar

las estructuras sociales que generan una sociedad de múltiples exclusiones²²¹. Es en la manera de enfrentar y procurar los cambios para estas condiciones, es decir, en la agencia, a partir de la cual se influye en las identidades de género, idea que desarrollaremos en otro apartado.

Anteriormente planteábamos que los marcos no son estáticos sino cambiantes. En este sentido, han ocurrido transformaciones con relación a quienes forman la gran masa de desposeídos y oprimidos. Actualmente, los oprimidos y desposeídos no sólo se encuentran en Colombia. Esa masa hoy tiene existencia global. La miseria y la opresión son características del mundo actual en los procesos de expansión y consolidación del capitalismo global.

La peste del hambre se extiende por todo el mundo, la pobreza reduce las posibilidades de vida a más de la mitad de la población mundial y un contingente de cientos de millones han sido colocados en el límite de la indigencia. Son numerosos los pueblos y naciones excluidos del vivir y del ser (Declaración política del IV congreso, julio-agosto de 2006).

La propagación de la miseria y la opresión no disminuye el discurso de la esperanza ni lo opaca, y tampoco resta la importancia y la necesidad de luchar para transformar dichas condiciones. Tanto en los documentos de la organización como en lo expresado en las entrevistas se hace hincapié en que, a pesar de estas circunstancias, son los sectores desfavorecidos los que continúan en la lucha por lograr un mundo mejor, y por tanto el movimiento se instaura en un discurso de esperanza y de alianza con quienes en América Latina trabajan y luchan por un mundo libre de miseria y opresión. De esta manera, el movimiento impacta no sólo en el contexto nacional sino también en el internacional; “se une a los intereses” de quienes buscan la transformación, el cambio social. A partir de este marco buscan impactar a actores políticos externos al ámbito nacional, tanto simpatizantes como opositores.

²²¹ En este sentido, en el diagnóstico que hicieron quienes se reunieron en Mainz, Alemania, entre el 13 y el 15 de julio de 1998, para iniciar una serie de diálogos entre el ELN y la sociedad civil, se presentó el siguiente planteamiento, relatado así por la senadora María Isabel Rueda en su crónica publicada en la revista *Semana*: “los asistentes se dividieron en tres grupos de trabajo, que deberían examinar la actual crisis del país, y para nadie fue una sorpresa que hubiera casi total coincidencia entre los representantes del sistema y la subversión. Un Estado débil, ausente y corrupto, una falta de valores y una degradación de la cultura, una ausencia de proyectos colectivos de nación, una frustración general hacia la política y una gran inequidad en cuanto al poder y las oportunidades educativas y económicas”. Revista *Semana*, edición del 20 de julio de 1998, p. 43.

De acuerdo con las entrevistas realizadas a hombres y mujeres, y con los documentos analizados, fueron las condiciones de desigualdad social y exclusión las que influyeron en el origen de la organización, pero también las que mantienen y trascienden las fronteras nacionales. Son estas condiciones nacionales e internacionales las que siguen sustentando la razón de ser de estos grupos insurgentes.

En correspondencia con los datos obtenidos, en Colombia no se han dado los cambios estructurales suficientes que lleven a suprimir las múltiples exclusiones y desigualdades sociales; por el contrario, éstas son cada vez más graves, por lo cual se mantiene una situación de injusticia casi insoportable:

Éste es un periodo en el que se evidencia con más claridad la pauperización de la población Colombiana, donde los registros del índice de desempleo y subempleo cada vez son más alarmantes y devastadores, por que disminuye el nivel de ingresos de las familias colombianas. Según las estadísticas el desempleo, en los últimos años ha aumentado por encima del 17 por ciento, producto de los desplazamientos y despidos masivos de trabajadores entre otros.

Así como el hambre alcanzó niveles sin precedentes en el país, el problema social se agrava configurando una “crisis humanitaria” con los 3 millones de desplazados-desterrados, producto de la guerra sucia²²², el conflicto armado, y los efectos generados por la implementación de los acuerdos del ALCA que acentúa la pobreza y marginalidad del campo. Afectando de manera particular a campesinos e indígenas (Documento conclusiones IV Congreso, julio – agosto de 2006).

La razón de ser y de existir como actor colectivo insurgente es legitimada por la persistencia de las condiciones de exclusión y desigualdad social, económica y política en la sociedad colombiana y en el mundo global. Mientras estas condiciones permanezcan, militantes hombres y mujeres, rurales y urbanos, manifiestan que existirá una razón para estar, para actuar no sólo por quienes hacen parte del Ejército de Liberación Nacional, sino por los sectores desposeídos hoy globalizados.

Desde nuestra perspectiva, nos parece importante resaltar de qué manera los marcos de acción se consolidan no sólo con base en el contexto nacional, sino también en el

²²² El término se ha utilizado en diferentes países (Argentina, Chile, Bolivia, etc.) para referirse a situaciones de violencia llevadas a cabo por el ejército nacional o por civiles contra la población civil. En Colombia se imputa la guerra sucia a los paramilitares.

global, y por eso actualmente se busca también impactar a posibles participantes tanto nacionales como internacionales²²³.

8.1.2 La injusticia no sólo como carencia sino como explotación y opresión

El marco de injusticia se consolida aludiendo no sólo a la inequidad y la carencia de condiciones básicas para la realización de la vida en el ámbito nacional y global, sino bajo el argumento de que, aun existiendo suficientes recursos para que todas las personas pudieran satisfacer dichas necesidades, el bienestar de una gran mayoría de la población no es posible, debido a que es un pequeño grupo el que se ha apropiado de gran parte de los recursos económicos, sociales y naturales, no permitiendo que otros sectores puedan acceder a ellos. Para que ese pequeño grupo pueda mantenerse en condiciones de privilegio, es necesario establecer relaciones de dominación y subordinación, de tal manera que sea posible continuar con el “despojo” de las condiciones de vida.

Al “sistema capitalista” (como enemigo absoluto²²⁴) se le atribuye una lógica de acumulación que no permite la redistribución de la riqueza y además forja la explotación del hombre por el hombre y la opresión del hombre y la mujer²²⁵, constituyendo sociedades sin libertad y sin posibilidad de realización. De ahí que sea necesario un proceso de “liberación de los oprimidos” que se logrará con un cambio de sistema pero a su vez con resistencias frente al mismo.

La explotación y la opresión se constituyen en factores fundamentales para conservar el *statu quo* impuesto por el sistema capitalista. El mantenimiento de ambas se logra mediante la violencia estructural, la cual se ejerce sobre hombres, mujeres y niños, bloqueando el acceso a las mínimas condiciones de existencia para los desposeídos, lo

²²³ En épocas recientes se ha conocido no sólo la simpatía de algunos sectores internacionales por los actores insurgentes que actúan en Colombia, sino también la participación de personas extranjeras en estos grupos.

²²⁴ De acuerdo con los análisis de Della Porta (1998) en las organizaciones radicales italianas y alemanas, una de sus características es la “amplificación de los marcos”, lo cual consiste en que las definiciones establecidas por los actores colectivos radicales son absolutas; por ejemplo, cuando definen al adversario, hacen dicha definición en términos absolutos.

²²⁵ El discurso del Ejército de Liberación Nacional, a partir de la década de los ochenta, nombra de manera diferenciada a hombres y mujeres.

cual lleva a la subordinación total y a la muerte. Los actores colectivos manifiestan que la violencia estructural es mucho más grave y condenable que la ejercida por los actores insurgentes, más aún cuando la violencia explícita llevada a cabo por las organizaciones político-militares es para propiciar la liberación, mientras que la primera busca mantener un estado de riqueza para unos pocos. Una mujer militante lo expresa de la siguiente manera:

(...) antes de entrar acá, por ejemplo, yo viví cosas muy duras. como por ejemplo conocer todos los hechos de la masacre de Trujillo²²⁶, esa fue la investigación de la tesis, relatos muy duros de todo lo que la gente ha hecho —militares y paramilitares—, de la maldad, entonces decía: “no pero es que si esta gente ha hecho todo lo que ha hecho y ha causado tanto dolor y tanto daño, finalmente lo que nosotros hacemos no es nada, decía yo, finalmente eso termina siendo algo insignificante” [ACGMO3C2, líneas 1.504-1.518].

Tanto en los documentos de la organización como en las entrevistas es reiterativo el planteamiento según el cual se ha intentado un proceso de participación para el cambio social a través de diversas vías, pero éstas han sido acalladas y rechazadas de manera violenta:

El pueblo colombiano durante décadas ha buscado ser escuchado, pero todas sus protestas han sido reprimidas de manera violenta. Hoy se cuentan por decenas de miles los muertos, en una lucha desigual, donde los gobiernos de turno, uno a uno, le declararon una guerra al pueblo. Mientras las heridas sangrantes siguen palpitando en los millones de desterrados, desarraigados y despojados, los victimarios amparados por el estado acrecientan sus riquezas y reciben estatus de “señores” por sus crímenes” (Revista *Insurrección*, N.º 66, agosto de 2006).

Con base en estas construcciones se legitima la “participación” mediante la acción armada y los repertorios violentos que utiliza el grupo insurgente. Esta legitimidad también se sustenta con la acusación al Estado de ser un actor más de violencia, dirigida especialmente a organizaciones sociales, líderes comunitarios y a quienes asumen posturas críticas frente al régimen imperante²²⁷.

²²⁶ La masacre de Trujillo fue cometida entre 1986 y 1994, por una “alianza criminal” conformada por la Policía, el Ejército y narcotraficantes, que dieron origen a una estructura paramilitar que asesinó o desapareció a unos 232 pobladores de Trujillo y sus municipios vecinos, y causó el desplazamiento, exilio y amenazas a por lo menos otras 110 personas, para un total aproximado de 342 víctimas. Trece años después de que el Estado colombiano reconoció su responsabilidad en estos crímenes de lesa humanidad, y de estar sustentada su alianza criminal con narcotraficantes como Henry Loaiza y Diego Montoya, aún no hay condenas penales.

²²⁷ En este sentido, en las entrevistas hay expresiones sobre la imposibilidad de los grupos armados (grupos político-militares) para proteger los procesos de organización social, que, de acuerdo con sus testimonios, han sido los más atacados por los grupos paramilitares.

Aunque los discursos no hacen diferencias de género, pues son profundamente generalizadores, en las entrevistas realizadas a las mujeres sí se develan sus expresiones sobre su doble condición de explotadas y oprimidas por ser mujeres. Es por eso que ellas deben “luchar” por un cambio social que permita también el cambio de esta doble situación, representada en el hecho de que, a igual trabajo, reciben menos dinero, así como en las relaciones de poder que se sustentan en la diferencia de género y que no les permiten la realización plena de sus derechos. Para ellas, las relaciones de poder fundamentadas en la diferencia de género se dan en todos los niveles: en las instituciones sociales, en las relaciones de vecindad, en sus familias, etc. Sin embargo, aunque se expresan en torno a estas relaciones de poder, no es la transformación de éstas lo que las ha llevado a ingresar a las filas insurgentes.

El cambio en las relaciones de clase permitirá que haya equidad en todos los niveles, por tanto, las mujeres deben luchar por dicho cambio. Así pues, la justicia de género está subordinada a la equidad de clase, de ahí que el discurso en la organización gire en torno a la igualdad entre hombres y mujeres. Desde nuestra interpretación, es indudable que éste es un ideal importante. Pero el despliegue del concepto de igualdad a menudo oscurece el hecho de que en la práctica la diferenciación de género y el poder masculino se mantienen intactos (Cockburn, 2005).

8.1.3 Los responsables de las condiciones de injusticia y opresión

Como última dimensión asociada a los marcos de injusticia, tenemos la definición de los agentes responsables de dichas condiciones: “El imperialismo norteamericano, la oligarquía criolla y el Estado. Este último representado en sus instituciones políticas y públicas”, las cuales usualmente reproducen y generan obstáculos que limitan la igualdad de oportunidades para que hombres y mujeres participen en condiciones de equidad en los distintos ámbitos de la vida social.

Las fuentes de injusticia se han sustentado, de igual manera, en las distintas etapas de la organización. Sin embargo, en la medida en que el conflicto se agudiza y las

condiciones de injusticia persisten, se argumenta que “la oligarquía criolla” está padeciendo una grave crisis, debido a que actualmente tiene prácticas corruptas, como el robo de recursos naturales, el saqueo de los bienes públicos y los vínculos con el narcotráfico²²⁸.

Tanto la oligarquía como el Estado han mantenido las condiciones de injusticia en toda la historia colombiana, han oprimido y explotado a los desposeídos:

La oligarquía nos ha negado a los colombianos la posibilidad de existir en una sociedad verdaderamente democrática. Siempre ha gobernado para su interés exclusivo y ha impedido que las grandes mayorías construyan formas de participación incluyentes y otras maneras de gobernarse, donde el interés social y nacional prime sobre los privilegios particulares y extranjeros (Documento de las conclusiones del IV congreso, julio-agosto de 2006).

También la oligarquía y el Estado han permitido la intromisión de países extranjeros, la explotación de recursos naturales y la expansión de sus mercados, aspectos propios de la etapa en la que se encuentra el capitalismo. De esta manera, Colombia se consolida como un país dependiente de la política norteamericana. En la medida en que el tiempo pasa y la organización político-militar se mantiene, el responsable de las condiciones de injusticia y opresión ya no será solamente “la oligarquía criolla”, sino que esas fuentes se van atribuyendo a otros regímenes, a otras sociedades, y a todas las dimensiones de la estructura social: económica, política y sociocultural.

Hemos asistido a la globalización de la inequidad, de la injusticia social, de la exclusión. La anti-democracia se ha impuesto en el mundo mediante la práctica del militarismo, es la pretensión de hacer eterno el mundo de la desigualdad y el privilegio para la minoría imperialista y no otro, el verdadero sentido de las invasiones o guerras programadas desde los centros del poder estadounidense. Nunca antes, como ahora, la humanidad y el planeta han estado más amenazados” (Documento de las conclusiones del IV congreso, julio-agosto de 2006).

Aunque las fuentes de la injusticia se expandan, se sigue manteniendo unos responsables comunes de la injusticia social: la oligarquía y el Estado. Este último convertido en agente de dicha oligarquía para “salvaguardar sus intereses”. Por tanto, el Estado siempre actuará como representante de ese sector y en defensa de sus

²²⁸ Con relación a los nexos con el narcotráfico se establece una doble imputación: los grupos insurgentes señalan al gobierno y a la “oligarquía” de estar vinculados al narcotráfico, y a su vez los grupos político-militares son acusados de financiarse a través del narcotráfico.

intereses, constituyéndose en “un enemigo de clase y en fuente de injusticia social”. Son los gobiernos y las instituciones del Estado los agentes de la explotación, la opresión, la falta de condiciones de vida, y son ellos los que permiten la expansión económica y política del “imperio norteamericano”, otra de las fuentes de opresión e injusticia.

En la evocación de estos “agentes” encontramos un contenido emocional en la idea según la cual hay que defenderse y transformar el sistema para que los diversos opresores desaparezcan. En este sentido, son los “elenos” quienes lucharán para acabar con las fuentes de injusticia social y de opresión: “Nosotros, los alzados en armas, *por naturaleza herederos del* descontento popular y forjadores de un proyecto alternativo popular y revolucionario” (Documento del III congreso, junio de 1996). En esa lucha, la acción armada cobra sentido por dos razones fundamentales: la visión que se tiene del enemigo como un actor que desarrolla mayor violencia (estructural y explícita) que los actores insurgentes; y segundo, porque no es posible alcanzar un cambio a través de la vía institucional, porque esos caminos están totalmente cerrados no sólo por la exclusión de grandes sectores, sino porque quienes se encuentran en el poder no han logrado ser legítimos y se imponen mediante la opresión y la dominación.

Para el logro de nuestra obra, comenzamos el desarrollo de la guerra popular, porque entendíamos que la guerra con sus crueldades y dolores, era el único medio posible para quebrar el terror de los poderosos sobre los débiles; pero la guerra revolucionaria tiene una dimensión política y humana que busca reconstruir los sueños y esperanzas de millones de hombres y mujeres, separados, excluidos por el tejido social, político y económico, impuesto por los dueños del poder económico (Documento de las conclusiones del III congreso, junio de 1996).

En este orden de ideas, se pone en el debate público la falta de justicia social, que no permite la realización de la vida de muchos colombianos debido a las múltiples inequidades, que se ven acrecentadas por procesos y políticas de países hegemónicos, pero que a su vez son consentidas por la oligarquía interna. En relación con esas múltiples inequidades, durante 43 años se ha mencionado la inequidad de género en algunos documentos de la organización (por ejemplo, en la carta del sacerdote Camilo a las mujeres). Tanto hombres como mujeres del ELN han considerado que el mayor

flagelo de injusticia social es la exclusión política, económica y social; una vez logrado el cambio en esas dimensiones, las demás exclusiones e inequidades serán resueltas.

En la medida en que la injusticia social se agudiza y se hace visible a través de las cifras oficiales, la población experimenta exclusión política; además, la política institucional se hace más inoperante y establece vínculos con el narcotráfico y con otros actores armados, como el paramilitarismo. Entonces el actor colectivo de referencia afianza su “razón de ser” y consolida “una causa justa” para su acción armada; en sus palabras, un “enemigo de esta estirpe sólo puede ser enfrentado a través de la acción violenta”.

Sin embargo, aunque las posibles causas que han generado su existencia y sus repertorios de acción violenta continúan vigentes, el ELN aún se mantiene en continuo debate entre dos ejes de discusión presentes en su historia: el cambio de la sociedad colombiana a través de la vía militar, a través de la acción política o a través de las dos, bajo el privilegio de la acción política. A lo largo de su historia, se ha favorecido una u otra vía; sin embargo, en los últimos años (2004 en adelante) pareciera que el camino a seguir fuera la vía de acción política. Cambio generado porque, como lo expresan algunos de sus dirigentes, “no lograron legitimar la guerra”.

Aunque han actuado a nombre de los desposeídos y oprimidos, cada vez pierden apoyo social, pues las mayorías no se sienten representadas en su acción, de ahí que hayan considerado necesario cambiar la estrategia para contrarrestar “la política contrainsurgente del Estado²²⁹” y ganar legitimidad. Actualmente, la organización intenta reconstruirse más de afuera hacia dentro (sumar con otros) y continuar con el

²²⁹ “La política contrainsurgente del Estado se refiere a la estrategia trazada en 1962 (antes de que surgieran los grupos insurgentes en Colombia) por el Estado colombiano bajo las directrices norteamericanas para seleccionar personal civil y militar con miras al entrenamiento clandestino en operaciones de represión [...] con miras a desarrollar una estructura cívico militar [que] se usara para presionar cambios sabidos, necesarios para poner en marcha funciones de contra-agentes y contra-propaganda y, en la medida que se necesite, impulsar sabotaje y/o actividades terroristas paramilitares contra partidarios conocidos del comunismo”(Giraldo, S.J, 2003: 43). Al respecto, para mayor profundidad ver el libro editado por el CINEP: *Colombia, deuda con la humanidad. Paramilitarismo de Estado 1988-2003*. Cinep, 2004.

privilegio a la acción política, para lograr una sociedad equitativa e incluyente. Ellos aún consideran que es posible alcanzar tal sociedad mediante su acción, sólo que deben cambiar algunas prácticas y corregir errores. De esta manera tienden a fortalecer su agencia.

8.2 Identidad colectiva

“Yo no me veo por fuera de la organización”

La identidad es uno de los factores fundamentales en el estudio de los actores colectivos, porque permite comprender de qué manera quienes hacen parte de un grupo construyen un “nosotros” que los identifica frente a los “otros”, generando rasgos distintivos, para crear sentido de pertenencia a través de la interacción entre los sujetos y su ambiente.

De acuerdo con los planteamientos de Melucci (1994), en la construcción de identidad colectiva hay un proceso permanente de interacción entre los sujetos, que no necesariamente es coherente y homogénea pero que implica: a) definiciones cognitivas concernientes a los fines, significados y campo de la acción colectiva; b) relación activa entre los actores: interacción, comunicación, influencia de cada uno con otro, negociación y construcción de decisiones, y c) inversión emocional, que permite a los individuos sentirse a gusto como parte de una unidad común.

La construcción de identidad colectiva ha sido analizada en actores colectivos, como los movimientos sociales. En actores político-militares, éste es un campo de análisis que permite comprender a estos grupos más allá de sus aspectos visibles y de sus objetivos, para descubrirlos “como agencias de significación colectiva” (Melucci, 1994), es decir, como actores constructores de espacios de significación que los unen y los identifican tanto en la acción armada como más allá de ésta.

El análisis de la identidad permite indagar por las conexiones cognitivas, morales y emocionales de un individuo con una comunidad más amplia, categoría, práctica o institución. “Es la percepción de un estatus o relación compartida, que puede ser imaginada más que experimentada directamente, y es diferente de las identidades personales, aunque puede formar parte de una identidad personal” (Jasper y Polleta, 2001: 285)²³⁰.

En el ELN encontramos que la identidad colectiva forma parte de las identidades personales de hombres y mujeres militantes de la organización: “los hombres elenos son diferentes a los demás hombres de la sociedad, y las mujeres elenas tampoco son como otras mujeres, ellas son elenas”, condición que influye para que su comportamiento e interacción con otros, de manera real o figurada, sea diferente. Las identidades personales están tan sumergidas en el grupo que los militantes hombres y mujeres consideran que no es posible (o no vale la pena) vivir por fuera del grupo. La organización se convierte en un espacio vital que compromete la existencia y permite la vida de hombres y mujeres que hacen parte de ésta.

Pese a ello, las identidades no sólo se experimentan y construyen en las relaciones que se tejen al interior de los actores político-militares, entre hombres y mujeres que hacen parte de la organización. Como lo plantea Tilly (1998), en general, las identidades son experiencias compartidas de determinadas relaciones sociales y representaciones de esas relaciones sociales. Los trabajadores se convierten en trabajadores en relación con los patronos y otros trabajadores, las mujeres se convierten en mujeres en relación con los hombres y otras mujeres, los judíos ortodoxos en relación con judíos no ortodoxos. La identidad “elena, el embrujo eleno” se consolida en interacción con quienes no son “elenos”. En este orden de ideas, las identidades de estos actores se consolidan en relación con un subconjunto del que forman parte actores políticos institucionales —entre ellos, el gobierno— y otros actores políticos no institucionales, de modo que logran afianzar un sistema de valores considerado propio, una forma de ver y asumir el mundo, y por supuesto una forma de actuación que les diferencia de

²³⁰ Texto original en inglés, la traducción es de la autora.

otros actores político-militares que también confluyen en el conflicto.

En este tipo de actores colectivos pareciera que se construye un “nosotros” que lo abarca todo, transforma a hombres y mujeres, influye en la construcción de identidades de género, e incluso en su ejercicio clandestino, pues el cambio de sus nombres les permite intentar asumir “identidades personales deseadas”, en las que hombres y mujeres presentan diferencias significativas. Por ahora no nos detendremos en el desarrollo de estos aspectos, sobre los cuales volveremos más adelante, y más bien iniciaremos el análisis de la construcción de identidad colectiva a partir de categorías construidas de acuerdo con los datos obtenidos, que nos permiten ir desarrollando diversos aspectos.

8.2.1 Un nosotros que lo abarca todo

“Es que ante todo yo soy eleno o elena”

En las distintas entrevistas, hombres y mujeres urbanos y rurales presentan al ELN como un poderoso y ambicioso “nosotros” que contiene los ideales de una “comunidad imaginada”²³¹. Dicha comunidad está caracterizada por relaciones, valores y creencias, a modo de la sociedad que se desea construir y que es vivida especialmente en los campamentos rurales (zonas de retaguardia) por militantes y combatientes. Esto no quiere decir que en los colectivos urbanos dicha comunidad no se haga explícita, ni se intente construir cotidianamente.

Los hombres y las mujeres entrevistados se identifican a partir de su pertenencia a dicha comunidad, que es la que les otorga su razón de ser y de existir: “por fuera de la organización yo no soy nadie”, “todo lo que tengo y soy es gracias a la organización”. Los combatientes tienen las siguientes expresiones: “es que cuando era civil no era nada, no valía nada, ahora que soy guerrillero, que soy revolucionario, tengo valor”. Estas expresiones sugieren que la organización insurgente, para algunos hombres y

²³¹ Utilizamos el concepto de comunidad imaginada en el sentido de Benedict Anderson, para significar el anhelo y la fantasía de ciertas personas de crear una comunidad de la cual hagan parte y sean protagonistas.

mujeres, es su “patria social” (Bolívar, 2006). Como otras organizaciones armadas estudiadas por Bolívar (2006)²³² y Della Porta (1995), el Ejército de Liberación Nacional ofrece a ciertos hombres y mujeres “un refugio, menos comprometido con el contexto de la familia, una segunda patria, un escudo contra el aislamiento, una respuesta a las necesidades de amor, amistad y afirmación del sentido de autoestima a través de la inclinación y el afecto de otros individuos y a través de dar una tarea que provea de sentido a la vida individual y a la existencia colectiva” (Elias, 1999 en Bolívar, 2006: 17). Brinda además un lugar de inclusión social en el que quienes participan no se sienten excluidos ni experimentan inequidades.

Para hombres y mujeres mayores y discapacitados, la organización se convierte en su único lugar de inclusión, aceptación y reconocimiento. Estas personas ni siquiera se refieren a sí mismas en términos del yo; cuando se les indaga por sus biografías, por asuntos personales, rápidamente insisten en que son revolucionarios, y sobre todo “elenos”.

Para hombres y mujeres jóvenes combatientes del área rural, su pertenencia a la organización les ha permitido salir de la “vida civil”, donde “no eran nada”, y pertenecer a un colectivo en el que tienen valor, en el que aprenden, en el que se disciplinan y trabajan con la gente.

²³² Bolívar ha investigado los discursos emocionales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

8.2.2 Sistema de valores²³³

“Nosotros somos diferentes, nos caracteriza nuestro humanismo²³⁴” [Sic]

Hombres y mujeres urbanos consideran que el sistema de valores fundado al interior de la organización es totalmente diferente al de la sociedad en general. Ellos y ellas manifiestan que comparten un “sistema ético” diferente al de la sociedad, y por tanto deben ser “hombres y mujeres nuevos en continua construcción”:

Cada eleno es un hombre y mujer nuevos, en construcción, motivados por los ideales del humanismo; dedicados por entero a la causa del pueblo. Personifican la radicalidad como un elemento de identidad de la organización, expresada en la actitud de ir a la raíz de las cosas y ser consecuente con los planteamientos revolucionarios.

El eleno es un transformador social, que se distingue por su iniciativa, creatividad, integralidad y espíritu crítico.

El eleno debe cultivar los valores revolucionarios como la convicción y la conciencia de clase, la honestidad y la honradez, el respeto al Pueblo, el colectivismo, la solidaridad y fraternidad, el espíritu de trabajo, la sencillez y discreción, la combatividad, la firmeza y la alegría. Estas cualidades y sus capacidades, lo mismo que la fidelidad a la causa, se deben tener en cuenta al promocionar a un compañero” (Documento interno de la organización).

En relación con este aspecto, los estudios de Della Porta (1995) plantean que habitualmente en organizaciones político-clandestinas se genera un sistema de valores diferente al de la sociedad, con lo que generalmente se forja un sistema que puede crear una contracultura²³⁵. Nosotros encontramos que, paradójicamente, el sistema de valores planteado de manera formal por el ELN no conforma una contracultura; por el contrario, algunos aspectos de su sistema de valores serían ideales para la sociedad colombiana; por ejemplo, la solidaridad. Con ese sistema de valores se identifican quienes hacen parte de la organización (solidaridad, honradez, respeto al pueblo, alegría, crítica y autocrítica continuas, etc.). La crítica y la autocrítica son los elementos que les han permitido hacerse replanteamientos e intentar estar acordes con

²³³ Entendemos un sistema de valores como un conjunto de criterios aprendidos que predisponen a actuar de determinada manera. No son estables, cambian con el tiempo y con circunstancias históricas, sociales y culturales.

²³⁴ Los humanistas valoran al hombre desde una perspectiva mundana, no-divina, es decir, el hombre es visto como un ser natural e histórico. Desde esta perspectiva, esta auto-determinación no entra en contradicción con muchos de los medios utilizados en la lucha armada.

²³⁵ El concepto de contracultura se utiliza para aludir a valores, tendencias y formas sociales que chocan con los establecidos dentro de una sociedad. Aunque hay tendencias contraculturales en todas las sociedades, el término se usa especialmente para referirse a un movimiento organizado y visible cuya acción afecta a muchas personas y persiste durante un período de tiempo considerable.

las búsquedas de los sectores mayoritarios de la sociedad colombiana. Sus replanteamientos continuos los hacen no sólo a partir de modificaciones internas, sino en continua interacción con el contexto.

Desde nuestra interpretación, consideramos que si bien no hay una contracultura, sí existe una significativa paradoja, que consiste en que los integrantes de la organización tienen valores “practicados y reconocidos” al interior de la misma, pero que no se extienden al resto de la sociedad; se trata de valores que “deben” estar en la interacción entre los miembros del grupo, pero que a la vez, en ocasiones, no se practican, y de ahí que los medios de acción violenta hayan sido un medio para el logro de sus fines. Si retornamos al marco de injusticia le encontraremos sentido a esta incongruencia: los valores se practican al interior de la “comunidad imaginada” que ha sido creada por ellos y ellas, pero no es posible llevarlos a una sociedad cuyo modelo hay que desactivar por injusto y opresor. Su sistema de valores adquiere sentido frente a una sociedad que desde sus construcciones no posee ninguno de esos valores. Desde nuestro punto de vista, éste es un elemento influyente en el privilegio de la acción violenta.

A pesar de la paradoja descrita, consideramos que el sistema de valores contemplado, en ocasiones de manera formal, le ha permitido a este grupo tener formas de interacción diferentes con las personas y el contexto en el cual se encuentra, como también replantear continuamente sus medios de acción violenta. En palabras de uno de sus miembros:

El eleno tiene, cómo podría llamarse eso, tiene unas características humanas distintas a otros proyectos políticos, digamos que ser eleno es una cosa que pasa por cómo se construye con la gente, cómo es la relación con la gente, cómo se lleva a cabo el proyecto político, además se ha venido trabajando mucho, quizás intuitivamente yo lo podría decir o que hoy hace parte de la reflexión, y es aquello del poder popular, que es digamos la inversión del lugar vanguardista de las competencias, la idea de cómo construir vanguardias colectivas y eso pasa por el reconocimiento de mucha gente así sea en función de una propuesta política, así sean amigos, colaboradores, entonces eso creo que por ahí donde lo cotidiano es muy importante, uno podría decir que ahí se construye un nosotros, no solamente de los que militamos directamente, sino de mucha gente que es amiga del proyecto, que te colabora, que quizás también es eso lo que ha garantizado la permanencia en el tiempo también, que son las bases sociales no directamente militante, sino de mucha gente que quiere el proyecto, que lo quiere pues en un sentido digamos figurativo a la palabra, que mucha gente quizás por

temores, porque no le interesa una militancia directa, pero sí hay unos niveles de apoyo bastante fuertes para muchas cosas del proyecto político. [ACGHO1C2, líneas 74-110].

Con relación al sistema de valores, el ELN se diferencia de otros actores colectivos semejantes. De acuerdo con sus planteamientos, ellos y ellas son más cercanos a las comunidades y aceptados por éstas, debido a que sus ideas son menos radicales y más “humanistas”. Este principio fue introducido por la influencia cristiana que tuvo este grupo en sus primeras etapas y que también ha permitido justificar su acción insurgente²³⁶. En este sentido, adquiere gran relevancia el interrogante planteado por Tilly: ¿Cómo y por qué personas que interactúan sin infligirse daños directos pasan rápidamente a la violencia colectiva y después (a veces con la misma rapidez) regresan a unas relaciones relativamente pacíficas? (2003: 11). A esta pregunta, como el propio Tilly dice, nadie ha encontrado aún soluciones satisfactorias, y desde luego, nosotros tampoco tenemos ninguna propuesta para resolverla, pero no por ello deja de ser relevante plantearla para el actor colectivo que nos ocupa.

De acuerdo con los planteamientos de hombres y mujeres, es el sistema de valores propuesto (solidaridad, confianza, respeto, humanismo, respeto y valor a la palabra) lo que hace que quienes se acercan a la organización “se enamoren del proyecto”. A partir de nuestro interés analítico, indagamos de qué manera ese sistema es experimentado y percibido por hombres y mujeres pertenecientes a la organización. Encontramos que las mujeres identifican que una parte significativa de los hombres “elenos” son diferentes a los del común, pues en ellos encuentran “respeto, cariño, amabilidad e interactúan con ellas de manera diferente a como lo hacen los hombres que están por fuera de la organización”. Estas afirmaciones no les impiden reconocer que en ellos también encuentran remanentes de la cultura patriarcal, como son “dominio sobre las mujeres, dificultad para aceptar que en ocasiones ellas tengan

²³⁶“Personas como Camilo, Manuel, importantes personajes de la iglesia católica que asumieron una mirada crítica, pero yo creo que incluso hoy, o sea, cuando yo miro los principios como la mirada con relación a la población civil, con la mirada al interior de la organización, yo creo que el elemento cristiano como elemento digamos humanizador de las relaciones jugó un papel y hoy sigue jugando un papel muy importante. Aunque hoy, digamos, que no existe tanta influencia del sector cristiano comprometido como lo existió en algún momento, pero ese espíritu de acogida, de tolerancia, de compañerismo, de solidaridad, etcétera, yo digo que sí está muy permeado por lo cristiano, eso del amor al prójimo, etcétera, creo que ha jugado un papel importante en nosotros, es lo que nos hace diferentes”. [ACGHO4C2, líneas 463-483].

mayor estatus dentro de la organización”, e incluso acciones de maltrato físico y psíquico, que son sancionadas²³⁷.

Los hombres rurales y urbanos también manifestaron que las mujeres “elenas” son diferentes a las del resto de la sociedad; son “valientes, fuertes, aguerridas, inteligentes²³⁸, trabajan igual con los hombres, son serias, flexibles y se hacen respetar”. En el ámbito rural consideran que son las mujeres las que dinamizan el proceso organizativo y son las que influyen para que ellos permanezcan pese a las difíciles condiciones en que se vive en los campamentos.

Tanto hombres como mujeres expresan que en sus relaciones deben generar una imagen coherente con el sistema de valores de la organización, más aún cuando ésta debe constituirse en un referente de otro tipo de convivencia y de otro tipo de sociedad que es posible construir. En este sentido, podemos plantear que el género, y sobre todo las imágenes de género, constituyen un elemento importante para el logro del sistema de valores contemplado por la organización, aspecto que también es paradójico con respecto a los planteamientos de algunas mujeres entrevistadas, quienes expresaron “que cuando han propuesto tener en cuenta la perspectiva de género en las actividades, documentos y acciones de la organización”, algunos compañeros han exteriorizado que eso no tiene ninguna importancia en un proceso revolucionario, “en ocasiones es casi un tema vedado, inclusive en los espacios más amplios”. El logro de la equidad de género será una realidad cuando se logren los objetivos de la organización. De esta manera la organización seguirá siendo un mundo masculino.

Pese a los anteriores planteamientos, los hombres y las mujeres urbanos jóvenes militantes de la organización consideran que no es posible construir una sociedad diferente, sino se tiene en cuenta la igualdad y equidad de género. Por tanto, aunque no se haga explícito en el sistema organizativo, el género plantea un desafío de primer

²³⁷ Las sanciones se dan cuando las agresiones ocurren en los campamentos guerrilleros. En el ámbito urbano, debido a que no hay una convivencia en comunidad, en ocasiones no se perciben este tipo de acciones para sancionarlas.

²³⁸ Desde nuestra perspectiva, éstos son los rasgos identitarios que deben adquirir las mujeres para ser reconocidas en la organización.

orden tanto en la construcción del sistema de valores como en la conformación de un actor colectivo insurgente.

8.2.3 La inversión emocional

Lo afectivo es otro de los factores importantes que contribuyen a la construcción de un “nosotros”. Las relaciones que se establecen entre hombres y mujeres que conforman la organización insurgente ELN son valoradas como de profunda amistad y solidaridad, y los miembros de la organización afirman que sólo las encuentran entre quienes hacen parte del grupo, pese a la clandestinidad y compartimentación que también las caracteriza.

Las relaciones entre quienes hacen parte del ELN son calificadas por sus miembros de “extraordinaria camaradería y solidaridad”, a tal punto que, cuando deciden entrar de manera total a la organización —en sus términos, vivir en total clandestinidad, lo cual les implica alejarse de sus familias—, no experimentan una pérdida, porque han entrado y han ganado una familia: la organización. Por tanto, no tienen sentimientos de soledad, no han perdido afectos ni vínculos, y por el contrario han ganado muchos; “mientras esté con la organización y luchando con el pueblo y para el pueblo no me sentiré sola jamás” [ACGM05C3, líneas 240-242].

Estos sentimientos se fortalecen cuando hombres o mujeres son aprehendidos y van a la cárcel; para ellos y ellas, la experiencia de la prisión les ha permitido sentirse más pertenecientes y más comprometidos con la lucha, aunque en algunas ocasiones su militancia activa haya disminuido. Hombres y mujeres que han estado en esas circunstancias se han sentido asistidos por el grupo, por sus amigos, “por su familia grande”, son admirados y tratados como héroes, así como quienes han caído en combate se constituyen en símbolos, en ejemplos de lucha que hay que seguir. En términos de género, los héroes son muchos, y las heroínas muy pocas.

Los afectos y las solidaridades se resaltan como algunos de los factores más importantes que dotan de sentido a un estar juntos, y que diferencian a este grupo de

los otros actores colectivos insurgentes que confluyen en el conflicto. La valoración de la afectividad, desde nuestra interpretación, no implica necesariamente una comunidad y una colaboración armoniosa, lo cual no es un problema grave, porque los “amigos políticos” no necesitan quererse para seguir siendo amigos, en el sentido político propiamente dicho. Necesitan forjar una representación de su unidad a pesar de los conflictos y las divisiones que puedan existir en esa “comunidad imaginada”. Hombres y mujeres precisan construir elementos que en la clandestinidad les permitan a sus miembros afirmar: aquí es donde pertenezco, aquí es donde tiene sentido estar.

Consideramos que el sentimiento de “profunda afectividad”, si bien es cierto, puede construirse sólo entre algunos miembros, no es homogéneo, y es más bien una construcción que vive en la mente de cada uno de ellos y ellas, sabiendo que buena parte de los integrantes de la comunidad tal vez nunca lleguen a conocerse entre sí, o que incluso existan desconfianzas y temores a la deserción y a la traición.

Los hombres y las mujeres mayores, tanto urbanos como rurales, no conciben una vida externa a la “comunidad imaginada”, todo lo que son lo han construido y adquirido con otros y en el proceso; luego, estar por fuera es prácticamente quedarse sin existencia. De manera semejante sucede con los discapacitados, cuya condición la han adquirido en combates o durante la misma acción violenta; su sentido de pertenencia a la organización es totalizante, no se conciben por fuera de la comunidad.

En las dinámicas afectivas no encontramos diferencias importantes en términos de análisis desde una perspectiva de género. Hombres y mujeres se refieren a las relaciones en los mismos términos; sólo queremos resaltar que, a pesar de la valoración descrita, las mujeres plantean que entre ellas hace falta mayor compromiso y solidaridad de género, lo cual no influye en que experimenten algo que va más allá de la propia racionalidad, y es lo que unos y otras denominan el “embrujo eleno”:

Hay una cosa que yo he escuchado aquí a varias personas, no sé si eso te puede ayudar a responder qué son cosas que van más allá de lo racional, pero nosotros hablamos de una cosa y es el embrujo eleno, nosotros hablamos de eso, o sea, la magia, el embrujo y es una cosa más allá de una explicación racional, es esa química que se va generando entre nosotros y

entre los proyectos donde estamos que hace que la gente se acerque a nosotros [ACGMO3C3, líneas 1.221-1.235].

Ese más allá, “esa cosa que es más que racional”, es lo que permite, en términos de Pizzorno, que un miembro se identifique en un grupo no por un fin específico, sino por su realidad colectiva y porque recibe su propia identidad. “Abandonará no cuando la organización sea ineficaz, sino cuando se convierta para él en una entidad diferente. Abandonará cuando la identidad de la organización haya cambiado. Cuando se pierde la identidad, la fe o el amor, nace una nueva persona” (1986: 30).

8.3 La agencia: “entre la revolución y una democracia real”

Una vez descritos y analizados los anteriores aspectos, es hora de abordar el tercer componente, referido a las *expectativas de éxito y eficacia*: la agencia.

De acuerdo con los planteamientos de Sabucedo, la “capacidad de agencia”, como aspecto que surge de los marcos de interpretación de la realidad social, se asume como:

La capacidad reflexiva y de acción de las organizaciones para incidir y transformar la situación de injusticia, afirmando sus expectativas de éxito y eficacia, desafiando de esta manera los sentimientos de inmutabilidad o fatalismo que pueden desarrollarse respecto a las situaciones sociales de precariedad y abandono (1998: 120).

En nuestras palabras, se trata de la posibilidad de cambio que pueden generar las organizaciones o movimientos a través de su acción colectiva, para incidir en el entramado de condiciones adversas reconocidas como injustas.

De acuerdo con Klandermans, los agravios, el sentimiento de injusticia y el descubrimiento de una autoridad para culpar, no son suficientes para impulsar a las personas a “engancharse” en la acción colectiva. Los individuos deben estar convencidos de que ellos tienen el poder para cambiar las condiciones. Semejante convicción presupone la presencia de agentes que impresionan a la gente por ser políticamente eficaces, en virtud de su éxito en el pasado o por su potencial eficacia.

Una amplia literatura afirma que la acción colectiva se lleva a cabo en lugares donde existe la creencia de que dicha acción puede eliminar los agravios (1997: 42).

En este orden de ideas, describiremos y analizaremos aquellos elementos comunes sobre los cuales los actores colectivos insurgentes “elaboran su conciencia” como agentes socio-políticos, respecto al sentido de éxito y eficacia de su acción para transformar las condiciones ligadas a sus problemáticas.

La aspiración al cambio social a través de la revolución social es una característica de las organizaciones político-militares. Asociado a ese deseo de cambio social, se une el deseo de cambiar a los individuos, de construir un hombre y una mujer nuevos. Ellos y ellas deben incorporar en sus personas las mejores cualidades humanas: la generosidad, la solidaridad, el sacrificio, el desprecio hacia lo material, el humanismo y el conocimiento de la que consideran la verdadera ciencia de la sociedad: el marxismo-leninismo.

Aunque éstos han sido los aspectos característicos en el tipo de organizaciones que nos ocupa, es importante, como punto de partida para la descripción y el análisis de la agencia en el actor colectivo de referencia, puntualizar que desde nuestro punto de vista el marco de agencia en el ELN presenta dos momentos claves:

- a) una etapa inicial, que coincide de manera total con las características descritas; es decir, las expectativas de eficacia y éxito se vislumbraban a través del proceso revolucionario y el logro de la revolución social y política, entendida como la toma del poder del Estado y el cambio sustancial en las reglas de juego político. En correspondencia, se debía dar la transformación socio-económica y el cambio en el conjunto de las relaciones e interacciones sociales cotidianas de la sociedad (González, 2003).
- b) Una segunda etapa, que dentro de nuestro análisis ubicamos desde mediados de los años ochenta, consiste en la estrategia de construcción de poder popular (la

cual, como ya lo explicamos en el capítulo 4 de este mismo trabajo, se consolidó en el II Congreso de la organización). Esta estrategia consistió en influir en los habitantes de las distintas regiones del país para crear “organización y formas de autogobierno, en directa relación con la construcción de bases revolucionarias, para fortalecer una nueva legitimidad y erosionar la legitimidad oligárquica” (Documento del II congreso, a finales de 1989). Esta etapa se refuerza con la propuesta de Convención Nacional el 2 de febrero de 1996 (ampliamente descrita en el capítulo 4). En esta segunda etapa, las expectativas de eficacia y éxito ya no se fundamentan en la toma del poder y en el proceso revolucionario, sino en la construcción con otros y en el logro de una democracia real.

Con relación a la primera etapa, las acciones que se realizaban privilegiaban la vía militar, las cuales debilitarían al Estado hasta llegar a la toma del poder por parte de quienes están del lado de los más desfavorecidos de la sociedad (obreros, campesinos, estudiantes y clases populares). Desde esta concepción, el poder de la sociedad se veía concentrado en el Estado y el gobierno; por tanto, bastaría con “tomarlo” para transformar la sociedad, y de esta manera se alcanzaría el éxito. La condición para el triunfo de la revolución se fundamentó en la capacidad de lucha, sacrificio, abnegación y disciplina de hombres y mujeres. El éxito de la revolución se lograría con base en dichos valores.

En este orden de ideas es importante señalar que, en sus inicios, el movimiento insurgente fundamentaba sus *expectativas de éxito y eficacia* en la revolución, la cual se basaba en la toma del poder para implantar un régimen opuesto al capitalismo, que en concordancia sería el socialismo. Pese a estos argumentos, en sus planteamientos no encontramos principios socialistas propiamente dichos²³⁹.

²³⁹ Un ejemplo de esta afirmación se encuentra en los siguientes puntos:

- a. “Toma del poder para las clases populares, instauración de un gobierno democrático y popular que libere a nuestro país de los monopolios internacionales y de la oligarquía criolla y garantice la plena igualdad de nuestro pueblo, otorgue plenas libertades democráticas a los sectores populares ...”
- b. “Una auténtica revolución agraria que contemple la eliminación del latifundio, el minifundio y el monocultivo; realice una distribución justa y técnica de la tierra a los campesinos que la trabajan”.
- c. “Desarrollo económico industrial mediante la protección de la industria nacional, la confiscación de los intereses imperialistas y la oligarquía traidora”.

La actuación de la organización se correspondió con la idea de que su éxito estaba en la revolución, para la cual la acción armada (toma de poblaciones, hostigamientos a la fuerza pública, voladura de torres de energía y oleoductos, etc.) se constituía en acciones “coherentes” con su búsqueda. Estas acciones desestabilizarían la economía y debilitarían la fuerza pública, para así contribuir al debilitamiento del Estado. En este sentido, y de acuerdo con Della Porta, “estos grupos no actúan de manera azarosa o debido a que estén ‘sedientos de sangre’”. Al contrario, dedican gran cantidad de energía a la elaboración de lo que Crenshaw (citado en Della Porta, 1998) llamó “una re-estructuración cognitiva por medio de la cual la conducta censurable se presenta como honorable” (1998: 234) tanto para los hombres como para las mujeres.

Aunque en la primera etapa los medios de acción parecían coherentes con la búsqueda, constantemente hubo cuestionamientos internos con relación a las formas de acción violenta, que llevaron a un “cierre total” de la organización frente a la sociedad. Las formas de lucha “adquirieron sentido” en la primera etapa de la organización, pero a su vez llevaron al aislamiento del movimiento insurgente de la vida social del país. En los documentos de la organización se refieren a esta etapa de la siguiente manera:

Es evidente, que la lucha social y política de las masas parió a la lucha armada revolucionaria, pero ésta una vez aprendió a andar, la desconoció.

El costo de esta ‘negación de la madre’, la pagó el ELN al caer en el círculo vicioso del accionar defensivo y rutinario, que le impusieron los cercos contrainsurgentes que le lanzaron el imperialismo y la oligarquía, desde su nacimiento.

Al proponerse crecer sólo como organización guerrillera y no como fuerza popular, el ELN se aisló de la vida del país y coincidió con el propósito contrainsurgente que busca aislar a la guerrilla del pueblo (Documento del IV congreso, julio-agosto de 2006).

Así, las *expectativas de éxito y eficacia* con relación a un proceso revolucionario adelantado por un grupo mediante la vía eminentemente militar y de hecho, a través de medios de acción violenta, comienzan a transformarse, y “adquiere sentido” la acción política, la cual comienza a tener prioridad sobre la vía militar. El proyecto de

d. Otros tantos puntos que involucran reformas urbanas, salud, cultura, minorías nacionales, etc. (manifiesto de Simacota, en Hernandez, 1998: 85)

“ejército revolucionario” del pueblo deja de ser prioritario, al menos en el discurso, como lo expresan algunos de los dirigentes, para dar prioridad al “trabajo político, al trabajo de masas”.

Es evidente que, en relación con los marcos de agencia en la organización, hay desencuentros. Si bien hay integrantes (hombres y mujeres) que privilegian un marco de acción político sobre el militar, hay otros que abogan por lo contrario, porque consideran que en Colombia las condiciones para privilegiar la opción política aún no están dadas, y por tanto es necesario continuar con la acción armada. Pese a esta doble tendencia, actualmente las *expectativas de éxito y eficacia* ya no se fundamentan en la revolución entendida en términos clásicos y propios de este tipo de organización, sino en los planteamientos de esa segunda etapa, en la que el éxito se fundamenta en la construcción con otros y no en la toma del poder (construcción de poder popular y Convención Nacional).

Desde nuestro punto de vista, consideramos que varios factores han influido para que este marco de agencia se modifique y que, a partir de 1986 (segunda etapa) comience a prevalecer, sobre la toma del poder, “la construcción de poder popular”, y se proponga convocar a una Convención Nacional (definida ampliamente en el capítulo 4 de este texto)²⁴⁰.

Desde nuestra interpretación, los marcos de agencia presentan no sólo transformación sino también ambigüedad, pues hay coexistencia de un discurso —en los adultos mayores (hombres y mujeres)— que alude a la revolución por la vía armada, y un discurso de los más jóvenes —y especialmente “urbanos”—, quienes asumen la revolución no como “trasvase del poder del Estado” (Tilly, 1978) sino como un proceso de cambio social que se construye cotidianamente y que el grupo insurgente debe asumir “con otros” y no a nombre de otros. Esta concepción, de una manera u

²⁴⁰ Reiteramos que la Convención Nacional consiste en convocar a los distintos sectores de la opinión nacional, las organizaciones sociales, las organizaciones políticas, los gremios, la Iglesia, los intelectuales, la izquierda, los demócratas y los patriotas. Debe ser un encuentro de todos los colombianos interesados en un futuro diferente para la nación y abierto a la sana participación de la comunidad internacional.

otra, desactiva el privilegio a la acción violenta (no pretendemos decir que la suprime). En este sentido, encontramos un primer elemento explicativo en el cambio de los marcos de agencia: los cambios generacionales. Sin embargo, dichos cambios en sí mismos no nos aportan mayor explicación. Por tanto, tomar prestados algunos planteamientos de Wieviorka (1972), con relación a la crítica que este autor hace sobre la utilización de la violencia como medio, nos parece que puede ser más iluminador en la explicación de estos cambios.

En este sentido, los actores político-militares, como el que nos ocupa, tradicionalmente han recurrido a la acción violenta, sustentada en que ella permite la liberación y la lucha por los derechos de otros. En palabras más simples, se justifica a partir de la defensa y la liberación de otros: los desposeídos, oprimidos y excluidos. Sin embargo, cuando esas acciones violentas son extremas, se presenta confusión entre los fines y los medios, y por tanto los discursos y las ideologías que la sustentan se hacen cada vez más confusos. El actor colectivo “funciona de manera mítica, onírica”, y la violencia está desconectada de la experiencia vivida de aquellos en nombre de quienes es utilizada. Cada vez, entonces, aquellos por quienes se lucha serán más ajenos a esa lucha, y por supuesto a la acción violenta. Desde nuestro punto de vista, éste es el fundamento que subyace a las palabras de los militantes hombres y mujeres urbanos —especialmente los jóvenes— cuando plantean que “el conflicto se nos degradó, nos volvimos funcionales y por tanto hemos perdido legitimidad”. De ahí que sea necesario “construir con otros, sumar con otros, para lograr el cambio que se necesita y por el cual se ha luchado”. Este planteamiento se reitera en los documentos de la organización, pero no en muchas voces de los militantes.

La ambigüedad se capta en las entrevistas y en los documentos de la organización. Sin embargo, encontramos que es a partir del sexto pleno de comandantes, realizado en el año 2004, en el que se apuesta de manera más decidida y menos ambigua a una agencia sustentada en un proceso totalmente diferente al fundamentado en las primeras etapas de la organización:

En este periodo especial de nuestra historia, la realización de la Convención Nacional, en donde todo el país, sin exclusiones ni sectarismos, sin hegemonismos ni fraccionalismo, coloquemos todas las energías de la patria y el pueblo en convocar a la realización de una nueva Asamblea Constituyente que trascienda los elementos antidemocráticos de la actual, tales como la excesiva concentración de la propiedad privada, la hipoteca permanente del país a poderes trasnacionales e imperialistas, así como la reconstrucción de las fuerzas armadas convertidas hoy en una fuerza de ocupación, de choques y terror contra los colombianos y colombianas (Documento del VI pleno, octubre de 2004).

De esta manera, la condición fijada como propia de este tipo de organizaciones, de constituirse hacia adentro con poco o ningún contacto con el contexto, es cuestionada en términos de agencia al interior del mismo movimiento. También se cuestionan los medios de acción violenta, y aproximadamente desde comienzos de la primera década del siglo XXI se inicia una disminución de las acciones violentas, sin querer decir con ello que éstas hayan desaparecido. Sin embargo, actualmente se justifican de manera diferente: ya no para la liberación y la emancipación de otros. En los últimos documentos publicados en la página web de la organización, las acciones violentas se enuncian como “guerra necesaria” para demostrar al “enemigo” que la disminución de este tipo de acciones no se debe a que estén debilitados como actores político-militares.

Como lo hemos planteado a lo largo de este capítulo, los marcos son construcciones culturales que se dan no sólo hacia el interior de los movimientos sino en interacción con el contexto, y a su vez impactan sobre el mismo. En este orden de ideas, nos preguntamos sobre la efectividad de los marcos de agencia para impactar el contexto. Desde nuestra perspectiva e interpretación, una de las mayores dificultades que encontramos en estos movimientos es su impacto. Por eso decidimos indagar sobre este aspecto en las entrevistas realizadas tanto a militantes de base como a dirigentes de la organización, y en los documentos de la misma. Al respecto, tanto las entrevistas como los documentos y las investigaciones previas (Vargas, 2006; Aguilar, 2006) permiten afirmar que el impacto se ha dado básicamente a nivel regional. En especial, los actores han generado procesos organizativos y han influido a nivel local en la política institucional, a la vez que han generado vínculos con las personas de las regiones en las cuales influyen. Para los actores es muy difícil reconocer estos procesos por su actuación clandestina y por los niveles de represión violenta ejercidos

por agentes del Estado y paraestatales, que han afectado de manera significativa a dichos procesos, más que al mismo actor político militar.

Otro de los aspectos que destacan los integrantes de la organización es la participación, y en ocasiones la actuación conjunta con otros actores colectivos, a los que denominan movimientos sociales. Plantean que históricamente, y aun en momentos de significativa represión, han hecho presencia en movimientos campesinos, obreros, estudiantiles, de derechos humanos y ambientales. Su participación no ha tenido como objetivo reclutar militantes, sino influir política e ideológicamente, sobre la base de lo que conciben como construcción de poder popular, y lo que se conoce como trabajo político-organizativo. Para el Ejército de Liberación Nacional ésta no es una relación instrumental, sino una relación que permite expandir los vínculos entre organizaciones y diversas expresiones colectivas que se constituyen en un tercer sector fundamental en el proceso de construcción de poder popular. En términos de Klandermans (1997)²⁴¹, los vínculos entre organizaciones son los que permiten que los colectivos amplíen su entorno de actuación y que, por tanto, proyecten su potencial movilizador, sus mecanismos de afiliación a otros sectores y públicos y el aprovechamiento de los recursos existentes entre las organizaciones, aspectos fundamentales en la agencia de una organización.

Pese a estos procesos de construcción de vínculos, participación y generación de organización, nosotros encontramos una gran contradicción con relación al planteamiento recurrente de hombres y mujeres sobre la falta de legitimidad a la que se enfrenta la organización y que los ha llevado también a transformar sus modos de acción y sus marcos de agencia²⁴².

²⁴¹ La capacidad de agencia de una organización o movimiento social se desenvuelve enfrentando los retos sociales transaccionales que le plantean tanto el contexto sociopolítico como las expectativas y motivaciones de los seguidores, por lo cual, para propiciar la movilización y la acción colectiva, se hace pertinente considerar las fases de la movilización que Klandermans (1997) propone como: “el potencial de movilización, las redes de reclutamiento, la motivación para participar y las barreras para la participación”. La fase del potencial de movilización tiene que ver con la capacidad que tiene una organización de penetrar, a través de sus líderes, en diferentes sectores de la sociedad para construir los respaldos y obtener el máximo apoyo actitudinal e ideológico entre los ciudadanos.

²⁴² En carta enviada por Pablo Beltrán (miembro del comando central del ELN) a los miembros garantes del proceso de acercamiento entre el gobierno de Álvaro Uribe y la organización insurgente, expresa: “Vamos a

8.4 Género y construcción de marcos

Un argumento que hemos sostenido es que los actores colectivos político-militares están “generizados” en distintas vías, así sus metas no sean influir o transformar las relaciones de poder sustentadas en la diferencia. En este sentido, el tipo de actores que nos ocupan están “generizados” en su composición, en sus procesos y en sus dinámicas organizativas (hombres y mujeres ocupan diversos lugares y dinamizan la organización de diferente forma), y mantienen relaciones de poder sustentadas en las diferencias de género, de ahí que la participación de las mujeres en estos grupos haya estado poco visible.

De esta manera, consideramos que lo importante para resaltar en este análisis es que, pese a las diferencias, hombres y mujeres confluyen en la construcción de las interpretaciones sobre lo que consideran injusto, sobre la delimitación de un enemigo común y sobre cómo lograr eficacia y éxito con la acción que desarrollan. En síntesis, hombres y mujeres se unen para conformar un actor colectivo político-militar, porque comparten una serie de agravios comunes sobre los que construyen interpretaciones semejantes, pese a sus diferencias y a las relaciones de subordinación entre ellas y ellos. No podemos olvidar que, además de coincidir en los agravios y en la construcción de significados y conceptos compartidos, también coinciden en que los intentos por una participación política diferente a la vía político militar ha sido “violentamente sofocada” durante mucho tiempo, lo cual se convierte en una oportunidad para que también coincidan en la conformación de este tipo de organizaciones y en sus modos de acción. La pregunta que aparece es: ¿qué factores favorecen el hecho de que hombres y mujeres coincidan en las mismas construcciones para lograr unidad en este tipo de actores? ¿Factores estructurales, organizativos, individuales?

plantearle al país no solo el tema de las retenciones, sino como el ELN en su historia reciente se ha planteado el desescalamiento de la guerra, que fue ratificado en el IV Congreso de la Organización, del año 2006. Este desescalamiento empezó cuando nos apartamos de las disputas en el bloque socialista y nos desarrollamos dentro de un no-alineamiento internacional. También en los últimos Congresos internos del ELN, hemos reiterado nuestra firme decisión de mantener un deslinde del narcotráfico. Hoy estamos reflexionando sobre lo que nos puede significar la posibilidad de abandonar las retenciones, como forma de financiación. Acompañenos, Ustedes señores Garantes, junto con muchos otros colombianos” (29 de agosto de 2007).

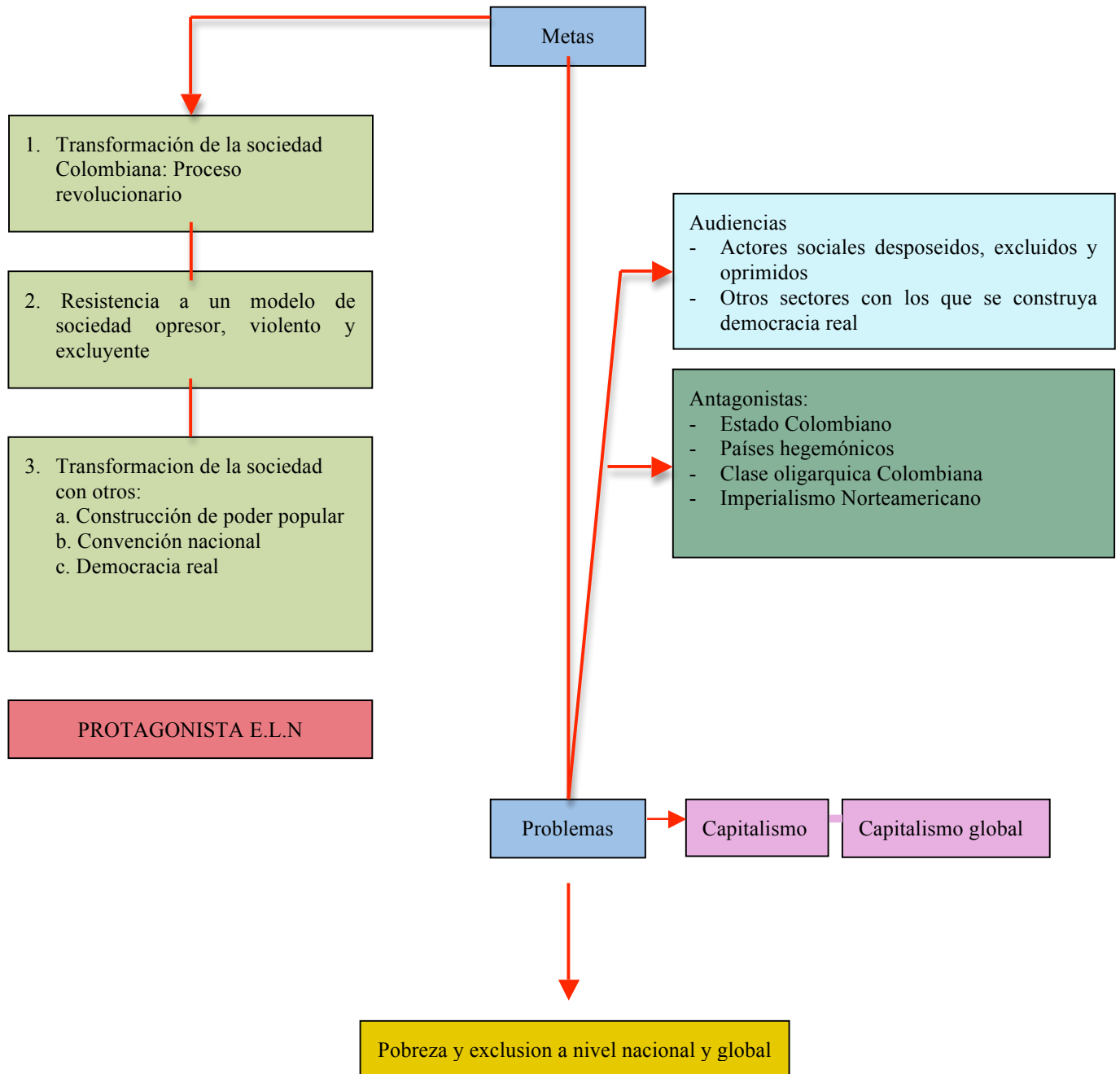
Las coincidencias entre hombres y mujeres, y la insistencia en una igualdad entre ellos —ideal importante—, a menudo oscurecen el hecho de que, en la práctica, la diferenciación de género y el poder masculino se mantienen intactos. Es por esto que, desde nuestro punto de vista, procesos revolucionarios triunfantes como el de Nicaragua y Cuba no se revirtieron en un cambio de las relaciones de poder entre hombres y mujeres. Una vez obtenido el poder, las condiciones de subordinación femenina continuaron. En el siguiente cuadro resumimos las áreas temáticas para el análisis de marcos:

Tabla N° 6 Áreas temáticas para el análisis de marcos

<i>Marcos</i>	<i>Estrategias de enmarcamiento (áreas temáticas utilizadas para la interpretación)</i>
Asunto de debate público	<ul style="list-style-type: none"> • La injusticia social: representada en exclusión social, económica y política, generada por el capitalismo y la globalización del capital
Marco de injusticia	<ul style="list-style-type: none"> • Una gran masa de oprimidos y desposeídos(en Colombia y en el mundo) • Carencia, explotación y opresión • Responsables de la injusticia: el Estado, la oligarquía, el imperialismo.
Marco de identidad	<ul style="list-style-type: none"> • Un nosotros que lo abarca todo • Sistema de valores propio de la organización • Inversión emocional: afectos, amistad, compañerismo
Marco de agencia	<ul style="list-style-type: none"> • La revolución y la toma del poder • Convención Nacional • Construcción de poder popular

Fuente: datos obtenidos durante el proceso de investigación.

8.5 Diagrama de los procesos de enmarcamiento



Los movimientos insurgentes más allá de un todo unificado

El objetivo central de esta investigación consistió en comprender los procesos y las relaciones que subyacen a la conformación de un actor colectivo insurgente e identificar la manera como las relaciones y prácticas de género intervienen en dichos procesos. El logro de este objetivo trascendió la apariencia *objetual* del fenómeno, para ubicarnos en algunos aspectos de la construcción social de un actor específico inmerso en el conflicto socio-político colombiano: el Ejército de Liberación Nacional (ELN).

El análisis de este actor se llevó a cabo en el periodo comprendido entre 2002 y 2007. No obstante esta delimitación temporal, tanto el proceso de estudio como los datos obtenidos se refieren a un actor colectivo analizado desde su surgimiento hasta su historia reciente, lo que supone un periodo de tiempo mucho más amplio. Esto implicó distinguir dos niveles de análisis; el primero (el nivel individual) pretendió indagar por los motivos que hombres y mujeres aducen para ingresar y permanecer en la organización, así como por las construcciones de sentido que hacen los sujetos concretos, hombres y mujeres, en torno al contexto histórico y social en el que emergen y se mantienen tanto el actor colectivo como las acciones que el mismo despliega. En otras palabras, además de tener en cuenta los motivos aducidos por hombres y mujeres para ingresar y permanecer, profundizamos en *la imagen* que los militantes tienen de la “realidad externa”, entendida como contexto²⁴³. Como bien lo sabemos, las construcciones de sentido influyen de manera significativa en el contenido de las reivindicaciones de estos actores y en las formas como éstas se expresan.

En un segundo nivel, analizamos los procesos colectivos a través de los cuales las construcciones de sentido y las voluntades individuales se conjugan para dar paso a un

²⁴³ Entendemos el contexto como el entorno, el cual incluye las estructuras sociales y los factores del ambiente en que emergen y se mantienen las organizaciones insurgentes (ver el capítulo 5).

movimiento insurgente. Así, en este nivel nos centramos en las relaciones, los procesos y las construcciones colectivas que permiten la conformación de este actor: la organización y las construcciones de marcos culturales con las que ella atribuye significados a sus acciones y a los distintos componentes del conflicto. Es a través de los marcos culturales como los actores confieren significado a su propia racionalidad y a su acción, y a su vez interactúan con otros actores y con el medio en el cual se encuentran. En este nivel nos ocupamos de desvelar los procesos y las relaciones para que emerja un “nosotros común”, y la manera como intervienen las prácticas y relaciones de género en dicha construcción.

Los dos niveles de análisis no implican una relación lineal ni causal entre uno y otro; por el contrario, se definen en una relación circular y mutuamente influyente. El énfasis en estos dos niveles tampoco implicó desconocer los factores contextuales, tanto nacionales como internacionales, que han influido en el surgimiento y mantenimiento del actor que nos ocupa; simplemente no les concedemos un carácter determinante, sino contribuyente, y a su vez el contexto no sólo lo asumimos como lo instituido, sino como contexto instituyente²⁴⁴. Para la conformación del contexto tuvimos en cuenta elementos objetivos y construcciones de sentido, tanto en el nivel individual como en el colectivo.

En este sentido, ambos niveles suponen sujetos que se relacionan, no sólo entre sí, sino también en un contexto histórico y social específico. El género adquiere entonces un lugar destacado tanto en la indagación como en el análisis, dado que se considera un factor estructurante de toda forma de interacción social; comprende factores racionales objetivos, construcciones subjetivas y simbólicas, y construcción de sentido; implica un nivel individual y otro colectivo, y además permite visibilizar relaciones de poder en los diversos contextos sociales y culturales. A pesar de que las relaciones de género se erigen como un principio de ordenamiento e interacción, no es el único factor en la constitución de un actor colectivo insurgente, porque la clase, la

²⁴⁴ Los conceptos de contexto instituido y contexto instituyente los tomamos prestados de Cornelius Castoriadis (1983)

etnia y la generación también pueden ser categorías estructurantes de las relaciones, aunque éstas aparecen siempre *generizadas*²⁴⁵.

Ahora bien, una de las características de los grupos y de las acciones insurgentes en América Latina, y en Colombia, ha sido la participación de mujeres.²⁴⁶ Aunque hay algunos estudios que han abordado este fenómeno para explicar por qué las mujeres han participado en grupos insurgentes político-militares, dichos análisis no dan cuenta de lo que sucede con las relaciones entre hombres y mujeres en estas organizaciones, para que ellas opten por estar y mantenerse, pese a las rupturas sociales y culturales que implica la participación de mujeres en fenómenos colectivos que se definen por sus medios violentos.

En este capítulo final, recogemos los principales hallazgos y los argumentos que nos permitieron interpretarlos, aclarando que los elementos teóricos planteados fueron permanentemente evaluados, reformulados y contrastados a la luz de un trabajo de campo exhaustivo. Señalaremos además, los aportes teóricos y metodológicos de esta investigación para la comprensión de un actor que entraña especial complejidad y cuyo estudio resulta novedoso para los enfoques tradicionales que han servido de sustento a los análisis de la acción colectiva.

Asimismo, somos conscientes de que aprehender este fenómeno colectivo, por las particularidades que reviste, es un ejercicio que no se agota en este análisis; por el contrario, abre nuevas líneas de trabajo para una agenda de investigación futura.

²⁴⁵ Para una definición más amplia del concepto, ver nota 21, pág. 43

²⁴⁶ Afirmación que sustentamos con base en la investigación de Kampwirth (2007) sobre Nicaragua, Salvador, Cuba y México. El Movimiento Zapatista ha estado compuesto por mujeres, hasta tal punto que los investigadores han considerado que este grupo ha tenido una participación masiva de mujeres indígenas en todos los niveles: como parte de la dirección política, en la organización armada, y como bases de apoyo civil. Como parte de las “Leyes Revolucionarias” que dan a conocer en su levantamiento, se encuentra la Ley Revolucionaria de Mujeres, donde se establecen una serie de derechos frente al Estado nacional, frente a la organización político-militar, y frente a las comunidades indígenas. Ver Millán, Mágara (2006), “Participación política de mujeres indígenas en América Latina: El movimiento Zapatista en México”. Documento en línea, disponible en: <http://www.un-instraw.org/en/images/stories/millanzapatistas.pdf>

9.1 Sobre la perspectiva teórica

Los estudios sobre organizaciones político-militares en el ámbito internacional, especialmente en Europa y Estados Unidos, han estado generalmente vinculados al análisis de las revoluciones, de la violencia política y del terrorismo. De esta manera, se ha hecho especial énfasis en explicar por qué suceden las revoluciones, cómo son sus procesos, o qué factores favorecen el triunfo o llevan al fracaso. A partir de esta perspectiva se han analizado los diferentes procesos que emergieron en Centro y Sur América durante el periodo comprendido entre mediados de los años sesenta hasta los ochenta, época en que varios países se vieron convulsionados por el surgimiento y desarrollo de *acciones colectivas insurgentes*, autodenominadas *movimientos de liberación*, cuya búsqueda fundamental era el cambio de las sociedades en las cuales habían surgido y que se caracterizaban por la precariedad económica y por la existencia de democracias no consolidadas. En otras palabras, era la *época de las revoluciones*.

El análisis sobre los procesos revolucionarios ha privilegiado diversas vías de estudio. De acuerdo con Goldstone (1991), una primera generación de académicos se centró en las historias naturales de la revolución y describió sus trayectorias siguiendo unos estadios rígidos. La segunda generación de explicaciones deduce los orígenes de las revoluciones directamente de las tensiones sociales subyacentes. La tercera generación de analistas —según los planteamientos de Goldstone— privilegia los análisis comparativos, en los que se resaltan los factores estructurales en los orígenes de las revoluciones, especialmente los cambios políticos, económicos y demográficos amplios que socavan la estabilidad de los regímenes. Esta generación alcanzó importantes logros; sin embargo, de acuerdo con los planteamientos de McAdam, Tarrow y Tilly (2005), dejó pendientes muchos otros, entre ellos el estudio sobre el poco espacio —por no decir ninguno— conferido a los actores para perseguir sus sueños, forjar alianzas, aprender unos de otros y cometer errores. La cuarta generación de investigadores, que surgió en los últimos veinte años, ha brindado mayor atención al papel de la agencia humana y de la construcción cultural de la revolución.

Pese al reconocimiento de la agencia y de las construcciones culturales en los procesos revolucionarios, McAdam, Tarrow y Tilly (2005) consideran necesario trascender estos dos ejes y proponen el estudio de las revoluciones como formas de *contienda política*. Con este concepto, los autores se refieren a la acción política colectiva, y con ello superan la clásica disyuntiva entre *acción política convencional* y la *no convencional*, e intentan resolver el bloqueo epistemológico de un sector de la academia que insiste en pensar la política convencional y la no convencional como dos mundos estancos, donde frecuentemente se interpreta la primera como *buena* y la segunda como *mala*, cuando en realidad se trata de formas y procesos interrelacionados (Martí e Ibarra, 2005, en McAdam, Tarrow y Tilly, 2005).

Los estudios sobre violencia y terrorismo, por su parte, han centrado su atención en dos aspectos que interesan a este trabajo: por un lado, los factores estructurales y psicológicos sobre los que se construye la percepción de privación relativa (Gurr, 1970), y por el otro, aquellos relacionados con la emergencia, conformación y lógica de las organizaciones (Della Porta, 1995; Wieviorka, 1992; Reinares, 1998)

En el caso colombiano, los estudios sobre el conflicto han utilizado las perspectivas tradicionales de análisis para explicarlo, y sólo recientemente comienzan a explorar perspectivas más dinámicas, vinculadas a la sociología de la movilización. En este sentido, resulta pertinente profundizar en la complejidad de estos actores y en los aspectos culturales y emocionales que subyacen a su conformación y mantenimiento, sin dejar de lado que éstos se insertan en una dinámica de conflicto en cuyo contexto tiene lugar y cobra sentido su acción. De esta manera, las organizaciones insurgentes político-militares pueden llegar a ser comprendidas como formas particulares de acción colectiva violenta, de institución burocrática o de red de poder, exploradas en su contexto específico.

Como lo hemos indicado en páginas anteriores, y especialmente en el capítulo dos de este trabajo, no consideramos en este estudio la perspectiva de las revoluciones, porque en el contexto colombiano, en el que se desarrolló esta investigación, más que

un proceso revolucionario ha existido una “insurgencia sin revolución” (Pizarro, 1994). Esta circunstancia marca significativas diferencias con las perspectivas descritas y con los procesos de otros países de América Latina, sin pretender decir con ello que el caso colombiano sea único y “sui generis”, pues sabemos que presenta puntos de encuentro y desencuentro con otros procesos de América Latina.

Así, considerar como punto de partida del análisis los procesos y las relaciones que subyacen a la agencia humana y a las construcciones culturales de los actores colectivos, sin desconocer con ello que tales actores desarrollan acciones violentas, supone rescatar la tesis según la cual “la violencia insurgente no es sólo producto de estructuras, sino también el resultado de acciones y voluntades humanas” (Pizarro, 1996). De este modo, nuestro argumento se basa en el reconocimiento de los actores insurgentes como actores colectivos, que son más que un agregado de voluntades individuales o de “individuos desviados”; y más que el resultado de estructuras políticas y económicas. Detrás de su accionar violento existen relaciones, construcciones de sentido, identidades colectivas, intereses compartidos, formas de organización y de vida, hombres y mujeres con historias y opciones políticas, que deben ser desveladas en la perspectiva de contribuir a la interpretación de un conflicto.

Incluir la perspectiva de género en el análisis, significó abordar la distinción entre hombres y mujeres, esto es, reconocer sujetos diferenciados y no neutrales, por lo tanto, la perspectiva de género aparece como un eje transversal al trabajo empírico y al enfoque teórico.

Ahora bien, la perspectiva de género no se agota en la diferenciación señalada; incluye además la consideración de situaciones vitales de los sujetos (edad, clase, etnia, creencia religiosa, escolaridad, ocupación, etc.) y formas de participación diferenciadas en los diversos escenarios de interacción o de acción. Asimismo, el género, como categoría estructurante de las relaciones sociales, opera en la base de acuerdos socio-económicos, en la jerarquía de la organización política estatal, en la

división del trabajo familiar, en la política pública; se expresa también y se sostiene en la ideología y en las prácticas culturales, y contribuye a visibilizar el impacto diferencial de determinada acción sobre las mujeres y los hombres implicados.

Por otra parte, la “distancia” que establecimos con los enfoques tradicionales que han abordado el fenómeno colectivo insurgente nos llevó a un contexto plagado de ambigüedades e incertidumbres, que a su vez se convirtió en un panorama de retos teóricos, metodológicos e interpretativos, que nos condujo a optar por la prolífera vertiente de la *sociología de la movilización* (Moran, 2008), encontrando así un camino adecuado para tejer una urdimbre analítica que se constituyó en el referente de esta investigación.

De este modo, la especificidad del actor que nos ocupa (un actor político-militar, construido en dos ámbitos espaciales y definido por la utilización de medios violentos) y la complejidad teórica que implica su comprensión, nos llevó a situarnos en el enfoque constructivista, en los términos planteados por Melucci. Para este autor, los actores y las acciones son procesos en construcción y no realidades previamente determinadas por factores estructurales, creencias o valores: “El proceso de construcción social de la acción colectiva es, al tiempo, un proceso de construcción de los actores” (Melucci, 1991, 2001).

Así, el proceso de configuración del actor colectivo, el tránsito de lo individual a lo colectivo, es decir, de cómo se implican los actores alrededor de intereses comunes, constituyó en este trabajo un desafío de primer orden. En concordancia, trazamos un modelo de indagación y análisis fundamentado en los dos niveles presentados, sin desconocer la influencia de un contexto específico que no se agota en procesos nacionales sino que está influido por un contexto global. A partir de estas consideraciones teóricas fue posible identificar, primero, una serie de hallazgos relevantes que planteamos en términos generales, para proceder luego al análisis de aspectos específicos en relación con los dos niveles de análisis propuestos: un nivel individual y un nivel colectivo.

9.2 Hallazgos generales

La complejidad de los actores y las acciones que éstos despliegan está dada por diversos factores, así: a) por su adscripción a dos ámbitos de apariencia y realidad escindida —lo urbano y lo rural—, b) por la permanencia en el tiempo de la organización político-militar, c) por los distintos niveles de participación de los sujetos que integran la organización, d) por lo que implica considerar a la organización en términos de un ejército no convencional, e) por la importancia que tiene la perspectiva de género, según se ha indicado en este análisis, y f) por la influencia de la dimensión internacional en la configuración y mantenimiento de este actor colectivo.

Debido a que la organización se ha mantenido durante cinco décadas, podemos afirmar, en primer lugar, que la dinámica interna de la misma se ha movido desde una estructura eminentemente jerarquizada hacia formas de estructuración más horizontal, procesos en los que han influido de manera importante las construcciones culturales que ocurren en la organización, las cuales han incidido de manera importante en los procesos de cambio. En segundo lugar, los actores colectivos insurgentes se transforman continuamente; a los procesos de cambio subyacen factores internos de la misma organización (procesos culturales) y cambios generacionales, que se combinan con las oportunidades y con el constreñimiento de los contextos.

En estrecha relación con este planteamiento, es importante destacar que, de acuerdo con la dimensión generacional, la cual se hace evidente por el largo periodo de permanencia, tanto de los sujetos que hacen parte del movimiento insurgente como del movimiento mismo, parece que existen dos organizaciones yuxtapuestas: una conformada por adultos mayores, quienes continúan anclados en una concepción de la revolución entendida en términos convencionales, y otra de los más jóvenes, que plantean una revolución concebida en términos de procesos de cambio y orientada hacia una democracia real que se construye de manera cotidiana, donde la acción violenta pierde legitimidad y eficacia, y la relación con otros actores sociales y políticos adquiere un lugar destacado. Dichas concepciones se expresan en las

distintas etapas de la organización y se manifiestan en las estrategias, las estructuras, la ideología y, por consiguiente, en las metas y las acciones.

En relación con los niveles de participación, encontramos: a) *los combatientes* (hombres y mujeres), que son quienes integran la estructura militar. Actualmente, no es la parte más fuerte ni la de mayor relevancia en la organización de referencia, así en sus orígenes ésta se hubiera constituido con base en una estructura organizativa eminentemente militar, a través de la cual se pretendía lograr su principal objetivo, la toma del poder; b) *los militantes* (hombres y mujeres), que están en estructuras militares o políticas, en los dos ámbitos de actuación, y que pueden o no llevar a cabo acciones violentas; c) *militantes no alzados en armas* (hombres y mujeres), cuya actividad está orientada al fortalecimiento del ideario político de la organización y su divulgación de modo clandestino en la sociedad civil; no participan en acciones de combate, ni permanecen en campamentos rurales; d) *los pre-militantes* (hombres y mujeres), que colaboran en algunas actividades, especialmente en aquellas de carácter político, y cuyo compromiso aún no está plenamente definido.

Estos niveles de participación adquieren visibilidad en la indagación sobre motivos para el ingreso y la permanencia de hombres y mujeres que conforman al actor de referencia. Se trata de niveles que no se superponen sino que se interrelacionan para mantener toda la “estructura” organizativa de este fenómeno colectivo. Asimismo, implican diferentes tipos de relaciones sociales entre quienes integran la organización, y de éstos con otros actores colectivos (sociales y políticos) y con individuos. De este modo, *los combatientes* establecen relación, prioritariamente, con sectores campesinos; *los militantes* con sectores campesinos y urbanos, y con organizaciones sociales y políticas; por su parte, *los militantes no alzados en armas* mantienen vínculos con organizaciones sociales y estudiantiles, entre otras, de sectores urbanos.

En cuanto a la imagen socialmente construida, que se refiere a la organización como un *ejército no convencional*, cuyo único fin es la revolución, entendida en términos de la toma del poder del Estado mediante la acción armada, evidenciamos que la

conformación y evolución de la organización ha dado lugar a la construcción de una imagen de sí misma en la que coexisten un ejército no convencional y un movimiento insurgente que no se agota en dicho ejército —como lo fue en sus inicios—, por cuanto su vinculación con proyectos sociales la distancia de tal concepción; estas dos percepciones hacen parte del mismo fenómeno colectivo.

En cuanto al carácter transversal de la perspectiva de género, ésta permitió desvelar la composición de la organización por hombres y mujeres, las formas de liderazgo y de membresía, la manera como las prácticas y las relaciones de género actúan en las dinámicas organizativas, el impacto de las construcciones culturales en las identidades de género, y permitió visualizar la participación política de las mujeres en actores no convencionales, tales como las organizaciones insurgentes. Esto permitirá, en investigaciones futuras, contrastar estos datos con la participación de mujeres en otros actores no sólo no institucionales sino también institucionales, y así poder analizar la manera como la participación política de las mujeres en distintos actores (institucionales y no institucionales) transforma sus identidades y las relaciones de género en la sociedad.

Finalmente, es importante resaltar que estos actores insurgentes político-militares definen actualmente sus marcos de acción (justicia, identidad y agencia) aludiendo al contexto nacional tanto como al contexto global. Su marco de injusticia se construye en referencia a las condiciones de pobreza y exclusión no sólo nacionales sino también internacionales. De igual manera, los marcos de agencia están referidos a transformaciones (nacionales y globales) y sobre todo a la importancia que le otorgan a establecer relaciones con otros actores sociales y políticos cuyos ámbitos de actuación se desarrollan en ambas esferas para transformar realidades nacionales y globales. Son actores que transitan entre lo local, lo nacional y lo global.

9.3 Nivel individual : entre las motivaciones y las construcciones colectivas

Una vez delimitados los anteriores hallazgos, el análisis de las construcciones de sentido y de las motivaciones de ingreso y permanencia de hombres y mujeres ubicados en ámbitos rurales y urbanos, nos lleva a argumentar que no es posible asumir a los individuos que hacen parte del movimiento insurgente como individuos aislados, claramente delimitados, autogobernados y cuyas intenciones están totalmente definidas.

Es posible reconocer que las expresiones de hombres y mujeres sobre las representaciones del contexto, y sobre los motivos de ingreso y permanencia en la organización político-militar, obedecen principalmente a procesos relacionales y colectivos. La anterior afirmación la sustentamos en que los aspectos indagados y expresados de manera individual en las entrevistas, por hombres y mujeres, no son diferentes a las construcciones colectivas contenidas en los marcos de acción sobre la injusticia, que se encuentran en los distintos documentos de la organización y que otorgan sentido a la acción. En otras palabras, en este tipo de fenómenos colectivos evidenciamos que *lo individual adquiere sentido en lo colectivo y lo colectivo en lo individual*. Por tanto, las construcciones de sentido, las motivaciones para el ingreso y la permanencia, nos remiten a construcciones sociales, es decir, a aquellas que se producen en procesos de interacción y no en los recesos de “aislamiento de las mentes individuales de personas que posteriormente se unen para desarrollar cierto tipo de acciones” (McAdam, Tarrow, Tilly, 2005:145).

Aunque hombres y mujeres militantes y combatientes ofrecen explicaciones individuales sobre su ingreso y permanencia, en realidad dichas explicaciones parecen obedecer a construcciones colectivas que están atravesadas por la ideología, entendida como “repertorio de herramientas con el que las personas experimentan y expresan significados, permitiéndoles de esa manera pensar sobre el mundo que les rodea y actuar en él” (Cruz, 2001:5). Aunque inicialmente los asumimos como individuos, realmente son actores colectivos que no se constituyen a partir de la suma de individualidades, sino de relaciones y construcciones sociales, y cuyas

individualidades están construidas en procesos de interacción, profundamente atravesadas por la ideología que sustenta la organización y que le otorga sentido al tipo de acción que las define.

Con base en las anteriores afirmaciones, argumentamos que tanto las motivaciones como los otros factores indagados en el nivel individual son en realidad construcciones colectivas; las diferencias entre las construcciones de sentido y las motivaciones para el ingreso no aparecen como significativamente distintas entre hombres y mujeres, militantes y combatientes: todos aluden a factores estructurales y de represión del Estado. Pese a ello, es importante resaltar que en las percepciones individuales y en las construcciones colectivas, por ellos expresadas, no aparecen las relaciones entre hombres y mujeres como un factor de dominación y exclusión, determinante para el ingreso.

La inclusión de la perspectiva de género en el análisis de la red de relaciones en la que la propia percepción de la situación de exclusión adquiere sentido (y a su vez, la acción colectiva insurgente como opción para cambiar dichas condiciones) permitió desvelar que las relaciones de dominación entre hombres y mujeres no afloran como un factor que deba ser incluido en los propósitos de transformación social²⁴⁷.

De igual manera, el uso de la perspectiva de género de modo transversal permitió visualizar que el actor colectivo está compuesto por hombres y mujeres en proporción semejante, aunque con frecuencia se asume que este tipo de actor está conformado especialmente por varones. Por tanto, son hombres y mujeres en relación los que hacen parte del actor colectivo insurgente de manera protagónica. Este aspecto es opacado por el discurso de la igualdad, al que se antepone una reciente y poco convencional *ideología de la igualdad sexual*, cuyos expositores plantean que es igual

²⁴⁷ En América Latina, de acuerdo con otras investigaciones, en el único grupo insurgente que esta búsqueda es explícita y además está integrada al proyecto político de la organización, es en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (México). Ver: Mágara Millán (2006), "Participación política de mujeres indígenas en América Latina: El movimiento Zapatista en México". Documento en Línea, disponible en <http://www.un-instraw.org/en/images/stories//millanzapatistas.pdf>

ser hombre o ser mujer. Éste es un ideal importante, pero oscurece el hecho de que, en la práctica, la diferenciación por género afecta a todos los ámbitos sociales.

Las diferencias se constituyen fundamentalmente entre los combatientes (hombres y mujeres), especialmente entre los rurales y los demás miembros de la organización (militantes hombres y mujeres urbanos). Estas diferencias están sustentadas, sobre todo, en las formas como se alude a la carencia y la exclusión, mas no en el contenido de las mismas. Los combatientes manifiestan la exclusión como realidad vivida y sentida, mientras otros miembros de la organización lo hacen desde elaboraciones cognitivas y políticas.

Para los combatientes, la carencia y la exclusión se consolidan no sólo en asuntos materiales (comida, vestido, etc.), sino también en “necesidades emocionales”, tales como reconocimiento, inclusión en proyectos colectivos, aprendizajes diferentes a los que pueden encontrar en la educación formal, entre otros. Pese a esta diferencia, combatientes y militantes coinciden en que son factores estructurales de exclusión los que han influido en su ingreso a las organizaciones insurgentes. Aspecto totalmente relacionado con los contenidos ideológicos que sustentan estos actores y en los que adquiere sentido el tipo de acción que desarrollan.

Estos datos pueden llevarnos fácilmente a interpretar estas organizaciones como *producto exclusivo* de condiciones estructurales; sin embargo, como otros estudios lo demuestran, la carencia y la pobreza no adquieren sentido por sí mismas y no explican en una relación causa-efecto el surgimiento de las acciones violentas. Para que ello ocurra son necesarios los procesos de intermediación, de construcción y de socialización de la carencia y de la pobreza. De esta manera, no estamos argumentando que dichas condiciones no sean factores importantes e influyentes en los procesos que subyacen a este tipo de organizaciones, y menos aún en contextos como el colombiano²⁴⁸; lo que pretendemos señalar es que no son suficientes para explicar el ingreso y la participación de los individuos en estos grupos.

²⁴⁸ Ampliamente caracterizado en el capítulo 3.

Así, para que determinadas condiciones se doten de sentido, son necesarios procesos y relaciones en los que dichas carencias se interpreten, compartan y adquieran un sentido social. El planteamiento teórico que subyace a esta afirmación es la visión del fenómeno colectivo insurgente como una red de relaciones. No obstante, este argumento podría llevarnos a omitir un elemento consustancial a la propia definición de las organizaciones insurgentes político-militares: el recurso a la lucha armada, factor que está presente desde el origen de este movimiento armado y que pese a las transformaciones que se han dado, continúa vigente, así sea en menor medida.

En la actualidad, se observa una combinación de acciones armadas tradicionales en el área rural (o en los ataques urbanos) con la emergencia de otros medios de acción no convencionales, como el recurso a Internet (la web). La acción se ha extendido al espacio cibernético: desde las *trincheras electrónicas*, las organizaciones insurgentes transmiten partes de guerra, bajas del enemigo y material incautado, convocan paros armados, captan adeptos y libran *combates* virtuales con las Fuerzas Armadas. De igual manera, buscan a través de este medio una socialización política de su proyecto, estableciendo interacción con los *cibernautas*.

El recurso a la lucha armada influye de manera fundamental en la definición del fenómeno colectivo insurgente. Por tanto, para que éste se lleve a cabo, la organización adquiere un lugar principal, que como lo planteamos, no se consolida a partir de la red de relaciones (como puede ocurrir en los movimientos sociales), sino por el contrario, las estructuras organizativas tienen una “[...] voz y un peso reconocidos en el proceso de conformación de las voluntades colectivas” (Revilla, 1993:159). La organización cuenta con liderazgos instituidos, que generan recursos e implementan un proyecto de cambio social determinado, que no es estático sino dinámico, que se transforma. En este sentido, y de acuerdo con el modelo político de Tilly, podríamos decir que la organización antecede a la acción; así, “la organización es el aspecto de la estructura de un grupo que afecta más directamente su capacidad para actuar con base en sus intereses” (Tilly, 1978:7).

De esta manera, planteamos que el fenómeno colectivo insurgente se consolida con base en la organización, pues de ella dependen su dinámica y su estrategia de acción. No se consolida en las relaciones sociales, pero no por ello las redes de relaciones sociales dejan de tener un lugar destacado. Sin una estructura organizativa no es posible articular los ámbitos escindidos de lo urbano y lo rural ni tampoco obtener los recursos necesarios para la lucha armada; de igual manera, sin una red de relaciones sociales, la carencia, la injusticia y la misma acción no adquieren sentido. El argumento específico que sostenemos es que la organización no es el resultado de la acción que desarrollan estos grupos, sino que la *acción insurgente es también representativa*, es decir, se lleva a cabo a nombre de quienes están en la acción y a su vez a nombre de otros que representa. En este sentido sostenemos que es una acción tanto participativa como representativa.

Con base en los anteriores argumentos, sustentamos que quienes se integran a las organizaciones insurgentes político-militares (hombres y mujeres) lo hacen a partir de vínculos con redes formales e informales, cercanas a la organización: grupos estudiantiles, grupos eclesiales de base, entre otros; espacios en los que la propia percepción de la situación de exclusión y la necesidad de cambio de dichas condiciones adquieren sentido colectivo, al igual que el tipo de acción que privilegian, pero a su vez se constituyen en representantes de otros que no participan del movimiento y de la acción.

En estos procesos, las *redes sumergidas o redes profundas de la vida cotidiana* (Melucci, 1994:168) adquieren un lugar central, según nuestra argumentación. Éstas constituyen un nivel intermedio de fundamental importancia para la comprensión de los procesos de compromiso individual: “Los individuos interactúan, se influyen mutuamente, negocian en el marco de estas redes y producen las estructuras de referencia cognitivas y motivaciones necesarias para la acción” (1994: 168 –

169).²⁴⁹ Son estas redes, el lugar o zona llena de sombra, opaca o invisible, donde se construye *identidad colectiva*, donde se socializa un proyecto que se consolida en una organización representada simbólicamente y que a su vez se materializa a través de su propia estructura, sus principios, sus lógica de funcionamiento y de espacios concretos, en los que conviven algunos de quienes hacen parte de ella: los campamentos; en palabras de los integrantes, “las zonas de retaguardia”.

Los procesos de intermediación en este tipo de actor no se agotan ahí; nos encontramos frente a un fenómeno colectivo que combina una doble opción, lo militar y lo político. Esto es, poner en primer plano el aspecto que impacta de manera total este tipo de fenómenos: la opción por la lucha armada, presente desde su origen. Dicha opción ha llevado a que este tipo de fenómenos colectivos establezca diferencias significativas con otros actores y acciones colectivas, en la medida en que la parte militar implica la afirmación de estructuras organizativas que hacen presencia física en determinadas regiones y localidades. Así, hombres y mujeres combatientes, más que adherir a un proyecto político, ingresan a una estructura, a una organización, que en las regiones y localidades de influencia aportan relaciones, imágenes y realidades de formas de subsistencia, de convivencia, de estatus, de inclusión y de poder frente a escenarios de pobreza, de no futuro o de futuro incierto.

De esta manera, es la organización la que tiene peso fundamental en el proceso de conformación de las “voluntades colectivas”. Es decir, las carencias, la pobreza, adquieren sentido en relación con la organización insurgente y con quienes hacen parte de ella. La organización no sólo tiene voz en la “conformación de voluntades colectivas” sino que, de acuerdo con el contexto, también se constituye en un lugar de inclusión, de solución a carencias materiales, y en un espacio posible de construcción de identidades colectivas.

²⁴⁹ Un ejemplo de cómo operan las redes sumergidas es que en el trabajo de campo desarrollado con hombres y mujeres, éstos manifestaban que uno de sus impactos cuando decidían pasar de manera definitiva a la militancia era encontrar muchos amigos y conocidos de quienes no sabían previamente que pertenecían a la organización.

Así por ejemplo, en el contexto en el que se desarrolló esta investigación, en algunas regiones del país en las que el Estado no tiene presencia (por diversas razones que no son objeto de este estudio) son las organizaciones insurgentes las que han desarrollado diversos procesos que van desde la denuncia de las condiciones de exclusión económica y política hasta las funciones de regulación política local. Asimismo, varios estudios demuestran que en algunas localidades (especialmente en las rurales) las organizaciones insurgentes regulan la explotación de recursos naturales, organizan los asentamientos, distribuyen responsabilidades económicas entre los pobladores, resuelven disputas territoriales, entre otras tantas funciones (Bolívar, 2006: 6). De este modo construyen *legitimidad práctica*, basada en la afinidad que establecen entre su agenda y las condiciones estructurales del entorno.

La organización formal representa un ámbito de inclusión para quienes se sienten excluidos, así ellos y ellas tienen en las acciones de la organización un escenario que permite construir la carencia en un espacio de relaciones sociales. Construcción que se afianzará con el ingreso a la organización, que adquiere sentido como espacio de inclusión y como proyecto orientado a modificar la realidad existente. Es así como para los combatientes, ciertas condiciones de pobreza y exclusión se transforman en razones suficientes para hacer parte del movimiento.

Los anteriores planteamientos nos llevan a comprender cómo se dan los procesos de intermediación entre las condiciones estructurales y quienes hacen parte de las organizaciones insurgentes político-militares; además, permiten explicar otros aspectos: la manera como en estos fenómenos colectivos confluyen redes de relaciones y organización. Así, la organización influye en las redes e interacciones sociales y a su vez éstas impactan en las estructuras organizativas. De esta manera, este fenómeno colectivo insurgente presenta unos límites difusos en razón de la compleja relación que establece entre las redes sumergidas, los espacios de socialización política y el medio social en el que se encuentra²⁵⁰.

²⁵⁰ Una de las dificultades que se han presentado en los procesos de negociación con el ELN es que, a diferencia de las FARC, que para dichos procesos requieren concentrarse en un espacio geográfico determinado, el

En este primer nivel de análisis, también cobran importancia las razones que explican la permanencia de la organización y la antigüedad de sus miembros, razones que aparecen estrechamente asociadas al segundo nivel de análisis. Cuando indagamos de manera individual por las razones para permanecer en la organización, las respuestas nos remiten nuevamente a factores de carácter relacional y colectivo más que a motivos personales o a razones específicas y determinadas a las que los individuos pudieran aludir de manera contundente.

En las voces de hombres y mujeres, fue reiterativo que permanecían en la organización por las relaciones de afecto, solidaridad y amistad que se dan entre ellos, sin que las diferencias entre unos y otras fueran significativas. Sin embargo, un factor aducido por las mujeres para permanecer hace referencia a las transformaciones que ocurren y que ellas experimentan en las prácticas de género dentro del movimiento, especialmente de quienes se encuentran en los campamentos, cuyo círculo de relaciones se circunscribe dentro de esta *comunidad*.

Pertenecer a *comunidades* como ésta supone la convivencia de hombres y mujeres en un mismo lugar geográfico, en el cual interactúan, se relacionan y donde además se hace evidente una división social del trabajo, que no se fundamenta en una división sexual del mismo, sino que se asume como norma que promulga la igualdad entre hombres y mujeres y que les permite desempeñarse en cualquier trabajo o nivel de la organización. Para las mujeres, la condición de igualdad en términos de roles, de respeto y reconocimiento al interior de la organización se convierte en un factor determinante para permanecer, bien sea como combatientes o como militantes. Estas últimas reconocen que en el interior de la organización existen formas de discriminación por género, e incluso que el “orden organizacional” establecido regula sus derechos sexuales y reproductivos; sin embargo, se sienten más respetadas y reconocidas dentro de la organización que por fuera de ella.

Ejército de Liberación Nacional no lo concibe así porque sería imposible hacerlo por los diferentes niveles de participación y relación con otros actores políticos y sociales.

La permanencia remite, entonces, a una significativa inversión emocional: hombres y mujeres comprometen gran parte de sus vidas en la organización y establecen entre ellos fuertes lazos afectivos que inciden en su decisión de permanecer. Por su parte, los combatientes plantean que su permanencia obedece al “compañerismo” que hay en la organización, como fruto de la convivencia; en el mismo sentido, los militantes hacen referencia a relaciones delimitadas en términos de “solidaridad” y “amistad”.

La indagación y el análisis sobre la permanencia nos ubica nuevamente en un lugar contingente y en la dificultad señalada por McAdam, Tarrow y Tilly (2005) cuando se refieren, en el análisis de los actores, a la dificultad para conciliar imágenes individualistas con realidades interactivas. Éste es un aspecto que se hace evidente en el modelo de análisis establecido y que, pese a las limitaciones señaladas, ha resultado útil para constatar que las organizaciones insurgentes político-militares son actores colectivos y no la sumatoria de individuos, como han sido asumidos en algunos estudios. Se trata de actores colectivos que se mueven entre la organización como institución y como red de relaciones que no están definidas por la acción que desarrollan.

En síntesis, las razones que explican la decisión individual de ingreso y permanencia en la organización aparecen asociadas a factores como la importancia que otorgan hombres y mujeres a la presencia de personas significativas y a su membresía previa a redes sociales; asimismo, las percepciones de la organización como un lugar de inclusión en un mundo de exclusión representa otro elemento explicativo. Este último nos remite al segundo nivel de análisis propuesto, en el cual indagamos por el proceso de construcción de un “nosotros” en los movimientos insurgentes político-militares.

9.4 Nivel colectivo: organización, identidad y acción violenta

En este segundo nivel de análisis nuestro interés se centró en el estudio de las estructuras y dinámicas organizativas y en las construcciones culturales de estos

actores. El énfasis en la organización está sustentado en el origen de estos movimientos y en el privilegio que otorgan a la lucha armada (lucha guerrillera), la cual requiere de una estructura organizativa consolidada que antecede a la acción, y que se constituye en una herramienta y una estrategia del fenómeno colectivo insurgente.

Por su parte, las construcciones culturales facilitaron indagar y analizar los significados y conceptos mediante los cuales los miembros de la organización insurgente interpretan la realidad, atribuyen significados a los distintos componentes del conflicto y valoran las distintas situaciones (injusticia, agencia e identidad) de manera crítica. Es en estas construcciones donde los actores enmarcan discursivamente la formulación de sus demandas, definen sus estrategias de acción e impactan a otros actores, aspectos fundamentales en los procesos que subyacen al movimiento insurgente.

Con base en los dos aspectos estudiados, y de acuerdo con los principales hallazgos en este nivel de análisis, argumentamos que en los procesos y las relaciones subyacentes a la configuración de un “nosotros”, concurren estructuras organizativas consolidadas y construcciones culturales en las que la construcción de identidad colectiva²⁵¹ es un factor importante en la afirmación colectiva de estos actores.

Las condiciones de clandestinidad características de este tipo de organizaciones, limitan los procesos de interacción cara a cara e influyen en la construcción de una identidad colectiva; proceso en el que se acentúan elementos simbólicos, como las imágenes de los héroes de la organización y las figuras de referencia, que en ocasiones trascienden la propia existencia, pero que aún así continuamente se invocan.

Con relación al género como categoría estructurante de las relaciones sociales y de las construcciones culturales, consideramos que éste representa un factor interviniente en

²⁵¹ Entendemos la identidad colectiva en términos de Jasper y Polleta: ver capítulo 8 de este mismo escrito.

la construcción de identidades colectivas, como lo demostramos en una investigación preliminar:

“[...] Los actores sociales interactúan y negocian con base en elementos culturales que portan en el momento que entran en el proceso de construcción de identidades colectivas. Esos elementos culturales que portan los actores sociales no son estáticos, también se re-significan y reconstruyen en los procesos de construcción de un “nosotros” que los hace distintos de los otros. Uno de esos elementos culturales son los roles y el simbolismo de género. En la construcción de la identidad colectiva es posible que los actores no evoquen de manera explícita su condición genérica, sin embargo de manera implícita van a aflorar aspectos que contribuyen a la construcción de significados compartidos (Rodríguez, 2005: 25).

Pese a lo anterior, en las organizaciones insurgentes político-militares, el género, entendido como categoría estructurante de las relaciones sociales, se expresa a partir de un discurso liberal que promulga la igualdad entre hombres y mujeres. Por tanto, este tipo de discurso subyace en las construcciones culturales sobre la injusticia, la identidad y la agencia, y la construcción de un nosotros se antepone a la diferencia entre los sujetos que hacen parte de la organización insurgente.

La perspectiva de género presente de manera transversal en esta investigación permitió evidenciar que las identidades y los simbolismos de género no impactan de manera diferenciada las construcciones culturales, porque en éstas se impone un único tipo de racionalidad: la masculina. Pese a ello, dichas construcciones culturales influyen de manera diferenciada en la transformación de las identidades femeninas y masculinas de sus miembros, más aún cuando en éstas se evoca constantemente la *construcción de un hombre y una mujer nuevos*.

En las estructuras organizativas comprobamos un proceso diferente al que ocurre con las construcciones culturales; en éstas, la perspectiva de género adquiere un lugar relevante en dos sentidos: primero, permite visualizar los lugares que ocupan hombres y mujeres en la organización y en las dinámicas organizativas. Segundo, hace evidente la particularidad de las relaciones de género en una *lógica de opuestos*, es decir, en este caso las prácticas tradicionales de género se subvierten, especialmente en el ámbito militar, pero se mantienen las relaciones tradicionales de género. No parece existir, entonces, una modificación en las relaciones de subordinación entre hombres y

mujeres, pese al discurso de igualdad presente en la organización; además, aunque en sus últimas etapas es importante el incremento en el número de mujeres combatientes y militantes, históricamente las mujeres no han accedido a posiciones de poder, no obstante su participación y compromiso.

Con relación a las identidades colectivas en las organizaciones político-militares, planteamos que éstas dan sentido a la vida individual de hombres y mujeres y a su existencia colectiva. Con base en este argumento, retomamos la afirmación que quedó trazada en el primer nivel analítico y que reafirmamos en este punto: *lo individual adquiere sentido en lo colectivo, y a su vez lo colectivo otorga sentido a lo individual.*

Para desarrollar el argumento propuesto resulta pertinente destacar, de manera sucinta, algunos aspectos ya mencionados: la organización, especialmente en su origen, ocupa un lugar destacado en el proceso de construcción del actor. De igual manera, los elementos culturales y simbólicos adquieren lugar central en la construcción de la identidad colectiva. En consecuencia, en este actor la construcción de identidad colectiva no precede a la conformación del fenómeno colectivo insurgente, es decir, ni los actores insurgentes ni su acción armada son resultado de la construcción de identidades colectivas.

Este planteamiento se distancia del referente teórico asumido inicialmente, bajo el cual tanto la acción como el actor se definen en la construcción de identidades colectivas (Melucci, 1994). La naturaleza del actor colectivo insurgente que aquí nos ocupa difiere de los fenómenos colectivos estudiados por el constructivismo, situados especialmente en democracias consolidadas. Afirmación que es obvia debido a las características de estos actores, y sobre todo porque los movimientos sociales, que son los fenómenos colectivos más estudiados por esta perspectiva, no se definen por el medio de acción violenta. Si bien los movimientos sociales pueden recurrir a medios violentos, éstos no constituyen su acción predominante. En este sentido, si bien la perspectiva constructivista permite explorar la construcción social y cultural de este tipo de actores, de igual manera, como toda perspectiva teórica que es contrastada con

diversas realidades, en contextos diferentes y con diversos fenómenos, puede dejar excedentes de realidad.

Igualmente, no hay un acuerdo entre los teóricos de la movilización, ni tampoco una sola vertiente explicativa sobre los procesos de construcción de las identidades colectivas; (Fantasia, en Jasper y Polleta, 2001) plantea que la identidad colectiva puede desarrollarse en y a través de la acción colectiva; Revilla (1994) considera que se trata de un incentivo para la acción y un resultado de la misma; mientras que Taylor y Whitier (1992) sostienen que el trabajo sobre la identidad es central para mantener la solidaridad y el compromiso (Jasper y Polleta, 2001)

En este orden de ideas, en el fenómeno colectivo que nos ocupa, la construcción de identidad ocurre en procesos de interacción social entre los sujetos que conforman la organización y en redes cercanas a ésta, permitiendo, desde la clandestinidad, la construcción de relaciones con otros actores sociales y políticos. De esta manera, se crea una “comunidad imaginada”, en los términos de Anderson (1997), a la que hombres y mujeres se sienten pertenecientes y que en sus discursos nominan como un “ambicioso nosotros que lo abarca todo”, lo público y lo privado. Así, afirmamos que en las organizaciones insurgentes político-militares, la construcción de identidad colectiva es un factor importante para mantener la solidaridad y el compromiso en estos actores.

De esta manera, la identidad colectiva se erige sobre cuatro imágenes dominantes: *la construcción de una sociedad incluyente, la creación de un hombre y una mujer nuevos, el establecimiento de un sistema de valores, y los lazos de solidaridad y amistad* que los integrantes construyen sobre la base de compartir sueños y esperanzas que permiten iniciar y mantener la *lucha* que tendrá como fin el logro de lo soñado, que permanece y se transforma en el tiempo.

En estrecha relación con lo anterior, la organización insurgente concede a hombres y mujeres la posibilidad de un refugio más amplio que el contexto familiar: una *segunda patria*, un escudo contra el aislamiento, una respuesta a las necesidades de amistad y

afecto, la afirmación del sentido de autoestima a través de la solidaridad, contribuyendo con ello a dotar de sentido la vida individual.

La construcción de identidad colectiva, que tiene como condición la construcción de un *nosotros* común que *nos* diferencia de *otros*, se concreta a partir de la socialización política del sujeto, que implica la interacción de los individuos no sólo entre militantes y combatientes, sino con comunidades en las que construyen y comparten valores, creencias, símbolos, actitudes y representaciones, y en las que esta organización ha construido *acumulados políticos*, especialmente a través de procesos organizativos autogestionados, tanto en zonas rurales como urbanas, que se convierten en “el ejemplo” de lo que la organización ha denominado construcción de poder popular²⁵².

Como señalamos previamente, en este caso, la construcción de identidad colectiva es un proceso que está antecedido y precedido por la organización, circunstancia que le confiere especial significado a *la socialización política*²⁵³. Dicha socialización implica un proceso de aprendizaje (especialmente en los campamentos) y la oferta de un “proyecto político” que se “pone a circular” a través de las redes sumergidas y de las distintas estrategias de divulgación que la organización emplea (revistas, periódicos e Internet). En este proceso, inicialmente pareciera que las personas se adhieren a dicho proyecto; sin embargo, debido a que es presentado y concebido como una intención, un propósito, no está concluido, sino que se trata más bien de un proceso en continua invención, que lleva a que en su interior los individuos tengan permanentemente la posibilidad de proponer y contribuir desde cualquiera de los niveles en que se encuentren. De esta manera, los individuos experimentan la construcción continua del proyecto, esto es, hombres y mujeres se sienten comprometidos en la construcción de la organización, pues no es algo ajeno que ya está decidido, sino que ellos y ellas se definen en la organización y en el proyecto, en cualquier posición de participación en

²⁵² Ver Capítulo cuatro de esta memoria de investigación.

²⁵³ El concepto de socialización es originario de la antropología cultural para referirse a la transmisión, entre las generaciones, de las costumbres, creencias y prácticas de las sociedades. De allí pasó a la sociología, con el significado más general de adaptación del individuo a los contextos sociales. En ese sentido lo usa la ciencia política, para referirse a los valores políticos, pero actualmente se insiste mucho sobre la naturaleza doble del problema: no se trata sólo de la transmisión o reproducción de las pautas políticas sino también de su renovación.

la que se encuentren; sin embargo, es preciso señalar que los combatientes tienen menos participación en ese proceso de construcción.

Ahora bien, como lo hemos señalado, lo colectivo otorga sentido a lo individual; en términos de Pizzorno, “un miembro se identifica en un grupo no por un fin específico, sino por su realidad colectiva y porque recibe de él su propia identidad” (1989: 30). En los hallazgos de la investigación es posible constatar que los individuos, hombres y mujeres, se identifican con las construcciones colectivas internas de la dinámica de la organización más que con un fin específico, que cada vez es más difuso.

En las condiciones que hemos descrito, los combatientes se implican en la organización con la esperanza de solucionar sus condiciones de carencia y pobreza, lo que representa para ellos una certidumbre frente a la incertidumbre que genera el contexto de privaciones del que provienen, y que se constituye en generador de no futuro y de desesperanza total. Es decir, la esperanza latente de modificar las condiciones de pobreza y exclusión de la realidad existente, subyace a los factores que dinamizan la identidad organizativa y actúa como elemento constitutivo de la legitimidad que ellos le confieren a la acción armada.

Este argumento, sin embargo, pone de presente el debate que establece una relación directa entre las necesidades materiales y la acción colectiva. Es sabido que si bien los agravios representan detonantes de la acción —y en este caso, la precariedad de las condiciones materiales lo son—, éstas no pueden ser concebidas como simples respuestas a este tipo de estímulos, en cuanto la situación de pobreza no parece ser la causa directa que conduzca a la acción violenta.

Para continuar con nuestro argumento, es preciso señalar que otro factor relevante lo constituye la definición de la propia identidad de los sujetos a partir de su adscripción a la organización y no como un asunto pre-establecido de antemano:

[...] en muchos casos la acción colectiva se produce porque los individuos que participan en ella no poseen de antemano una identidad clara, ni por tanto una escala de preferencias a

partir de la cual calcular su utilidad, sino que lo que buscan en la acción colectiva es precisamente una definición de su propia identidad (Paramio, 2000:10).

En el caso del actor que nos ocupa, los individuos que participan ingresan a muy temprana edad, incluso quienes actualmente son personas adultas mayores, en su mayoría, lo hicieron así, de modo que la organización se convierte en un espacio de construcción de la propia identidad de los hombres y las mujeres que la conforman, en donde establecen las preferencias y motivaciones para permanecer en la organización. En este sentido, su reconocimiento lo construyen a partir de la pertenencia a la organización; por fuera de las organizaciones insurgentes no se reconocen, ni sienten que sean reconocidos. De esta manera, es la participación en las organizaciones insurgentes la que define la identidad de muchos de sus miembros, de ahí la imposibilidad de abandonarla.

En este segundo nivel, constatamos cómo la construcción de un “nosotros” se manifiesta en la interacción entre la organización y sus construcciones culturales, entre las cuales la construcción de identidad colectiva ocupa un lugar central, posibilitando realizaciones individuales que fortalecen la adscripción de sus miembros a la organización. En este sentido, la acción violenta resulta justificada “éticamente” a la luz de tal identidad; sin embargo, no aparece como algo estático y permanente, se transforma constantemente en concordancia con los cambios internos y de los contextos nacional y global.

Los anteriores planteamientos nos conducen, como hemos insistido aquí, a subrayar la importancia de considerar otras dimensiones (la cultural y la relativa a lo individual y lo colectivo en una relación dinámica y mutuamente influyente), como también a utilizar otros modelos de análisis diferentes a los tradicionales, de racionalidad instrumental, que no siempre explican con satisfacción los procesos y las relaciones que subyacen al fenómeno colectivo insurgente. La propuesta teórica es analizar dichos actores como fenómenos de movilización social en contextos específicos. Consideramos que estas perspectivas contribuyen a explicar la complejidad de la construcción social de los actores en acciones armadas, cuyo análisis exhaustivo

escapa, sin duda, a las pretensiones de este trabajo. Pero aún así abre nuevas posibilidades de análisis, que en el contexto nacional e internacional no han sido suficientemente exploradas para este tipo de actores y de acciones.

Consideraciones finales

Las consideraciones finales de esta investigación las presentamos con base en dos ejes: en primer lugar, los aspectos relevantes de este trabajo, y en segundo lugar, las limitaciones y los aspectos no resueltos.

El primer elemento que adquiere importancia es el mismo objeto de investigación. Si bien las organizaciones insurgentes político-militares han sido estudiadas en el contexto colombiano a partir de distintas perspectivas (historia, expansión, medios de acción, emociones y política, etc.), aún los estudios sobre la construcción social y cultural de estos actores, es decir, sobre los procesos y las relaciones que subyacen a una organización insurgente, no se constituyen en un aspecto significativo de análisis, y menos aún a través de investigaciones que se desarrollen con personas militantes activas (hombres y mujeres).

El objeto de conocimiento trazado permitió abordar niveles de análisis que son fundamentales para explicar los procesos de movilización: el paso de lo individual a lo colectivo; el papel de las construcciones sociales, culturales y la formación de identidades colectivas; la relación dinámica y de doble sentido entre la organización y los individuos, y entre éstos y la organización, aspectos que subyacen a medios de acción violenta y que son fundamentales para la comprensión de los actores inmersos en contextos de conflicto.

En estrecha relación con los planteamientos anteriores, si bien los actores que nos ocupan se definen por la utilización de medios violentos, no son dichos medios los que determinan su permanencia. En ésta influyen, de manera importante, las construcciones sociales y culturales para constituirse como actores: relaciones afectivas, identidades, el proyecto colectivo, entre otros. Con esta afirmación no desconocemos que existan otros factores con igual o menor relevancia, tales como factores contextuales en los que la dimensión económica adquiere un lugar fundamental, no sólo en términos de carencia y pobreza, sino de dominio y

apropiación de recursos por estos actores. Lo que pone en discusión esta investigación es que en la comprensión de los actores y las acciones insurgentes no se pueden desconocer las construcciones que subyacen a una actuación conjunta durante aproximadamente cinco décadas. En este sentido, consideramos que un análisis que aborde la complejidad de estos actores debe tener en cuenta estas distintas perspectivas.

En estrecha relación con el objeto de investigación, la metodología utilizada para desarrollar dicho objeto también adquiere importancia. Los estudios internacionales que han hecho análisis sobre actores y acciones han privilegiado los análisis históricos, así, éstos se han desarrollado con base en revisiones de prensa, documentos, informes policiales, entre otros (por ejemplo, los estudios de Tilly, Tarrow y McAdam, 2005). A nivel nacional, los estudios sobre los actores del conflicto han utilizado técnicas de indagación semejante, complementadas con entrevistas a personas desmovilizadas y con enfoques biográficos a líderes de las organizaciones insurgentes; las investigaciones que enfaticen el análisis sobre actores con militancia activa son aún escasas.

Esta investigación se desarrolló con base en información primaria salida “de la boca del actor”. Si bien esto es una potencialidad, también tiene limitaciones: los sujetos no brindan la información suficiente, están encerrados en ideologías totalizadoras, y se corre el riesgo de reducir el actor a su propia palabra, o pretender captar realidades colectivas a través de sujetos individuales. Pese a las limitaciones señaladas, su potencialidad está en la posibilidad de acceder al universo simbólico de los actores.

Los estudios sobre organizaciones político-militares han estado especialmente vinculados al análisis de las revoluciones, de la violencia política y del terrorismo. Si bien estas perspectivas han aportado elementos de explicación importantes para estos fenómenos en algunos contextos, también presentan limitaciones, principalmente porque se centran en los medios de acción y prestan poca atención al hecho de que tras las acciones hay grupos de personas que actúan de manera conjunta y que se

mantienen a través del tiempo, más allá de sus mismas acciones. En este sentido, el análisis de la violencia no puede reducir las construcciones sociales y culturales a categorías residuales (legitimaciones, ideologías, identidad, atribución de significado, sentimientos primarios, etc.). Es fundamental, en el análisis de estos actores, estudiar los procesos culturales, cognitivos, constructivos y de producción de sentido individual y colectivo.

De esta manera, para explicar la actuación conjunta, dichas perspectivas son insuficientes, de ahí que sea necesario recurrir a las perspectivas teóricas que han explicado la actuación conjunta de personas que comparten intereses comunes o defienden una causa común (teorías de la acción colectiva). Si bien estas perspectivas permiten construir algunas herramientas de análisis, también son limitadas, debido a que en su campo de estudio se han privilegiado fenómenos colectivos específicos como son los movimientos sociales, para después asimilar otras formas de contienda, sin que se hayan probado empíricamente.

Nosotros nos aventuramos a “utilizar” las teorías de la acción colectiva, y específicamente el enfoque constructivista planteado por Melucci para el análisis de actores insurgentes cuyo medio de acción es violento. Esta perspectiva fue elegida por el problema de investigación que nos planteamos: la construcción social y cultural del fenómeno colectivo insurgente; si bien dicha perspectiva nos permitió abordar los procesos y las relaciones, también deja excedentes importantes, especialmente por la especificidad y complejidad del actor cuyos límites, en cuanto a forma de fenómeno colectivo, son muy difusos, y por el contexto en el que éste emerge y se mantiene.

En cuanto a las limitaciones de esta investigación, señalamos en particular dos aspectos: en primer lugar, la centralidad en un solo actor. Si bien en Colombia el análisis del conflicto armado adquiere mayor complejidad en razón de la presencia y acción de distintos actores, no era posible asumir, en términos de los alcances de esta investigación y del propósito señalado (la construcción social y cultural de un actor colectivo insurgente), el desafío de abordar este proceso en distintos actores. En este

sentido, se abre aquí la necesidad de un análisis comparado entre distintos actores, sobre todo en función de desvelar, a partir de las especificidades de los mismos, los rasgos que podrían señalar tendencias que enriquecieran una perspectiva teórica de mayor alcance.

En segundo lugar, la perspectiva de género, transversal a este estudio, tiene un alcance limitado en esta investigación, en cuanto, si bien posibilitó una mejor aproximación empírica y analítica de nuestro objeto, no logra constituirse todavía en un eje teórico a través del cual se articule un proceso interpretativo del fenómeno estudiado en función de sus aportaciones a los enfoques predominantes, tanto en estudios de género como de los fenómenos colectivos.

Finalmente, en relación con los distintos temas aquí abordados, y en la perspectiva de las líneas de trabajo que la investigación sugiere o deja abiertas, es importante considerar una reflexión centrada en la construcción y afirmación de los actores colectivos. La distinción predominante entre actores políticos y sociales, y entre actores institucionalizados y no institucionalizados, resulta insuficiente cuando nos enfrentamos a un actor insurgente político-militar que actúa en un escenario de conflicto y que presenta las características del actor de referencia.

En este sentido, valdría la pena abordar un debate sobre la clasificación actual de actores, a partir de las fronteras frágiles y móviles que ello comporta en contextos de democracias no consolidadas y en presencia de factores que hacen complejo el análisis. Ello en función de las aportaciones que en materia teórica podrían derivarse a partir de una aproximación que supere los límites de la clasificación entre actores institucionalizados y no institucionalizados, sustentada en las estructuras organizativas, la naturaleza de las demandas y los medios de acción.

En los actores institucionalizados se han ubicado los partidos políticos, los sindicatos, entre otros; en los no institucionalizados se encuentran los movimientos sociales, considerados actores políticos a partir del final de la década del sesenta, como

producto de las transformaciones en los paradigmas explicativos que conceden un lugar a los actores no institucionalizados en la arena política, lo cual es contrario a la perspectiva que hasta finales de la década los consideraba por fuera de la política y los clasificaba como actores sociales.

Pese a estas transformaciones, que sitúan el lugar de la política más allá de lo estatal institucional²⁵⁴, algunos análisis sobre los actores y las acciones colectivas en Colombia han insistido en mantener la distinción entre actores políticos y actores sociales, ubicando a los movimientos sociales en estos últimos y a los actores insurgentes por fuera de cualquier clasificación de este tipo. Autores como Archila diferencian de manera categórica entre formas de acción colectiva (movimientos sociales, huelgas y protestas sociales), emprendidas por actores sociales, y la acción armada, desarrollada por grupos insurgentes, y considerada como una acción externa a lo social, “no solo porque persiga fines políticos, que en ocasiones pueden perseguir los movimientos sociales, sino por los medios violentos de los que hace uso” (2005:74).

Así, una mayor dificultad aparece cuando se intenta ubicar a un actor colectivo como el de referencia en esta investigación, en cualquiera de las clasificaciones anteriores. Esto se debe a que estos actores, pese a sus acciones violentas, son ante todo actores político-militares, en los términos que aquí se ha argumentado (véase el capítulo 2). De acuerdo con los resultados de esta investigación, este tipo de actores presentan de modo simultáneo características de movimiento social y de movimiento político; con su propuesta de construcción de poder popular vinculan actores sociales y actores políticos, y dada la naturaleza de su acción predominantemente armada, le generan gran complejidad al análisis, y por tanto es necesario continuar el proceso investigativo en este sentido, de tal forma que pueda conducir a enriquecer los enfoques teóricos con los cuales suele examinarse el proceso de construcción de

²⁵⁴ Nos referimos al proceso de descentramiento de la política, es decir, de cómo lo político deja de reducirse a lo estatal, y en ese sentido a la acción institucionalizada de los partidos políticos, para darle lugar, en su arena, a otro tipo de actores y de acciones (Lechner, 1996; Cavarozzi, 1993, entre otros) .

actores colectivos, su clasificación y la interacción entre actores convencionales y no convencionales.

Con relación a la perspectiva de género, es necesario retomar el análisis sobre la participación política de las mujeres, que se establece tanto en actores institucionales como en los no institucionales, en actores sociales y en los políticos; aún así, dicha participación no parece todavía reflejarse en la transformación de las relaciones de poder entre los géneros, a no ser que sea un objetivo de la acción que desarrollan dichos actores.

Finalmente somos concientes de no haber aprovechado toda la información obtenida durante el trabajo de campo, sin embargo aspiramos a seguir trabajando dicha información.

Bibliografía

ACKER, Joan (1990), "Hierarchies, Jobs, Bodies: Theory of Gendered Organizations", *Gender & Society*, N° 4, pp. 139 -158.

AGUILERA, Mario (2003), "La memoria y los héroes guerrilleros", *Revista Análisis Político*, N° 49, mayo-agosto, 2003. Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), .pp. 3-27.

_____ (2006), "ELN: entre las armas y la política", en: Francisco Gutiérrez Sanín, Gonzalo Sánchez, et al, *Nuestra Guerra Sin Nombre. Transformaciones del Conflicto en Colombia*, Bogotá, Norma, pp. 209-266.

AGUDELO, Hernando (1966), *La revolución del desarrollo. Origen y evolución de la Alianza para el Progreso*, México, Editorial Roble.

ALAPE, Arturo (1985), *El Bogotazo: La paz, la violencia: testigos de excepción* , Bogotá, Planeta

_____ (1994), *Tirofijo: los sueños y las montañas*, Bogotá, Planeta.

ALONSO, Luis Enrique (1998), *La mirada cualitativa en sociología*, Madrid, Fundamentos.

ANDERSON, Benedict, 1997 (1983, Verso), *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE.

ARCHILA, Mauricio (2005), *Idas y venidas. Vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia 1958-1990*, Bogotá, ICANH y CINEP.

ARDITE, Benjamín (1995), "Rastreando lo político", *Revista de Estudios Políticos Nueva Época*, N° 87, enero-marzo.

ARTEAGA, Nelson (2007), "Repensar la Violencia, tres propuestas para el siglo XXI", *Revista Trayectorias*, N° 23, abril-julio. Universidad de Nuevo León, México.

ARENDT, Hannah (1969), *On violence* [Trad. de Guillermo Solana (2005), *Sobre la violencia*, Madrid, Taurus.

AZAR, Edward (1990), *The Management Of Protracted Social Conflict, Theory and Cases*, Aldershot, England, Dartmouth.

BARO MARTÍN, Ignacio (2003), *Poder, Ideología y Violencia*, Madrid, Trotta.

BEJARANO, Jesús, et al (1997), *Colombia: inseguridad, violencia y desempeño económico en las áreas rurales*, Bogotá, FONADE y Universidad Externado de Colombia.

BERGUER, Peter y Luckman Thomas (1968), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.

BLAIR, Elsa y Londoño, Luz María (2003), “Experiencias de guerra desde la voz de las mujeres”, *Revista Nómadas*, N° 19, Bogotá, Departamento de Investigaciones Universidad Central.

BOLÍVAR, Ingrid Johanna (2006), *Discursos emocionales y experiencias de la política. Las FARC y las AUC en los procesos de negociación del conflicto (1998-2005)*, Bogotá, Colección Prometeo, Uniandes.

BORGES, Jorge Luis (1976), *El libro de los sueños*, Madrid, Alianza.

BOURDIEU, Pierre (1995), *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.

BRAUD, Philippe (2004), *Violences Politiques* [Trad. de Maribel Villarino Rodríguez (2006), *Violencias Políticas*, Madrid, Alianza.

BRAUNMUHL, Von Claudia (2002), “Mainstreaming Gender. A Critical Revision”, en: Braig, Marianne y Wölte, Sonja (eds.), *Common Ground or Mutual Exclusion: Women's Movements and International Relations*, London, Zed Books.

BUECHLER, Steven (2000), *Social Movements in Advanced Capitalism. The political economy and cultural construction of social activism*, Minnesota, Oxford University Press.

BYRNE, Hugo (1996), *El Salvador's Civil War: A study of Revolution*, London, Boulder, CO.

CALVO, Fabiola (1987), *Colombia: EPL, una historia armada*, Madrid, Vosa SL.

_____ (1998), Manuel Pérez. *Un cura español en la guerrilla colombiana*, Madrid, Vosa SL.

CASTORIADIS, Cornelius (1983), *La institución imaginaria de la sociedad*, España, Tusquets.

CASTRO, María Clemencia (2001), *Del ideal y el goce: lógicas de la subjetividad en*

la vía guerrillera, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

CASTRO, Daniel (1999), *Revolution and Revolutionaries: Guerrilla Movements in Latin America*, Wilmington, Del., Scholarly Resources.

CAVAROZZI, Marcelo (1993), “Transformaciones de la Política en América Latina Contemporánea”, *Revista Análisis político* N19. Bogotá, IEPRI.

CEBALLOS, Marcela y Hoyos, Diana (2002), “El impacto de la descentralización en Colombia: aproximaciones a la democracia y al desempeño gubernamental en el nivel local, 1988-2000”. Informe final del Concurso Fragmentación Social y Crisis Política e Institucional en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO 2002. Disponible en bibliotecavirtual.clacso.org

CHIU, Aquiles y López, Alejandro (2007), “La construcción de identidad colectiva en Alberto Melucci”, *Revista Polis*, Vol 3, N° 1, pp. 125-159.

COCKBURN, Cynthia (1999), *Gender, armed conflict and political violence* [Trad. de Luz Marina Londoño (2005), *Género, conflicto armado y violencia política*, Medellín, Universidad de Antioquia, INER, Cuadernos N1].

COLORADO, Marta (2000), *Conflicto y género*, Medellín, IPC de la corporación de Promoción Popular.

COLLIER, Paul (2000), “Rebellion as a Quasi-Criminal Activity”, *Journal of conflict Resolution*, vol. 44, N° 6, pp. 839-854.

CORRALES, Diaz Carlos (1997), La constitución o construcción del sentido, documento en línea, disponible <http://iteso.mx/~carlosc/pagina/documentos/sentido3.htm>

CRUZ, R. (2001), “conflictividad social y acción colectiva: una lectura cultural”, en: Frías Corredor, C. y Ruiz Carnicer, M. A., (eds.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*. Actas del II Congreso de Historia Local de Aragón. Huesca, I.E.A., pp. 175-189. Disponible en <http://www.ucm.es/info/historia/profes/rcruz/articulos/conflictividad.pdf> (Consulta: 12/6/04).

CUBIDES, Fernando (2005), *Burocracias armadas*, Bogotá, Norma.

DELLA PORTA, Donatella (1995), *Social Movements, Political Violence and State. A comparative Analysis of Italy and Germany*, Cambridge, Cambridge University Press.

_____ (1998), “Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas”, en: Ibarra, Pedro y Benjamín Tejerina (eds.), *Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta, pp. 219-242.

_____ (1999), “Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta”, en: Dough McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, pp. 100-142.

DESAY, Raj y Eckstein, Harry (1990), “Insurgency. The transformation of peasant rebellion”, *World Politics*, N° 42, pp. 441-465.

DONATI, Paolo (1992), “Political Discourse Analysis”, en: Mario Diani y R. Eyerman (eds.), *Studying Collective Action*, London, Sage.

EDER, Klaus (1992), *Framing and Communicating Environmental Issues. A Discourse Analysis of Environmentalism*, European University, University Institute Paper Florence.

ECHANDIA, Castilla Camilo y Eduardo Bechara Gómez (2006), “Conducta de la guerrilla durante el gobierno Uribe Vélez: de las lógicas de control territorial a las lógicas de control estratégico”, *Revista Análisis Político* N.º 57, may.-ago., 2006.

ECHANDÍA, Camilo (1998), “Expansión territorial de las guerrillas colombianas: geografía, economía y violencia”, en: Malcom Deas y María Victoria Llorente (comps.), *Reconocer la Guerra para construir la Paz*, Bogotá, Norma.

EINWOHNER, L. Rachel, Hallander, A. Jocelyna y Olson, Toska (2000), “Engendering Social Movements, Cultural Images and Movement Dynamics”, *Gender & Society*, Vol. 14, N° 5, octubre, pp. 679-699.

ESCOBAR, Arturo et al (2001), *Política cultural Cultura Política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*, Madrid, Taurus .

FERRO, Juan Guillermo y Graciela Uribe (2002), *El orden de la guerra. Las Farc-Ep: entre la organización y la política*, Bogotá, Ceja.

FISHER, Jo (1989), *Mothers of the disappeared*, Boston, South End.

FULLER, Norma (1993), *Dilemas de la feminidad. Mujeres de clase media en el Perú*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

GAITÁN, Fernando (1995), “Una indagación sobre las causas de la violencia en Colombia”, en: Malcolm Deas y Fernando Gaitán, *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*, Bogotá, FONADE y Departamento Nacional de Planeación.

GAMSON, William (1992), “The Social Psychology of Collective Action”, en: Morris, A D. y Mueller C. McClurg (eds.), *Frontier in Social Movements Theory*, London, New Haven and Yale University Press.

GANDOLFI, Alain (1989), *Les mouvements de liberation nationale*, París, Presses Universitaires de France.

GARCÍA, Ester (2007), “El concepto de actor. Reflexión y propuestas para la ciencia Política”, *Revista Andamios*, Vol. 3, N° 6, junio.

GENTRY, Caron (2004), “The Relationship between New Social Movements and Terrorism Studies: the Role of Leadership, Membership, Ideology and Gender”, *Terrorism and Political Violence*, Vol. 16, N° 2, summer, pp. 274-293.

GERHARDS, J y Rucht, D (1992) “Mesobolization. Organization and Framming in Tow Protest Campaigns in West Germany” *American Journal of sociology* 98.

GIRALDO, Javier, S.J. (2003), *Guerra o democracia*, Bogotá, Editorial Fica, Colección El Pez en la Red.

GLASSER, B. y A. Strauss (1967), *The discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*, Nueva York, Aldine.

GOFFMAN, Erving (1974), *Frame Analysis. An Essay on the organization of experience*, Cambridge, CUP.

GOLDSTONE, Jack A., et al, eds. (1991), *Revolutions of the Late Twentieth Century*, Boulder, Colo., Westview Press.

GÓMEZ, Jairo (2005), *Aprendizaje ciudadano y formación ético política*, Bogotá, Universidad Francisco José de Caldas.

GONZÁLEZ, E. Fernán; Bolívar J. Ingrid y Vásquez, Teófilo (2003), *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del Estado*, Bogotá, CINEP.

GONZÁLEZ Calleja, Eduardo (2002), *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

GONZÁLEZ, José Jairo; Marulanda, Elsy (1990), *Colonización y guerras en el Sumapaz, Historia de frontera*, Bogotá, Cinep.

GUTIÉRREZ, Francisco (2006), “La criminalización de la política. Reconsiderando las expresiones regionales”, en: *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia, 1958-2002*. Bogotá, Grupo Editorial Norma.

GUTIÉRREZ, Francisco; Sánchez, Gonzalo, et al (2006), *Nuestra Guerra Sin Nombre. Transformaciones del Conflicto en Colombia*, Bogotá, Grupo Editorial Norma.

GURR, Ted (1970), *Why Men Rebel*, Princeton, University Press.

HERNÁNDEZ, Milton (1998), *Rojo y negro: aproximación a la historia del ELN*, Bogotá, Talleres de la Nueva Colombia.

HERRERA, Geoconda (2005), “Mujeres ecuatorianas en las cadenas globales del cuidado”, en: Herrera, Geoconda, Carrillo Maria Cristina y Alicia Torres (eds.), *La migración ecuatoriana. Transnacionalismo, redes e identidades*. Quito, FLACSO.

HERRERO, Francisco (2005), “Introducción: el estudio de la violencia política”, *Revista Zona Abierta*, N° 112-113, otoño-invierno.

HIRSHMAN, Albert (1977), *Salida, voz y lealtad*, México, Fondo de Cultura Económica.

HORTON, Lynn (1998), *Peasants in Arms: War and Peace in the Mountains of Nicaragua, 1979-1994*, Athens, Ohio University Press.

HUNT, Scott, Robert Benford y David Snow (1994), “Identity fields: the social construction or movement identity”, en: Enrique Laraña, Joe Gusfield y Hank Johnston (eds.), *New social movements: from ideology to identity*, Filadelfia, Temple University, pp. 185-208.

ICKEN, Safa, et al (1990), “Women’s Social Movements in Latin America”, *Gender & Society*, Vol. 4, N° 3, septiembre. Edición especial: Women and Development in the Third World, pp. 354-369.

JARAMILLO, Jaime; Mora, Leonidas; Cubides, Fernando (1989), *Violencia: inclusión creciente*. Colecciones CES, Bogotá, Utópica Ediciones.

JHONSTON, H. (1995), “A Methodology for Frame Analysis: From Discourse to Cognitive Schemata”, en: H. Johnston y Bert Klandermans (eds), *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

KALDOR, Mary (2001), *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets.

KAMPWIRTH, Karen (2007), *Mujeres y movimientos guerrilleros. Nicaragua, El Salvador, Chiapas y Cuba*. México, Knox Collage, Plaza y Valdez.

KLANDERMANS, Bert (1997), *The Social Psychology of Protest*, Cambridge, Massachussets, Blackwell Publishers.

_____ (1984), “Mobilization and Participation in Social Movements: A Socio-Psychological Expansion of the Resource Mobilization Theory”, *American Sociological Review*, N° 49.

KRIESI, Hans P. (1999), “La estructura organizacional de los nuevos movimientos sociales en su contexto político”, en: McAdam D. et al, *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo.

LAMBERG, F. Robert (1979), *Die Guerrilla in Lateinamerika* [Trad. de Carmen Agero Jacobsen (1979), *La guerrilla en Latinoamérica*, Madrid, Mediterráneo].

LAQUEUR, Walter (2003), *Una historia del terrorismo*, Barcelona, Paidós.

LECHNER, Norbert (1996), “La política ya no es lo que fue”, *Revista Nueva Sociedad* N 144. Caracas

LIVINGSTONE, N. C. (1982), *The War against Terrorism*, Lexington, KY, Lexington Books.

LÓPEZ Vigil, María (1989), *Camilo camina en Colombia*, Navarra, Txalaparta.

LOWY, Michael (2007), *La théologie de la libération: Leonardo Boff et Frei Betto* [Trad.de Caty R. (2007), *La teología de la liberación*. Artículo en línea. Disponible en www.rebellion.org/noticia.php?id=48447]

LUCKMAN, Thomas (1996), *Teoría de la acción social*, Barcelona, Paidós.

MARTÍ I PUIG, Salvador (2004), “Cómo analizar los movimientos sociales en América Latina. Los movimientos transgresores”, *América Latina Hoy*, N° 36

MARTÍN, Álvarez, Alberto (2004), “De movimiento de liberación a partido político. Articulación de los fines organizativos en el FMLN Salvadoreño”. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de ciencias políticas y sociología, Departamento de Ciencia Política y de la Administración III

MARX FERREE, Myra (1994), “El contexto político de la racionalidad: las teorías de la elección racional y la movilización de recursos”, en: Laraña, Enrique y Gusfield Joseph, *Los nuevos movimientos sociales*, Madrid, Cis., pp. 151-182.

MARX FERREE, Myra y Roth Silke (1998), “Gender, class and the interaction between social movements. A strike of West Berlin day care workers”, *Gender & Society*, Vol. 12, N° 6, diciembre, pp. 626-648.

MAZURANA, Dyan (2004), *Women in Armed Opposition Groups Speak on War, Protection and Obligations under Internacional Humanitarian and Human Rights Law*. Ginebra, Suiza.

MCADAM, Dough (1982), *The Political Process and the Development of the Black Insurgency*, Chicago, University of Chicago Press.

_____ (1992), "Gender as a Mediator of the Activist Experience: the case of freedom summer", *American Journal of Sociology*, Vol. 97, N° 5, marzo.

_____ (1999), "Orígenes terminológicos, problemas actuales, futuras líneas de investigación", en: McAdam et al, *Movimientos sociales, perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo.

MCADAM, Dough, McCarthy, John D. y Zald, Mayer N., eds. (1999), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid, Istmo.

MCADAM, Dough, Tarrow, Sydney y Charles Tilly (2001), *Dynamics of contention*. Cambridge University [Trad. de Juan Quesada (2005), *Dinámicas de la contienda Política*, 2005, Madrid, Editorial Hacer.]

_____ (2001): *ELN Una historia de los orígenes. Historia de las ideas Políticas*. Bogotá, Rodríguez Quito Editores.

MEDINA Gallego, Carlos (1996), *ELN: Una historia contada a dos voces. Entrevista con "el cura" Manuel Pérez y Nicolás Rodríguez Bautista, "Gabino"*, Bogotá, Rodríguez Quito Editores.

MELUCCI, Alberto (2001), *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*, Madrid, Trotta.

_____ (1999), *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, Editorial Colegio de Mexico.

_____ (1996), *Challenging Codes. Collective Action in the Information Age*, Cambridge, Cambridge University Press.

_____ (1994), "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales", *Revista Zona Abierta*, N° 69.

_____ (1991), "La acción colectiva como construcción social", *Estudios Sociológicos IX*: 26, pp. 357-364.

MILLÁN, Mátgara (2006), "Participación política de mujeres indígenas en América Latina: El movimiento Zapatista en México". Documento en línea, disponible en: <http://www.un-instraw.org/en/images/stories//millanzapatistas.pdf>

MOLANO, Alfredo (1994), *Trochas y fusiles*, Bogotá, El Áncora Editores, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.

MOORE, Barrington (1976), *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Barcelona, Península.

MORAN, María Luz (2008), Algunas reflexiones en torno a los marcos para el estudio de los conflictos asociados con la inmigración, en conflictos e inmigración, Madrid, Área de Gobierno de Seguridad y Movilidad, Coordinación general de seguridad, Observatorio de seguridad.

MULLER, Carol (1994), "Identidades colectivas y redes de conflicto: el origen del movimiento feminista en los Estados Unidos, 1960-1970", en: Laraña, Enrique y Gusfield Joseph, *Los nuevos movimientos sociales*, Madrid, Cis, pp. 287-320.

MUNKLER, Herfried (2005), *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*. Traducción de Carlos Martínez Ramírez, Madrid, Siglo XXI.

NEVEU, Eric (2000), *Sociología de los movimientos sociales*, Barcelona, Editorial Hacer.

NICHOLSON, Linda (2003), "La interpretación del concepto de género" en Silvia Tubert (ed.): *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, Madrid, Cátedra-Universidad de Valencia, pp. 47-82.

NOGUIERA Castro, Luis et al (2005), *Metodología de las ciencias sociales. Una introducción crítica*. Madrid, Tecnos.

NORRIS, Pippa (2003), "Political Protest in Fragile States", Harvard University on Line: www.pippanorris.com

OBERSCHALL, Anthony (1996), "Oportunidades y creación de marcos en las revueltas de 1989 en el Este de Europa", en: McAdam, Dough, McCarty Jhon y Zald, Meyer (eds.), *Movimientos sociales, perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo.

_____ (1973), *Social Conflict and Social Movements*, Englewood Cliffs. Prentice Hall.

OLSON, Mancur (1965), *The Logic of Collective Action*, Cambridge, MA., Harvard.

PANEBIANCO, Angelo (1995), *Modelos de partido. Organización y poder de los partidos políticos*, Madrid, Alianza.

PECAUT, Daniel (2003), *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*. Medellín, Hombre Nuevo Editores, Universidad del Valle.

PELÁEZ, María Margarita (2000), "Derechos políticos y ciudadanía de las mujeres en Colombia: cincuenta años del voto femenino", artículo en línea, disponible en [http: Webs.uvigo.es/Pmayobre](http://Webs.uvigo.es/Pmayobre)

PEÑA, Karina (1972), "La guerrilla resiste muchas miradas", *Revista Análisis Político*, N° 32, sep.-dic.

PÉREZ LEDESMA, Manuel (1994), “Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)”, en: Revilla Blanco, Marisa (ed.), “Movimientos sociales, acción e identidad”, *Zona Abierta*, N° 69, pp. 51-120.

PETerson, V. Spike y Runyan, Anne Sisson (1993), *Global Gender Issues*, Boulder, Westview Press.

PIZARRO Leongómez, Eduardo(2006), “Las FARC: ¿repliegue estratégico, debilitamiento o punto de inflexión?”, en: *Nuestra Guerra Sin Nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*. Bogotá, Norma.

_____ (2004), *Una democracia asediada: balance y perspectivas del conflicto armado en Colombia*. Bogotá, Norma.

_____ (1994), *El movimiento insurgente en Colombia, raíces y perspectivas*, San Diego, Center for Iberian and Latin American Studies.

_____ (1991), “Elementos para una sociología de la guerrilla en Colombia”, *Revista Análisis Político*, N° 12, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

PIZZORNO, Alezzandro (1989), “Algún otro tipo de alteridad: una crítica a las teorías de la elección racional”, *Sistema*, N° 88, pp. 27-42.

POLLETA, Francesca y James Jasper (2001), Collective Identity and Social Movements, *Annual Review of Sociology*, N° 27, 283-305.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en el boletín N° 5 de julio de 2005 de “Hechos del Callejón”, ¿En qué anda el ELN? Estadísticas, análisis y alternativas.

RANGEL, Alfredo (1998), *Colombia, guerra en el fin de siglo*, Bogotá, Tercer Mundo .

RAPOPORT, David C., ed. (2001), *Inside Terrorist Organizations*, London, Frank Cass.

RAUBER, Isabel (1995), “Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular”, *Revista Pasos XXI*, Costa Rica.

REINARES, Fernando (1998), *Terrorismo y antiterrorismo*, Barcelona, Paidós.

REVILLA, Marisa (1994), “El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido”, *Revista Zona Abierta*, N° 69, Madrid.

_____ (1993), “¿Y todo lo que nos mueve nos une? Movimiento social, identidad y sentido: experiencias contemporáneas en la RFA y Chile”. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Departamento de Sociología I (Cambio Social).

RIVAS, Antonio (1998), “El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales”, en: Ibarra, Pedro y Benjamín Tejerina (eds.), *Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta, pp. 181-212.

ROD, Aya (1985), “Reconsideración de las teorías de la revolución”, *Revista Zona Abierta*, N° 36-37, pp. 1-80, Madrid.

RODRÍGUEZ, Alba Nubia (2005), “Panorama teórico: acción colectiva, movimientos sociales e interseccionalidad con la perspectiva de género”, en: *Sujetos sociales, acciones colectivas*, Cali, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle.

ROJAS, Diana Marcela (2006), “Estados Unidos y la guerra en Colombia”, en: Francisco Gutiérrez Sanín, Gonzalo Sánchez, et al, *Nuestra Guerra Sin Nombre. Transformaciones del Conflicto en Colombia*, Bogotá, Norma, pp.37-70

ROMERO, Mauricio (2003), *Paramilitares y autodefensas, 1982-2003*, IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, Planeta.

ROMERO, Marco (2005), Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en el boletín N° 5 de julio de 2005 de “Hechos del Callejón”, ¿En qué anda el ELN? Estadísticas, análisis y alternativas.

RYAN, Jeffrey J. (1994), “The Impact of Democratization on Revolutionary Movements”, *Comparative Politics*, N° 27, pp. 27-44.

RUBIO, Mauricio (2001), “Violencia y conflicto en los noventa”, *Coyuntura Social* N° 22, mayo, Bogotá.

RUCHT, Dieter (1999), “El impacto de los contextos nacionales sobre la estructura de los movimientos sociales: un estudio comparado transnacional y entre movimientos”, en: McAdam, Doug, McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo.

RUEDA Navarro, Edgar Camilo (2002), *Biografía política de Camilo Torres*, Bogotá, Círculo de Lectores.

RULE, J. B. (1988), *Theories of Civil Violence*, Berkeley, University of California Press.

SABUCEDO Cameselle, José Manuel, Yolanda Álvarez y Concepción Fernández (1998), *Marcos de acción colectiva y protesta política: el caso de la empacadora de*

guixar. *Medio ambiente y responsabilidad humana: aspectos sociales y ecológicos*. Libro de comunicaciones: VI Congreso de Psicología Ambiental, coordinado por Ricardo A. García Mira, José Manuel Sabucedo Cameselle, Enrique Ares y Darío Prada.

SALAZAR, Boris y Castillo, María del Pilar (1998), “¿Qué ocurre cuando el resultado está lejos? Violencia y Teoría de juegos”, *Cuadernos de Economía*, N° 28, Cali, Universidad del Valle.

SÁNCHEZ, Fabio; Díaz, Ana María y Formisano, Michel (2003), *Conflicto, crimen violento y actividad criminal en Colombia, un análisis espacial*, Bogotá, Documentos CEDE, Universidad de los Andes.

SÁNCHEZ, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (1991), *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, Bogotá, CEREC.

SANCHO, Larrañaga Roberto (2003), *Guerrilla y Terrorismo en Colombia y España ELN y ETA*, Bucaramanga, Hedoc.

SARMIENTO, Alfredo (1999), “Violencia y equidad”, *Planeación y Desarrollo*, Vol. XXX, N°. 3, julio-septiembre, Bogotá, Departamento Nacional de Planeación.

SARMIENTO, Libardo (2005), “Filantropía de banquero y lucha contra la pobreza”, *Lemond Diplomatique*, Edición Colombia, N° 35.

SARTORI, Giovanni (1994), *Partidos y sistemas de partidos*, Madrid, Alianza Universidad.

SCOTT, James C. (1976), *The moral economy of the peasant: rebellion and subsistence in Southeast Asia*, New Haven, Yale University Press.

SCOTT, Joan W. (1990), “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en: James S. Amelag y Hary Nash (ed.), *Historia y género, las mujeres en la Europa Moderna y contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnanim pp. 23-56.

SIKOSKA, Tatjana y Juliet Solomon (1999), *Introducing gender in conflict and conflict prevention: conceptual and policy implications* [Trad. de Luz Marina Londoño (2005), *Introduciendo el género en el conflicto y la prevención del conflicto: Implicaciones conceptuales y políticas*, Medellín, Universidad de Antioquia, Cuadernos N1 - INER.]

SKOCPOL, Theda (1984), *Los estados y las revoluciones sociales*, México, Fondo de Cultura Económica.

SMELSER, Neil (1995), *Teoría del comportamiento colectivo*, México, Fondo de Cultura Económica.

SNOW, David y Benford Robert (1992), "Master Frames and Cycles of Protest", en: Aldon Morris y Carol McClurg Mueller (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, Yale University Press.

STEWART, Brush, Paula (1999), "The influence of social movements on articulations of race and gender in black women's autobiographies", *Gender & Society*, Vol. 13, N° 1, febrero, pp. 120-137.

SUDBURY, Julia (2001), "Reconstructing multiracial blackness: women's activism, difference and collective identity in Britain", *Ethnic and Racial Studies*, Vol. 24, N° 1, enero, pp. 29-49.

TARROW, Sydney (2004), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, 2da. edición, Madrid, Alianza.

————— (1997), "La acción colectiva y los movimientos sociales", en: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, pp. 33-117.

TAYLOR, Verta (1989), "Social Movement Continuity: the Women's Movement in Abeyance", *American Sociological Review*, N° 54, pp. 761-775.

TEJERINA, Benjamin (1991), "Del conflicto social algunas dimensiones analíticas a partir de Karl Marx y George Simmel", *Revista española de investigaciones sociológicas*, N° 55, pp. 47-63, Madrid.

————— (1991a), *Struggle, Politics and Reform: Collective Action, Social Movements, and Cycles of Protest*, 2ª. ed., Cornell Studies in International Affairs/Western Societies Program, Occasional Paper N° 21, Ithaca [NY], Center for International Studies, Cornell University.

TILLY, Charles (2003), *The Politics of Collective Violence*, Cambridge, Cambridge University Press. [Trad. de Joan Quesada (2007), *Violencia colectiva*, Barcelona, Editorial Hacer].

————— (1998), "Conflicto político y cambio social", en: Ibarra, Pedro y Benjamín Tejerán (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta.

————— (1993), *European Revolutions, 1492-1992*, París, Editions du Seuil (Ed. inglesa en Cambridge, Basil Blackwell; ed. Castellana, en Barcelona, Crítica 1993).

—————(1978), *From Mobilization to Revolution*, Addison-Wesley Publishing Company, United States of America.

TORRES, Carrillo Alfonso (2002): “Las organizaciones populares y la política, *Revista de la facultad de Humanidades de la UPN*. Bogotá

TORRES, Camilo (1965), “Mensaje a las mujeres”. Documento en línea, disponible en: www.patriagrande.net/colombia/camilo.torres/mensaje.a.las.mujeres.htm - 8k

TOURAINE, Alain (2006), *Le monde des femmes* [Trad. de María José Furio (2007), *El mundo de las mujeres*, 1ª edición de la edición en francés, Barcelona, Paidós].

————— (1984), *Le retour de l'acteur* [Trad. de Enrique Fernández (1987), *El regreso del actor*, 1ª edición de la edición en francés, Buenos Aires, Eudeba.]

TRAUGOTT, Mark (2002), *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*, Barcelona, Editorial Hacer.

UMAÑA Luna, Eduardo; Guzmán Campos, Germán y Fals Borda, Orlando (1988), *La violencia en Colombia*, Tomos I, II y III, Bogotá, Círculo de Lectores.

URAN, A. Omar (2000), *La ciudad en movimiento*, Medellín Eipc.

VALENZUELA, Pedro (2001), “Reflexiones sobre interpretaciones recientes de la violencia en Colombia”, Ponencia Presentada en el Seminario Pobreza y Violencia en Colombia. Foro Colombia, Colegio de Estudios del Desarrollo, Universidad de Upsala, Suecia, 28 de noviembre de 2001.

VARGAS, Alejo (2006), *Guerra o solución negociada. ELN: origen, evolución y procesos de paz*, Bogotá, Intermedio.

VELEZ, Carlos Eduardo; Rawlings, Laura; Paqueo, Vic y Riaño, Juanita, (2003), El reparto del crecimiento, pobreza y desigualdad, en Colombia: fundamentos económicos para la paz. Banco Mundial.

WASMUND, K. (1986), “The political Socialization of Western German Terrorist”, en: H. H. Merkl (ed.), *Political Violence and Terror: Motifs and Motivations*, Berkeley, University of California Press.

WEBER, Max (1994), *Economía y Sociedad*, Mexico Fondo de Cultura,

WHITTIER, Nancy. (1997). "Political Generations, Micro - Cohorts, and the Transformation of Social Movements", *American Sociological Review* 62: 760 - 778.

WHITTIER, Nancy (1995), *Feminist Generations. The Persistence of the Radical Women's Movement*, Philadelphia, Temple University Press.

WICKHAM-Crowley, Timothy P. (1992), *Guerrillas and revolution in Latin America: A comparative study of insurgents and regimes since 1956*, Princeton, Princeton University Press.

WIEVIORKA, Michel (1992), "Terrorismo y violencia política", *Revista internacional de sociología*, tercera época, N° 2, pp. 168-178.

WILKINSON, Paul (1986), *Terrorism and the Liberal State*, 2da. ed., London, Macmillan.

ZALD, Mayer N. y Ash, Roberta (1966), "Social Movements Organizations: Growth, Decay and Change", *Social Forces*, N° 44, pp. 327-341.

ANEXO N° 1

Datos descriptivos de las personas entrevistadas

Sexo /edad	Nivel de participación	Cargo en la organización	tiempo de permanencia
Hombre 56 años	Militante. Nivel educativo: secundaria. Con familia de procreación conformada.	Líder (Coce) Urbano	30 años
Hombre 48	Militante. Nivel educativo: secundaria. Con familia de procreación conformada.	Líder (Coce) rural	25 años
Hombre 60	Militante. Nivel educativo: licenciatura incompleta. Con familia de procreación-separado	Responsable político	40 años
Hombre 34	Militante. Nivel educativo: estudios de segundo ciclo. Con pareja constituida	Responsable político frente urbano	8 años
Hombre 31	Militante. Nivel educativo: estudios de segundo ciclo. Discapacitado.	Responsable de trabajo internacional	10 años
Hombre 32	Militante. Nivel educativo: estudios de segundo ciclo. Con pareja constituida	Militante urbano	8 años

Mujer 34	Militante. Nivel educativo: licenciatura incompleta. Con familia de procreación conformada	Responsable militar de un frente urbano. También ha estado en lo rural.	20 años
Mujer 54	Militante. Nivel educativo: educación primaria. Soltera, discapacitada.	Militante actual de un frente urbano.	34 años
Mujer 30 años	Responsable política de un frente urbano. Nivel educativo Licenciatura terminada	Urbana	10 años
Mujer 34 años	Responsable política De un frente urbano. Soltera	Urbano	15 años
Mujer 54 años	Militante urbana. Nivel educativo: educación primaria. Casada cabeza de familia con hijos mayores	Urbana	15 años
Mujer 40 años	Comandante escuadra urbana. Nivel educativo: licenciatura. Madre de un hijo	Urbana	20 años
Hombre 45 años	Comandante político- militar de un frente. Nivel educativo: secundaria incompleta. Con familia de procreación	Rural	25 años
Mujer 20 años	Combattente Nivel educativo: primaria incompleta. Con pareja estable	Rural	5 años
Hombre 32 años	Combatiente: educación secundaria. Sotero	Rural	3 años

Hombre 22 años	Combatiente comandante de escuadra. Sin escolaridad. Soltero	Rural	8 años
Hombre 30 años	Comandante de campamento rural. Secundaria incompleta. Soltero	Rural	8 años
Hombre 22 años	Combatiente, sin escolaridad, con compañera estable	Rural	5 años
Hombre 35 años	Responsable político de un frente urbano. Educación posgrado	Urbano	12 años
Hombre 27 años	Militante urbano. Licenciatura. Soltero	Urbano	7 años
Mujer 35 años	Militante urbana. Responsable trabajo de masas. Nivel educativo: licenciatura. Madre soltera	Urbana	15 años
Mujer 32 años	Combatiente. Educación secundaria completa, con compañero estable.	Rural	14 años
Mujer 25 años	Comandante de escuadra y radista. Soltera	Rural	8 años
Hombre 25 años.	Combatiente. Sin ningún nivel de escolaridad. Soltero	Rural	3 años
Mujer 16 años	Combatiente. Con dos años de educación primaria. Soltera	Rural	3 años
Mujer 15 años	Combatiente. Tres años de educación primaria. Soltera	Rural	3 años
Hombre 17 años	Combatiente. Sin ningún nivel de escolaridad	Rural	3 años
Mujer 17 años	Combatiente. Sin ningún nivel de	Rural	3 años

	escolaridad. Soltera		
Mujer 18 años	Combatiente. Tres años de educación primaria. Soltera	Rural	3 años
Mujer 16 años	Combatiente. Sin ningún nivel de escolaridad. Soltera	Rural	3 años
Hombre 18 años	Combatiente. Sin ningún nivel de escolaridad. Soltero	Rural	4 años
Hombre 17 años	Combatiente. Con dos años de educación primaria. Soltero	Rural	4 años
Hombre 16 años	Combatiente. Sin ningún nivel de escolaridad. Soltero	Rural	3 años
Hombre 17 años	Combatiente. Con tres años de educación primaria. Soltero	Rural	3 años
Mujer 19 años	Combatiente. Con cuatro años de educación primaria. Soltera	Rural	3 años

ANEXO N° 2

Mensaje a las mujeres del Sacerdote Camilo Torres

La mujer colombiana, como la mujer de todo país subdesarrollado, ha estado siempre en condiciones de inferioridad respecto del hombre y la sociedad. Estas condiciones varían de acuerdo con el nivel de vida de las personas.

Dentro de la clase popular la mujer tiene muchos deberes de tipo material y casi ningún derecho espiritual. El más alto grado de analfabetismo lo tienen las mujeres de la clase popular. Tienen que trabajar duramente en las ocultas, pero en ocasiones muy duras labores del hogar y de las industrias menores (huertas, cerdos, gallinas, perros, etc.), sin consideración a las incomodidades y responsabilidades de la maternidad.

La mujer de la clase obrera no goza de ninguna protección social y mucho menos legal. Cuando, en un país como el nuestro, el hombre acosado por la miseria, la desocupación y enfrentando a las responsabilidades agobiantes de una familia numerosa, refugiándose falsamente en los vicios, abandona el hogar, la mujer tiene que afrontar todas las cargas de éste. Cuántas casas obreras se encuentran, durante las horas de trabajo, cerradas con un candado por fuera, llenas de niños semidesnudos y semihambrientos que esperan que su madre llegue del trabajo para recibir algo de comer.

La mujer de clase media también es explotada por los patronos. Es posible que, dentro de esa clase, las relaciones con los maridos sean más igualitarias. Sin embargo, estas familias no podrían subsistir sin el trabajo de la mujer y sabemos que la mujer trabajadora, la oficinista, la empleada, sufre explotaciones y presiones de toda clase por parte del patrón.

La mujer de la clase alta tiene que disimular con ociosidad, en juegos de naipes y reuniones sociales, la falta de oportunidades intelectuales y profesionales que existe

en nuestra sociedad. En ésta, la fidelidad conyugal no se exige sino a la mujer. La censura no viene sino sobre ella en el caso de que cometa algún error en esta materia. Aunque la ley consagre la igualdad de derechos y deberes, en la realidad esta igualdad no existe.

En la política, los hombres de la clase popular han sido hasta ahora conducidos según el capricho de la oligarquía. La abstención ha sido el primer grito de rebeldía de toda una clase que no confía en las patrañas de la clase dirigente.

Ya existen otros síntomas de unificación y de organización de los descontentos. Sin embargo la oligarquía como un pulpo, comienza a extender sus tentáculos hacia las mujeres colombianas. Los hombres de esta clase les han dado el derecho de votar para continuar usándolas como instrumento.

Con todo, la mujer colombiana tiene valores de persona humana y no es simplemente un instrumento. La mujer colombiana tienen la conciencia de ser explotada no solamente por la sociedad, como la mayoría de los colombianos, sino también por el hombre. La mujer colombiana tiene disciplina de lucha, ha mostrado generosidad en su entrega a los demás, tiene más resistencia al dolor físico. La mujer colombiana, como toda mujer, tiene más sentimiento, más sensibilidad, más intuición. Todas estas cualidades, en una primera etapa, deben ser exaltadas y puestas al servicio, no de las oligarquías ni de los hombres como tales, sino de un ideal revolucionario convertido en el ideal de la mujer.

Por el contrario, la mujer ha visto con más intuición quizás cómo los hombres han sido engañados con los papeletas electorales y las luchas partidistas. La mujer colombiana todavía no está infectada con una egoísta tentación de poder. Los oligarcas las quieren infectar pero no saben que si los colombianos tienen malicia indígena, las mujeres la tienen mucho más. Ellas saben muy bien que el voto es la nueva forma de explotación que la oligarquía ha ideado y por eso sale a las plazas vibrando por ideales más altos y más patrióticos. La mujer colombiana se alista para la

revolución. Ella ha sido y será el apoyo del hombre revolucionario. Ella tienen que ser el corazón de la revolución. Si cada hombre revolucionario cuenta en su hogar con una mujer que sabe respaldarlo, comprenderlo a ayudarlo, tendremos muchos más hombres que se decidan a la lucha. Después de realizada la revolución, la mujer sabrá que la igualdad de derechos y deberes no permanecerá solamente como letra muerta en el papel, sino que será una realidad que ella mismas, como fuerza popular y revolucionaria, podrá garantizar.

Los problemas del divorcio y del control de la natalidad que la mujer colombiana cree poder resolver dentro de un sistema conformista y de opresión, no podrán ser resueltos sino dentro de un régimen que respete la conciencia de las personas y los derechos individuales, familiares y sociales. No podrán ser resueltos sino cuando haya un Estado que tenga verdadera autonomía y a la vez respeto en relación a la jerarquía eclesiástica.

La mujer colombiana tiene la suficiente generosidad como para encuadrar sus problemas personales dentro de un ideal más amplio, en donde estos serán resueltos sin descuidar las demás necesidades de sus semejantes.

Este ideal no podrá ser sino en la realización de una auténtica revolución colombiana.

Publicado en: Frente Unido, número 8, 14 de octubre de 1965.

Camilo Torres

Última revisión: 10/12/00

ANEXO N°3

Documentos utilizados para el análisis documental

No.	Nombre de Archivo	Título	Fecha	Fuente	Tipo de documento
1	Congreso 1	Conclusiones I congreso	Enero-Marzo 1986	Entrevistados	Cuaderno
2	Congreso 2	Conclusiones II congreso	Noviembre 1989	Entrevistados	Cuaderno
3	Congreso 3	Conclusiones III congreso	Junio 1996		
4	Congreso 4	Conclusiones IV congreso	Julio-agosto 2006	Entrevistados	
5	Congreso 4	Cuadernos de militante No. 2 Táctica IV Congreso Ejército de Liberación Nacional	Julio 4 de 2006		
6	Dialogo 1991-2004	Carta del militante (sexto pleno de la dirección nacional): lo electoral, lucha política y de masas, nueva visión para el trabajo urbano 5. Metas para el trabajo de los Frentes de Guerra “ELN 40 años de lucha y esperanzas”	Octubre de 2004		Documento Pág. Web
7	La Unidad	La unidad Revista de la Dirección Nacional del ELN de Colombia Conclusiones del Sexto Pleno de la DN	Octubre de 2004.		Documento Pág. Web
8	Resumen	Propuesta para las mayorías nacionales Un camino nacional y popular para resolver la crisis	Noviembre 28 de 2004		Documento Pág. Web
9	Revista	Revista Política Interna Número 04. Octubre 25 al 31 de 2004.	Noviembre 28 de 2004		Revista Pág. Web
10	Rpi020ct11	Revista Política Interna Número 02. Octubre 11 al 17 de 2004.	Noviembre 28 de 2004		Revista Pág. Web
11	Unidad para resistir	<i>Unidad para Resistir. Unidad para Luchar. Unidad para Vencer</i> Declaración Política	Octubre de 2004		Documento Pág. Web

12	Revista Política a Interna 2	Revista Política Interna Número 01. Octubre 4 al 10 de 2004.	Noviembre 28 de 2004		Revista
13	Revista Política interna 5	Revista Política Interna Número 05. Noviembre 1 a 7 de 2004.	Noviembre 28 de 2004		Revista
14	Amigos y militantes	Para nuestros amigos, los activistas y la militancia.	Noviembre 28 de 2004		Cuaderno
15	VI pleno de DN	Oposición al continuismo y a la crisis social	Noviembre 28 de 2004		Documento Pag. web
16	Cuader mi	Cuadernos de militante No. 2 Táctica IV Congreso Ejercito de Liberación Nacional	Julio 4 de 2006		Entrevistados
17	Cuader mi	Cuadernos de militante No. 3 Programa IV Congreso Ejercito de Liberación Nacional	Julio 4 de 2006		
18	Revista Si	Revista Simacota IV Congreso	Julio-agosto 2006		
19	revsima	Revista Simacota - Historia	Julio 4 de 2006		Entrevistados
20	revuni	Revista Unidad	Julio 4 de 2006		Entrevistados
21	rpi100101102	Revista Política Interna Número 100 del 2 al 9 de septiembre de 2006	2 al 9 de septiembre de 2006		Entrevistados
22	Revista Simacota IV Congreso	Revista Simacota IV Congreso	Julio-agosto 2006		Entrevistados
23	Compendio	Compendio de noticias sobre el proceso de negociación entre el ELN y el gobierno Álvaro	Julio 9 de 2007- Octubre	Corporación Nuevo Arco Iris	revista
24	parte1entrev	Entrevista parte No. 1	19 feb de 2007		Documento audio
25	parte2entrev	Entrevista parte No. 2	14 feb de 2007		Documento audio